

EL FINAL DE LOS TIEMPOS



DR. ARMANDO ALDUCÍN

DEDICATORIA

A mi amada esposa Martha, quien ha sido a mi lado una fortaleza espiritual que me ha ayudado en todas

nuestras luchas espirituales y le doy gracias a Dios por haberla traído a mi vida.

¡Siempre te amaré!

INTRODUCCIÓN

No cabe duda que la mayoría de las señales proféticas de los últimos tiempos se han conjugado de manera asombrosa y vertiginosa en estos últimos años. El mundo ha llegado a un punto tal de caos político, moral, económico y militar que podríamos compararlo con una olla a presión a punto de explotar, lo cual nos hace preguntarnos: ¿En qué tiempo nos encontramos proféticamente en la Biblia?

¿Quién sino el Dios de la Biblia podría haber inspirado a los profetas del Antiguo Testamento para escribir profecías de hace más de 2,600 años con tal precisión y exactitud que sobrepasa la comprensión y limitaciones del ser humano?

“Acuérdense de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos porque yo soy Dios y no hay otro Dios y nada semejante a mí, que anuncio lo por venir desde que aún no era hecho, que digo: Mi consejo permanecerá y harte todo lo que quiero... Yo hablé y lo haré venir, lo he pensado y también lo haré.” Isaías 46:9-11

La increíble cronología en la que Dios ha profetizado la mayoría de los eventos que han transcurrido en la historia sólo pudieron haber sido inspirados por el único y verdadero Dios... ¡el Dios de la Biblia!

Tratemos pues, de leer y estudiar cuidadosamente algunas de estas principales profecías bíblicas escritas en este libro para llenar nuestro corazón de gratitud y esperanza de toda esta maravillosa revelación que Dios nos ha dejado para no vivir ya más en tinieblas y prepararnos para recibir muy pronto al Señor Jesucristo. Nuestra oración es que el Espíritu de Dios abra los ojos de vuestro entendimiento para comprender que nos encontramos realmente en el final de la historia humana y que el tiempo que nos queda debemos

emplearlo para dar testimonio al mundo del evangelio de la gracia de Dios.

Dr. Armando Alducin

CAPÍTULO I. EL RAPTO DE LA IGLESIA

Una de las más grandes y emocionantes verdades que menciona la Biblia es la doctrina acerca del rapto de la iglesia, el cual ocurrirá en cualquier momento. En este evento, millones de personas desaparecerán repentinamente del mundo sin que el resto de la humanidad sepa qué les sucedió. Muchos no volverán a ver a los suyos, pues el incrédulo se quedará y el creyente desaparecerá; jefes de estado, militares, pilotos de aviones, conductores de autos, capitanes de barcos, oficinistas, operarios, médicos, maestros, alumnos, ancianos y niños, incluso bebés, desaparecerán mientras están en funciones y sin una explicación comprensible, siendo este un momento caótico y de gran angustia y desconcierto para el resto de la humanidad.

Sin embargo, también es una de las doctrinas más controversiales en torno a la cual han surgido múltiples discusiones y posturas motivadas por un profundo desconocimiento de las Escrituras y la falta de un estudio detallado del contexto bíblico en el que se encuentran las profecías y los textos que hacen referencia a este trascendental momento para los creyentes, la iglesia y el mundo.

La Iglesia, un Ministerio ni revelado antes

El apóstol Pablo se refirió a este misterio que tiene que ver con el carácter de lo que es la iglesia y el tiempo que duraría esta dispensación.

“Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles; si es que habéis oído de la administración de la gracia de

Dios que me fue dada para con vosotros; que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente, leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio, del cual yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder.” Efesios 3:1-7

La iglesia es comparada por el apóstol Pablo como un cuerpo que “tiene muchos miembros” y en el que “por un solo Espíritu fuimos todos bautizados... sean judíos o griegos [gentiles], sean esclavos o libres” (1 Corintios 12:12-13), para formar en Cristo “un solo y nuevo hombre” (Efesios 2:11-17). Aunque la iglesia nace dentro del contexto judío que había vivido dominado por la “la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas” (Efesios 2:15), generando una serie de enemistades con el mundo no judío, fue a partir del bautismo de Saulo, cuando Jesús le revela Ananías que ha escogido a Pablo para llevar su nombre “en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel” (Hechos 9:15), y de la experiencia de Pedro en casa y con la familia de Cornelio (Hechos 10), que la iglesia admitió no había objeción alguna en recibir en el cuerpo, la iglesia, a los no judíos. Así pues, la iglesia vista como una época o como una comunidad distinta de gente, no fue conocida por los profetas hebreos ni tampoco vista inmediatamente durante el ministerio de Jesús, sino que fue “un misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora” (Romanos 16:25). El apóstol Pablo se refiere a este como el “misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Colosenses 1:26-27).

El carácter misterioso de la iglesia demanda una exclusividad en el programa de Dios revelado para la nación de Israel, como lo revelan los profetas hebreos, los evangelios y el libro del Apocalipsis. De hecho, al repasar las profecías particulares del Antiguo Testamento acerca de la primera y segunda venida de Cristo no se encuentra mención alguna a la iglesia ni a su época.

Así como la iglesia y su época fueron un misterio no revelado en el pasado, el rapto tampoco lo fue, pues sus peculiares características no pueden compararse con ningún otro evento. Al referirse al rapto de la iglesia, el apóstol Pablo anuncia que les va a hablar de un misterio (1 Corintios 15:51), es decir, un secreto sagrado no revelado en otras épocas. En efecto, él mismo aclara que sus palabras son “en palabra del Señor” (1 Tesalonicenses 4:15), es decir, conforme a lo dicho por Él, pues esta revelación no se cita en el Antiguo Testamento ni en los evangelios; así como los profetas hebreos recibieron la Palabra directamente de Dios, Pablo recibió directamente del Señor Jesús esta revelación del rapto de la iglesia. Finalmente, Pablo cita esta revelación que culminará en la glorificación de los creyentes, refiriéndose a ella como “el misterio que se ha mantenido oculto por siglos y generaciones, ... que es Cristo en ustedes, la esperanza de gloria” (Colosenses 1:26-27).

Con el rapto de la iglesia llega a su fin este período o dispensación no incluido dentro del calendario de las Setenta Semanas de Daniel, en el que aparece un intervalo entre la semana sesenta y nueve, cuando “se quitará la vida al Mesías”, y, la semana setenta, cuando el Anticristo “confirmará pacto con muchos” (Daniel 9:26-27), dando inicio al período de la Gran Tribulación. Pero entonces, ¿cuál es el propósito con la iglesia y específicamente con el rapto de la iglesia?

Respecto al propósito de la iglesia, “el misterio que se ha mantenido

oculto por siglos y generaciones”, Dios tiene un plan maestro para intervenir, en su sabiduría y de manera sobrenatural, en los asuntos de la humanidad en puntos, áreas y tiempos específicos y cuando ciertas circunstancias se han desarrollado en el mundo. Esto se puede comparar con un jardinero que espera a recoger los frutos cuando están perfectamente maduros, no antes ni después. Este concepto es presentado en la Biblia como “el cumplimiento del tiempo” (Gálatas 4:4), para reflejar algo que ha madurado o que ha llegado a su punto de cumplirse o de ser cosechado, desde la perspectiva de Dios. Esto puede ser para bien o para mal, pues cuando el crecimiento espiritual y la madurez han sido alcanzados, reciben la recompensa de Dios; pero así también, cuando la maldad ha llegado a cierto punto, recibe el juicio de Dios (Génesis 18:20-21). Así pues, la primera venida de Cristo fue profetizada para que se llevara a cabo en “el cumplimiento del tiempo” perfecto de Dios, “nacido de mujer y nacido bajo la ley” (Gálatas 4:4), conforme a lo anunciado por los profetas en el tiempo perfecto de Dios, “para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos” (Daniel 9:24).

Así que, en lo concerniente a la iglesia, desde su nacimiento en el Día de Pentecostés y durante su permanencia en el mundo hasta el momento del rapto, el apóstol Pablo lo llama “la dispensación del cumplimiento de los tiempos”, en el que Cristo ha “de reunir todas las cosas... las que están en los cielos, como las que están en la tierra” (Efesios 1:10), tanto los creyentes que han muerto en Él como los vivos fieles a Él. De esta manera, el concepto del “cumplimiento de los tiempos” es desarrollado en función del cumplimiento de Cristo. Esta dispensación también es conocida como el tiempo o la dispensación de la gracia, “pues la ley por medio de Moisés fue dada,

pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Juan 1:17).

El apóstol Pablo, al referirse a la situación de judíos y gentiles, menciona que “no ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció” (Romanos 11:2), sino que “lo que buscaba Israel, no lo ha alcanzado; pero los escogidos [los gentiles] sí lo han alcanzado, y los demás [los israelitas] fueron endurecidos” (Romanos 11:7). Israel es comparado con un olivo del que algunas de sus ramas “por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú [los gentiles] por la fe estás de pie... injertado en lugar de ellas” (Romanos 11:16-20). Los israelitas quedaron atrapados en los requerimientos de la Ley, la cual debía conducirlos a Cristo para ser justificados por la fe, pues “si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley” (Gálatas 3:21-24), y no por la fe; pero “ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles” (Romanos 11:25). Esta dureza espiritual de Israel es sólo temporal y llegará a su fin, pues el misterio de “la plenitud de los gentiles” es tanto una indicación de un período específico de tiempo en el que algo ha llegado a completarse al cumplirse un tiempo determinado. Pablo está aludiendo a un tiempo en el plan de Dios cuando el evangelio de Jesucristo haya sido predicado a los gentiles hasta que el propósito de edificar la iglesia esté completo.

De esta manera, como también los gentiles “en otro tiempo erais desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por la desobediencia de ellos [los israelitas], así también éstos ahora han sido desobedientes, para que por la misericordia concedida a vosotros, ellos también alcancen misericordia” (Romanos 11:30-31). Así que, terminada la dispensación para los gentiles con el rapto de la iglesia, comenzará el período para la restauración de Israel.

Desde la perspectiva pretribulacional, el propósito del rapto de la iglesia será cumplir el simbolismo de las bodas judías: unir a la iglesia con Jesús como su esposa. Actualmente, la iglesia como novia de Cristo, debe ser llevada a la casa del Padre, en el cielo, donde será unida a Jesús en matrimonio en las Bodas del Cordero (Apocalipsis 19:6-9). Sin embargo, antes de la boda, la novia debe ser purificada y preparada, lo cual se llevará a cabo cuando se realice el Tribunal de Cristo (2 Corintios 5:10). Estos dos eventos, tanto el Tribunal de Cristo como las Bodas del Cordero tendrán que suceder antes de la segunda venida de Cristo, para que la iglesia, como su esposa, regrese con Él a reinar en el mundo durante el Milenio.

La Iglesia... ¿destinada para la ira?

La respuesta a esta pregunta depende de dónde se ubique el rapto de la iglesia sobre la línea del tiempo trazada por las Sagradas Escrituras, especialmente por las profecías bíblicas tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento y que, a su vez, depende de la postura tribulacionista en la que se apoye.

La Biblia profetiza que Dios derramará su ira sobre el mundo al final de los tiempos. A ese período se le conoce como la Gran Tribulación, el Día del Señor, el Día de la Ira de Dios, la Semana Setenta de Daniel o “el tiempo de angustia para Jacob” (Jeremías 30:7).

Con relación a la ira de Dios durante la Gran Tribulación o el Día del Señor, casi todas las posturas acerca del rapto de la iglesia, excepto la del rapto parcial, están de acuerdo en que todos los cristianos serán librados de la ira de Dios. Todas estas posturas también concuerdan en que la protección de la ira divina no significa que la iglesia esté libre de problemas, tribulaciones, persecuciones y sufrimientos.

Hay una gran diferencia entre tribulación en términos de problemas y dificultades, y, la Gran Tribulación, es decir, el período de tiempo durante el cual Dios derramará su ira sobre el mundo. Ningún ser humano, ni siquiera siendo cristiano, está exento de enfrentar problemas y dificultades en la vida diaria, pero el tiempo de la Gran Tribulación no será como los demás días, sino un período de intensa angustia y sufrimiento; sin embargo, a diferencia del resto de la humanidad, a los cristianos se les promete ser rescatados y escapar de la ira de Dios, pues “estando ya justificados en su sangre [de Cristo], por él seremos salvos de la ira” (Romanos 5:9).

La diferencia que existe entre las diferentes posturas acerca de este tiempo se centra en cuándo inicia este período de ira y la naturaleza de la protección divina sobre la iglesia de ese momento. Estas son las posturas más comúnmente conocidas:

1. Pretribulacionismo.

Esta postura enseña que todos los siete años de la Gran Tribulación serán el tiempo de la ira de Dios y que Él sacará a la iglesia del mundo antes de ese tiempo mediante el rapto.

2. Mesotribulacionismo.

Sus adeptos creen que este período está dividido en dos: la ira de los primeros tres años y medio será de los hombres y Satanás, mientras que, durante los últimos tres años y medio, la ira será de Dios. La iglesia será raptada en la mitad de la Gran Tribulación, antes que sea derramada la ira de Dios.

3. Postribulacionismo.

Esta corriente sostiene que toda la iglesia estará presente en el mundo durante todos los siete años de la Gran Tribulación, pero

estará protegida por Dios hasta que sea raptada al final de ese tiempo, en la segunda venida de Cristo.

Tanto los mesotribulacionistas como los posttribulacionistas creen que la ira de Dios comienza en algún punto después de que comience la Gran Tribulación, cuando el Cordero rompa el Primer Sello (Apocalipsis 6:1-2). Además, perciben alguna parte de la Gran Tribulación como la ira del hombre y Satanás y no como la ira de Dios.

La ira de Dios no puede ser identificada sólo cuando Él intervenga directamente, pues Dios puede usar otros medios para ello. Por ejemplo, el reino del norte (Israel) fue juzgado por Dios cuando Asiria lo conquistó; y el reino del sur (Judá) también fue juzgado por Él mediante la invasión de Babilonia bajo el reinado de Nabucodonosor. En estos casos, las naciones de Asiria y Babilonia fueron los instrumentos de Dios para castigar a Israel. Igualmente, en el caso de David, cuando él hizo un censo en Israel, Dios usó a un ángel para juzgarlo. Así también, las hambrunas, las guerras y las plagas están asociadas con la ira de Dios. Ahora bien, la naturaleza de la ira de Dios demanda que la iglesia esté fuera del mundo.

El libro de Apocalipsis contiene al menos siete claras referencias acerca de la ira de Dios. También es claro que las tres series de juicios (sellos, trompetas y copas), son manifestaciones de la ira de Dios. Algunos sugieren que esta ira está limitada sólo a una mitad de la Gran Tribulación, pero eso significa ignorar el origen de los siete sellos con los que iniciará este tiempo de angustia.

Aun cuando no hay mención alguna del rapto en el Antiguo Testamento, sí hay ejemplos que revelan que, cuando Dios derrama su ira contra la desobediencia y la rebelión humana, el juzgamiento

de los justos junto con los impíos va contra la naturaleza y los propósitos de Dios. No obstante, hay algunas excepciones como cuando Dios permite que los justos sean llevados cautivos junto con los impíos; en este caso, el sufrimiento de los justos es el resultado de un juicio colectivo sobre toda la nación.

En la Biblia hay tres pasajes en los que claramente se alberga la promesa de que la iglesia no estará bajo la ira de Dios durante el período de la Gran Tribulación.

1. 1 Tesalonicenses 1:9-10.

Al recordarles a estos creyentes de la iglesia de Tesalónica “cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo”, Pablo concluye de manera clara y enfática con la promesa de ser libres de la ira escatológica: “quien nos libra de la ira venidera”.

En este pasaje se observan tres usos de la preposición griega “de” (gr. ἐκ, fuera de); en el primer caso, para expresar que Jesús vendrá del (ἐκ, saldrá del) cielo; el segundo, para indicar que Jesús fue resucitado de (ἐκ, sacado de, o, levantado de) entre los muertos; y el último, es lógico y tiene sentido pensar que el uso final de ἐκ con referencia a la ira de Dios tenga la misma connotación, es decir, que Jesús es quien libra de (ἐκ, saca del, o, salva del) la ira divina. La palabra “librar” (gr. ρύομαι, rhuomai) tiene una fuerte connotación a rescatar algo mediante la fuerza, enfatizando la grandeza del peligro del cual Dios salvará a los suyos por la gran acción de su poder. También, en el texto original, este verbo se encuentra en tiempo participio presente, lo cual da a entender que la liberación de la iglesia o separación de la futura ira de Dios era una realidad presente cuando Pablo escribió estas palabras. En otras palabras, debido a

que la liberación o separación de la ira de Dios es ya una realidad presente, los creyentes pueden descansar en la seguridad de que serán librados de esta futura ira de Dios.

Finalmente, la palabra “ira” (gr. ὀργή, orgé) está acompañada por un artículo definido, así que no se está refiriendo a cualquier clase de ira, sino a la ira por venir. Algunos, erróneamente, la han visto como la ira eterna en el infierno, pero claramente se está refiriendo a la ira del Día del Señor.

2. 1 Tesalonicenses 5:1-9.

Este pasaje proviene directamente del texto clásico del rapto (1 Tesalonicenses 4:16-18) y apoya la perspectiva del pretribulacionismo en tres maneras: la primera, al observar la instructiva secuencia cronológica que surge de ambos, pues el primero trata de la resurrección de los creyentes muertos y el arrebatamiento de los santos que estén vivos en ese momento para encontrarse con el Señor en el aire, en tanto que el segundo introduce un nuevo tema con las palabras “pero acerca de” (gr. Περὶ δὲ, peri de), las cuales indican un cambio de sujeto, algo que el apóstol Pablo acostumbraba en sus cartas. La introducción de un nuevo tema es muy significativo, debido al orden de los eventos. El rapto es descrito en 1 Tesalonicenses 4:13-18 y el Día del Señor o la Gran Tribulación en 1 Tesalonicenses 5:1-9, indicando que después del rapto viene el Día del Señor. La diferencia entre estos dos pasajes radica en que los creyentes no estaban informados acerca de la verdad del rapto (1 Tesalonicenses 4:13) pero sí estaban enterados acerca de la verdad del Día del Señor (1 Tesalonicenses 5:1).

La segunda manera en que este pasaje apoya la perspectiva pretribulacionista es el intercambio de dos clases de personas

enfaticado por el repentino y sorprendente cambio de pronombres entre vosotros y nosotros (creyentes) y ellos (no creyentes), indicando que cuando llegue la Gran Tribulación habrá dos grupos distintos de personas: los salvos serán rescatados y los no salvos atravesarán la Gran Tribulación. En la mitad de este fragmento, Pablo hace un repentino contraste cuando, refiriéndose a los creyentes de Tesalónica, les dice: “Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas” (1 Tesalonicenses 5:4). En otras palabras, sobre ellos (los no creyentes), el Día del Señor vendrá “y no escaparán” (1 Tesalonicenses 5:3), pero ustedes (los creyentes) sí lo harán. Este es un claro argumento de que los creyentes serán sacados fuera de este mundo antes de la Gran Tribulación.

Finalmente, la declaración de Pablo reafirma la postura del rapto pretribulacionista, “porque no nos ha puesto Dios [a los creyentes] para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Tesalonicenses 5:9). Si los creyentes no sufrirán el castigo, es decir, la ira del Día del Señor, es porque no estarán presentes ese día. Antes de eso, ellos habrán sido sacados del mundo para cumplir su cita con el Señor en el aire (rapto).

3. Apocalipsis 3:10.

Esta promesa, hecha por el Señor Jesucristo a la iglesia de Filadelfia, ha provocado bastante controversia acerca del tiempo del rapto, generando tres diferentes interpretaciones: la primera plantea que esta promesa está limitada sólo a la iglesia de Filadelfia; sin embargo, las mismas palabras de Jesús refutan esta interpretación al declarar que su mensaje es a “las iglesias” (Apocalipsis 3:13), imprimiéndole un carácter global que involucra al mundo entero. La segunda afirma que, según este pasaje, los creyentes serán preservados a través del tiempo de la Gran Tribulación. Y, la tercera, defiende que este pasaje

asegura que ningún creyente estará presente durante los siete años de la Gran Tribulación. Hay cuatro factores clave que se encadenan uno tras de otro e indican que esta última interpretación es la más acertada. La primera tiene que ver con la semántica del texto y específicamente con el uso de la preposición “de” (gr. ἐκ, ek); a partir del análisis semántico, se puede determinar también el tiempo en el que el rapto de la iglesia se llevará a cabo y el propósito del mismo; por último, un acercamiento a la promesa hecha por Jesús a la iglesia y la presencia de esta en el escenario de los últimos tiempos, permite afirmar de manera concluyente, que la posición pretribulacionista está más sólidamente respaldada respecto al momento en el kairós de Dios en el que ocurrirá el arrebatamiento o rapto de la iglesia, si antes, durante o después de la Gran Tribulación.

El debate sobre la mejor manera de comprender este versículo gira en torno al significado de “guardar de” (gr. τηρέω ἐκ, teréo ek), especialmente de la preposición “de” (gr. ἐκ, ek). El pretribulacionismo afirma que teréo ek apoya el argumento o la noción de la evacuación del mundo antes de la Gran Tribulación. El posttribulacionismo, por su parte enseña que, en este versículo, ek, significa “a través de”, es decir, protegidos de la ira de Dios durante la Gran Tribulación mientras están en el mundo. En otras palabras, Dios protegerá a los creyentes “de” o “a través de” la ira de Dios, pero no “fuera del” tiempo de la Gran Tribulación.

El otro uso de teréo ek en el Nuevo Testamento se encuentra en Juan 17:15. El uso idéntico de esta frase apoya el significado de ek en Apocalipsis 3:10, como “guardados completamente de”. Dios no mantiene sus promesas “a través de” Satanás, sino que nos “guarda de él” (1 Juan 5:18). Dado que Juan 17:15 significa que Dios nos “guarda del” mal, el pasaje paralelo en Apocalipsis 3:10 significa

“guardar [a la iglesia] de” la hora de la prueba. Sólo el rapto pretribulacional puede cumplir esta promesa.

Si Dios hubiera querido decir que los creyentes serían guardados “a través de” la Gran Tribulación, había otras maneras para haberlo expresado. De esta apreciación surgen otros varios interrogantes hacia la postura posttribulacionista. Si, como esta enseña, la promesa es que la iglesia vivirá durante la Gran Tribulación bajo la protección divina y surgirá al final, ¿por qué no se usó una preposición diferente que cumpliera ese significado? ¿Por qué no se usó la palabra *dia* que significa “guardados o protegidos a través de” la Gran Tribulación? Pero se usó *ek*, que significa que la iglesia será quitada o removida de ese tiempo de angustia. Una vez más, si, como enseña el posttribulacionismo, Apocalipsis 3:10 es sólo una promesa de protección para los creyentes “a través de” la Gran Tribulación, ¿cómo explicar la incontable cantidad de creyentes que saldrán de la Gran Tribulación? (Apocalipsis 7:13-14; 13:10, 15; 20:4). Es verdad que en la Quinta Trompeta y la Primera Copa se menciona la protección divina sobre los creyentes, pero estas son dos referencias en las que Dios protege creyentes durante la Gran Tribulación, pero estos no son creyentes que permanecieron en el mundo, sino personas que se convirtieron después del rapto.

En cuanto al tiempo en el que el rapto ocurrirá, Jesús no sólo promete guardar a los creyentes “de” o “fuera de” la Gran Tribulación, sino también de “la hora” de la prueba. Por tanto, la salida de la iglesia del mundo no es sólo para protegerla de la prueba, sino también del tiempo de la Gran Tribulación. Pero además está la clara mención del propósito de este juicio global que es “poner a prueba a los que viven en la tierra”. Estos son mencionados aquí por primera vez, pero es en las otras diez veces más en el libro del Apocalipsis, donde son

reconocidos como los enemigos de Dios, perseguidores de su pueblo y objetos de su ira por su dureza de corazón y su continua rebelión (Apocalipsis 9:20-21). Así que, de acuerdo con las palabras de Jesús, el propósito de la Gran Tribulación no es probar a los creyentes, sino a los impíos.

Inmediatamente después de anunciar a los creyentes que los sacará del mundo en la hora de la prueba, Jesús les promete: “yo vengo pronto” (Apocalipsis 3:11). Esta secuencia implica claramente que el cumplimiento de esta promesa se llevará a cabo en el momento del rapto.

Finalmente, la palabra “iglesia” (gr. ἐκκλησία, ekklesía) aparece 20 veces en el libro del Apocalipsis, 19 de ellas en los primeros tres capítulos y la última en Apocalipsis 22:16. Después del capítulo tres, la siguiente vez que aparece la novia de Cristo es en el cielo, preparándose para regresar con Él a la Tierra (Apocalipsis 19:7-8). La ausencia de la iglesia en Apocalipsis 4-18 es otra prueba consistente del rapto pretribulacional.

Evidencia Histórica de Otros Raptos en la Biblia

El rapto de la iglesia es para muchos, creyentes e incrédulos, un evento incomprensible y para una gran mayoría, algo imposible y racionalmente inaceptable. Sin embargo, en las Sagradas Escrituras se registran varios raptos anteriores, que sirven de ilustración para el que ocurrirá con la iglesia.

1. Enoc.

Dentro del linaje de Adán, tras su expulsión del Jardín de Edén, se encuentra Enoc, conocido y recordado por dos grandes hechos en su vida: fue el padre de Matusalén, el hombre más longevo del mundo

prediluviano y que murió en los días en que el diluvio ocurrió; pero el hecho más trascendental por el que es recordado es que “desapareció, porque le llevó Dios” (Génesis 5:24). El rapto de Enoc ni siquiera fue algo anunciado o previsible, pues era la primera vez que un suceso de esta naturaleza ocurría.

La Escritura menciona que, después de haber matado a Abel y ser maldecido por Dios, Caín se alejó de la tierra de sus padres y de su descendencia surgieron todos los oficios y las artes, pero también surgió un mundo de maldad y violencia (Génesis 4:1-24). Sólo hasta que Set, el tercer hijo de Adán y Eva, tuvo a su hijo Enós, “los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová” (Génesis 4:26); a partir de entonces, la humanidad podía distinguir quién caminaba en el temor y la presencia de Dios y quién no. La conducta piadosa que Enoc debió haber tenido, hizo evidente para la gente de aquel entonces que él tenía una comunión tan cercana con Dios como para afirmar que Enoc “caminó con Dios”. Ahora, no todos los que caminan con Dios son raptados por Él, sino que muchos mueren y algunos incluso sufren el martirio (Hebreos 11); pero en el caso de Enoc, la Escritura menciona que cuando él desapareció, no fue por otra razón más que “porque le llevó Dios”, una afirmación que implica que hubo testigos de que este fue un acto divino en el que “Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes de que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios” (Hebreos 11:5).

2. El profeta Elías.

El segundo ser humano que las Sagradas Escrituras mencionan que fue arrebatado al cielo es el profeta Elías. Durante su ministerio (1 Reyes 17 – 2 Reyes 2), Elías enfrentó la idolatría de Acab rey de Israel, y su esposa cananea Jezabel, quienes trataron de erradicar el

culto a Jehová para instaurar el de los dioses cananeos Baal y Aserá, “haciendo así Acab más que todos los reyes de Israel que reinaron antes que él, para provocar la ira de Jehová Dios de los ejércitos” (1 Reyes 16:33). El juicio de Dios se dio a través de una terrible sequía pero aún así, Acab e Israel no se arrepintieron, motivando la denuncia de Elías ante el Señor: “He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas” (1 Reyes 19:14). Al igual que Enoc, fue evidente para todos, incluso para sus enemigos, que Elías “caminó con Dios”. Al final de su ministerio, Dios le ordena ungir a Eliseo para que lo suceda como profeta (1 Reyes 19:16), pues pronto “un carro de fuego con caballos de fuego apartó a los dos; y Elías subió al cielo en un torbellino” (2 Reyes 2:11).

El ministerio de Elías fue un referente para Israel, cuyo nombre está vinculado a las profecías de los últimos tiempos. En la última profecía del Antiguo Testamento, Dios promete que enviará al “profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible” (Malaquías 4:5), en una clara alusión a la segunda venida del Mesías, el cual tendrá lugar antes del “día de Jehová”, es decir, el día del juicio para Israel.

En la mente de los descendientes de Israel, la imagen del Mesías permaneció relacionada con la del profeta Elías; por eso, cuando Jesús pregunta a sus discípulos, “¿quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?”, ellos dijeron: “Unos, Juan el Bautista; otros, Elías...” (Mateo 16:13-14). Después de esto, fueron al Monte de la Transfiguración, donde los discípulos de Jesús vieron a “Moisés y Elías, hablando con él” (Mateo 17:3). Inmediatamente después de este encuentro, Jesús hace la siguiente profecía: “A la verdad, Elías viene primero, y restaurará todas las cosas” (Mateo 17:11), lo cual sucederá en el Reino Milenial, luego de la segunda venida de Cristo.

3. El profeta Isaías.

En su llamamiento, el profeta Isaías fue arrebatado al cielo donde vio “al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo” (Isaías 6:1). Del arrebatamiento de Isaías no hubo testigos y, en contraste con Enoc y Elías, Isaías regresó a la Tierra a cumplir su ministerio y posteriormente murió. Por esta razón, algunos no consideran que este haya sido un rapto sino una visión.

4. El Señor Jesucristo.

Jesús es Único. Su anunciado nacimiento y su vida santa y pura no tienen paralelo alguno, así como tampoco su muerte y resurrección. En Él se cumplieron “todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre” (Lucas 18:31): nació de una virgen por obra del Espíritu Santo (Lucas 1:26-35), vivió sin pecado (1 Juan 3:5), pero “al que no conoció pecado, por nosotros [Dios] lo hizo pecado” (2 Corintios 5:21); “fue entregado por nuestras transgresiones” para padecer el castigo por ellas hasta morir en la cruz, “y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25). A pesar de haber sufrido la muerte, “aquel a quien Dios levantó, no vio corrupción” (Hechos 13:37). Después de cuarenta días de haber resucitado, “viéndolo ellos [los discípulos], fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos” (Hechos 1:9). Habiendo sido testigo del ascenso de Jesús al cielo, el apóstol Juan, en su visión del Apocalipsis y refiriéndose a Jesús, afirma que “fue arrebatado para Dios y para su trono” (Apocalipsis 12:5).

Toda la existencia de Cristo es extraordinaria y su regreso al Padre no podía serlo menos. A excepción de Jesús, todos los que fueron resucitados sufrieron luego finalmente la muerte y la corrupción de sus cuerpos mortales; así también, a excepción de Jesús, todos los

demás arrebatamientos mencionados en las Escrituras nunca sufrieron previamente la muerte. Jesús murió y resucitó físicamente y fue arrebatado al cielo para regresar luego en su segunda venida al final de los tiempos.

5. El apóstol Felipe.

Felipe fue uno de los primeros discípulos de Jesús (Juan 1:43-44) y uno de los doce apóstoles (Mateo 10:1-4). Después de la resurrección y el ascenso de Jesús al cielo, el ministerio de Felipe fue uno de los más activos. El día que Esteban fue martirizado, “hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y Samaria, salvo los apóstoles” (Hechos 8:1). Sin embargo, como “los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando en evangelio”, Felipe decide unirse a ellos y, “descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo” (Hechos 8:4-5).

Fue el Espíritu Santo el que le ordenó a Felipe ir “hacia el sur, por el camino que desciende de Jerusalén a Gaza, el cual es desierto” (Hechos 8:26), y sin ninguna otra indicación, él obedeció. El Espíritu Santo le ordena esta vez acercarse al carro de un alto funcionario etíope que estaba escudriñando las Escrituras, y tras explicárselas, lo bautizó. Después de esto, “el Espíritu del Señor arrebató a Felipe; y el eunuco no le vio más... Felipe se encontró en Azoto; y pasando, anunciaba el evangelio en todas las ciudades, hasta que llegó a Cesarea” (Hechos 8:39-40).

El arrebatamiento de Felipe no fue para llevarlo al cielo ni librarlo del sufrimiento de la muerte en ese momento; el propósito de su arrebatamiento fue llevarlo a cumplir una misión evangelística ordenada y guiada por el Espíritu Santo de Dios.

6. El apóstol Pablo.

Este arrebatamiento fue similar al de Isaías. Pablo habla en tercera persona de una experiencia espiritual personal en la que “un hombre en Cristo... fue arrebatado hasta el tercer cielo... al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar” (2 Corintios 12:2-4). No se menciona si este arrebatamiento fue corpóreo o en el Espíritu, pero tal como sucedió con Isaías, Pablo fue devuelto a la Tierra para continuar su misión apostólica y sufrir el martirio y la muerte al final de sus días.

7. El apóstol Juan.

Juan fue “el discípulo amado” y el fundador de las iglesias de Esmirna, Pérgamo, Sardis, Filadelfia, Laodicea y Tiatira, a las cuales, junto con la de Éfeso, están dirigidos los mensajes con los que comienza el libro del Apocalipsis. Fue enviado de Éfeso a Roma, donde sufrió el martirio al ser echado en un caldero de aceite hirviendo, del cual escapó milagrosamente sin daño alguno. Después de esto, fue desterrado por el emperador Domiciano a la isla de Patmos, donde escribió el libro del Apocalipsis, y posteriormente liberado por el emperador Nerva, sucesor de Domiciano, trasladándose a la ciudad de Éfeso, donde murió siendo anciano y no por una muerte violenta.

Él mismo describe la experiencia de su arrebatamiento, en el que es llevado al cielo “en el Espíritu”, donde le serán reveladas “las cosas que sucederán después de estas” (Apocalipsis 4:1-2), y podrá ser testigo de la adoración celestial y de “las cosas que deben suceder pronto” (Apocalipsis 22:6). Aunque este arrebatamiento lo llevó al cielo, el apóstol Juan no permanecería allí más que el tiempo necesario para que todas esas cosas le fueran reveladas.

Todos estos raptos registrados y de los que en la mayoría hubo testigos, confirman la certeza y realidad del rapto como una verdad histórica y una esperanza real. Todos tienen algo en común y es que, aunque algunos sabían que ocurriría, ninguno conocía el momento en que sucedería. Sin embargo, aunque todos tuvieron la majestuosidad como actos divinos, ninguno tuvo la magnitud del que ocurrirá con la iglesia.

Sombras del Rapto en el Antiguo Testamento

El rapto de la iglesia fue un misterio no mencionado en el Antiguo Testamento, reservado sólo para la iglesia y revelado por Dios sólo al apóstol Pablo. Sin embargo, el Antiguo Testamento es “la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas” (Hebreos 10:1), así que allí se pueden encontrar varias alusiones que permiten confirmar no sólo la certeza del rapto, sino que este sucederá antes de los siete años de la Gran Tribulación.

El Espíritu Santo revela que “las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Romanos 15:4); un ejemplo clásico de estas sombras, también llamadas “tipos”, en la historia del sacrificio de Isaac, cuando Abraham, su padre y quien lo amaba grandemente, lo toma y lo lleva al Monte Moriah para ofrecerlo en sacrificio (Génesis 22:1-13); en este pasaje, Abraham es un tipo de nuestro Padre celestial e Isaac lo es de su amado Hijo Jesucristo, quien fue entregado para ser sacrificado en la cruz dos mil años después. De la misma manera, aquellas sombras o tipos del rapto de la iglesia que se encuentran en el Antiguo Testamento no sólo han sido preservadas para el aprendizaje de la generación actual y las futuras, sino que también prefiguran su cumplimiento en el Nuevo Testamento.

Estos son algunos de esos tipos:

1. Enoc “fue traspuesto para no ver muerte” (Hebreos 11:5), es decir, arrebatado antes que cayera el juicio de Dios con el diluvio universal, en los días de Noé, quien “advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase” (Hebreos 11:7). Los seres humanos de ese tiempo “no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos” (Mateo 24:39). Sólo ocho personas (Noé y su familia), creyeron y fueron salvadas de las aguas en el arca que Dios le ordenó construir a Noé; todos los demás habitantes perecieron bajo las aguas.

2. En tiempos de Abraham y Lot, antes que cayera el juicio de Dios sobre las ciudades de Sodoma y Gomorra, los dos ángeles que estaban con Lot “lo sacaron y lo pusieron fuera de la ciudad” (Génesis 19:16), pues el juicio de Dios no podía caer hasta que ellos estuvieran a salvo (Génesis 19:22). Dios los preservó a través de su ira, así como preservará a la iglesia y la sacará antes de ejecutar sus juicios durante la Gran Tribulación.

3. Isaac y Rebeca ofrecen un hermoso retrato de Cristo tomando a una novia gentil, una que considera el costo y deja a su propia familia, pero a la que no se le requiere sufrir a través de una tribulación o hambruna (Génesis 24).

4. José, el hijo de Jacob a quien sus hermanos vendieron (un tipo de Cristo en varias maneras), tomó a una novia gentil antes que cayeran los siete años de hambruna (Génesis 41:45). Después de recibir a su esposa, el mundo sufrió el juicio de “los siete años del hambre” (Génesis 41:54-57), durante los cuales muchos, entre ellos sus hermanos, vinieron con José por comida.

De esa misma manera, después que Jesús reciba a su novia y la

haga su esposa, sus hermanos (judíos), se volverán al Señor para ser salvados (Apocalipsis 7). El hambre es un tipo de la Tribulación (Amós 8:11) y Egipto es un tipo del mundo. Estas verdades sugieren que Jesús vendrá por su novia antes de la Semana Setenta de Daniel... ¡Antes que el hambre azote la Tierra! (Apocalipsis 6:5-6). Es muy interesante que la Gran Tribulación sea llamada el “tiempo de angustia para Jacob; pero de ella será librado” (Jeremías 30:7).

5. Antes de la conquista de Jericó, Josué “envió desde Sitim dos espías... Y ellos fueron y entraron en casa de una ramera que se llamaba Rahab” (Josué 2:1), que los ayudó y los escondió cuando el rey de Jericó supo de ellos. Antes que los espías lograsen escapar, Rahab les hizo prometer que así como ella los había ayudado “así la haréis vosotros con la casa de mi padre... y que salvaréis la vida a mi padre y a mi madre, a mis hermanos y hermanas, y a todo lo que es suyo; y que libraréis nuestras vidas de la muerte” (Josué 2:12-13). Los dos espías se lo prometieron, pero le dieron la siguiente instrucción: “atarás este cordón de grana a la ventana por la cual nos descolgaste; y reunirás en tu casa a tu padre y a tu madre, a tus hermanos y a toda la familia de tu padre... cualquiera que se estuviese en casa contigo, su sangre será sobre nuestra cabeza, si mano le tocare” (Josué 2:18-19). Rahab confió en la promesa que le hicieron los espías y actuó por fe siguiendo las instrucciones que le habían dado.

El “cordón de grana” es símbolo de la sangre de Cristo, y Rahab ciertamente es un claro retrato de la iglesia (la novia de Cristo), pues siendo una mujer del mundo, por la fe fue limpiada y librada de la ira de Dios. Cuando los muros de Jericó cayeron y el Señor entregó la ciudad a los israelitas, “los espías entraron y sacaron a Rahab, a su padre, a su madre, a sus hermanos y todo lo que era suyo; y también

sacaron a toda su parentela, y los pusieron fuera del campamento de Israel”; así fue como el Señor por medio de “Josué salvó la vida de Rahab la ramera” (Josué 2:23, 25). “Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes, habiendo recibido a los espías en paz” (Hebreos 11:31). Y Rahab, habiendo sido una prostituta cananea (gentil), aun así formó parte del linaje mesiánico (Mateo 1:5). El relato de la destrucción de Jericó unido a la historia de Rahab encierra una asombrosa revelación y es que antes que las murallas cayeran bajo el poder y el juicio de Dios, hubo siete días de advertencia que significan la paciencia de Dios para motivar el arrepentimiento. Respecto a aquellos días, Rahab relata que “el temor de vosotros ha caído sobre nosotros, y todos los moradores del país ya han desmayado por causa de vosotros... ha desmayado nuestro corazón; ni ha quedado más aliento en hombre alguno por causa de vosotros, porque Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra” (Josué 2:9-11). Ciertamente, esto es un anticipo de lo que el mundo experimentará durante la Gran Tribulación, que durará una semana de años.

6. Tras la muerte de Nabal, su viuda, Abigail, recibe la visita de los mensajeros del rey David (un tipo de Jesús), quienes le informan: “David nos ha enviado a ti, para tomarte por mujer” (1 Samuel 25:39-40).

Ella responde al mensaje “levantándose luego [Abigail] con cinco doncellas que le servían, montó en un asno y siguió a los mensajeros de David, y fue su mujer” (1 Samuel 25:42). Si se compara esta historia con el relato de la parábola de las diez vírgenes (Mateo 25:1-13), en esta última se observa a cinco vírgenes prudentes (doncellas) que prepararon su aceite (símbolo del Espíritu Santo) para reunirse con el novio (Jesús).

7. El Cantar de los Cantares es un retrato asombroso de Jesús y su iglesia. Allí se observa a la novia (la iglesia), que oye la voz de su amado (Jesús), viniendo por ella. Más tarde, el novio la llama a reunirse con él (Cantares 2:8-13). Este es un precioso cuadro anticipado de cuando en el cielo se celebren las “Bodas del Cordero” y Jesús y la iglesia tengan su encuentro como esposos (Apocalipsis 19:7-9).

8. El profeta Isaías anticipa que el rapto de la iglesia sucederá antes de la Tribulación, pues Dios le dice a su pueblo: “Anda, pueblo mío, entra en tus aposentos, cierra tras ti tus puertas; escóndete un poquito, por un momento, en tanto que pasa la indignación [la ira]. Porque he aquí que Jehová sale de su lugar para castigar al morador de la tierra por su maldad contra él” (Isaías 26:20-21). Este es un claro mensaje de que Dios no quiere que su pueblo sufra los juicios que enviará al mundo en los tiempos de la Tribulación (Juan 14:1-3; 1 Tesalonicenses 1:9).

9. El rey Nabucodonosor fue un tipo del Anticristo, pues llevó a cabo acciones similares a las que este personaje adoptará en su momento, al final de los tiempos, cuando hará levantar una estatua de dimensiones parecidas a la de Nabucodonosor, que deberá ser adorada por todos, y proclamará medidas contra los que se nieguen a recibir la marca en sus frentes o en sus manos (Daniel 3:1-6; Apocalipsis 13:16-17). Aunque Daniel era el “gobernador de toda la provincia de Babilonia, y jefe supremo de todos los sabios de Babilonia” (Daniel 2:48), no aparece en este relato porque... ¡es un tipo de la iglesia!

Estas son “sombras” de la realidad que tendrá lugar al final de los tiempos, cuando la iglesia sea arrebatada “en las nubes para recibir al Señor en el aire” (1 Tesalonicenses 4:17) y que expresan lo que Él ha

dispuesto para ella antes, durante y después de la Gran Tribulación.

El Día de Cristo y el Día del Señor

La Biblia revela que hay diferentes períodos de tiempo llamados “etapas” o “dispensaciones”, las cuales se caracterizan particularmente en la manera en que Dios trata con la humanidad. Por ejemplo, el “Cuerpo de Cristo”, que es la iglesia, fue una revelación desconocida bajo el Antiguo Testamento, porque Israel y la iglesia son dos entidades completamente diferentes y cada una determina un período de tiempo diferente. De igual manera, el rapto de la iglesia es un misterio sólo revelado durante el Nuevo Testamento al apóstol Pablo y que únicamente involucra a la iglesia, no se menciona en el Antiguo Testamento, aunque sí se pueden ver en él otros raptos que sucedieron y “sombras” del rapto que sucederá.

Estos dos eventos, el “Día de Cristo” y el “Día del Señor”, son completamente distintos, aunque se complementan el uno con el otro. Es como estar a la orilla del mar y sentir las olas que vienen una sobre la otra, pero con distinto tiempo y fuerza. La equivocada comprensión de la Palabra de Dios hace imposible entender las diferentes dispensaciones (una seguida de la otra) que Dios estableció. Por ejemplo, muchos cristianos no hacen diferencia alguna entre el “reino de los cielos”, que es el reino visible y físico que Jesús prometió a los judíos en los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, y, el “reino de Dios”, al cual pertenecen todos los nacidos de nuevo en el momento de su salvación. Así como estos dos reinos no son lo mismo, tampoco lo son el “día de Cristo” (para la iglesia) y el “día del Señor” (para Israel).

La frase “día de Cristo” aparece tres veces en el Nuevo Testamento (Filipenses 1:6, 10; 2:16) y siempre en conexión con el rapto de la

iglesia. El apóstol Pablo conecta estos dos eventos cuando se dirige a los hermanos de la iglesia de Tesalónica, que habían recibido una supuesta carta de él diciéndoles que el rapto de la iglesia ya había sucedido y que... ¡ellos se habían quedado! (2 Tesalonicenses 2:1-2). Para corregir esta herejía, Pablo les escribe explicándoles que el rapto de la iglesia aún no había sucedido, pues, según 2 Tesalonicenses 2:3, antes de eso aún deben suceder dos cosas:

1. Debe venir “la apostasía” o la rebelión contra Dios, es decir, el abandono de las verdades doctrinales para seguir falsas enseñanzas. “Muchos tropezarán entonces... y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos” (Mateo 24:10-11).

2. La manifestación del “hombre de pecado, el hijo de perdición”, es decir, el Anticristo, quien deberá ser revelado antes que la iglesia sea arrebatada. Algunos cristianos tal vez tengan el discernimiento para reconocer al Anticristo, otros tal vez no; de todas maneras, la iglesia será raptada o arrebatada inmediatamente.

La Biblia revela que el “día de Cristo” debe ser un evento esperado con gozo y consuelo por todos los cristianos, pues ese día “el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire” (1 Tesalonicenses 4:16-17). En síntesis, el “día de Cristo” inicia con el descenso de Jesús por los suyos y culminará con el rapto de la iglesia.

En cuanto al “día del Señor”, este día será iniciado también por Jesús, pues comienza una vez haya tenido lugar el rapto de la iglesia para ser llevada y presentada ante el Tribunal de Cristo, y celebrar

posteriormente las Bodas del Cordero (Apocalipsis 19:7-9); después de esto, tendrá lugar la segunda venida de Jesús para derrotar al Anticristo y establecer su Reino Milenial en la Tierra.

El mismo día o un poco después del rapto de la iglesia, el Anticristo celebrará un Pacto de Paz por siete años entre árabes y judíos, dando inicio al período de la Tribulación en la Tierra (Daniel 9:27; Apocalipsis 6:1-2). Por tanto, el “día del Señor” incluirá los siguientes eventos:

1. El Tribunal de Cristo, pues los creyentes estarán en el cielo.
2. El surgimiento del Anticristo.
3. Falsos milagros y señales milagrosas (2 Tesalonicenses 2:8-9).
4. El engaño de hacer creer que el Anticristo es el Mesías.
5. El sello de los 144,000 judíos.
6. La marca de la Bestia.
7. La violación del Templo.
8. La reunión de las naciones contra Israel.
9. Las Bodas del Cordero en el cielo.
10. La Batalla de Armagedón.
11. La segunda venida de Cristo.
12. Satanás es atado por mil años.
13. El Reino Milenial de Jesucristo con sus santos.
14. El juicio del Gran Trono Blanco.

Este es el gran panorama de los últimos tiempos, según lo anunciado por los santos profetas, Jesús y los apóstoles. Aunque el mismo Señor Jesucristo dijo que “del día y la hora, nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre” (Mateo 24:36), hay una secuencia de eventos revelada en las Sagradas Escrituras para que el mundo y, especialmente la iglesia, esté atento a las señales que anunciarán su proximidad; los que creen, abriguen la esperanza a la que han sido llamados; y los que aún no creen, se convencen de la verdad y la realidad de todo lo anunciado, se arrepientan y se vuelvan al Señor.

El Misterio del Rapto de la Iglesia

En los tiempos bíblicos, la mayoría de los judíos aguardaban la promesa de que cuando apareciera el Mesías establecería un reino terrenal libre del yugo del Imperio Romano. Los apóstoles, que habían creído que Jesús era el Mesías anunciado por los profetas, aún después de verlo resucitado también esperaban el cumplimiento de esa promesa (Hechos 1:6) e incluso ocupar una posición de autoridad junto con Jesús en este reino (Mateo 20:20-21). Ellos no comprendían aún que el Mesías que los profetas habían anunciado primero tenía que sufrir y después regresaría a establecer su reino.

La noche anterior a la crucifixión, los discípulos de Jesús estaban muy preocupados debido a que Él les había dicho: “Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis, pero como dije a los judíos, así os digo ahora a vosotros: Adonde yo voy, vosotros no podéis ir” (Juan 13:33). La sola idea de una separación permanente era demasiado para ellos que lo habían dejado todo por seguirlo a Él y, por su causa, el mundo los odiaría y los perseguiría. Pero al responderle a Pedro que “adonde yo voy, no me puedes seguir ahora, mas me seguirás después” (Juan 13:36), Jesús les permite abrigar la esperanza de

estar juntos de nuevo en el futuro; de hecho, tras responderle a Pedro, Jesús los llama a no angustiarse, pues Él regresaría para llevarlos con Él al cielo y que estén con Él donde Él está (Juan 14:1-3), siendo esta la primera mención del rapto de la iglesia.

La manera como se daría esa separación, Él mismo lo había anunciado a sus discípulos mientras se acercaban a Jerusalén para la Pascua y durante la celebración de la Última Cena con ellos antes de ser crucificado.²² Pero cómo se daría el reencuentro que ahora les anunciaba es “el misterio que se ha mantenido oculto por siglos y generaciones” (Colosenses 1:26), pues esta verdad, no revelada en el Antiguo Testamento, estaba reservada sólo para la iglesia del Señor, así que era algo totalmente nuevo para los discípulos. Luego que Pablo es convertido, Dios le reveló exclusivamente a él la doctrina del rapto de la iglesia:

“He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto inmortal se vista de inmortalidad.” 1 Corintios 15:51-53

Cuando el apóstol Pablo estuvo en Tesalónica y fundó allí la iglesia en su segundo viaje misionero (Hechos 17:1-9), les enseñó esta revelación acerca de que el Señor vendría en cualquier momento por ellos para llevarlos con Él al cielo. Sin embargo, después que Pablo se fue, algunos de los cristianos de allí murieron y la tristeza invadió a la congregación por no saber cuándo los volverían a ver. Es cuando Pablo decide escribirles y exponerles aún más ampliamente lo que les había enseñado cuando estaba con ellos, para que no “ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los

otros que no tienen esperanza” (1 Tesalonicenses 4:13), es decir, los incrédulos o inconversos Tanto las palabras de Jesús a sus discípulos como las de Pablo en 1 Tesalonicenses expresan la certeza de una vida después de esta vida terrenal, y la resurrección de Jesucristo es su garantía (1 Corintios 15:12- 17), pues como Pablo asegura, “así también Dios resucitará con Jesús a los que han muerto en unión con Él” (1 Tesalonicenses 4:14).

La Resurrección de los Muertos

Entre los judíos del tiempo de Jesús y de los primeros años de la iglesia había dos corrientes doctrinales acerca de la resurrección de los muertos: “los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel ni espíritu; pero los fariseos afirman estas cosas” (Hechos 23:8). Por su parte, los gentiles, “cuando oyeron lo de la resurrección de los muertos, unos se burlaban, y otros decían: Ya te oiremos hablar de esto otra vez” (Hechos 17:32), demostrando su desinterés y rechazo. Estas discusiones y posturas se trasladaron al interior de la iglesia, que estaba conformada por judíos y gentiles, así que algunos dudaban aún de la resurrección.

El apóstol Pablo recuerda a la iglesia el fundamento de fe que se transmitirá de una generación a otra de creyentes: “Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (1 Corintios 15:3-4). De esta manera, la doctrina de la justificación, es decir, de ser declarados justos por la muerte del “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29), está unida a la doctrina de la resurrección que es la esperanza del creyente y sin la cual la primera no tendría sentido, pues “somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en

vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección” (Romanos 6:4-5). De esta manera, la seguridad de la vida después de esta vida terrenal está garantizada por la resurrección de Jesucristo, “porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados” (1 Corintios 15:16-17), y por tanto, la muerte de Cristo habría sido en vano y los cristianos serían “los más dignos de conmiseración de todos los hombres” (1 Corintios 15:19).

La resurrección de Jesús también fue un hecho presenciado que acredita su veracidad. Primero, fue visto por María Magdalena, quien dio la noticia a los apóstoles (Juan 20:11-17); luego “apareció a Cefas, y después a los doce. Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez... Después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles; y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí” (1 Corintios 15:5-8). ¡Todos ellos fueron testigos de la resurrección de Cristo!

En consecuencia, “en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida” (1 Corintios 15:22-23). Así, la muerte de Cristo no sólo está unida a su resurrección sino también a su venida.

Una de las razones por la que muchos cristianos han estado confundidos es que algunas interpretaciones de las profecías bíblicas han tratado de mezclar las resurrecciones y todos los juicios en un solo evento. Por ejemplo, los postribulacionistas contribuyen a la confusión al argumentar que Apocalipsis 20:5, que menciona “la primera resurrección”, es una evidencia de que el rapto de la iglesia será después de la segunda venida de Cristo. El error en esta interpretación está en que el contexto de la Escritura está

mencionando dos resurrecciones: la primera tiene que ver con “los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años” (Apocalipsis 20:4); los hechos aquí mencionados acerca de la bestia y la imagen y la marca de la bestia (Apocalipsis 13:1-18), son aspectos que, según la cronología bíblica del final de los tiempos, caracterizarán la época bajo el gobierno del Anticristo o de la Gran Tribulación, y por lo tanto, son anteriores a la segunda venida de Cristo (Apocalipsis 19:11-21); así que los que murieron en Cristo durante la Gran Tribulación “vivirán” (resucitarán) antes del Milenio para reinar con Cristo mil años. Esta es “la primera resurrección”. Los “otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años” (Apocalipsis 20:5), es decir, después del Milenio habrá una segunda resurrección.

Sin embargo, habrá una resurrección anterior. Al estudiar detenidamente la profecía de las Setenta Semanas de Daniel, se observa que hay un intervalo de tiempo entre la semana sesenta y nueve, la cual termina cuando “se quitará la vida al Mesías”, y, la semana setenta, en la que se “confirmará el pacto con muchos” (Daniel 9:26-27), con el que iniciará la Gran Tribulación. Ese intervalo es conocido como la época o la dispensación de la iglesia, la cual inicia con el derramamiento del Espíritu Santo el Día de Pentecostés (Hechos 2:1-4) y culminará “hasta que él a su vez sea quitado de en medio” (2 Tesalonicenses 2:7); antes que esto último suceda, “los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire” (1 Tesalonicenses 4:16-17). La iglesia entera, los fieles que murieron en Cristo y los que estén vivos en el momento del rapto, partirán con el

Señor y una vez la iglesia deje de estar en el mundo, el Espíritu Santo será “quitado de en medio” para dar paso al período de la Gran Tribulación, que corresponde a la Semana Setenta de Daniel.

El problema radica en no comprender que “la primera resurrección” es la de todos los santos del Antiguo Testamento que obedecieron la Palabra de Dios y murieron albergando la esperanza del Mesías y, “aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fueran ellos perfeccionados aparte de nosotros” (Hebreos 11:39- 40). Varios profetas del Antiguo Testamento mencionaron esta resurrección:

“Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne, he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro.” Job 19:25-27

“Tus muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán. ¡Despertad y cantad, moradores del polvo! Porque tu rocío es cual rocío de hortalizas, y la tierra dará sus muertos... Porque he aquí que Jehová sale de su lugar para castigar al morador de la tierra por su maldad contra él...” Isaías 26:19-21

“De la mano del Seol los redimiré, los libraré de la muerte. Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh, Seol.” Oseas 13:14

Una característica común de estos pasajes es que, aunque mencionan la realidad de la resurrección, ¡ninguno menciona el rapto de la iglesia! Más aún, en sus contextos se menciona que hacen parte de un tiempo de juicio, lo cual no es el propósito del rapto, sino de los juicios posteriores de los que harán parte “la primera resurrección”, antes del Milenio, y “la segunda resurrección”, después del Milenio, ambas después de la segunda venida de Cristo.

Junto con la resurrección de los santos del Antiguo Testamento, también tendrá lugar la de los santos de la Tribulación, “los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos” (Apocalipsis 20:4).

Por el contrario, la “segunda resurrección” es para los que serán condenados. Cuando la Escritura dice “los otros muertos”, son los que no resucitaron en “la primera resurrección” por su desobediencia, impiedad y falta de fe, y que permanecerán así hasta después del Milenio, para resucitar y enfrentar el Juicio Final en el que serán condenados y “lanzados al lago de fuego” (Apocalipsis 20:12-15).

Finalmente, mientras la “segunda resurrección” será un solo evento que tendrá lugar después del Milenio, “la primera resurrección”, la de los salvos, involucrará varios momentos:

1. Cristo, la primicia, fue el primero en resucitar para jamás volver a morir.
2. Los muertos en Cristo (1 Tesalonicenses 4:16-17). Esta resurrección tendrá lugar en el momento del arrebatamiento de la iglesia.
3. Los dos testigos (Apocalipsis 11:11-12). Esta resurrección se dará durante la Tribulación.
4. Los santos del Antiguo Testamento (Isaías 26:19; Daniel 12:1-2), y, los mártires de la Tribulación (Apocalipsis 20:4). Esta resurrección ocurrirá después de la segunda venida de Cristo y antes del Reino Milenial.

En conclusión, la resurrección de los muertos es una verdad

fundamental para todos los seres humanos y un hecho real comprobado por las que han sucedido y de las cuales hay testigos.

La Certeza del Rapto de la Iglesia

Este trascendental evento para la iglesia y los creyentes, conocido como el rapto o arrebatamiento de la iglesia, es el próximo evento en el calendario profético de Dios y hace parte de la serie de sucesos que conforman el final de los tiempos. El evento cumbre de estos sucesos es, sin duda alguna, la anunciada y anhelada segunda venida de Cristo, la cual se dará en dos fases, una antes y otra después de la Gran Tribulación. La primera fase es el rapto de la iglesia; la segunda fase tendrá lugar después de la Gran Tribulación, cuando Cristo regrese para derrotar al Anticristo en la Batalla del Armagedón y establecer su Reino Milenial. Dada su finalidad, hay una gran diferencia entre estas dos fases.

El rapto de la iglesia es el evento precursor de la cronología divina de los últimos tiempos, con el cual se cierra el paréntesis temporal entre la semanas sesenta y nueve y setenta, según la profecía de Daniel (Daniel 9:26-27), y que abarca el período de la iglesia de Cristo en la Tierra, también conocido como la dispensación de la iglesia o de la gracia, en la que Dios salva tanto a judíos como a gentiles por la fe en Jesucristo, y, a su vez, se abre el escenario para que los eventos anunciados para la humanidad y toda la creación en la Semana Setenta de Daniel empiecen a cumplirse.

Este evento describe el momento en que Jesús desciende del cielo acompañado de los espíritus de los santos que han muerto desde el Día de Pentecostés hasta entonces para resucitar sus cuerpos, los cuales serán revestidos con cuerpos glorificados e incorruptibles y, junto con los santos vivos hasta ese momento, cuyos cuerpos serán

“transformados” (gr. ἀλλάσσω, alásso) sin experimentar la muerte (1 Corintios 15:51-53), ser arrebatados en las nubes para encontrarse con el Señor en el aire (1 Tesalonicenses 4:17). Así pues, el rapto de la iglesia involucra necesariamente la resurrección de los justos, pues serán dos eventos simultáneos.

Para entender mejor cómo se dará esta resurrección, es necesario entender lo que la muerte física hace al cuerpo y al espíritu. En la Biblia, la palabra “muerte” no significa “aniquilación”, sino “separación”; por esto, cuando Adán y Eva pecaron, murieron espiritualmente, es decir, fueron “separados” de Dios, pero sus cuerpos continuaron sus procesos biológicos de envejecimiento y posterior muerte y descomposición. Desde entonces, por causa del pecado, todos “están lejos de la presencia gloriosa de Dios” (Romanos 3:23 DHH), “separados” de Él, es decir, muertos espiritualmente (Efesios 2:1). Esta separación espiritual tiene repercusiones en la muerte y la resurrección de los seres humanos. Cuando un justo muere físicamente, su cuerpo se separa de su alma y su espíritu (Génesis 35:18, 29), y mientras su cuerpo “duerme” en el polvo de la tierra, su espíritu y su alma van inmediatamente a la presencia de Dios. Entre esta muerte física y la resurrección de los justos, el creyente vive con un cuerpo temporal en el cielo (Apocalipsis 6:9-11). Pero cuando un no creyente muere, su cuerpo yace en la tumba, pero su alma y su espíritu descienden al Hades a esperar la segunda resurrección para comparecer ante el “gran trono blanco” y ser “juzgados según lo que hayan hecho”; esto es lo que sucederá con los impíos, pues ellos no resucitarán sino hasta después del Reino Milenial (Apocalipsis 20:11-15).

Según lo anterior, en este evento no participarán obviamente los impíos. Tampoco lo harán los creyentes que fallecieron antes del Día

de Pentecostés, pues no murieron en Cristo, ya que sólo hasta ser bautizados “en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados y recibir el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38), se está unido a Él y a su cuerpo que es la iglesia (Efesios 2:14-16). Estos creyentes serán resucitados junto con los mártires de la Gran Tribulación (Isaías 26:16-19), después de la cual tendrá lugar la segunda venida de Cristo.

En cuanto a la resurrección de los santos del Antiguo Testamento, el profeta Daniel dice que “será tiempo de angustia [la Gran Tribulación], cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces” (Daniel 12:1), lo cual concuerda con las palabras de Jesús en su sermón sobre el final de los tiempos (Mateo 24:21). Obsérvese que después de este “tiempo de angustia” tendrá lugar la resurrección de los santos del Antiguo Testamento (Daniel 12:2), y, posterior a ello, el Reino Mesianico (Daniel 12:3). Esta secuencia ubica la resurrección de los santos del Antiguo Testamento después de la Gran Tribulación y antes del Reino Milenial de Cristo.

En cuanto a la duración del rapto de la iglesia, la Biblia revela que este será “en un momento, en un abrir y cerrar de ojos” (1 Corintios 15:52). El parpadeo es el movimiento más rápido del cuerpo humano y así se describe la duración de ese momento en el que el Señor vendrá por sus fieles, tan rápido que será imperceptible al ojo humano.

Cronología del Rapto de la Iglesia

Habiendo aclarado estas dos verdades fundamentales, la resurrección de los muertos y el rapto de la iglesia, la descripción de cómo será el encuentro de Jesús con los suyos podrá ser mejor comprendida. El apóstol Pablo revela la secuencia cronológica del

arrebatamiento en siete etapas:

1. “El Señor mismo... descenderá del cielo” (1 Tesalonicenses 4:16).

El mismo Señor Jesucristo que, “mientras ellos [los discípulos] lo miraban, fue llevado a las alturas hasta que una nube lo ocultó de su vista” (Hechos 1:9 NVI), será quien, de manera física y desde esas mismas alturas, a las que Pablo se dirigió como el tercer cielo (2 Corintios 12:1-2), “así vendrá como le habéis visto ir al cielo”, por todos sus fieles (Hechos 1:11). En ese instante, el Señor empezará a dar cumplimiento a la promesa que hizo a sus discípulos en el Aposento Alto, después de la Última Cena, antes de ser crucificado: “vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:1-3).

2. “... con voz de mando...”.

El texto griego original se refiere a esta voz como la de una orden militar o la de un jefe dirigiéndose a un subalterno. ¡Es la misma voz que resucitó a Lázaro! (Juan 11:43). Con esa misma voz, cuando descienda de su morada celestial, el Señor ordenará a los muertos que resuciten y “todos los que están en los sepulcros oirán su voz” (Juan 5:28-29).

3. “... con voz de arcángel...”.

Aunque los ángeles siempre han sido usados por Dios para misiones especiales en este mundo, al final de los tiempos, ellos incrementarán su actividad. En este evento, el arcángel Miguel, “el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo” (Daniel 12:1), será quien acompañe a Jesús desde el tercer cielo a atravesar el segundo y el primero para el arrebatamiento de la iglesia.

4. “... y con trompeta de Dios...”.

Las trompetas tenían un significado especial para la audiencia judía de Jesús y del apóstol Pablo. En las Escrituras, muchos eventos especiales están asociados con ellas, las cuales eran usadas para convocar y movilizar al pueblo de Dios (Números 10:1-9). Esto también aplicará para el momento del rapto, en el que sólo los creyentes escucharán el sonido de una trompeta que convocará a todos los fieles, “los muertos en Cristo” y los creyentes vivos, anunciándoles que Jesús viene por ellos. En ese instante, “todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta” (1 Corintios 15:51-52). Esta es una referencia a la Fiesta de las Trompetas, la cual duraba dos días, durante los cuales el sacerdote tocaba once veces el shofar en cada una de las nueve diferentes sesiones. Tras los 99 toques, se hacía un último más fuerte y largo, que se relaciona con la “final trompeta” (1 Corintios 15:52) o la “trompeta de Dios” (1 Tesalonicenses 4:16) que se escuchará en el momento del rapto de la iglesia.

5. “... y los muertos en Cristo resucitarán primero”.

Los “muertos en Cristo” son todos los creyentes que fueron bautizados en Él y murieron fieles a Él aguardando su venida durante el período de la iglesia o la dispensación de la gracia, el cual abarca desde el Día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo profetizado en el Antiguo Testamento (Joel 2:28-32) y prometido por Jesús (Juan 14-16) fue derramado sobre los discípulos reunidos en el Aposento Alto (Hechos 2:1-4), hasta el momento del rapto. Estos muertos “resucitarán primero”, revestidos con cuerpos glorificados e incorruptibles, y se unirán a los que estén vivos para ser arrebatados juntos a su encuentro con el Señor. Este evento hace parte de la “primera resurrección” y es anterior a la Gran Tribulación y, por lo tanto, a la segunda venida de Cristo.

En el Día de Pentecostés, luego de ser llenos del Espíritu Santo, los discípulos salieron a anunciar “las maravillas de Dios” (Hechos 2:7-11) a todos los “judíos, varones piadosos, de todas las naciones bajo el cielo” (Hechos 2:5) que habían llegado a Jerusalén para celebrar la Fiesta de las Semanas. Después de la predicación de Pedro, “los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas”. Así nació la iglesia cristiana (Hechos 2:41-47).

6. “Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes...” (1 Tesalonicenses 4:17).

A los “muertos en Cristo” que serán resucitados en cuerpos glorificados e incorruptibles, se unirán inmediatamente los santos que estén vivos en el momento del rapto, cuyos cuerpos serán transformados sin experimentar la muerte (1 Corintios 15:51-53), “para que sean semejantes al cuerpo de la gloria” del Señor (Filipenses 3:21), y juntos ser arrebatados “en las nubes para recibir al Señor en el aire” (1 Tesalonicenses 4:17).

7. “... para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”.

De manera súbita, los creyentes vivos en sus cuerpos transformados junto con “los muertos en Cristo” resucitados serán arrebatados en las nubes para su anhelado encuentro con Cristo y nunca más separarse de Él.

Aquí se encuentran algunas de las principales diferencias con la segunda venida de Cristo, en el que “se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está en frente de Jerusalén al oriente... y vendrá Jehová mi Dios, y con él todos los santos”

(Zacarías 14:4-5). En el rapto, el Señor no vendrá con la iglesia sino por ella, y su encuentro con los fieles será... ¡en el aire!

Con el rapto, el período de la iglesia llegará a su fin. Inmediatamente después del arrebatamiento o rapto de la iglesia, tendrá lugar el Tribunal de Cristo en el cielo (Romanos 14:10), en el que todos los fieles recibirán las recompensas según lo que hayan hecho (1 Corintios 3:11-15). Después de esto, toda la iglesia arrebatada seguirá a Cristo a las Bodas del Cordero (Apocalipsis 19:7-9), para luego bajar con Él, acompañándolo en su segunda venida para establecer su Reino Milenial en la Tierra (Zacarías 14:4-5; Apocalipsis 19:11-16).

El Tiempo del Rapto de la Iglesia

Al querer saber el tiempo en el que el rapto de la iglesia se llevará a cabo, es necesario recordar las palabras de Jesús a los fariseos, cuando estos, para ponerlo a prueba, “le pidieron que les mostrase señal del cielo” (Mateo 16:1):

“Cuando anochece, decís: Buen tiempo; porque el cielo tiene arreboles. Y por la mañana: Hoy habrá tempestad; porque tiene arreboles el cielo nublado. ¡Hipócritas! que sabéis distinguir el aspecto del cielo, ¡mas las señales de los tiempos no podéis! La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás.” Mateo 16:2-4

Si hubieran atendido a las muchas profecías bíblicas acerca de la primera venida de Cristo, los fariseos habrían podido entender “las señales de los tiempos” (gr. σημεῖον τῶν καιρός, semeíon ó kairós) y saber que el Mesías ya estaba entre ellos. Esa es la razón de la reprensión del Señor Jesucristo por sus vidas religiosas e hipócritas.

Respecto al rapto de la iglesia, Jesús mismo afirma que “del día y la

hora nadie sabe”, pero sí es posible conocer los tiempos señalados por Dios (kairós). Esto no es lo mismo que decir que es posible saber el día y la hora (chrónos), pues eso “ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre” lo sabe (Mateo 24:36); se trata, más bien, de estar atentos a las señales de las que hablaron los profetas del Antiguo Testamento, Jesús y los apóstoles en el Nuevo Testamento. La secuencia de estas señales permite establecer un marco claro acerca del cumplimiento de cada una de ellas y de los eventos que se derivan de allí.

El rapto de la iglesia será un evento repentino que ocurrirá “en un momento, en un abrir y cerrar de ojos”, en el que se escuchará el toque de “la final trompeta” (1 Corintios 15:52), con la que se desencadenarán todos los eventos de la cronología del rapto.

Algunos confunden esta “final trompeta” con la última Trompeta del Apocalipsis (Apocalipsis 11:15- 18), pero las trompetas del Apocalipsis son instrumentos de la ira de Dios y son tocadas por ángeles, pero la “final trompeta” del rapto, identificada por el apóstol Pablo como la “trompeta de Dios” (1 Tesalonicenses 4:16), es una trompeta relacionada con el llamamiento de Cristo a la iglesia para reunirse con Él en el aire. No existe una descripción de Cristo viniendo por su iglesia entre la Séptima Trompeta y el inicio de los juicios de las Siete Copas en Apocalipsis.

Las Fiestas de Israel y el Rapto de la Iglesia

Una de las secuencias más interesantes en la Biblia tiene que ver con las Fiestas de Israel, “fiestas solemnes de Jehová, las cuales proclamaréis como santas convocaciones... a las cuales convocaréis en sus tiempos” (Levítico 23:2-4); según la instrucción dada por Dios a Moisés, estas fiestas tenían que seguir un estricto programa y orden

consecutivo.

La palabra “fiestas” (heb. מִוֵּד, moéd), en la cultura popular generalmente se relaciona con jolgorio, comida, bebida, baile, música y alegría; pero, en el contexto hebreo, es una referencia a “un tiempo señalado o escogido para una cita divina”, de manera que cada una de estas fiestas contenía una visión profética que se cumpliría en determinado tiempo y en un orden específico. Dios instruyó a los israelitas para celebrar siete fiestas, cuatro en la primavera y tres en el otoño, y cada una representaba o era una preparación o ensayo para eventos futuros. Esto es evidente en la propia vida de Jesús: Él fue crucificado en la Fiesta de la Pascua del Señor (Levítico 23:5), que recordaba cuando las familias de los israelitas se reunieron para sacrificar un cordero de un año y sin mancha, y con su sangre pintaron los marcos de las puertas de sus casas como una señal para que el ángel de la muerte no tocara a ninguno de los que la habitaban, escapando así del juicio de Dios sobre la tierra de Egipto y dando inicio al Éxodo de Israel hacia Canaán (Éxodo 12:1-28). A esto se refirió Juan el Bautista cuando reconoció al Mesías: “¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (Juan 1:29). Para los cristianos, Jesús es el Cordero Pascual.

Terminada la Fiesta de la Pascua, inicia la Fiesta de los Panes sin Levadura (Levítico 23:6), en la que por siete días los israelitas comían pan sin levadura, la cual representaba el oprobio de Egipto con el cual los israelitas habían sido contaminados durante los años de esclavitud. La fiesta les recordaría que habían abandonado la nación y las costumbres de aquella tierra donde habían sido esclavos. Jesús es “el pan de vida... el pan vivo que bajó del cielo” (Juan 6:48, 51), sin pecado ni contaminación alguna. Los siete días reflejan además de esto, la perfección de la obra divina, pues Jesús removi生 perfecta y

completamente el pecado de la humanidad con su sacrificio en la cruz del Calvario.

Al día siguiente de iniciada la Fiesta de los Panes sin Levadura, se celebra la Fiesta de las Primicias o de los Primeros Frutos, cuando los israelitas debían llevar “al sacerdote una gavilla por primicia de los primeros frutos” de sus cosechas (Levítico 23:9-11). Al haber sido resucitado en esta fiesta, Cristo es presentado “como primicia [de la resurrección y esperanza] de los que murieron” (1 Corintios 15:20).

La siguiente es la Fiesta de las Semanas o de Pentecostés, la cual se celebra la mañana siguiente después siete sábados o semanas, es decir, cincuenta días después a partir de la Pascua (Levítico 23:15-16). En esas semanas se recogían las cosechas y se empezaba a preparar de nuevo la tierra para la siguiente cosecha. Después que Jesús resucitó y subió al cielo, esta fiesta se celebraba en Jerusalén, donde los discípulos estaban reunidos en el Aposento Alto, cuando “de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba... Y fueron todos llenos del Espíritu Santo” (Hechos 2:2-4). Con el derramamiento del Espíritu Santo sobre aquellos primeros discípulos nació la iglesia del Señor con una gran cosecha, pues “se añadieron aquel día como tres mil personas” (Hechos 2:41).

Estas eran las cuatro fiestas que se celebraban en primavera y todas corresponden a eventos proféticos cumplidos en la vida de Jesús en su primera venida. Todas ellas fueron cumplidas literalmente en el tiempo establecido (kairós) por Dios. Bajo el Antiguo Testamento, los israelitas y luego los judíos nunca supieron que todas ellas eran una preparación para la primera venida de Cristo.

Las siguientes fiestas, las cuales se celebran en otoño, en el séptimo mes o de Tishréi (septiembre y octubre) y durante siete días, están

alineadas con el final de los tiempos. Así, la quinta era la Fiesta de las Trompetas (Levítico 23:23-25), alineada con el rapto de la iglesia; la sexta era la Fiesta de la Expiación o del Perdón (Levítico 23:26-28), alineada con el futuro arrepentimiento de Israel y la segunda venida de Cristo; y la séptima y última era la Fiesta de los Tabernáculos o las Enramadas (Levítico 23:33-34, 42-43), la cual representa el Reino Milenial del Señor Jesucristo (Zacarías 14:16-19); en esta fiesta, los judíos recordaban su viaje por el desierto y eran confortados con la esperanza de la presencia de Dios. Todo será perfeccionado en la Fiesta de los Tabernáculos.

Pentecostés y el Rapto de la Iglesia

La Fiesta de las Semanas (heb. שבוע, shabúa) o de Pentecostés (gr. Πεντηκοστή, pentekosté), es la cuarta fiesta del calendario de las Fiestas de Israel. Las tres primeras se celebraban en el mes de nisan, entre los meses de marzo y abril, en la primavera, y representaban el sacrificio de sangre y la resurrección; la de Pentecostés, en el mes de sivan, entre los meses de mayo y junio, aún en primavera; y, las tres últimas, en el mes de tishri, entre los meses de septiembre y octubre, en el otoño, y eran un llamado al juicio y al establecimiento del reino de Dios.

Más que todas las demás fiestas judías, Pentecostés contiene un significado profético muy elevado respecto al rapto de la iglesia y también es la más misteriosa de todas, asociada con símbolos y metáforas que representan algo más allá que la sola cosecha del grano. Entre los judíos, esta es la fiesta que celebra también la entrega de la Ley (Torah) en el Monte Sinaí. Además, esta fiesta también se considera la del matrimonio de Dios con Israel, su esposa, a la que corteja durante las siete semanas entre la Fiesta de la Pascua y la de Pentecostés. La imagen resultante es la de una familia

fiel y santa.

Inicialmente, la Fiesta de las Semanas o de Pentecostés fue conocida como la Fiesta de la Cosecha, en la que se presentaba el nuevo grano a Jehová, cincuenta días, es decir, al día siguiente después de siete sábados de la celebración de la Fiesta de los Primeros Frutos o de las Gavillas, en la que habían llevado “al sacerdote una gavilla por primicia” de sus cosechas (Levítico 23:9-11). Para la tradición judía, estos cincuenta días entre las dos fiestas siempre han simbolizado la relación de madurez entre Dios e Israel.

Esta especial condición tiene importantes repercusiones escatológicas, pues al depender del conteo de las siete semanas, la fecha de Pentecostés es fluida, pues el calendario judío estaba basado en el ciclo de la luna nueva, así que Pentecostés podía ser en el quinto, sexto o séptimo día del mes de sivan. La determinación final de la fecha dependía de si los meses de nisan o iyar eran meses completos de treinta días. Hasta el día de hoy, si se quiere calcular la fecha de Pentecostés tal como lo instruye la Biblia, su tiempo preciso sigue siendo un misterio. Simbólicamente, este es un modelo perfecto para el arrebatamiento de la iglesia, para el cual tampoco hay un tiempo definido.

Al explicar la parábola del trigo y la cizaña (Mateo 13:24-30), Jesús mencionó que “la siega [cosecha] es el fin del siglo” (Mateo 13:39), profetizando que los eventos del final de los tiempos culminarán en una gran cosecha de almas. Pentecostés marca el final de la cosecha del grano y se celebraba presentando en el Templo dos panes horneados con levadura que eran entregados al Sumo Sacerdote. Estos panes representan los cuerpos de los redimidos y es razonable afirmar que un pan simboliza al Israel espiritual y el otro a la iglesia.

En el primer sermón de la iglesia cristiana, en el Día de Pentecostés, el apóstol Pedro citó al profeta Joel, cuyo libro está centrado en el ciclo de la cosecha, para explicar lo que estaba sucediendo aquel día ante el asombro de todos los que asistían a Jerusalén (Hechos 2:16-21). El tiempo del profeta Joel es incierto, sin embargo, antes de profetizar el derramamiento del Espíritu Santo (Joel 2:28-32), el profeta Joel mencionó la invasión de “un pueblo fuerte e innumerable” como las plagas que habían asolado los campos (Joel 1:3-10), ocasionando el exilio de Israel como consecuencia del pecado. No obstante, el profeta Joel no se queda en la denuncia y el juicio sobre la nación, sino más bien se enfoca en llamar al arrepentimiento y en la misericordia de Dios, anunciando que Él dará “la primera lluvia a su tiempo, y hará descender sobre vosotros lluvia temprana y tardía como al principio” (Joel 2:23). Una vez que el Espíritu fue derramado en el Día de Pentecostés sobre los discípulos que se encontraban reunidos en el Aposento Alto, en la ciudad de Jerusalén, se cumplió la profecía de la “lluvia temprana”. Algún día, cuando el Espíritu Santo vuelva a ser derramado en Jerusalén se cumplirá la profecía de la “lluvia tardía” (Joel 2:23). Esto implica que para el Espíritu Santo sea derramado de nuevo, antes debe ser “quitado”, lo cual sucederá cuando la iglesia sea arrebatada (2 Tesalonicenses 2:7), y se desaten los juicios de Dios durante la Gran Tribulación.

La Fiesta de Pentecostés tiene una gran importancia al comienzo de las dos dispensaciones, la de la Ley y la de la Gracia. Para la iglesia cristiana, ese día fue su nacimiento y el inicio de la Dispensación de la Gracia. En el judaísmo, los rabinos afirman que la Dispensación de la Ley comenzó en Pentecostés, pues ese día se oyó una trompeta celestial en el Monte Sinaí (Éxodo 19:16-19), lo cual es recordado por los judíos como el tiempo cuando su identidad nacional tomó una nueva dirección. Esta es la única trompeta en el Antiguo Testamento

que suena desde el cielo. La siguiente trompeta sonará el día del raptó de la iglesia (1 Tesalonicenses 4:16).

El apóstol Pablo fue discípulo de uno de los más importantes maestros de la Ley en Israel, Gamaliel, además de su formación como fariseo, lo cual sin duda le permitió conocer con profundidad y máximo detalle todo lo pertinente a las Fiestas de Israel. Así que, cuando él mencionó a Cristo como “las primicias” (1 Corintios 15:23), era consciente de que el próximo evento sería Pentecostés. Obviamente, no era el

Pentecostés en el que el Espíritu Santo fue derramado sobre la iglesia, pues eso ya había sucedido 25 años antes que Pablo escribiera esas palabras. Por tanto, él debió estar refiriéndose a un futuro Pentecostés que concluirá con la cosecha: la resurrección de Cristo como los primeros frutos y la resurrección de los justos al final de la cosecha.

El Raptó de la Iglesia... Esperanza y Consuelo

La convicción del raptó de la iglesia brinda a los creyentes en el Señor la absoluta seguridad de que en cualquier momento podrán abandonar este mundo para estar inmediatamente en la presencia de Jesús. Este solo pensamiento junto con la esperanza y el consuelo que tendrán cuando el Señor venga por ellos, les hará olvidar rápidamente todas las tribulaciones y sufrimientos que hayan podido experimentar en el curso de sus vidas, pues “las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que [en nosotros] ha de manifestarse” (Romanos 8:18).

La comprensión de esta promesa debiera influir la vida de los creyentes de tal manera que en su corazón haya esperanza, paz, aliento y consuelo. Hay cinco áreas en las que esa influencia será

evidente.

1. La Convicción de la Salvación.

Nadie sabe cuánto tiempo le queda de vida, pero todos los seres humanos son conscientes de que algún día habrán de morir y que no hay garantía de ver el mañana (Santiago 4:13-15). Proféticamente, Jesús puede venir en cualquier momento para llevar a su novia, la iglesia, al cielo con Él; pero los no creyentes permanecerán en este mundo para soportar durante siete años los terribles juicios de Dios. Este tiempo es conocido en la Biblia como la Gran Tribulación (Mateo 24:21).

Una vez conscientes de la brevedad de la vida, la pregunta más importante para cualquier persona es si tiene una relación personal con Jesús como Señor y Salvador. La Biblia afirma que “todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). Esto quiere decir que, por causa del pecado, el ser humano está espiritualmente separado de Dios y, mientras persista el pecado, también persistirá esa separación. “El pecado es infracción de la ley” (1 Juan 3:4) y, como tal, tiene un castigo impuesto por la misma ley: “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23).

Dios, que es Santo y Justo, demanda el cumplimiento de la ley, es decir, el castigo del pecado. Él ha determinado que el ser humano, creado por Él, sea redimido; no obstante, el castigo debe ejecutarse. En su Gracia, Dios mismo ha enviado a su Hijo Jesucristo para cumplir en Él la condena del ser humano, así que “al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21). De esta manera, mediante el derramamiento de su sangre en la cruz, Cristo ha traído el perdón de Dios a la humanidad al “anulando el acta de los decretos

que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz” (Colosenses 2:14); y, tras su resurrección de entre los muertos al tercer día, ha completado y garantizado la salvación de todos los que creen en Él (Juan 3:16).

2. La Convicción de Ganar Almas.

Ningún cristiano puede dejar de conmoverse ante el poder y la ira de Dios que se hacen evidentes en los terribles juicios anunciados (Apocalipsis 6-8) y que muy pronto caerán sobre la humanidad y el terrible futuro que les espera a aquellos que se negaron a aceptar “la dádiva de Dios [que] es vida eterna en Cristo Jesús nuestro Señor” (Romanos 6:23).

Esta es la razón por la que Dios, en su gran amor por el mundo, ha enviado a sus fieles como embajadores a proclamar el evangelio de su Hijo Jesucristo (2 Corintios 5:20). Todos los que han respondido a este mensaje de la gracia y del perdón de Dios, conocen el futuro del mundo y son movidos a ganar almas “hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8).

3. La Convicción de una Vida Pura.

Una correcta comprensión del rapto de la iglesia debe conducir a una “santa y piadosa manera de vivir” (2 Pedro 3:11), dispuestos siempre a renunciar “a la impiedad y a los deseos mundanos” (Tito 2:12), sabiendo que el Señor viene en cualquier momento y querrá encontrar a cada uno de los suyos aguardándolo.

4. La Convicción de un Corazón Tranquilo.

En la víspera de del día en que Jesús sería entregado a los líderes judíos para que lo crucificaran y sabiendo que sus discípulos se sentían angustiados, inquietos e intranquilos por las cosas que Él les

había dicho y que ellos aún no entendían, Jesús les dijo: “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:1-3).

Demasiadas cosas en el mundo pueden perturbar, quitar la paz, confundir y causar agitación o estrés, además de los problemas y circunstancias por las que diariamente transcurre la vida del ser humano e incluso de muchos creyentes. Pero quien vive en la luz, confiado en las promesas de su Señor, consciente de ser simplemente un peregrino y pasajero en este mundo y con la certeza de que muy pronto será sacado de él para ser llevado con Jesús al cielo y estar con Él por toda la eternidad, tiene paz y tranquilidad en su corazón, “y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Filipenses 4:7).

Pero no sólo son las circunstancias que hoy gobiernan al mundo o los afanes personales de cada día. También el corazón se aflige ante el dolor de perder a alguien cercano o incluso por gente, comunidades y hasta naciones que llegan a padecer las adversidades de la guerra, el hambre, las plagas, la injusticia, etc. Todas estas situaciones embargan el corazón y lo llenan de intranquilidad, pero quienes buscan refugio en las promesas de Cristo acerca del futuro y la eternidad de los que creen en Él, viven y transmiten a otros la esperanza del reencuentro en el cielo y de alivio en este mundo o en el venidero (1 Tesalonicenses 4:13- 18). La certeza del rapto de la iglesia debe transformar la manera en la que el creyente percibe el sufrimiento y la muerte.

5. La Convicción de Servir.

Al presentar la iglesia como un cuerpo, el apóstol Pablo menciona que “hay diversas maneras de servir”, refiriéndose a que cada creyente tiene una función, pues “a cada uno se le da una manifestación especial del Espíritu para el bien de los demás” (1 Corintios 12:4-7). Todos los dones y habilidades concedidos por el Espíritu Santo a los creyentes están encaminados a servir a los demás y a contribuir a la edificación de la iglesia hasta “llegar a ser un templo santo en el Señor” (Efesios 2:21).

Tras presentar la verdad del rapto de la iglesia, el apóstol Pablo exhorta a los cristianos a mantenerse “firmes e incommovibles, progresando siempre en la obra del Señor, conscientes de que su trabajo en el Señor no es en vano” (1 Corintios 15:58).

El Señor Jesús exhortó a los suyos a portarse “como siervos que esperan a que regrese su señor de un banquete de bodas, para abrirle la puerta tan pronto como él llegue y toque” (Lucas 12:35).

Diferencias entre el Rapto de la Iglesia y la Segunda Venida de Cristo

Uno de los errores cometidos con más frecuencia en la Escatología Bíblica es confundir el arrebatamiento o rapto de la iglesia con la segunda venida de Cristo. La Palabra de Dios, fuente de toda verdad, demuestra que es imposible que los dos eventos sean el mismo y que entre los dos hay profundas diferencias.

Hay la tendencia de aplicar todo el Nuevo Testamento, desde el Evangelio de Mateo hasta Apocalipsis, a la iglesia, pero es necesario recordar que gran parte de estos textos fueron escritos por judíos y dirigidos a los judíos que se habían convertido a la fe en Jesús, el Mesías. Por tanto, el mensaje escatológico incluido en ellos está

dirigido, a su vez, a los judíos que vivirían durante el “tiempo de angustia para Jacob” (Jeremías 30:7). La iglesia es sólo parte de un olivo silvestre que ha sido injertado en el olivo natural que es Israel (Romanos 11:16-21). Por esto, el apóstol Pablo recomienda a Timoteo presentarse como alguien “que usa bien la palabra de verdad” (2 Timoteo 2:15), sabiendo a quiénes les está hablando Dios en el tiempo.

No son pocos los que han caído en uno de los más grandes y comunes errores de interpretación al tratar de encontrar el arrebatamiento de la iglesia en Mateo 24. No hay que olvidar que la iglesia se formó a partir del Día de Pentecostés, por tanto, la referencia al “tiempo de angustia para Jacob” (Jeremías 30:7), mencionada en el contexto del pueblo judío con varios siglos de anterioridad al Día de Pentecostés, no tiene aplicación alguna para la iglesia. El nombre de Jacob fue cambiado por el de Israel (Génesis 32:28) y del patriarca descienden las doce tribus que conforman la nación que lleva su nombre, así que ese “tiempo de angustia” está más relacionado con la nación de Israel y específicamente con los siete años de la Tribulación por la que este pueblo atravesará al final de los tiempos (Daniel 9:24).

Cuando Jesús y sus discípulos se dirigían a Jerusalén, Jesús les anunció que allí sería “entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte; y le entregarán a los gentiles para que escarnezcan, le azoten, y le crucifiquen; mas al tercer día resucitará” (Mateo 20:18-19). Más adelante, tras su entrada triunfal a Jerusalén, Jesús y sus discípulos subieron al Templo y, al escuchar a unos de ellos que elogiaban la hermosura del edificio, les dijo: “¿Veis todo esto? De cierto os digo, que no quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada” (Mateo 24:3).

Más tarde, ese mismo día, Jesús y sus discípulos abandonaron el Templo y se dirigieron al Valle del Cedrón, hacia el Monte de los Olivos. Tras los anuncios de Jesús acerca de lo que iba a pasar con Él en Jerusalén y de la destrucción del Templo, los pensamientos y las emociones de sus discípulos estaban muy perturbados, pues se acercaba el momento de su muerte y no sabían qué seguiría de ahí en adelante. Así que ellos lo abordaron de inmediato con tres interrogantes:

“¿Cuándo serán estas cosas?” (¿Cuándo será destruido el Templo?).

“¿Qué señal habrá de tu venida?” (¿Cuándo y cómo será el Día del Señor?).

“¿Qué señal habrá del fin del mundo?” (¿Cuándo y cómo será el fin del mundo?).

Al considerar equivocadamente que todo el Nuevo Testamento se aplica a la iglesia, muchos han caído en el error de ver en este capítulo una referencia al rapto de la iglesia; sin embargo, en el momento en que los discípulos le hicieron estas preguntas a Jesús, la iglesia no existía aún.

El capítulo anterior, Mateo 23, termina con la mención de Jesús acerca de su segunda venida y Mateo 24 continúa con el mismo tema, manteniendo así la armonía del contexto. Jesús no les estaba profetizando acerca de ese tiempo ni del tiempo de la iglesia (aunque hay algunos paralelos), sino de un tiempo futuro: del “tiempo de angustia para Jacob” (Jeremías 30:7), es decir, para la nación de Israel.

Las siguientes son cinco razones por las que es imposible que Mateo 24 se refiera al rapto de la iglesia:

1. Jesús no estaba hablando del tiempo de la iglesia.

Mateo 24 no se refiere al tiempo de la dispensación de la gracia, es decir, al tiempo de la iglesia. Al mencionar que “el que perseverare hasta el fin, éste será salvo” (v.13), Jesús está hablando de quienes perseveren en su fe en Él hasta el fin de la Gran Tribulación, es decir, de la persecución del Anticristo.

Una vez más, es necesario recordar que para que “se manifieste el hombre de pecado”, es decir, el Anticristo, es necesario que “quien al presente lo detiene... sea quitado de en medio”, es decir, el Espíritu Santo que mora en los creyentes (2 Tesalonicenses 2:3, 7), y la manera como esto sucederá será mediante el rapto de la iglesia, pues al ser esta quitada del mundo, también el Espíritu Santo será “quitado de en medio”. De esta manera, la cronología profética de las Setenta Semanas de Daniel retomará su curso y tendrán lugar los eventos profetizados para el final de los tiempos (Mateo 24:3).

Entonces, los que se mantendrán firmes hasta el fin no serán los cristianos en el momento del rapto, pues ellos habrán sido “salvos de la ira” (Romanos 5:9), sino los que se vuelvan a Dios entre los que queden en la Tierra y deban atravesar por la Gran Tribulación (Isaías 16:1-4; 26:20-21).

2. La reconstrucción del Templo no tiene significado para la iglesia.

La profecía de Jesús en cuanto a la destrucción del Templo de Jerusalén se cumplió en el año 70 d.C., pero la mención que Él hace más adelante del “lugar santo” (Mateo 24:15), es un indicio de que el Templo será reconstruido. Sin embargo, para los cristianos, la presencia del Espíritu Santo derramado en cada uno de ellos hace que ya no sea necesario un edificio para adorar a Dios (1 Corintios 6:19-20), pues Él “no habita en templos hechos por manos humanas”

(Hechos 17:24).

3. La orden de huir a los montes no es para la iglesia.

Jesús advierte que, durante la persecución del Anticristo, “los que estén en Judea, huyan a los montes” (Mateo 24:16). Estas palabras están dirigidas a los que vivan en Jerusalén durante la Gran Tribulación y no a la iglesia, pues para que ese tiempo inicie es necesario que “se manifieste el hombre de pecado” y, para ello, que “quien al presente lo detiene... sea quitado de en medio” (2 Tesalonicenses 2:3, 7), es decir, el Espíritu Santo, el cual mora en cada creyente. Por tanto, antes de ese “tiempo de angustia”, la iglesia ya habrá sido llevada con su Señor.

En el tiempo de la Gran Tribulación, la última de las Setenta Semanas, el Anticristo “confirmará el pacto [Tratado de Paz] con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda” (Daniel 9:27). Tras la firma de aquel pacto, muchos judíos regresarán a Israel; pero, a los tres años y medio (media semana de años), serán engañados, traicionados y posteriormente perseguidos. A ese tiempo es al que Jesús se refiere y, de hecho, Él menciona al profeta Daniel y señala sus palabras (Mateo 24:15).

A los cristianos se les ordena “esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera” (1 Tesalonicenses 1:10). En conclusión, la iglesia no atravesará la Gran Tribulación.

4. La iglesia cristiana no guarda el sábado.

En concordancia con lo anterior, la advertencia de Jesús va acompañada de una exhortación a orar para “que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo” (Mateo 24:20). La orden de

guardar el sábado fue dada exclusivamente para los israelitas a través de Moisés. De hecho, en el Nuevo Testamento nunca se da esta orden a la iglesia cristiana. En las Escrituras se hace mención al primer día de la semana, que fue el Día de la Resurrección y también del derramamiento del Espíritu Santo el Día de Pentecostés, por lo que los apóstoles comenzaron también a reunirse ese día.

5. El tiempo de la iglesia nunca será acortado.

Finalmente, Jesús advierte que “si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo [de la persecución del Anticristo]; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados” (Mateo 24:22). Ese acortamiento se dará cuando Jesús descienda seguido de “los ejércitos celestiales [la iglesia, su esposa], vestidos de lino finísimo, blanco y limpio” (Apocalipsis 19:14).

Por tanto, los “escogidos” mencionados en esta Escritura no son los cristianos que hicieron parte del cuerpo de Cristo, la iglesia, pues antes de la Gran Tribulación, ellos subirán con Él al cielo y descenderán con Él tras las Bodas del Cordero, en su segunda venida, como la novia desposada que vendrá a reinar con su Señor en el Milenio. Estos “escogidos” pertenecerán al pueblo de Israel y serán los redimidos durante y al final de la Gran Tribulación.

A diferencia de lo que sucederá con la iglesia, estos “escogidos” enfrentarán, junto con el resto de la humanidad, un juicio en el que los malos serán recogidos y sacados del mundo para que no puedan entrar en el Reino Milenial de Cristo (Mateo 13:39-42, 49-50), en tanto que ellos serán recogidos por los ángeles para entrar al Reino Milenial y poblar una tierra renovada.

Las palabras de Jesús en el Monte de los Olivos, durante la última semana antes de su crucifixión, es uno de los pasajes más

importantes del Nuevo Testamento, pues en él, Jesús habló a sus discípulos acerca del final de los tiempos y su segunda venida para rescatar a sus escogidos y juzgar al resto de la humanidad, mencionando “la señal” que habrá antes de su anunciado regreso y específicamente los eventos previos al fin del mundo. Sin embargo, antes de revelarles esto, les hace la siguiente advertencia:

“Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán. ... Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos. Ya os lo he dicho antes. Así que, si os dijeren: Mirad, está en el desierto, no salgáis; o mirad, está en los aposentos, no lo creáis. Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre.” Mateo 24:4, 24-27

Para evitar ser engañados respecto a estos dos grandes eventos del final de los tiempos, el rapto de la iglesia y la segunda venida de Cristo, es necesario entender las diferencias que hay entre ambos, en cuanto a circunstancias, tiempo y propósito de cada uno. Ambos tienen una ubicación específica dentro de la cronologías de los eventos del final de los tiempos, la cual es posible establecer si se analizan cuidadosamente el tiempo y los hechos que preceden a cada uno, la manera como se dan y el propósito por el cual es necesario que suceda. Estas son las diferencias más notorias entre estos dos trascendentales eventos del final de los tiempos:

1. El rapto de la iglesia es de consuelo. La segunda venida de Cristo es para temer.

Pablo se refiere al rapto de la iglesia como “la esperanza bienaventurada” (Tito 2:13), es decir, un día que se espera con gran

consuelo y alegría (1 Tesalonicenses 4:18). Pero en el Antiguo Testamento, se menciona la segunda venida de Cristo (o el “día del Señor”) como un día “de tinieblas, y no de luz” (Amós 5:18), o “día grande y espantoso de Jehová” (Joel 2:31), el cual será de ira y destrucción.

2. En el rapto, Jesús viene por la iglesia. En su segunda venida, Él viene con la iglesia.

En varias y repetidas ocasiones, la Biblia enseña que, en el rapto, Jesús sacará a la iglesia del mundo, pero en su segunda venida, “los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían [a Jesús] en caballos blancos” (Apocalipsis 19:14). Esta Escritura describe a los santos, es decir, a la iglesia, pues tal cual es descrita para las Bodas del Cordero (Apocalipsis 19:8).

3. En el rapto, la iglesia es llevada al cielo. En la segunda venida de Cristo, la iglesia viene con Él para reinar.

En las cartas tanto de Pablo como en las de Juan, la promesa de un “hogar celestial” aguarda por los cristianos (Juan 14:1-3). Pero en la segunda venida de Jesús, se establecerá un reino terrenal que durará mil años (Apocalipsis 20:1-6). A los santos nunca se les promete reinar en el cielo, sino en la Tierra junto con los santos del Antiguo Testamento. Al describir las Bodas del Cordero, antes de la segunda venida de Cristo, las Escrituras afirman que la iglesia habrá comparecido ya ante el Tribunal de Cristo y cada cristiano habrá recibido o perdido las recompensas (1 Corintios 3:11-15; Apocalipsis 19:7-8, 11-16).

4. En el rapto de la iglesia Jesús no toca la Tierra. En su segunda venida, Él descenderá sobre el Monte de los Olivos.

En el rapto de la iglesia, Jesús recibirá a los suyos en el aire para llevarlos con Él al cielo (1 Tesalonicenses 4:16-17); en la segunda venida de Cristo, la iglesia en pleno vendrá con Él y descenderá en el Monte de los Olivos (Zacarías 14:4).

5. El rapto de la iglesia será antes de la Tribulación. La segunda venida de Cristo será después de la Tribulación.

El apóstol Pablo menciona constantemente que la gran bendición de ser sacados del mundo en el rapto de la iglesia es “que nos libra del castigo venidero” (1 Tesalonicenses 1:10; 5:9). Pero en la segunda venida de Cristo, la mayoría de los seres humanos habrán muerto debido a las catástrofes, la hambruna, las epidemias y la acción del Anticristo (Mateo 24:37-39).

6. En el rapto de la iglesia, sólo los cristianos serán llevados con Cristo. En su segunda venida, sólo los sobrevivientes lo verán.

En el rapto de la iglesia, sólo los nacidos de nuevo en Cristo, los muertos en Él y los que estén vivos en ese momento, serán sacados del mundo para encontrarse con el Señor en el aire (1 Tesalonicenses 4:16-17), y ser llevados con Él al cielo; pero en su segunda venida, Él vendrá a juzgar al mundo y “todo ojo lo verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él” (Apocalipsis 1:7).

7. En el rapto, los ángeles no vendrán a reunir a la iglesia. En la segunda venida de Cristo, los ángeles recogerán a los escogidos para el juicio.

En el rapto de la iglesia, “el Señor mismo... descenderá del cielo” para encontrarse en el aire con los santos (1 Tesalonicenses 4:16-17); pero en su segunda venida, “enviará sus ángeles con gran voz

de trompeta, y juntarán a sus escogidos [judíos], de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (Mateo 24:30-31); estos serán los que sobrevivan para el juicio.

8. Al rapto de la iglesia lo seguirá el Tribunal de Cristo. A la segunda venida de Cristo la seguirá el juicio a las naciones.

Inmediatamente después del rapto de la iglesia, los creyentes muertos en Cristo y los vivos en el momento del rapto, serán transformados y llevados al cielo para comparecer ante el Tribunal de Cristo y recibir las coronas o enfrentar la pérdida de galardones (1 Corintios 3:11-15; 2 Corintios 5:10). En su segunda venida, Cristo juzgará públicamente a las naciones (Mateo 25:44-46).

9. Tras el rapto de la iglesia sobrevendrán terremotos, hambres y epidemias. Tras la segunda venida de Cristo, habrá paz y prosperidad.

Con el rapto de la iglesia, será “quitado de en medio” el Espíritu Santo que mora en la iglesia que ha sido arrebatada y que impedía la manifestación del “hombre de pecado” (2 Tesalonicenses 2:3, 7), es decir, el Anticristo, dando comienzo a la Tribulación, cuando serán desatados todos los demonios del Abismo y los juicios de Dios caerán sobre el mundo (Apocalipsis 6-18). Pero después de la segunda venida de Cristo, vendrá un nuevo mundo (Apocalipsis 21:6-9).

10. El rapto de la iglesia es una doctrina que sólo le fue revelada a Pablo.

La doctrina del rapto de la iglesia, en el que millones de personas no morirán sino que serán transformadas (1 Corintios 15:51-52), y sacadas del mundo, es decir, “arrebatados juntamente con ellos [los muertos en Cristo] en las nubes para recibir al Señor en el aire” (1

Tesalonicenses 4:17), no fue revelada en el Antiguo Testamento ni a otro apóstol del Nuevo Testamento más que a Pablo.

Si nadie sabía de esta doctrina del rapto de la iglesia hasta que le fue revelada al apóstol Pablo, entonces Mateo 24-25 no podría, en ninguna circunstancia, referirse a ella, pues aún permanecía como un “misterio”.

11. En el rapto de la iglesia, los creyentes reciben un cuerpo glorificado. En la segunda venida de Cristo, permanecerán en la tierra con cuerpos terrenales al entrar al Milenio.

En el momento del rapto de la iglesia, “todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos” en cuerpos glorificados, pues “es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad” al ser sacados del mundo (1 Corintios 15:51-53). Pero en la segunda venida de Cristo, “los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la Palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes y en sus manos”, es decir, los fieles que murieron durante la Gran Tribulación, “vivieron y reinaron con Cristo mil años” (Apocalipsis 20:4). De ellos no se menciona más que vivirán y participarán del Reino Milenial, pero sus cuerpos resucitaron en cuerpos terrenales.

Finalmente, el cierre del contexto de Mateo 24 da la certeza de que los eventos relatados en el pasaje son los que tendrán que suceder antes que sea dada la señal de la segunda venida de Cristo y no se refieren al rapto de la iglesia.

“Y oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin. Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y

habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares. Y todo esto será principio de dolores... E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria.” Mateo 24:6-8, 29-30

Mientras que el rapto de la iglesia sucederá “en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta” (1 Corintios 15:51), en la segunda venida de Cristo habrá una serie de eventos que necesariamente deben suceder, “pero aún no es el fin”. Las consecuencias de la guerra y los conflictos, de las hambrunas y las pestes, de las catástrofes naturales y los fenómenos cósmicos, serán evidentes y tomarán algo más que “un abrir y cerrar de ojos”, y sólo serán el preámbulo para que aparezca “la señal del Hijo del Hombre en el cielo”, anunciando su inminente y gloriosa venida.

Antes de terminar su sermón en el Monte de los Olivos, Jesús menciona la Parábola de la Higuera, llamando a sus discípulos a estar atentos a las señales que anuncian su inminente venida de la misma manera que cuando la rama de la higuera “está tierna y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca” (Mateo 24:32-33); también comparó ese momento con “los días de Noé”, cuando los que vivían en aquel entonces “no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos” (Mateo 24:37-39); pero además de estar atentos a las señales, Jesús exhorta a sus discípulos a estar preparados como quien no sabe la hora a la que vendrá el ladrón, “porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis” (Mateo 24:44); finalmente les advierte que cuando venga, espera hallarlos cumpliendo con el encargo que les encomendó, de lo cual pedirá cuentas y

recompensará o castigará a cada uno según lo que haya hecho (Mateo 24:45- 51). Su regreso, por tanto, estará íntimamente conectado con el juicio de Dios (el Día de Jehová o de la Ira).

El Mundo después del Rapto de la Iglesia

Después del rapto de la iglesia, el mundo entrará en una nueva era en lo que lo paranormal será normal y lo sobrenatural se tornará natural. La desaparición de millones de creyentes demandará más que una explicación científica, pues tendrá implicaciones en todos los aspectos de la vida en ese entonces, además de las espirituales, proféticas y religiosas que serán aprovechadas por Satanás de manera astuta y maligna, pues ya no habrá en el mundo quién lo detenga (2 Tesalonicenses 2:6-7).

En primer lugar, surgirá la religión mundial de la Gran Ramera, a la cual “adorarán todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida” (Apocalipsis 13:8) y que dominará al poder político del Anticristo (Apocalipsis 17:1-3); pero los gobiernos de las diez naciones que estarán bajo el poder de este último, “aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda; y devorarán sus carnes y la quemarán con fuego” (Apocalipsis 17:17). A la mitad de la Gran Tribulación, cuando la Gran Ramera sea destronada, surgirá el gobierno político y militar del Anticristo durante los últimos tres años y medio de la Gran Tribulación (Apocalipsis 13:1-8).

Durante este tiempo reinará la anarquía, el desorden, la confusión y el caos internacional, siendo este el ambiente propicio para el surgimiento del Anticristo, quien para dominar al mundo propiciará guerras (Apocalipsis 6:1-4). Su introducción al teatro del mundo como dictador será uno de los primeros eventos que ocurrirán después del

rapto de la iglesia (2 Tesalonicenses 2:5-10). Toda la humanidad se preguntará qué sucedió con los creyentes y mientras tratan de regresar a sus vidas normales, una realidad paranormal les prometerá un futuro incierto. El caos global hará que surja un gobierno global para restaurar el orden internacional. La plataforma estará lista para que Satanás presente al mundo su obra maestra: el Anticristo, “el hombre de pecado, el hijo de perdición” (2 Tesalonicenses 2:3).

Esta es una de las profecías próxima a cumplirse después del rapto de la iglesia y muy probablemente suceda al ser abierto el primer sello.

“Vi cuando el Cordero rompió el primero de los siete sellos, y oí a uno de los cuatro seres vivientes, que gritaba con voz de trueno: «¡Ven!» Miré, ¡y apareció un caballo blanco! El jinete llevaba un arco; se le dio una corona, y salió como vencedor, para seguir venciendo.”
Apocalipsis 6:1-2

Cuando el Cordero rompe el primer sello, aparece el primer jinete que representa los primeros juicios de Dios sobre el mundo. Es en ese momento que surge la figura del Anticristo, cuyo ascenso al poder tomará un poco de tiempo, hasta que quienes confirmen el Tratado de Paz que él promoverá (Daniel 9:27), estén listos, pues la Gran Tribulación no iniciará hasta que el Tratado de Paz sea confirmado por las partes. Según la cronología de Apocalipsis, cuando los mensajes a las siete iglesias son enviados (Apocalipsis 2-3), la iglesia aún está en el mundo. Pero en los capítulos 4 y 5 de Apocalipsis, la iglesia es descrita en el cielo, antes de que el Cordero rompa el primer sello.

De hecho, Apocalipsis 4:1 comienza con la frase “después de esto” o “después de estas cosas” (gr. μετά ταῦτα, meta tauta), refiriéndose a la entrega del mensaje a cada iglesia y muy probablemente a los

eventos previos a la llegada de la iglesia al cielo, es decir, al rapto de esta y a su comparecencia ante el Tribunal de Cristo. La evidencia de esto es la identidad de los veinticuatro ancianos sentados en igual número de tronos rodeando al que está sentado en el trono en el cielo. Estos ancianos son los que “cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado y con tu sangre [del Cordero] nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación” (Apocalipsis 5:9), siendo esta una clara referencia a la iglesia. El texto también los describe “vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas” (Apocalipsis 4:4), implicando que ya han recibido los galardones del Tribunal de Cristo; finalmente, el nombre de “ancianos” sólo es dado bajo el Nuevo Testamento a los líderes de las iglesias.

Una vez que la iglesia ha sido raptada y llevada al cielo, comenzarán los eventos en los que aparece Jesús, descrito como el Cordero, “el León de la tribu de Judá, la Raíz de David”, para “abrir el libro y desatar sus siete sellos” (Apocalipsis 5:1-5). Estos sellos son los juicios de Dios sobre el mundo (Apocalipsis 6-19) y los que introducirán al Anticristo en la historia del final de los tiempos.

CAPÍTULO II. LA IGLESIA EN EL CIELO

El panorama en la Tierra tras el rapto de la iglesia será desolador, pues no quedará habitada más que por una mayoría de impíos e incrédulos en los que no habrá rastro de ningún código ético o moral.

Después del rapto de la iglesia, la Tierra entrará en su período de mayor degradación social, política, económica, moral y espiritual. En contraste, en el cielo habrá una serie de sucesos de gloria y majestad de los que la iglesia redimida y arrebatada será testigo y protagonista, pues será un período que iniciará con su presentación en el cielo como la novia del Señor, y culminará con su salida de este, para acompañar a Cristo, convertida ya en su esposa, en su segunda venida a la Tierra.

Este intervalo de tiempo en el cielo, entre el rapto de la iglesia y la segunda venida de Cristo, es uno de los argumentos más grandes y con frecuencia ignorado por los que contradicen el rapto pretribulacional. En ese intervalo, la Biblia describe cuatro importantes eventos que sólo el rapto pretribulacional permitiría que sucedan y dos de esos eventos se llevarán a cabo en el cielo, mientras tiene lugar la Gran Tribulación en la Tierra: el Tribunal de Cristo, y las Bodas del Cordero.

Los otros dos sucederán en la Tierra después que Jesús y la iglesia hayan regresado al mundo: el Juicio a las Naciones o de las “ovejas y los cabritos”, y la población del Reino Milenial, los cuales serán tratados en sus respectivos capítulos en este mismo libro.

EL TRIBUNAL DE CRISTO

(Romanos 14:10; 2 Corintios 5:10)

Un tribunal (gr. βῆμα, bema) es un lugar de juicio. Su origen se remonta a la época clásica griega, refiriéndose al pódium o lugar elevado donde los jueces entregaban los premios a los atletas olímpicos. Con el paso del tiempo y el desarrollo de la cultura griega, esta palabra terminó usándose también para designar el lugar al que ciertos individuos son llamados a comparecer ante una autoridad judicial que, tras escuchar los cargos o acusaciones hechos por un fiscal y los argumentos expuestos por un defensor, determina la acción que se deba tomar hacia quien haya sido llamado a comparecer. Sin embargo, en el Tribunal de Cristo ninguno de los participantes serán comunes, así como tampoco lo serán los cargos ni los veredictos.

Un atento examen de las palabras del apóstol Pablo respecto a que “todos compareceremos ante el tribunal de Cristo” (Romanos 14:10; 2 Corintios 5:10), destaca dos aspectos: el primero, es que es el “tribunal de Cristo” y por tanto, Cristo es el Juez; el segundo, es que “todos compareceremos”, en donde la cuestión radica en definir quiénes están involucrados en ese “todos”. Empezando por el segundo aspecto, los que comparecerán ante el Tribunal de Cristo serán “todos” los que habrán creído en Cristo y hecho parte de su iglesia, es decir, “los muertos en Cristo... [y] los que vivimos”, refiriéndose estos últimos a los que aún estarán vivos y serán sacados del mundo en el momento del rapto de la iglesia (1 Tesalonicenses 4:16-17).

Este será un encuentro de creyentes fieles con su Señor, dado que “ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8:1). Así que este tribunal no será para condenación o castigo, pues todos estarán ante Aquel que pagó con su sacrificio por

todos los pecados pasados, presentes y futuros. En este tribunal se “recibirá recompensa” o se “sufrirá pérdida” según la participación de cada uno en la obra de Dios (1 Corintios 3:11-15).

Así que, continuando con el primer aspecto, el Juez justo, el Señor Jesucristo, no vendrá para dictar sentencia condenatoria alguna sobre los que ya han sido justificados, pero sí examinará a cada uno para concederle lo que corresponda a sus obras (Romanos 8:1).

El Tribunal de Cristo es una doctrina que une la eclesiología (doctrina de la iglesia), la cual sirve como motivación para vivir una vida cristiana en santidad, y la escatología (doctrina de los últimos tiempos), que enseña que toda participación en la obra de Dios tendrá grandes recompensas en el futuro.

El Nuevo Testamento revela bastante información acerca del día cuando el Señor Jesucristo evalúe a la iglesia y a todos los cristianos, pues después de ser resucitados y llevados en vida a la presencia del Señor Jesucristo, todos los creyentes deberán comparecer ante Él para ser juzgados, no para salvación, sino por las obras que como creyentes, llevaron a cabo en el mundo.

El Tiempo, el Lugar y los Participantes

El tiempo para este juicio puede ser establecido por diversas evidencias bíblicas, pues el Señor Jesucristo indica que el tiempo de las recompensas será “en la resurrección de los justos” (Lucas 14:14). Específicamente, para los creyentes de la época de la iglesia, llegará el tiempo en que “el Señor mismo... descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero” (1 Tesalonicenses 4:16). Esta resurrección tendrá lugar durante el arrebatamiento o raptó de la iglesia, cuando Jesús descienda por sus fieles para llevarlos con Él (Juan 14:3).

Una vez que el Señor haya venido por los justos, la “obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará” (1 Corintios 3:13). El “día” es el sujeto de la “revelación” (gr. αποκαλυπτο, apokalupto); ese día, las obras de todos serán reveladas y probadas por el fuego, pero no será el fuego del infierno que es de condenación, sino uno purificador (1 Corintios 3:12-15).

En ese mismo contexto, el apóstol Pablo pide a los creyentes que “no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios” (1 Corintios 4:5). Habrá un tiempo en el que todas las obras de los fieles serán juzgadas, pero será “hasta que venga el Señor” y no antes.

El apóstol Pablo describe que en este evento de juicio y exposición el Señor juzgará el corazón de los justos, es decir, que el Señor no sólo estará con ellos, sino que ya habrá venido por ellos. Por tanto, el Tribunal de Cristo tendrá lugar inmediatamente después que la iglesia sea arrebatada, siendo también lógico afirmar que se llevará a cabo en el cielo.

Respecto a ese tiempo en el que tendrá lugar el Tribunal de Cristo, el apóstol Pablo dice: “Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (2 Timoteo 4:8). En esta Escritura hay varias cosas interesantes a destacar: primero, la mención de “aquel día” se refiere al día del Tribunal de Cristo, cuando Jesús habrá venido al encuentro de “todos los que aman su venida”, y esos no son otros que sus fieles, los justos de su iglesia, pues el mundo que no lo conoce o lo desprecia, no espera su venida. Por

tanto, este es un indicio de que el Tribunal de Cristo tendrá lugar luego del arrebatamiento o raptó de la iglesia. Segundo, Cristo es quien preside el Tribunal, Él es el “juez justo”, el que otorgará la recompensa a cada uno, así que Cristo estará presente en el Tribunal y, para hacerlo, deberá haber venido por su iglesia, confirmando una vez más, que el Tribunal será el evento siguiente al raptó de la iglesia. Tercero, habrá recompensas, galardones o coronas que serán otorgadas “no sólo a mí [a Pablo], sino también a todos” los fieles, por tanto, no es un juicio para salvación o de condenación.

Finalmente, Pablo no estaba esperando recibir su recompensa inmediatamente después de morir, pues habla de un día de tribunal y no de un tribunal permanente; también afirma que él no será el único recompensado, sino que estará acompañado de “todos los que aman su venida”, es decir, de los muertos en Cristo resucitados y de los fieles vivos transformados, todos los cuales serán arrebatados y llevados juntos en el raptó de la iglesia a “comparecer ante el tribunal de Cristo” (Romanos 14:10).

Habiendo establecido hasta ahora que el Tribunal de Cristo será el evento siguiente al raptó de la iglesia, el apóstol Pablo también revela que ese encuentro de “los que hayamos quedado” se llevará a cabo “en las nubes para recibir al Señor en el aire” (1 Tesalonicenses 4:17).

Esta declaración es precedida por la mención de quiénes acudirán a ese encuentro y el uso del plural señala a una multitud conformada por “los muertos en Cristo... [y] los que vivimos” y que serán llevados en el momento del raptó (1 Tesalonicenses 4:16-17), quienes comparecerán ante el Juez Justo, el Señor Jesucristo (Juan 5:22, 27).

La Escritura no menciona que alguien más participe de ese evento,

pues este será un encuentro íntimo del Señor con sus fieles. En el juicio no estarán incluidos los impíos ni, obviamente, los que se conviertan durante la Gran Tribulación y durante el Milenio, pues estos eventos serán posteriores al rapto de la iglesia. Tampoco participarán los santos del Antiguo Testamento, pues su resurrección será después de la Gran Tribulación (Daniel 12:1-3).

La venida del Señor por su iglesia marcará el inicio del “Día de Cristo”; mientras tanto, en la tierra será el “Día de la Ira” de Dios contra los impíos y el Anticristo.

La Naturaleza del Juicio

Aun cuando todos los cristianos habrán de comparecer ante el Tribunal de Cristo (Romanos 14:10), este juicio no será colectivo sino individual, “para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo” (2 Corintios 5:10). Esto puede compararse con una ceremonia de graduación en la que todos los estudiantes asisten, pero a cada uno se le entrega su diploma y las menciones de honor que le correspondan a los que se han esmerado más que otros.

En cuanto a la razón para este tribunal existen varias posturas: algunos creen que los cristianos enfrentarán pecados no confesados; otros consideran que será un tiempo de gran temor; y otros piensan que será un tiempo de castigo. Sin embargo, es necesario considerar los dos juicios relacionados con los cristianos y que tendrán lugar antes de este juicio futuro.

1. El juicio de la cruz.

La naturaleza del juicio del Tribunal de Cristo está vitalmente relacionada con la soteriología (doctrina de la salvación), pues el

hecho de que haya un juicio en el que los juzgados son los fieles, conduce a cruciales interrogantes: ¿Hasta qué grado la obra de Cristo en la cruz se relaciona con los pecados en la vida cristiana? ¿Cómo trata Dios con los pecados presentes y futuros del cristiano? ¿Qué enseñan las Escrituras acerca de la inagotable gracia de Dios?

La Palabra de Dios enseña que la justificación es por la fe por el sacrificio expiatorio de Cristo en la cruz, pues “el que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Juan 3:18). Así que, al ser por fe y no por obras, aunque estas son necesarias como evidencia y para perfección de la fe (Santiago 2:18), el pecador arrepentido que se vuelve al Señor es perdonado para jamás enfrentar el juicio y la condenación eterna por sus pecados. Ser justificado significa ser declarado legalmente justo, es decir, libre de culpa.

En la cruz, el Señor Jesucristo “que no conoció pecado, por nosotros [Dios] lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21). Esta es una justicia imputada por Dios, no merecida por el ser humano ni otorgada como derecho, pues toda culpa que pesa sobre el pecador fue castigada en Cristo, eliminándola como causa de juicio, cumpliendo así las exigencias de la Ley.

El apóstol Pablo habla de esta justicia al decir: “No teniendo mi propia justicia, que es por la Ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (Filipenses 3:8-9). Todo ser humano está sujeto en este mundo a la justicia que proviene de la Ley, la cual presume el castigo para el infractor cada vez que la quebranta, pero sólo los creyentes en Cristo pueden acceder a la justicia que proviene de Dios, basada en la fe y que, por la naturaleza de su fuente, es eterna e inagotable. Esto quiere decir que, una vez declarados justos

por Dios, “ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8:1). Si no fuera así, a Cristo “le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo” (Hebreos 9:26), para pagar por la culpa cada vez que la Ley fuera quebrantada, manteniendo al ser humano débil en el continuo temor del castigo.

Al contrario de la justicia que proviene de la Ley, la cual mantiene al ser humano bajo el constante peso de la culpa, la justicia de Dios realizada en Cristo Jesús libera al creyente de toda culpa, lo protege con su gracia y le da la certeza de su salvación. Así, aquel día Jesús “aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” (Hebreos 9:28; 10:14-15).

En conclusión, cada creyente ha sido declarado justo para comparecer ante el Tribunal cósmico de Dios mediante la fe en la obra de Cristo en la cruz, así que ya no habrá juicio ni castigo futuro por sus pecados, pues todos ellos han sido condenados y ejecutados en la persona de su sustituto: ¡Cristo Jesús!

2. El autoexamen y la disciplina de Dios.

Los pecados del pasado, bajo los términos de la Ley, fueron juzgados en el sacrificio de Cristo en la cruz, pero en el presente, “a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12), y como a tales los trata Dios (1 Juan 3:1).

El Señor Jesucristo, así como el apóstol Pablo, exhortan a los creyentes a permanecer alertas sobre sí mismos para evitar ser juzgados, pues si “nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo” (1 Corintios

11:31-32).

Como la Escritura lo menciona, hay dos juicios en operación: el autoexamen (juicio preventivo), y el disciplinario o del castigo (juicio correctivo). El propósito del autoexamen del creyente es evitar la disciplina o el castigo de Dios; sin embargo, esta disciplina o castigo, de ser necesaria, no es para condenar sino para evitar ser condenado. Aquí, Dios no actúa como un juez ante un criminal, sino como un Padre con sus hijos, pues “el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos, porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?” (Hebreos 12:6-7). Autoexaminarse y tratar el pecado de manera correcta conlleva a que la gracia y el propósito de Dios se manifiesten en la vida del creyente.

3. El Tribunal de Cristo y el castigo.

Una errada interpretación de este juicio es la que enseña que Dios castigará a los creyentes por sus pecados no confesados y sus vidas guiadas por las inclinaciones de la carne. La falsa doctrina de un “purgatorio” donde las almas de los que mueren en pecados “veniales” son purificadas, es una herejía que, obviamente, no tiene sustento bíblico. Para refutarla, es posible citar tres objeciones:

- El cristiano ya no sufrirá la ira de Dios, pues esta fue derramada sobre Jesús en la cruz del Calvario, donde Él tomó nuestro lugar, y “estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira” (Romanos 5:9).

- La Biblia enseña que “cuando aún éramos débiles [incapaces de salvarnos], a su tiempo [Cristo] murió por los impíos” (Romanos 5:6), así que para el ser humano es imposible alcanzar la salvación por otro medio que no sea mediante el sacrificio de Jesús en la cruz, pues

“sin derramamiento de sangre no se hace remisión” de pecados (Hebreos 9:22).

- La palabra “purgatorio” no es mencionada en las Sagradas Escrituras, mientras que el Tribunal de Cristo sí, y este no es para condenación.

El Propósito del Tribunal de Cristo

Por tanto, habiendo entendido que el propósito principal de este juicio no está relacionado con los pecados del cristiano sino con su servicio “mientras estaba en el cuerpo” (2 Corintios 5:10), es perfectamente deducible que la vida del cristiano será evaluada y examinada respecto a su fidelidad como “servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios” (1 Corintios 4:1), así como de los dones o talentos con los que el Espíritu Santo haya dotado a cada uno.

Toda esta revelación debe servir hoy como motivación a los creyentes para “andar en santa y piadosa manera de vivir” teniendo en cuenta estos futuros acontecimientos (2 Pedro 3:11-13), pues “todo el que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:3).

Los escritores del Nuevo Testamento exhortan con frecuencia a los creyentes a seguir este modelo de vida, teniendo siempre presente esta futura evaluación del Señor sobre su iglesia y sus fieles. Esta es una carrera llena de obstáculos y oposición que el cristiano debe recorrer.

Por tanto, el propósito del Tribunal de Cristo será revelar el servicio y el verdadero carácter en la vida del creyente, poniendo al descubierto la naturaleza de los pensamientos, las palabras y las obras de cada uno durante su peregrinación por este mundo, y, si sus motivos

fueron traerle gloria al Señor o a sí mismo (Mateo 6:2, 5, 16).

Las Reglas que Dios Usará

En este tribunal, Dios usará normas, patrones y reglas derivadas de su Palabra para evaluar la vida de cada creyente. Dado que este tribunal ha sido previsto sólo para sus fieles, es decir, la iglesia arrebatada para su encuentro con el Señor, el propósito será evaluar su carácter transformado desde que fueron llamados, cuando “no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios” (1 Pedro 2:10), su responsabilidad ante el llamado, el encargo que recibieron, los dones con que hayan sido revestidos y las obras que se esperaba que fueran realizadas en función de ello.

Este es un juicio muy diferente al que tendrán los israelitas al final de los tiempos, cuando tenga lugar la segunda venida de Jesús para establecer su Reino Milenial. La iglesia es un nuevo pueblo o entidad formada por gentiles (los que ni siquiera eran pueblo y eran rechazados por los judíos) y judíos (quienes al convertirse dejaban de vivir por la Ley de Moisés).

La sola unión de estas dos “nacionalidades” era inconcebible bajo el imperio de la Ley, pero Jesús “de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la Ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades” (Efesios 2:14-16). Este “nuevo hombre” reconciliado con Dios en un solo cuerpo, la iglesia, es el que estará siendo juzgado en el Tribunal de Cristo.

La iglesia, al ser el cuerpo de Cristo, obviamente debiera reflejar el

carácter de Cristo. Por tanto, las reglas que regirán el tribunal serán las mismas Escrituras que hablan del carácter del cristiano, haciendo de este Santo Tribunal un juicio basado en la verdad de su Palabra para examinar la sujeción y sometimiento de cada creyente y de toda la iglesia a la enseñanza, dirección y orden de su Señor (Efesios 5:22-24), antes de ser llevada al cielo como la novia para la celebración de las Bodas del Cordero.

La primera regla que será examinada será la disciplina del creyente y se presenta en la figura de un deportista, pues aquel “que lucha, de todo se abstiene... para recibir una corona” (1 Corintios 9:25). La palabra “abstinencia” (gr. ἐγκρατεύομαι, enkrateúomai), significa “me autocontengo” o “me autocontrolo”, relacionada con el “dominio propio”, el cual a su vez se deriva de la palabra griega krátos (gr. κράτος) que significa “poder” o “fuerza”. Por tanto, su significado literal sería “tener poder o control sobre la antigua naturaleza”. El dominio propio es uno de los frutos del Espíritu Santo (Gálatas 5:22-23), así que el Espíritu Santo es quien da el poder al creyente para hacer “morir las obras de la carne”, haciendo la voluntad de Dios y obedeciendo sus mandamientos (Romanos 8:13).

Estas obras de la carne son los malos hábitos que evitan que el creyente tenga disciplina en cuanto a su cuerpo (ejercicio diario, comida, bebida, descanso), su mente (pensamientos) y su espíritu (prácticas piadosas como el estudio y memorización de la Palabra de Dios y la oración). Así como “el que lucha como atleta, no es coronado si no lucha legítimamente” (2 Timoteo 2:5), es decir, según el reglamento, el cristiano tampoco recibe su premio si no se sujeta y vive conforme a las reglas de manera íntegra, es decir, tanto en público como en privado.

El segundo escrutinio será acerca del encargo dado al creyente de

“administrar los misterios de Dios” (1 Corintios 4:1). Aunque el apóstol Pablo usa esta expresión para referirse a él y a los demás que sirven en la obra del Señor, la Biblia enseña que todos los creyentes son “participantes del llamamiento celestial” (Hebreos 3:1). La palabra griega para “administrador” es oikonómos (gr. οικονόμος, οίκος: “casa”; νόμος: “administrador”), que literalmente significa “ama de casa”, “administrador de la casa” o “mayordomo de la casa”. Así pues, el cristiano como administrador está encargado de manejar los negocios de su Padre celestial, siendo responsable de lo que se le ha encomendado. En la iglesia del Señor “hay diversidad de dones, ... hay diversidad de ministerios, ... hay diversidad de operaciones” con los que el Espíritu se manifiesta en cada uno (I Corintios 12:4-6). Y si todos los creyentes han de ser juzgados en el Tribunal de Cristo, entonces cada creyente tendrá un encargo, un don o una función por la cual rendir cuentas, pues “a cada uno se le da una manifestación especial del Espíritu para el bien de los demás” (1 Corintios 12:7). Dios no premiará lo mucho que un cristiano haya hecho con lo que haya recibido o se le haya encargado, sino la fidelidad con la que haya desempeñado su labor. El principio de fidelidad con la responsabilidad de administrar encargada a cada creyente es ilustrado en la parábola de los obreros de la viña (Mateo 20:1-16).

En este relato, un terrateniente contrata varios grupos de jornaleros a diferentes horas del día para trabajar en su viña, pero a la hora de pagarles su jornal, a todos les pagó el mismo salario sin hacer distinción alguna del tiempo que hubieran laborado. Jesús comienza este relato diciendo que “el reino de los cielos es semejante a” (Mateo 20:1), estableciendo una comparación para demostrar que el centro está en la justicia del reino de los cielos y no en su “propia justicia, que es por la Ley” (Filipenses 3:9), en la que se basó el reclamo de los jornaleros que habían trabajado más tiempo. La lección de esta

parábola es que las recompensas del reino no dependerán del tiempo dedicado a la obra del Señor, sino de la fidelidad y diligencia que se haya tenido para cumplir con el encargo.

Después de contratar varios grupos de jornaleros, casi al final del día, el terrateniente vio a otros más y les preguntó: “¿Por qué estáis aquí todo el día desocupados?” (Mateo 20:6). Tras su respuesta, los envió también a trabajar en su viñedo. Todos trabajaron con diligencia desde que fueron contratados, así que recibieron el pago acordado. En el reino de los cielos no hay lugar para el ocio, pues todos han recibido un encargo según los dones, el ministerio o la función que el Espíritu le haya concedido. No importa el tiempo de convertido que tenga un creyente, la recompensa es la misma y “para cuantos el Señor nuestro Dios llamare” (Hechos 2:39).

Finalmente, el tercer examen será sobre el carácter. Al comparecer ante el Tribunal de Cristo, cada creyente tendrá la oportunidad de exhibir qué tanto aplicó en su vida la enseñanza recibida acerca de apartarse de “la pasada manera de vivir”, despojándose “del viejo hombre que está viciado conforme a los deseos engañosos”, renovándose “en el espíritu de la mente” y vistiéndose “del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:22-24).

Cuando Jesús llamó la atención de la audiencia sobre su carácter y mencionó dos áreas importantes en las que todo cristiano debiera crecer: ser manso y humilde de corazón (Mateo 11:29). Es necesario recordar que el Espíritu Santo está obrando en la vida del cristiano “hasta que Cristo sea formado” en cada uno (Gálatas 4:19). Así que más que la cantidad o la magnificencia de las obras realizadas, lo que estará siendo examinado es qué tanto se formó el carácter de Cristo en cada creyente (Romanos 8:29).

La Biblia revela que en el Tribunal de Cristo no se está juzgando la salvación, sino las obras que el creyente hizo mientras estaba en el cuerpo, por las que recibirá o perderá recompensas. De hecho, el mismo pasaje menciona que “si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego” (1 Corintios 3:14-15).

La palabra “pérdida” (gr. ζημιόω, zemióo) significa “experimentar la ausencia de algo que se tuvo o que se hubiera podido tener”. En este caso, la “pérdida” no es la consecuencia de una reprobación o castigo, sino de no recibir las recompensas prometidas a quien edifica su vida sobre el único fundamento de fe que tienen todos los cristianos: Jesucristo. La evidencia será cómo resistió las tentaciones y las pruebas, cómo fue su vida de servicio, cómo ayudó a otros a conocer a Cristo, a permanecer fieles a Él y a madurar su fe en Él. Este pasaje se enlaza con la parábola de los dos cimientos, pronunciada por Jesús en el Sermón del Monte mientras le hablaba a la multitud exhortando a cada uno a escuchar sus palabras y ponerlas en práctica (Mateo 7:24-27).

Pablo retoma este tema y se dirige a quienes aceptaron el mensaje de Jesús proclamado por los apóstoles y decidieron poner su fe en Él y vivir conforme a su Palabra, es decir, a la iglesia, a la comunidad de creyentes que comparecerán ante el Tribunal de Cristo. A ellos, que han puesto a Jesucristo como fundamento de sus vidas, Pablo les advierte que “si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará” (1 Corintios 3:12-13).

Las Recompensas

En el Tribunal de Cristo se evaluará el servicio, la dedicación, la fidelidad, la entrega, el valor y el carácter de cada cristiano. Todo lo que el creyente haya hecho en su vida para la gloria de Dios será recompensado grandemente en el cielo. Todos los que con fe se han vuelto a Dios y han sido redimidos por la sangre de Cristo estarán en la presencia del Señor, pero sus obras los acompañarán y serán la causa de galardones y recompensas (Apocalipsis 14:13).

Tal como fue mencionado anteriormente, las parábolas y otros pasajes en la Biblia mencionan los diferentes grados de las recompensas del reino que dependerán de la fidelidad y diligencia demostradas, así como la oportunidad, capacidad y recursos que cada cristiano haya recibido.

Y de la misma manera que “hay cuerpos celestiales, y cuerpos terrenales... una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrestres. Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en gloria” (1 Corintios 15:40-41), también habrá varios grados de gloria, privilegio y honor que cada cristiano recibirá en la resurrección (Apocalipsis 20:4), los cuales serán determinados en el Tribunal de Cristo:

1. Alabanza (1 Corintios 4:5).

Esta palabra en griego es *épainos* (gr. *ἔπαινος*), que significa “aprobación”. En el Tribunal de Cristo, Él “aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones” para aprobar lo que cada cristiano haya hecho durante su vida terrenal, “y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios”.

2. Honra (1 Pedro 1:7).

Esta palabra en griego es timé (gr. Τιμή), que significa “honor”. Este será un reconocimiento público de las obras del creyente, en contraste con la alabanza que puede ser en privado. Esta recompensa le será otorgada a aquellos creyentes que hayan sido humildes y fieles durante su vida cristiana en el mundo.

3. Gloria (Romanos 8:18; Colosenses 3:4).

Esta palabra en griego es dóxa (gr. δόξα), que significa “gloria o brillo otorgado por Dios y no por sí mismo”. Esta recompensa la obtendrán los que desean y buscan manifestar o reflejar la gloria que viene del Dios único y no se rinden gloria unos a otros (Juan 5:44).

4. Recibimiento generoso (2 Pedro 1:11).

El apóstol Pedro exhorta a cada cristiano a procurar “hacer firme vuestra vocación y elección”, seguros del llamado de Dios sin titubear, menguar, dudar o ser de doble ánimo, pues en el Día del Señor les “será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”.

5. Tesoros (Mateo 6:19-21).

Jesús describe un principio que retrata esta vida como un tiempo para escoger dónde hacer inversiones que sean recompensadas en la eternidad. Todo lo que se invierta en este mundo, “donde la polilla y el orín corrompen, y donde los ladrones minan y hurtan”, se desvanecerá tarde o temprano, pero la inversión en el reino de Dios, “donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde los ladrones no minan ni hurtan”, permanecerá para siempre.

6. Herencia eterna (Colosenses 1:12; 3:24).

A todos los fieles, Dios los “hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz” y recibir todo lo que Él de antemano ha preparado para ellos al llamarlos sus hijos; y al hacerlos sus “hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados” (Romanos 8:17).

7. Reino (Daniel 7:27; Lucas 22:29-30).

Desde el Antiguo Testamento, Dios decretó que “el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo”. Muchos creyentes serán recompensados con autoridad para gobernar o reinar sobre ciudades, naciones, territorios, etc. Al respecto, esto fue lo que Jesús dijo a sus discípulos: “Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel” (Lucas 22:29- 30). Esta recompensa está reservada para quienes hayan sufrido “por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios” (Apocalipsis 20:4) sin avergonzarse de Él y perseverando en ser fieles hasta el fin.

Además de las anteriores, el Nuevo Testamento menciona cinco recompensas que representan igual número de coronas simbólicas, las cuales serán otorgadas a ciertos creyentes por algún servicio o logro especial durante su vida terrenal. En la versión griega de los textos originales, estas coronas son mencionadas de dos maneras: una de ellas es stéfanos (gr. Στέφανος), que significa “circular” o “algo puesto alrededor”. Esta palabra es usada dieciocho veces en el Nuevo Testamento y describe una guirnalda tejida que colocaban alrededor de la cabeza de quienes salían victoriosos en los Juegos Olímpicos y de los héroes de las batallas. La otra palabra griega

usada para “corona” es -diádema- (gr. δiádēma), que significa “atada alrededor de la cabeza”. Esta palabra es usada sólo tres veces en el Nuevo Testamento y siempre denota realeza, soberanía o poder, en contraste con stéfanos, que denota la victoria de un conquistador. La palabra stéfanos es usada cuatro veces en los Evangelios para referirse a la corona de espinas puesta sobre la cabeza de Jesús como una burla a su “supuesto” reinado celestial. También describe la corona que recibirán los cristianos como recompensa y es a la que se refiere el apóstol Pablo en sus palabras de despedida a su discípulo Timoteo, cuando menciona que “me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día” (2 Timoteo 4:8).

Los veinticuatro ancianos del libro del Apocalipsis que parecen representar a la iglesia son descritos portando coronas (stéfanos) de oro sobre sus cabezas en un acto de adoración y honra hacia Aquel que todo lo merece, pues estas coronas no son para la gloria eterna de quien las recibe, sino para quien las entrega: Dios (Apocalipsis 4:4).

La Biblia sugiere que estas no serán coronas literales, sino que representan diferentes honores simbólicos para diferentes clases de servicio y honor que alcanzaron algunos cristianos que se mantuvieron “firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1 Corintios 15:58). Estas coronas son las siguientes:

1. La Corona Incorruptible (1 Corintios 9:25).

La vida cristiana es comparada con la disciplina de un atleta olímpico que al prepararse para la “lucha, de todo se abstiene... para recibir una corona corruptible”. Por el contrario, la corona (stéfanos) que el

cristiano recibirá como recompensa por una vida disciplinada es “una incorruptible”.

2. La Corona de Gozo (1 Tesalonicenses 2:19).

Para el apóstol Pablo, la comunidad de creyentes a la que él ayudaba a mantenerse firme en el Señor, era su “gozo y corona” (Filipenses 4:1). Esta corona (stéfanos) será el gozo eterno que experimentarán muchos cristianos por haber llevado almas a la cruz del Señor, pues es la recompensa para los ganadores de almas y para quienes ayudaron a tantos a recibir la salvación y afirmarse en la fe en el Señor mediante sus oraciones, enseñanza y testimonio (2 Corintios 11:2).

3. La Corona de Justicia (2 Timoteo 4:7-8).

Esta no se refiere al don de justicia que le es imputado al cristiano en el momento de su conversión (Romanos 5:1), sino a una corona (stéfanos) para quien haya peleado hasta el fin la buena batalla de la fe, viviendo en este mundo “sobria, justa y piadosamente... vestido con la coraza de fe y de amor, y con la esperanza de salvación como yelmo... aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 2:12-13; 1 Tesalonicenses 5:8). Esta actitud de esperanza en la segunda venida de Cristo produce en el corazón del cristiano hambre y sed de justicia por la verdad y por vivir en santidad, haciéndole capaz de reflejar la justicia de Cristo por toda la eternidad (Apocalipsis 19:7-8).

4. La Corona de Gloria (1 Pedro 5:4).

Esta corona (stéfanos) es mencionada tras la exhortación del apóstol Pedro a los pastores y dirigentes de la iglesia y está reservada precisamente para quienes, atendiendo a su llamado, cuidan de “la

grey de Dios... no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío... sino siendo ejemplos de la grey" (1 Pedro 5:2-3). Estas son algunas de las características para tener en cuenta en el desempeño del oficio pastoral:

- No es tirano ni se enseñorea con los que están a su cuidado.
- Es ejemplo para el rebaño.
- Buen conocimiento bíblico para que su predicación no se origine en el error, en malas intenciones, motivos de ganancia económica o procurando engañar a los demás.
- Se conduce y habla como alguien a quien Dios ha aprobado y le ha confiado el evangelio.
- No trata de agradar a nadie más que a Dios, que examina el corazón.
- Nunca recurre a las adulaciones para asegurar su identidad ni exaltar su ego.
- No busca honores de nadie.
- Trata el rebaño con delicadeza.

5. La Corona de la Vida (Santiago 1:12; Apocalipsis 2:10).

Metafóricamente, esta corona (stéfanos), muchas veces llamada la corona de los mártires, consiste en llevar una vida limpia, pura, sincera y noble, características que prevalecerán por la eternidad. La condición para esta corona será la fidelidad manifestada ante las pruebas y sufrimientos, incluso ante la misma muerte. Jesús anima a su iglesia a recibir esta corona con estas palabras:

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.” Mateo 5:10-12

Preparados para el Tribunal de Cristo

Así como en la escuela el día más importante es el de los exámenes, para todo ser humano será el del juicio que determine su eternidad. La Biblia menciona cinco juicios que se llevarán a cabo en el futuro:

1. El Tribunal de Cristo (2 Corintios 5:10).

Como se ha visto hasta ahora, todos los creyentes deberán comparecer ante este tribunal en el cielo para ser evaluados “para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo”. Este no será un juicio de condenación, pues “ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8:1).

2. El Juicio de los Creyentes del Antiguo Testamento (Daniel 12:1-3).

Todos los creyentes del Antiguo Testamento, es decir, los que vivieron conforme a las Escrituras y creyeron en las promesas de Dios, serán resucitados y recompensados en la segunda venida de Cristo, luego de la Gran Tribulación.

3. El Juicio de los Gentiles que sobrevivan a la Gran Tribulación (Mateo 25:31-46).

En este juicio también conocido como el “juicio de las ovejas y los cabritos” y al que comparecerán todos los gentiles que sobrevivan a la Gran Tribulación, obviamente tendrá lugar luego de este trágico

período que se caracterizará por la manifestación del Anticristo y su derrota al final de este; a los justos se les permitirá entrar al Reino Milenial, pero los rebeldes irán “al castigo eterno”.

4. El Juicio de Satanás y sus ángeles caídos (2 Pedro 2:4).

Este juicio se llevará a cabo al final del Reino Milenial en el que, tras su última rebelión, Satanás y los que lo siguieron serán arrojados “al lago de fuego”, donde “serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 20:7-10).

5. El Juicio del Gran Trono Blanco (Apocalipsis 20:11-15).

Este será el juicio final para todos los condenados, el cual tendrá lugar al final del Reino Milenial y en el que serán juzgados de acuerdo con sus obras y lanzados “al lago de fuego”.

Todos los seres creados, sin excepción, tendrán que comparecer algún día ante el Creador para ser juzgados. En el caso de los creyentes, en su gracia, Dios ha adelantado el cuestionario para que cada uno esté preparado:

¿Cómo trató a otros creyentes?

¿Cómo se usaron los talentos y dones dados por Dios?

¿Cómo usó cada uno sus recursos?

¿Cómo soportó las injusticias, la crítica y el maltrato de otros?

¿Cómo ha usado el tiempo?

¿Cómo ha controlado las pasiones y apetitos carnales?

¿Ganó almas para Cristo?

¿Cómo apoyó la obra de Dios?

¿Cuál fue el testimonio que dio a otros, especialmente a su familia?

La pregunta para cada uno será: ¿Cuál juicio enfrentará cada uno?

¿Para ser condenado o para recibir recompensas?

LAS BODAS DEL CORDERO

(Mateo 22:1-14; 25:1-13; Apocalipsis 19:6-9)

Dado que las Bodas del Cordero están relacionadas únicamente con la iglesia de Jesucristo y todos sus miembros, estas no se mencionan en el Antiguo Testamento, aunque sí hay sombras de ello, como la inclusión de algunas mujeres no israelitas en la genealogía del Mesías, especialmente la de Rahab, la ramera de Jericó y Rut, la moabita nuera de Noemí (Mateo 1:5). Así que la mención de las Bodas del Cordero está plenamente identificada en las Escrituras.

Rut, la Novia Gentil

El libro de Rut es considerado una de las narraciones más hermosas de la Biblia. En él se narra la historia de Rut, una mujer gentil, oriunda de Moab, territorio al que algunos israelitas emigraron debido a la hambruna que azotó a la tierra de Israel, recientemente conquistada por ellos bajo el liderazgo de Josué. Dios les había dado instrucciones precisas por medio de Josué respecto a los habitantes de la tierra de Canaán que Él les había dado como herencia. Sin embargo, los israelitas no las obedecieron cabalmente, por lo que “el ángel de Jehová subió de Gilgal a Boquin, y dijo: Yo os saqué de Egipto y os introduje en la tierra de la cual había jurado a vuestros padres, diciendo: No invalidaré jamás mi pacto con vosotros, con tal que vosotros no hagáis pacto con los moradores de esta tierra, cuyos altares habéis de derribar; mas vosotros no habéis atendido mi voz. ¿Por qué habéis hecho esto? Por tanto, yo también digo: No los

echaré de delante de vosotros, sino que serán azotes para vuestros costados, y sus dioses os harán tropezadero” (Jueces 2:1-3).

Así iniciaba así el gobierno de los Jueces, después de la muerte de Josué, siendo esta una época de apostasía, en la que los israelitas “dejaron a Jehová, y adoraron a Baal y Astarot”, llevando a Israel a una decadencia moral y espiritual (Jueces 2:11-23).

Las sequías y las hambrunas son una de las maneras como Dios envía sus juicios sobre la Tierra y en este caso, tanto el pecado como el juicio confluyen, siendo muy posiblemente la causa de que muchos israelitas migraran a las naciones vecinas.

Entre los que emigraron se encontraban Elimelec y Noemí, y sus dos hijos “Mahlón y Quelión, efrateos de Belén de Judá” quienes, tras la muerte de Elimelec, se casaron con dos mujeres moabitas: Orfa y Rut.

Con el tiempo, Mahlón y Quelión también murieron y las tres mujeres viudas quedaron desamparadas. Por aquellos días terminó la hambruna en Israel y Noemí decide regresar, dándole a sus nueras la oportunidad de quedarse en su tierra Moab.

Orfa aceptó, pero Rut se quedó con Noemí (Rut 1:7-14) y pronuncia las palabras que se convirtieron en parte de los tradicionales votos que se escuchan aún hoy en las bodas: “a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios. Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada; así me haga Jehová, y aun me añada, que sólo la muerte hará separación entre nosotras dos” (Rut 1:16-17).

Las dos “llegaron a Belén al comienzo de la siega de la cosecha” (Rut 1:22) y como acostumbraban los pobres, Rut fue a los campos a

“recoger y juntar tras los segadores entre las gavillas” (Rut 2:7). Resultó que aquellos campos eran de un hombre llamado Booz, pariente de su suegro Elimelec, a quien se dio a conocer siguiendo instrucciones de Noemí, la noche que él aventaba “la parva de las cebadas” (Rut 3:1- 9), es decir, ¡al final del Día de Pentecostés, la Fiesta de la Cosecha!

En la noche del Día de Pentecostés, Booz reconoció que la mujer que estaba recostada a sus pies, era aquella a quien él había autorizado a recoger su cosecha y de la que todo el pueblo daba fe de ser una mujer virtuosa (Rut 3:11). Tras resolver un problema legal con otro pariente que podía reclamar a la viuda, Booz le hizo justicia haciéndola su esposa y heredera de la promesa mesiánica, pues fue traída para ser parte del linaje del Mesías (Mateo 1:5).

Rut es una novia gentil en tierra extranjera y su historia proporciona una imagen profética de la novia gentil de Cristo, la iglesia.

Las diez vírgenes

En la Parábola de las Diez Vírgenes, el Señor Jesucristo advierte a los creyentes de la importancia de estar preparados y permanecer vigilantes sobre su vida espiritual, pues “no sabéis el día ni la hora en que el hijo del Hombre ha de venir” (Mateo 25:13).

Los personajes que intervienen en el relato son fácilmente identificables: el esposo es el Señor Jesucristo; las vírgenes prudentes son los verdaderos creyentes y las insensatas se identifican con los falsos creyentes; las lámparas son la Palabra de Dios que ilumina y guía la vida de los fieles y su testimonio ante el mundo; y el aceite representa al Espíritu Santo que llena la vida del verdadero creyente (Mateo 25:1-4). El relato describe de manera dramática cómo el Señor Jesucristo vendrá por su novia, la iglesia, y

lo que sucederá con los creyentes, comparándolos con las diez vírgenes con sus lámparas aguardando a que Él venga por ellas. Respecto a las vírgenes, Jesús menciona tres cosas:

1. Todas tomaron sus lámparas (Mateo 25:1).

La Biblia enseña que “lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino” (Salmo 119:105). Al parecer, la escena se desarrolla en el curso de la noche, representando el mundo de tinieblas en el que los fieles han sido llamados a ser luz. Sin embargo, los creyentes por sí solos no son luz, a menos que sus lámparas, es decir, la Palabra de Dios, alumbré su caminar en el mundo.

2. Cinco de ellas eran prudentes (Mateo 25:2, 4).

La Escritura hace evidente que la lámpara (la Palabra de Dios) tampoco por sí sola es suficiente, pues a pesar de que cada una de las doncellas tenía su lámpara, sólo cinco de ellas llevaban aceite suficiente para evitar que se apagaran. A estas últimas, Jesús las llamó “prudentes” (gr. φρόνιμος, phrónimos), que significa que eran precavidas, es decir, que se anticipaban a una posible situación, calculando y pensando antes de actuar, sin dejarse llevar por sus impulsos.

Estas vírgenes representan a los verdaderos creyentes que han puesto su fe en el Señor Jesús, siendo llenos del Espíritu Santo, demostrándolo con sus decisiones basadas en la certeza de las promesas del Señor, especialmente en la de su venida por su iglesia, lo cual determinará toda acción en el curso de sus vidas.

Aquí se presenta una escena muy particular entre las cinco “prudentes” y las cinco “insensatas”, cuando estas últimas les piden a las primeras que compartan su aceite con ellas. Esta escena podría

compararse con la de una crisis en un vuelo de avión, en la que la tripulación ordena a los pasajeros que primero se pongan ellos las mascarillas y después ayuden a los que necesiten asistencia. Este no es un acto egoísta o falta de compasión, pues si a ambos les falta el oxígeno, ninguno podrá ayudar al otro y ambos morirán. De la misma manera, si las “prudentes” compartían su aceite con las “insensatas”, a ambas se les agotaría el aceite (Mateo 25:9) y sus lámparas no encenderían, por lo que el esposo (novio) no encontraría a ninguna. De hecho, cuando el esposo (novio) llega, sólo encuentra a las cinco “prudentes” que estaban aguardando su llegada, pues las cinco “insensatas” al darse cuenta que no tienen aceite suficiente en sus lámparas fueron a comprar; así que sólo “las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta” (Mateo 25:10).

Esta Escritura deja claro que la salvación es personal y no se puede transferir, heredar o compartir, pues le ha sido otorgada por gracia a quien se arrepiente, cree en la obra redentora del Hijo de Dios en la cruz y decide vivir bajo la dirección del Espíritu Santo en obediencia a su Palabra.

Por esto, el apóstol Pablo instruye a la iglesia a permanecer “firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1 Corintios 15:58).

3. Cinco de ellas eran insensatas (Mateo 25:2-3).

A diferencia de las anteriores, las otras cinco vírgenes no fueron precavidas y no se proveyeron de aceite suficiente para evitar que sus lámparas se apagaran. A estas, Jesús las llamó “insensatas” (gr. μωρός, morós), que significa necia, tonta, despreocupada. Estas representan a los falsos creyentes que no tienen presente la razón de haber sido llamados por Cristo y nunca han hecho firme su vocación

ni elección.

En la Carta del apóstol Judas, hay una dramática advertencia respecto a muchos que, llamándose cristianos, realmente jamás han nacido de nuevo: “En el postrer tiempo habrá burladores, que andarán según sus malvados deseos. Estos son los que causan divisiones; los sensuales, que no tienen al Espíritu” (Judas 19). Al señalar a “los que causan divisiones”, la Escritura está refiriéndose a aquellos que llamándose creyentes “no tienen al Espíritu”, y por tanto, nunca han sido regenerados por el Espíritu de Dios interiormente. En el Sermón del Monte, Jesús se refirió a ellos, diciendo: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21).

El día en que Jesús venga por su iglesia, Él hará distinción entre “prudentes” e “insensatos” y muchos le dirán: “Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?” (Mateo 7:22). Ese día será muy doloroso descubrir que muchos vivieron una mentira con la que pudieron engañar a multitudes alrededor, pero no a Aquel ante quien “no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13).

La respuesta de Jesús a los creyentes que pretendieron ser lo que nunca fueron, será similar a la que le dio a las “insensatas”: “Nunca os conocí” (Mateo 7:23).

La situación de estas doncellas “insensatas” confirman las palabras del profeta Isaías que el Señor mencionó cuando los fariseos y los escribas cuestionaron que sus discípulos no vivieran “conforme a la tradición de los ancianos”, llamando a quienes lo escuchaban a poner

su atención en lo verdaderamente importante: “Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres, porque dejando el mandato de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres” (Marcos 7:1-8).

Mientras que para los “prudentes”, el apóstol Pablo afirma que “vuestro trabajo en el Señor no es en vano”, a los “insensatos” Jesús les dice: “en vano me honran”. No ser iluminados por la Palabra de Dios (lámpara) tiene consecuencias en el futuro espiritual de todo el que afirma ser creyente, pues como el mismo apóstol Pablo asevera, “conoce el Señor a los que son suyos” (2 Timoteo 2:19).

El Señor Jesucristo menciona que habrá una larga espera antes que Él venga por los suyos, lo cual será aprovechado por el mundo para cuestionar y burlarse de la fe de los creyentes (2 Pedro 3:3-4), haciendo que muchos duden, pierdan la esperanza y hasta desistan. Pero “el Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9). Así que lo que para unos es tardanza, para otros se convierte en esperanza, pues si unos han experimentado la compasión, es justo que los demás también lo hagan, hasta que nadie tenga excusa.

Esta aparente tardanza del Señor en venir por los suyos también es una prueba a la perseverancia y constancia del creyente, llamado a imitar el ejemplo del Señor, quien en medio de la angustia ante la proximidad de su muerte no dejó de orar y buscar al Padre (Marcos 14:32-38). Sin embargo, el ser humano impaciente y temeroso en su naturaleza, ante el sufrimiento o la eventual “tardanza” del Señor, tiende a perder de vista “la esperanza a que Él os ha llamado”

(Efesios 1:18), y descuidar su vida espiritual y su comunión con Dios. Pero Jesús mismo les recuerda: “el que persevere hasta el fin, este será salvo” (Marcos 13:13).

El regreso del Señor por su iglesia será inesperado y sorprendente, pudiendo darse “al anochecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana” (Marcos 13:35). De manera imprevista y mientras todas estaban dormidas, “a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!” (Mateo 25:6).

La medianoche, entendida de una manera espiritual, es el momento de las más densas tinieblas. En ese instante, se escuchará un clamor que será la gran “voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios” (1 Tesalonicenses 4:16), que anunciará que el Señor ha regresado por su iglesia en el arrebatamiento. Esto sucederá “en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta” (1 Corintios 15:52), así que no habrá tiempo para los que no estén preparados.

Después que el esposo (novio) entra a las bodas con las cinco vírgenes “prudentes”, “se cerró la puerta” (Mateo 25:10). Algunos instantes antes, en el mismo sermón en el Monte de los Olivos, Jesús mencionó a sus discípulos que “del día y de la hora nadie sabe... sino sólo mi Padre. Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre” (Mateo 24:36-37). Noé predicó durante más de cien años “acerca de cosas que aún no se veían” (Hebreos 11:7), y que el mundo de entonces ignoró, pero cuando el diluvio vino... “¡Jehová le cerró la puerta!” (Génesis 7:16).

La Cena de las Bodas del Cordero

Jesucristo, el novio, ya habrá venido por su iglesia, la novia por la que “se entregó a sí mismo, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo,

una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Efesios 5:25-27), y que será arrebatada “en las nubes para recibir al Señor en el aire” (1 Tesalonicenses 4:17); en el Tribunal de Cristo, ella será ataviada con diademas, coronas y galardones, preparada para las Bodas del Cordero.

Esta será la celebración y la fiesta más espectacular de todos los tiempos, a la cual estarán invitados todos los verdaderos creyentes, “los que aman su venida” (2 Timoteo 4:8), que perseverarán y aguardarán confiados a que Él venga por ellos.

Aunque la ceremonia aún no ha sucedido, todo cristiano le pertenece a Cristo y forma parte de su Cuerpo (1 Corintios 12:13, 27), la iglesia, desde el momento en que recibe su salvación (Romanos 6:1-4). Antes de ser arrestado y crucificado, Jesús se reunió con sus discípulos y prometió que donde Él esté, allí también estará su iglesia (Juan 14:1-3); también, el apóstol Pablo afirma que, tras el rapto, la iglesia estará “siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4:17).

En el momento en que inicien las Bodas del Cordero, en el cielo, una gran multitud aclamará al Señor, diciendo: “¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero” (Apocalipsis 19:6-7). Y allí estará la iglesia que ha perseverado y aguardado pacientemente ese momento y se ha preparado para estar con su Señor.

La Escritura dice que “se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente”, y que esto representa “las acciones justas de los santos” (Apocalipsis 19:8); la novia del Cordero ha sido justificada y santificada por la sangre del Cordero inmolado en la cruz

y purificada “por el lavamiento del agua por la Palabra”, para ser entregada al novio “santa y sin mancha” (Efesios 5:25-27). A partir de entonces, la iglesia estará siempre con Cristo como su esposa y “coheredera” (Romanos 8:17), descenderá con Él en su segunda venida (Apocalipsis 19:14), reinará con Él durante el Milenio (Apocalipsis 20:4), y “por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 22:3-5).

CAPÍTULO III. LA TRIBULACIÓN

La Tribulación es el período bíblico en el que Dios enviará sus últimos juicios al mundo y de la cual Jesús profetizó: "...porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá" (Mateo 24:21).

Sin embargo, antes de mencionar este tiempo, Jesús hace una referencia a la profecía del profeta Daniel acerca de la "abominación desoladora", refiriéndose al ídolo que el Anticristo colocará dentro del Templo judío, en el Lugar Santísimo, a partir de lo cual se desatará una gran persecución contra los judíos ocasionando que estos huyan de Judea (Mateo 24:15-20).

En ese tiempo se desencadenarán una serie de eventos apocalípticos que involucrarán los juicios de Dios sobre una humanidad sumergida completamente en la oscuridad y en la más feroz y profana rebelión de Satanás contra Dios.

Un profundo estudio de las Escrituras revela que después del arrebatamiento de la iglesia y antes de que ocurran los eventos profetizados para el tiempo de la Tribulación, debe transcurrir cierto período de tiempo en el que habrá un cambio masivo hacia un nuevo orden y gobierno mundial, una guerra global, un colapso financiero internacional, cambios climáticos y geológicos a escala planetaria, pestes, enfermedades y terremotos como nunca antes se habrían visto; además de todo lo anterior, este será el tiempo en que el Anticristo se manifestará y establecerá su gobierno en la Tierra.

Si la Tribulación será el tiempo en el que Satanás ejecutará todo su poder engañoso, entonces el Anticristo ya deberá estar en algún lugar del mundo para ese momento, aunque durante la época de la iglesia

él deberá permanecer escondido. Satanás no sabe cuándo podrá empezar a actuar libremente, pero es consciente de que cuando pueda hacerlo, le quedará muy poco tiempo. Por lo tanto, deberá elegir a su candidato rápidamente para entregarle “su poder y su trono, y grande autoridad” (Apocalipsis 13:2) sobre el mundo.

Satanás ha tenido esto en mente desde el comienzo, pues fue lo mismo que le ofreció a Jesús cuando lo tentó en el desierto; allí lo llevó “a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares” (Mateo 4:8-11).

La firme negativa de Jesús a ceder a la tentación, no hizo que Satanás desistiera de volverlo a intentar, poniendo desde entonces en marcha un plan para destruir definitivamente el proyecto de Dios para la humanidad. El apóstol Pablo revela que “ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio” (2 Tesalonicenses 2:7). Estas palabras son un claro indicio de cuándo iniciará este período. Primero, “la iniquidad” nunca ha cesado en el mundo y, por el contrario, ha ido en aumento con el curso de los años y así continuará. Sin embargo, “hay quien al presente lo detiene” y ese es el Espíritu Santo que mora en cada creyente y, por tanto, está presente en la iglesia, a través de la cual actúa en el mundo; en otras palabras, mientras la iglesia permanezca en el mundo, los planes de Satanás estarán detenidos.

Sin embargo, esa presencia del Espíritu Santo en la Tierra no será para siempre, pues Jesús ha previsto venir por sus fieles, lo cual sucederá en el Rapto de la iglesia. Después del rapto de la iglesia y pasado un tiempo, habrá venido la apostasía y se manifestará “el hombre de pecado, el hijo de perdición” (2 Tesalonicenses 2:3), es

decir, el Anticristo.

Este ser satánico emergerá como portador de buenas noticias para la humanidad, al promover un Tratado de Paz para el Medio Oriente, cuya confirmación será el momento en que iniciará este período de la Tribulación, el cual durará una semana de años, es decir, siete años (Daniel 9:27).

Este período estará dividido en dos mitades exactas, cada una caracterizada por eventos muy particulares. La primera mitad a la que se le conoce como la Tribulación, iniciará con la confirmación de “un pacto con muchos”; la segunda mitad, conocida propiamente como la Gran Tribulación, empezará con la violación del pacto, cuando el Anticristo entre al Templo judío a ofrecer un sacrificio abominable y sacrílego en el Lugar Santísimo.

Propósito de la Tribulación

El tiempo profetizado de la Tribulación es muy diferente al de las tribulaciones comunes y corrientes de la vida cotidiana. Por ejemplo, le sucedieron a un hombre como Job, afligido en gran manera por múltiples tribulaciones, a quien uno de sus amigos y consejeros, Elifaz, sin entender plenamente la razón de sus sufrimientos le dijo: “Pero como las chispas se levantan para volar por el aire, así el hombre nace para la aflicción” (Job 5:7).

Esto es tan cierto que en su mensaje de despedida a sus discípulos y antes de ser apresado para ser crucificado, Jesús les advierte que “en el mundo tendréis aflicción”; pero a diferencia de las palabras de Elifaz a Job, las de Jesús terminan con un llamado a resistir y superar la aflicción con la esperanza propia de quien, por su fe, está unido a Él: “Pero confiad, Yo he vencido al mundo” (Juan 16:33).

En otras palabras, el ser humano ha nacido en un mundo en el que deberá enfrentar la aflicción que traerán las diversas tribulaciones. Sin embargo, en este caso, la aflicción y el sufrimiento de este tipo de tribulaciones, según la misma Biblia, tienen como propósito la formación del carácter, “sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza” (Romanos 5:3-5), y el perfeccionamiento de la fe “para que sometida a prueba... sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo” (1 Pedro 1:7).

La Tribulación profetizada para el final de los tiempos es un período en el que sucederán eventos específicos y puntuales, nada comunes a los seres humanos o a otros períodos de la historia. Aunque involucrará a toda la humanidad, la Tribulación está dirigida específicamente al pueblo de Israel y a su restauración final, por lo que también es llamada el “tiempo de angustia para Jacob” (Jeremías 30:7). Es importante recordar que Israel es el nombre espiritual que Dios le dio a Jacob, el padre de las doce tribus, cuando iba de regreso a Canaán y luego de cruzar el vado del río Jaboc (Génesis 32:22-28). Desde ese entonces, Israel y su descendencia tendrían un llamado y un poder especial, además de la promesa de que, sin importar cuánto fueran perseguidos, siempre tendrían la garantía de la restauración (Salmo 53:6).

El libro de Jeremías menciona tres imágenes clásicas de la Tribulación: la “mujer que está de parto” (Jeremías 30:6) y debe soportar los dolores que acompañarán el anuncio de los comienzos de la restauración de Israel; “aquel día” (Jeremías 30:7-8), el cual corresponde al Día de la Ira de Dios o al tiempo en el que “todo Israel será salvo... [y Dios] apartará de Jacob la impiedad” (Romanos 11:25-26), haciendo que el corazón de Israel se vuelva a Él cuando

miren y se lamenten por aquel “a quien traspasaron” (Zacarías 12:10), es decir, cuando reconozcan a Jesús como el Mesías; en “aquel día”, Dios también los libraré del poder de los gentiles (Zacarías 12:9); finalmente, menciona que en “aquel día... servirán a Jehová su Dios y a David su rey, a quien Yo les levantaré” (Jeremías 30:9), en una clara referencia al reinado terrenal de Jesús, en el Milenio, al final de los tiempos.

En aquellos días, cuando Dios restaure a Israel, Él establecerá “con la casa de Israel y con la casa de Judá un nuevo pacto; no como el pacto que hice con sus padres... Éste es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré. Y Yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo... Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades” (Hebreos 8:8-10, 12).

El tiempo de la Tribulación serán “días de retribución, para que se cumplan todas las cosas que están escritas” (Lucas 21:22); esta época marcará el cumplimiento de los tiempos señalados por Dios para los gentiles (Romanos 11:25), y el surgimiento de Israel, cuando termine el largo período de ceguera judicial que Dios les impuso como castigo por su desobediencia y rebeldía a sus leyes (Romanos 10:21; 11:8-10).

Sin embargo, este tiempo traerá también un período de anticipación mesiánica, el cual llevará a un gran avivamiento de proporciones mundiales durante el cual Dios apartará a 144.000 judíos para llevar el evangelio a todo el mundo (Apocalipsis 7:1-8). Muchos que antes rechazaron o ignoraron el mensaje de salvación, comprobarán la veracidad de la Palabra de Dios y de las profecías y se volverán al Señor, aunque muchos también sufrirán e incluso morirán por causa

de la persecución del Anticristo, a quien “se le permitió hacer guerra contra los santos y vencerlos” (Apocalipsis 13:8).

En conclusión, la Tribulación tendrá como propósito la purificación y restauración de Israel y, como consecuencia de su conversión, la evangelización final del mundo tras el rapto de la iglesia.

Panorama de la Tribulación

Esta época fue profetizada desde el Antiguo Testamento por el profeta Daniel como la culminación de un período de tiempo de Setenta Semanas, las cuales, como se vio anteriormente, son 70 semanas de años, que equivalen a 490 años, en los que el plan de Dios para los judíos concluirá (Daniel 9:24-27).

A su vez, este gran espacio de tiempo está dividido en varios períodos descritos en el curso de la misma visión de Daniel:

1. Las primeras 69 semanas.

Esta sería la primera parte anunciada en la visión por el ángel Gabriel al profeta Daniel, la cual iniciaría “desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe”; entre estos dos eventos “habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida Mesías” (Daniel 9:25-26).

En el año 587 a.C., Nabucodonosor, cabeza del Imperio Babilónico, invadió Judá y la ciudad de Jerusalén fue arrasada, el Templo fue destruido y gran parte de la población fue deportada a la ciudad de Babilonia. Entre los deportados, siendo aún un muchacho, se encontraba el profeta Daniel.

En el año 539 a.C., Ciro el Grande, al mando del ejército del Imperio Persa, conquistó Babilonia, y al año siguiente firmó el decreto que permitía a los judíos regresar a su tierra para reconstruir el Templo de Dios en Jerusalén y restaurar los sacrificios (Esdras 6:3-10); las obras de reconstrucción tardaron 46 años (Juan 2:20). Este decreto fue ratificado luego por el rey Darío, quien ordenó que las obras continuaran sin ninguna objeción. Sin embargo, aunque el tiempo de las primeras siete semanas coincide con este episodio, la profecía de Daniel es clara al definir que el tiempo contaría a partir de la “salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén” y no el Templo, lo cual efectivamente sucedió en el año 445 a.C., en la época de Nehemías, bajo el reinado de Artajerjes (Nehemías 2:1-8).

Al tener en cuenta que este decreto se dio en el mes de Nisán (últimos días de marzo y primeros días de abril), y que los 483 años que cubren las primeras 69 semanas de Daniel llegan, según el cómputo más probable, al año 30 de nuestra era (fecha probable de la muerte de nuestro Señor), se puede comprender mejor el lamento de Jesús cuando hacía su entrada triunfal en la ciudad de Jerusalén: “¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz!” (Lucas 19:42). ¡Era el día 9 de Nisán! Precisamente, ese día se cumplían las 69 semanas (483 años), después de las cuales “se quitará la vida al Mesías” (Daniel 9:26). Es posible, como hacen notar los autores de Search the Scriptures (Escudriña las Escrituras) que a esto se refiriera el Señor cuando proclamó que “el tiempo [kairós, tiempo exacto de Dios] se ha cumplido” (Marcos 1:15), y que a esto se debiera la creciente expectación acerca de la venida del Mesías.”

2. El paréntesis de la Dispensación de la Gracia.

En la cronología de las Setenta Semanas de Daniel, hay un

paréntesis que corresponde al tiempo de la iglesia o Dispensación de la Gracia, la cual abarca desde el Día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo fue derramado sobre los creyentes en el Aposento Alto (Hechos 2:1-4), hasta el día en que la iglesia será arrebatada “en las nubes para recibir al Señor en el aire” (1 Tesalonicenses 4:17). Es necesario enfatizar que el Espíritu Santo, “al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce” (Juan 14:17), no fue prometido al mundo sino a la iglesia. Sin embargo, siendo Omnipresente, continuará su ministerio durante el tiempo de la Tribulación actuando de diferente manera.

3. La Semana 70.

La última semana de 7 años será la que corresponda a la Tribulación, en la que Satanás entregará “su poder y su trono, y grande autoridad” (Apocalipsis 13:2) al Anticristo, aquel “inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos” (2 Tesalonicenses 2:8-10).

El Anticristo surgirá al escenario mundial promoviendo un Tratado de Paz que será confirmado con Israel y por muchas otras naciones, trayendo una falsa esperanza de paz y orden en medio del caos internacional (Daniel 8:23-25), dando inicio de esta manera al período conocido como la Tribulación.

Bajo su influencia y gobierno, el mundo caerá en el engaño y en la más completa oscuridad espiritual y moral, pues todos los poderes de las tinieblas bajarán a este mundo a engañar y atormentar a todos los moradores de la tierra durante los últimos tres años y medio de este período, conocido como la Gran Tribulación (Apocalipsis 9:1-6), al final del cual le sobrevendrá al Anticristo el desastroso fin que Dios ha decretado para él y que no es otro que su derrota definitiva en la

Batalla del Armagedón (2 Tesalonicenses 2:8), para finalmente ser arrojado “al lago de fuego y azufre” (Apocalipsis 20:10).

Principio de Dolores

La inquietud acerca de este tiempo es la misma que en tiempos de Jesús, cuando sus apóstoles le preguntaron: “¿Cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?” (Mateo 24:3). La respuesta dada a sus apóstoles es replicada por el mismo Señor Jesucristo y debiera ser una convicción para todos los creyentes en una época como la actual: “Y oiréis de guerras y rumores de guerras... porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares” (Mateo 24:6-7).

Las noticias que hoy llegan a los oídos de toda la humanidad, en gran parte debido a los modernos adelantos tecnológicos en las diversas formas de comunicación, han llenado de temor e incertidumbre al mundo e incluso a la iglesia de Cristo, pues aun los creyentes, en muchos casos ignorantes de la Palabra de Dios, se dejan engañar y se alarman por mensajes y supuestas revelaciones acerca del Día del Señor. Jesús dijo antes de relatar los eventos que tendrían lugar al final de los tiempos: “No os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin... Y todo esto será principio de dolores” (Mateo 24:6, 8).

Estos dolores, a los que Jesús hacía referencia, traían sin duda a la memoria de los judíos que lo escucharon en su tiempo las palabras del profeta Jeremías cuando habló de “un tiempo de angustia para Jacob” como los dolores de una “mujer que está de parto” (Jeremías 30:6-7); en otras palabras, habrá una serie de eventos preliminares que no serán más que el anuncio de cosas que aún no han sucedido

y, así como el parto es precedido por los dolores propios del alumbramiento, la Tribulación será anunciada en su momento por situaciones específicas.

De ellas habló el apóstol Pablo, recordándole a la iglesia en medio de sus temores acerca del Día del Señor, que ese día “no vendrá sin que antes venga la apostasía (rebelión contra Dios), y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición” (2 Tesalonicenses 2:3).

La Apostasía o Rebelión contra Dios

La palabra apostasía (gr. ἀποστασία) significa “apartarse o salirse del camino” y aplicado a la vida cristiana implica un abandono deliberado de la verdad y la fe.

Uno de los principales ejemplos de apostasía se encuentra en el Antiguo Testamento, cuando los israelitas se desesperaron por la tardanza de Moisés y a los pies del Monte Sinaí, le pidieron a Aarón que les fabricara dioses, a lo cual Aarón accedió y con el oro que recolectó de entre ellos, les hizo un becerro de oro al que adoraron y le presentaron holocaustos y ofrendas (Éxodo 32:1-6). “Entonces Jehová dijo a Moisés: Anda, desciende, porque tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto se ha corrompido. Pronto se han apartado del camino que yo les mandé; se han hecho un becerro de fundición, y lo han adorado, y le han ofrecido sacrificios, y han dicho: Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto” (Éxodo 32:7-8). En esta ocasión, el juicio de Dios fue llevado a cabo por medio de Moisés, causando la muerte de varios miles de israelitas (Éxodo 32:25-29). Tras la súplica de Moisés, Dios dictó una sentencia para el futuro de Israel: “... en el día del castigo, yo castigaré en ellos su pecado” (Éxodo 32:34).

Otro caso de apostasía fue el de Acab, rey de Israel (reino del norte),

quien “tomó por mujer a Jezabel, hija de Et-baal rey de los sidonios, y fue y sirvió a Baal, y lo adoró. E hizo altar a Baal, en el templo de Baal que él edificó en Samaria. Hizo también Acab una imagen de Asera” (1 Reyes 16:31-33). Aunque el reino davídico de Israel se había dividido en el reino del norte o de Israel, con Samaria como capital, y el reino del sur o de Judá, con Jerusalén como capital, las dos casas habían hecho parte de la misma nación y pueblo sobre el cual Dios había promulgado su Ley por medio de Moisés, la cual prohibía expresamente a los israelitas “hacer alianza con los moradores de la tierra donde has de entrar... tomando de sus hijas para tus hijos” (Éxodo 34:12-16). Sin embargo, este precepto no fue plenamente atendido por los israelitas durante el tiempo de la conquista de la Tierra Prometida y permitieron que los cananeos permanecieran entre ellos y que sus hijos e hijas se casaran con los de aquellas naciones que debían desalojar. Ante esto, Dios les advirtió que por no haber atendido su voz, la gente de esos pueblos “serán azotes para vuestros costados, y sus dioses os serán tropezadero” (Jueces 2:3). Y esto finalmente fue lo que terminó sucediendo, pues Acab, influenciado por Jezabel, condujo a toda Samaria e Israel a la idolatría y despertó “la ira de Jehová Dios de Israel” (1 Reyes 16:33). El juicio de Dios en ese entonces fue una prolongada sequía que sólo terminó cuando los profetas de Baal y Asera fueron ejecutados (1 Reyes 18:40-45).

La historia de Israel y de la iglesia de Cristo nunca han estado exentas de experimentar la apostasía y de sufrir las consecuencias de su influencia en la vida de las personas y las comunidades. Uno de los casos de apostasía más renombrados en el Nuevo Testamento es el de Judas Iscariote quien, por su amor al dinero y un corazón no resuelto respecto a Jesús, el Mesías, lo abandonó y lo vendió por treinta monedas de plata (Mateo 26:14-15).

Posteriormente, se dio la irrupción de los “judaizantes” en la iglesia, que exigían a los gentiles que “si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos” (Hechos 15:1), enseñándoles que, además de la circuncisión como evidencia de su verdadera conversión, debían guardar la Ley de Moisés (Hechos 15:5). Esto generó una fuerte discusión entre Pedro y Pablo (Gálatas 2:11-21) y fue objeto del primer Concilio de la iglesia, el Concilio de Jerusalén (Hechos 15:6-20). Otros casos de naufragio en su fe fueron Himeneo y Alejandro (1 Timoteo 1:19-20) y Demas (2 Timoteo 4:10).

La Biblia exhorta a los creyentes a evitar perder el rumbo y apartarse o salirse del camino de la fe, atendiendo con más diligencia “a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos” (Hebreos 2:1), es decir, a mantenerse fieles y firmes en la sana enseñanza de la Palabra de Dios, siendo “edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Efesios 2:20). Cristo es la piedra angular y el centro de la fe y la doctrina de todo creyente. Toda la Escritura enseña y da testimonio de Él (Juan 5:39). Sin embargo, también advierte “que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios” (1 Timoteo 4:1).

Si la apostasía conduce a “una terrible expectativa de juicio, el fuego ardiente que ha de devorar a los enemigos de Dios... ¿Cuánto mayor castigo piensan ustedes que merece el que ha pisoteado al Hijo de Dios, que ha profanado la sangre del pacto por la cual había sido santificado, y que ha insultado al Espíritu de la gracia?” (Hebreos 10:27, 29).

La apostasía es propagada por falsos maestros y aumenta en tiempos de pruebas y extrema maldad (Mateo 24:12), y alcanzará su máxima expresión antes y durante la Tribulación.

El apóstol Pablo advirtió expresamente a los cristianos: “huid de la idolatría” (1 Corintios 10:14). Una de las expresiones de la idolatría es la avaricia (Colosenses 3:5), por la cual algunos “se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores” (1 Timoteo 6:10). Tal es el caso de la muy conocida Teología de la Prosperidad, en la que han olvidado que “los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero” (1 Timoteo 6:9-10).

Aun así, muchos ministerios han dejado su centralidad en Cristo y sus ministros han abandonado su apasionado y desinteresado servicio a la causa del Señor, usando a Dios y sus enseñanzas de manera deliberadamente equivocada para enriquecerse y atraer a los ignorantes e incautos a un enfoque en ellos mismos y en su bienestar en este mundo, dejando de perseguir la gloria venidera.

Otra manera de apostasía que la Biblia advierte es que “en los postreros tiempos algunos apostatarán la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia” (1 Timoteo 4:1-2), pretenderán desconocer a Dios y confundir y apartar al mundo de su búsqueda de Él. Hoy, más que nunca, proliferan todo tipo de pensamientos y corrientes que pretenden presentar una imagen de Dios diferente a la que expone su propia Palabra, atreviéndose incluso a clamar por una “actualización” de ella para hacerla “inclusiva”, pretendiendo con ello ignorar el decreto de Dios y la aceptación de toda perversidad e inmoralidad. Pero la misma Escritura afirma que “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8), así que Dios no ha cambiado en su pensamiento y juicio y ha decretado que “los que practican tales

cosas son dignos de muerte”; aun así, “no sólo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican” (Romanos 1:32).

En todos los casos mencionados anteriormente hubo una parte de la población, tanto judíos del Antiguo Testamento como cristianos del Nuevo Testamento, que se opuso a la apostasía; también hubo al menos un profeta o apóstol que hizo entrar en razón al pueblo descarriado. Sin embargo, no será así en la Tribulación, pues tras el raptó de la iglesia el mundo quedará desprovisto de creyentes y sumido en una completa oscuridad espiritual de la que el Anticristo se valdrá y “con toda perversidad engañará a los que se pierden” (2 Tesalonicenses 2:9-10 NVI).

En conclusión, la apostasía aún no ha llegado a su colmo en estos tiempos, y aunque “ya está en acción el misterio de la iniquidad” (2 Tesalonicenses 2:7), todavía el mensaje de Cristo es predicado y la iglesia y los creyentes continúan siendo el estándar moral y espiritual como “luz del mundo” (Mateo 5:14).

La Manifestación del Anticristo

Cuando la Biblia menciona que “ya está en acción el misterio de la iniquidad” (2 Tesalonicenses 2:7), quiere decir que el camino de maldad para la manifestación del Anticristo se ha ido allanando. Este hombre será el último dictador que surgirá en el panorama mundial. La Escritura lo describe como “un rey altivo de rostro y entendido en enigmas. Y su poder se fortalecerá, mas no con fuerza propia; y causará grandes ruinas, y prosperará, y hará arbitrariamente, y destruirá a los fuertes y al pueblo de los santos. Con su sagacidad hará prosperar el engaño en su mano; y en su corazón se engrandecerá, y sin aviso destruirá a muchos” (Daniel 8:23-25). Este personaje “se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o

es objeto de culto”, y su “advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden” (2 Tesalonicenses 2:4, 9-10).

El desarrollo de estas características y de las habilidades y poderes sobrenaturales con los que el mismo Satanás lo dotará, no sólo harán de él la personificación de la mayor maldad que jamás haya pisado la Tierra, sino que le permitirán tener una brillante carrera política y un ascenso al poder mundial como tal vez ningún otro líder o gobernante lo haya tenido en el mundo hasta ese momento. Su eficaz ingreso al escenario mundial en el que podrá llevar a cabo su diabólica misión no será algo repentino, sino un proceso en el que su carisma y sagacidad le permitirán ir permeando los más altos círculos de poder.

Sin embargo, este “hombre de pecado, el hijo de perdición” sólo podrá manifestarse hasta cuando “quien al presente lo detiene”, es decir, la presencia del Espíritu Santo a través de la iglesia, “sea quitada de en medio” (2 Tesalonicenses 2:3, 7), lo cual sucederá cuando los creyentes, en quienes Él mora, sean arrebatados en el rapto de la iglesia.

Este será el tiempo en que, tras la confirmación del Tratado de Paz que él mismo promoverá y establecerá, “el rey [el Anticristo] hará su voluntad”, y consolidará finalmente su gobierno mundial. Sin embargo, su éxito durará “hasta que sea consumada la ira” de Dios (Daniel 11:36), y, conforme Él lo ha determinado, sea derrotado por Jesús en su segunda venida, en la Batalla del Armagedón. El Tratado de Paz permitirá que los judíos construyan sin oposición su Tercer Templo al principio de los primeros tres años y medio de la Tribulación. Este tiempo será el único período de paz que ellos conocerán desde la creación del moderno Estado de Israel en 1948.

El Inicio de la Tribulación

Como ya se ha mencionado, la profecía de las Setenta Semanas revelada al profeta Daniel está centrada en la nación de Israel y la ciudad de Jerusalén (Daniel 9:24). Las primeras 69 semanas (483 años) ya han transcurrido y se cumplieron cuando Jesucristo, el Mesías, fue crucificado.

Tras el paréntesis temporal de la época de la iglesia que inició con el derramamiento del Espíritu Santo sobre los discípulos reunidos en el Aposento Alto en el Día de Pentecostés (Hechos 2:1-4) y terminará con el rapto de la iglesia (2 Tesalonicenses 2:7), comenzará la Semana Setenta, o el período conocido como de la Tribulación, anunciado por varios profetas del Antiguo Testamento y por Jesús y los apóstoles en el Nuevo Testamento.

El inicio de la Tribulación se dará en el ámbito de un evento histórico para la humanidad como será la confirmación de un Tratado de Paz para el Medio Oriente que involucrará indiscutiblemente a Israel y a otras naciones, algunas de las cuales habrán tenido conflictos con Israel desde su creación en 1948. Este será un logro aplaudido por el mundo entero, pues la región del Medio Oriente ha sido históricamente conflictiva y ninguno de los muchos esfuerzos adelantados hasta ahora ha logrado un acuerdo definitivo para finalizar la contienda y garantizar la paz.

La Confirmación del Tratado de Paz

Este será el proyecto principal del Anticristo y con el cual se manifestará en el contexto internacional, liderando una falsa esperanza de paz y estabilidad mundial que hará que el mundo y las naciones pongan su mirada en él. De esa manera, “su poder se fortalecerá” (Daniel 8:23-24). El contenido y las claves de este

proyecto elaborado cuidadosamente se encuentran en la misma profecía:

“Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda... hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador.” Daniel 9:27

Lo primero que esta profecía revela es que el pacto promovido por el Anticristo será confirmado “con muchos” países directa o indirectamente implicados, entre ellos Israel, las naciones árabes vecinas y otras incluso de mucho más lejos; lo segundo es que el pacto se propondrá para ser llevado a cabo durante siete años (una semana de años); y, finalmente, la referencia al “sacrificio y la ofrenda” y al “templo” es una muy clara evidencia de que Israel no sólo estará involucrado, sino que será el centro de su programa. Por otra parte, dado que las naciones sólo hacen pactos, acuerdos o tratados con otras naciones, el Anticristo deberá actuar en nombre de una o varias naciones que le permitan representarlas en ese histórico y trascendental acto.

¿A quiénes se refiere el texto bíblico cuando menciona que el pacto será confirmado “con muchos”? La palabra hebrea usada para “muchos”, es rab (heb., רַב), que significa “grande, poderoso, numeroso, abundante y populoso,” lo cual parece referirse a alguien que ostenta un gran poder y que gobierna sobre el mundo o gran parte de él en el momento de la ratificación del pacto. Resulta de especial interés que, aunque en todo el libro de Daniel se identifique a muchos pueblos, territorios y naciones como Babilonia,

Elam o Persia (actual Irán), Grecia, Chipre, Egipto, Libia, Amón y Edom (Jordania), no se identifique a la otra parte que confirmará el pacto como una nación específica, tal vez por tratarse de una

amenaza global en vez de una nación en particular. En otra parte de las Escrituras donde se menciona este pacto, se hace claridad sobre algunos de los “muchos” que lo firmarán.

“Por cuanto habéis dicho: Pacto tenemos hecho con la muerte, e hicimos convenio con el Seol; cuando pase el turbión del azote, no llegará a nosotros, porque hemos puesto nuestro refugio en la mentira, y en la falsedad nos esconderemos... Y será anulado vuestro pacto con la muerte, y vuestro convenio con el Seol no será firme; cuando pase el turbión del azote, seréis de él pisoteados.” Isaías 28:15, 18

Esta Escritura se refiere a un poder muy grande que está siendo preparado para convertirse en una amenaza futura contra la seguridad nacional de Israel. Las otras partes firmantes son la “muerte” y el “Seol” (sepulcro). Israel enfrentará eventos amenazantes que desde ahora están siendo perpetrados por los que representen a la “muerte” y el “Seol” y que desembocarán en el período de la Tribulación.

“Cuando [el Cordero] abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser viviente, que decía: Ven y mira. Miré, y he aquí un caballo amarillo, y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades [Seol] le seguía; y le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad, y con las fieras de la tierra. Cuando [el Cordero] abrió el quinto sello, vi bajo del altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?” Apocalipsis 6:7-10

Este cuarto jinete, llamado “Muerte” y su seguidor, el “Hades” (“Seol”), da a entender que todos los muertos en esta fase de la Tribulación no serán cristianos, pues estos muertos ¡acabarán en el infierno! (Seol).

La profecía de Daniel continúa describiendo lo que será el desarrollo del proceso de implementación del Tratado de Paz, afirmando que “a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda”. De estas palabras se puede inferir no sólo que el pacto será firmado y confirmado por el Anticristo, sino que involucra, además de los supuestos aspectos tratados entre naciones como los políticos, económicos, comerciales, culturales, etc., uno que ha sido y sin duda será el más álgido en la región del Medio Oriente: el religioso.

Desde el año 70 d.C., cuando la ciudad y el Templo de Jerusalén fueron destruidos por los romanos para socavar la que fue la última rebelión de los judíos, cesaron las ofrendas y los sacrificios que se realizaban en el Templo bajo el ministerio de los levitas y los sacerdotes. Hasta el día de hoy, las ofrendas y los sacrificios no se han reestablecido porque aún no se ha reconstruido el que será el Tercer Templo judío.

El pacto mencionado en la profecía de la Semana Setenta de Daniel indica que el Templo será reconstruido y que, por lo tanto, necesariamente tendrá que ser incluido en el acuerdo que dé origen al Tratado de Paz. La razón de esto es que las ruinas del Templo judío destruido hace casi dos milenios se encuentran en el Monte del Templo y sobre ellas, los musulmanes construyeron la “Explanada de las Mezquitas”, donde se encuentra la Cúpula de la Roca (637 d.C.), el lugar más sagrado para el islam después de la Meca y Medina.

El Tercer Templo nunca podrá ser reconstruido mientras la Cúpula de la Roca siga estando sobre la explanada que cubre las ruinas del anterior Templo, pues hacerlo, generaría el mayor de los conflictos entre el mundo musulmán y la nación de Israel. Por esto, es posible deducir que el asunto del Tercer Templo de Jerusalén será el punto central del Tratado de Paz impulsado por el Anticristo y contará, de

alguna manera, con la aprobación del mundo musulmán.

La manera como se haya llegado a ese acuerdo no es clara, pero se puede partir de las características de la personalidad del Anticristo para tratar de identificarlo. Siendo descrito como alguien “entendido en enigmas”, cuyo “poder se fortalecerá”, y que “con su sagacidad hará prosperar el engaño” (Daniel 8:23, 25), no es difícil imaginar que el camino que conducirá a la confirmación del pacto será el de la intriga, el engaño y el abuso de poder.

El Anticristo llegará a la confirmación del Tratado de Paz en representación de una o de varias naciones que le brindarán su apoyo o sobre las cuales ostentará el poder, las cuales conformarán una Confederación Política de Naciones de la que inicialmente harán parte cinco naciones europeas y otras cinco del Medio Oriente, entre las cuales, obviamente, no estará Israel.

Las cinco naciones del Medio Oriente que harán parte de esta confederación que apoyará al Anticristo serán las de mayor influencia en el mundo, las cuales darán un gran respaldo a su propuesta. Este respaldo podrá obtenerlo a través del engaño o, lo que pareciera más probable, haciendo partícipe al mundo islámico de una perversa intriga que conduciría a la destrucción de la nación de Israel, pues ese no sólo ha sido el propósito de gran parte del mundo musulmán, sino que también será el del Anticristo.

Por parte, Israel ha mostrado en el pasado hasta dónde está dispuesto a llegar para alcanzar la paz y el reconocimiento de sus vecinos. Tras la Guerra de los Seis Días (junio de 1967), en la que los países árabes de la región atacaron a Israel con el propósito de eliminar a la nación judía, los israelitas no sólo los derrotaron, sino que conquistaron territorios estratégicos como la península del Sinaí

(Egipto) y los Altos del Golán (Siria). Once años después, el 17 de diciembre de 1978, el presidente de Egipto, Anwar el- Sadat, y el primer ministro de Israel, Menájem Beguín, con la mediación del presidente de los Estados Unidos de América, Jimmy Carter, firmaron los Acuerdos de Camp David que contemplaron concesiones mutuas entre las que destacan la devolución de la Península del Sinaí a Egipto por parte de Israel y, a su vez, Egipto se comprometió a mantener allí una fuerza militar mínima y a permitir el libre tránsito de los barcos israelíes por el Canal de Suez. De esta manera se firmó la paz entre las dos naciones y, el 26 de marzo de 1979, establecieron relaciones diplomáticas.

No obstante, el principal conflicto que ha enfrentado Israel ha sido la cuestión palestina tras la creación del moderno Estado de Israel, el 14 de mayo de 1948, cuando los musulmanes que habitaban la tierra de Israel se levantaron en armas contra el recién creado estado judío, apoyados por la mayoría de las naciones musulmanas, especialmente las que habían participado en la Guerra de los Seis Días, además de Irán. El conflicto se convirtió en un foco de tensión del cual surgieron los principales grupos terroristas extremistas motivados por el odio a Israel y al hemisferio occidental, especialmente a los Estados Unidos de América, por su apoyo a los judíos.

El principal grupo terrorista fue la OLP (Organización para la Liberación de Palestina), liderado por Yaser Arafat, quien mantuvo su actividad terrorista dentro del territorio de Israel y lo extendió a la nación del Líbano al establecer sus cuarteles principales en su capital, Beirut. El 13 de septiembre de 1993, se firmaron los Acuerdos de Oslo entre la OLP, liderada y representada por Yaser Arafat, y el Estado de Israel, encabezado por el primer ministro Shimon Peres, en la ciudad de Oslo, Suecia, como culminación de una serie de

reuniones secretas que habían sostenido con el propósito de restablecer la paz en la región.

Los acuerdos incluían, por una parte, la modificación de la Carta de la OLP eliminando los artículos que negaban el derecho de Israel a existir como nación, lo que significaba el reconocimiento de los palestinos del estado judío, y, por su parte, Israel reconocía a la OLP como representante de todo el pueblo palestino y concedía la autonomía a la Franja de Gaza y a la ciudad de Jericó, que sería la capital del área de Cisjordania.

Eso significó que Israel entregaba los territorios de Cisjordania y la Franja de Gaza (antigua Pentápolis Filistea) a la administración palestina; pero a pesar de la implementación de los Acuerdos de Oslo, la paz entre los dos pueblos aún está lejos de ser una realidad.

Un año después, el 26 de octubre de 1994, en el Valle de Aravá, en la frontera entre Israel y el Reino de Jordania, ambas naciones firmaron un Tratado de Paz, establecieron relaciones diplomáticas y resolvieron sus disputas territoriales iniciadas desde la Guerra Árabe-Israelí de 1948 y que se vieron agravadas tras la Guerra de los Seis Días.

Desde 1994 se han incrementado los esfuerzos por consolidar el reconocimiento del Estado de Israel entre los países de la región y el resto del mundo islámico, los cuales han dado fruto en algunos casos.

Este breve recorrido histórico ayuda a comprender lo que ha significado y costado la incesante búsqueda de la paz en la región del Medio Oriente y la importancia e implicaciones que tendrá al final de los tiempos la confirmación del Tratado de Paz que promoverá el Anticristo entre Israel y las muchas otras naciones. Sin embargo, el tema del Templo de Jerusalén será el de mayor complejidad, pero

con la intervención del Anticristo, la aceptación de los países islámicos y el beneplácito de las demás naciones por alcanzar la anhelada paz en la región, Israel podrá iniciar la reconstrucción del Templo de Jerusalén y el restablecimiento de su sistema de sacrificios y ofrendas (Apocalipsis 11:1-2).

La Reconstrucción del Templo de Jerusalén

El Templo de Jerusalén ha tenido una importancia y un rol preponderante en las profecías bíblicas, pues junto con las murallas de la ciudad, fueron los elementos que le dieron identidad a la nación judía y blanco de los ataques durante las invasiones de naciones e imperios que posteriormente dominaron el territorio de Israel. La presencia del Templo de Jerusalén marcó varias etapas de la historia de la nación judía y será esencial para el desarrollo de los eventos que harán parte de la Semana Setenta de Daniel, conocida como la Tribulación.

El Templo de Jerusalén fue construido en el curso de veinte años por el rey Salomón (988-928 a.C.), siguiendo las instrucciones del Señor que le habían sido reveladas al rey David, su padre (1 Crónicas 28:11- 19). Una vez concluidas las obras en el año 957 a.C., “Salomón reunió en Jerusalén a los ancianos de Israel, y todos los príncipes de las tribus, los jefes de las familias de los hijos de Israel, para que trajesen el arca del pacto de Jehová de la Ciudad de David, que es Sión... y llevaron el arca y el tabernáculo de reunión, y todos los utensilios del santuario que estaban en el tabernáculo” (2 Crónicas 5:2, 5). Según la Escritura, una vez que todo fue puesto en su lugar, “la casa se llenó de una nube... porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Dios” (2 Crónicas 5:14), tras de lo cual, Salomón hizo la célebre dedicación del Templo de Jerusalén al Señor, Dios de Israel (2 Crónicas 6-7:10). Una vez terminadas las obras del Templo y

la casa del rey, Dios le dijo a Salomón:

“Yo he oído tu oración, y he elegido para mí este lugar por casa de sacrificio. Si yo cerrare los cielos para que no haya lluvia, y si mandare a la langosta que consuma la tierra, o si enviare pestilencia a mi pueblo; si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra. Ahora estarán abiertos mis ojos y atentos mis oídos a la oración en este lugar; porque ahora he elegido y santificado esta casa, para que esté en ella mi nombre para siempre; y mis ojos y mi corazón estarán ahí para siempre.” 2 Crónicas 7:12-16

El Templo de Jerusalén fue el centro de adoración y se convirtió en símbolo de la nación y de la esperanza de redención del pueblo de Israel, pues allí, a partir de entonces, se empezaban a llevar las ofrendas, realizar los diversos sacrificios y celebrar las festividades ordenadas por Dios a través de Moisés.

A partir de ese día, las oraciones y toda la devoción de los israelitas se harían en dirección al Templo de Jerusalén (Daniel 6:9). No obstante, el Señor también les hizo una advertencia:

“Mas si vosotros os volviereis, y dejareis mis estatutos y mandamientos que he puesto delante de vosotros, y fuereis y sirviereis a dioses ajenos, y los adorareis, yo os arrancaré de mi tierra que os he dado; y esta casa que he santificado a mi nombre, yo la arrojaré de mi presencia, y la pondré por burla y escarnio de todos los pueblos.” 2 Crónicas 7:19-20

No tardó mucho para que estas palabras del Señor se empezaran a cumplir, pues cuando Salomón llegó a viejo, “sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos, y su corazón no era perfecto con Jehová su Dios... Porque Salomón siguió a Astarté, diosa de los

sidonios, y a Milcom, ídolo abominable de los amonitas... Entonces edificó Salomón un lugar alto a Quemos, ídolo abominable de Moab, en el monte que está enfrente de Jerusalén, y a Moloc, ídolo abominable de los hijos de Amón. Así hizo para todas sus mujeres extranjeras, las cuales quemaban incienso y ofrecían sacrificios a sus dioses” (1 Reyes 11:4-8).

El mismo rey que había construido el Templo de Jerusalén al Señor y lo había dedicado a Él, era también el culpable del desastre que vendría para la nación de Israel. Debido a la conducta de Salomón, el Señor decretó:

“Por cuanto ha habido esto en ti, y no has guardado mi pacto y mis estatutos que yo te mandé, romperé de ti el reino, y lo entregaré a tu siervo. Sin embargo, no lo haré en tus días, por amor a David tu padre; lo romperé de la mano de tu hijo. Pero no romperé todo el reino, sino que daré una tribu a tu hijo, por amor a David mi siervo, y por amor a Jerusalén, la cual yo he elegido.” 1 Reyes 11:11-13

Después de Salomón, el reino se dividió en el reino del norte (Israel) y el del sur (Judá). El siervo a quien el Señor entregó el reino del norte fue Jeroboán, quien pensó: “ahora se volverá el reino a la casa de David, si este pueblo subiere a ofrecer sacrificios a la casa de Jehová en Jerusalén; porque el corazón de este pueblo se volverá a su señor Roboán, rey de Judá” (1 Reyes 12:26-27).

Para evitar esto, Jeroboán fabricó dos ídolos y los colocó uno en Betel y otro en Dan, construyó santuarios paganos en los cerros, nombró sacerdotes y dijo a los israelitas: “Bastante habéis subido a Jerusalén; he aquí tus dioses, oh Israel, los cuales te hicieron subir de la tierra de Egipto” (1 Reyes 12:28- 32). De esta manera, el reino del norte se apartó del Señor.

Pero la conducta de muchos de los reyes del reino del sur no fue muy distinta y la infidelidad de ambos reinos condujo al cumplimiento de la advertencia de Dios: “os arrancaré de mi tierra que os he dado; y esta casa que he santificado a mi nombre, yo la arrojaré de mi presencia” (2 Crónicas 7:20).

Tiempo después, Israel sucumbió ante la invasión del Imperio Asirio y Judá ante el Imperio Babilónico. Fue Nabucodonosor, rey de Babilonia, quien destruyó la ciudad y el Templo de Jerusalén en el año 587 a.C., y deportó a la mayor parte de la población a la ciudad de Babilonia.

Tras la conquista del Imperio Babilónico por el Imperio Persa, en 539 a.C., el rey Ciro decretó un año después que los judíos regresaran a Jerusalén para reconstruir el Templo de Dios, “para que fuese la casa [de Dios] reedificada como lugar para ofrecer sacrificios” (Esdras 6:3-5). Las obras de reconstrucción duraron cuarenta y seis años (Juan 2:20) y se llevaron a cabo sobre las ruinas y conforme el diseño del anterior Templo, aunque sin albergar el Arca del Pacto, sin muchos de los ornamentos y utensilios y con un decoro inicialmente mucho más sencillo.

Este fue el Templo sobre el que Jesús dijo que “no quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada” (Marcos 13:2). Esto efectivamente sucedió, en el año 70 d.C., cuando el general Tito, en su campaña para socavar la rebelión judía, destruyó la ciudad y el segundo Templo de Jerusalén. Después de esto, inició una cruel persecución a los judíos y comenzó la “diáspora”, que terminaría con la creación del moderno Estado de Israel, en 1948, ¡casi 2000 años después!

La visión de Daniel sobre el final de los tiempos profetiza que el

Templo de Jerusalén será una vez más reconstruido para que allí se vuelva a llevar a cabo “el sacrificio y la ofrenda” (Daniel 9:27); pero para que la reconstrucción del Templo pueda ser llevada a cabo, deberá ser contemplada en el Tratado de Paz que promoverá el Anticristo y que será confirmado por muchas naciones al comienzo de la Tribulación, pues involucra la destrucción de los lugares sagrados del Islam que se encuentran sobre la Explanada de las Mezquitas (Cúpula de la Roca) que cubre las ruinas del segundo Templo de Jerusalén.

Las obras iniciarán tan pronto el Tratado de Paz haya sido firmado y durarán menos de tres años, pues “a la mitad de la semana [el Anticristo] hará cesar el sacrificio y la ofrenda” (Daniel 9:27), lo cual indica que el Templo ya estará plenamente activo a la mitad de la Tribulación.

Durante los primeros tres años y medio de la Semana Setenta de Daniel, mientras duren las obras, Israel experimentará por primera vez desde su creación en 1948, un período de aparente paz. Culminadas las obras se restablecerá “el sacrificio y la ofrenda” hasta que el Anticristo irrumpa de manera sacrílega y los suspenda. Este será el inicio del período conocido como la Gran Tribulación, cuya duración será de otros tres años y medio (Mateo 24:15-21).

Sin embargo, hay dos eventos que deberán suceder antes de ello: la destrucción del sistema religioso mundial para consolidar el poder absoluto del Anticristo y establecer su divinización valiéndose de un evento que asombrará al mundo entero que lo secundará en su autoexaltación como dios y lo respaldará en sus acciones contra el Templo y el pueblo de Dios.

Consolidación del Poder del Anticristo

Además de tener el poder y la autoridad que le serán conferidos por la Confederación Política de las Naciones del Mediterráneo que le apoyarán y por otros países que aprobarán su gestión por la paz del Medio Oriente y se unirán en un principio a su programa, el Anticristo buscará tener el poder religioso. Para ello, todos los sistemas religiosos deberán desaparecer para que él pueda ser divinizado y adorado como el único dios.

Después del rapto de la iglesia, Satanás usará una artimaña religiosa y sobrenatural para engañar al mundo. La iglesia es presentada por el apóstol Pablo como “una virgen pura” (2 Corintios 11:2), pero la Palabra de Dios también revela que, al final de los tiempos, habrá una imitación diabólica de la iglesia:

“Y me llevó en el Espíritu al desierto; y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación; y en su frente un nombre escrito, un misterio:

BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA.” Apocalipsis 17:3-5

Para el final de los tiempos, Satanás ha preparado un doble peligro para la humanidad: la Gran Ramera “vestida de púrpura y escarlata”, que simboliza el sistema religioso, y la “bestia escarlata”, que representa al Anticristo y el poder político, económico y religioso que ostentará. Estos dos siniestros personajes están adornados y vestidos de color escarlata, el cual, bíblicamente representa el pecado.

La imagen de la Gran Ramera sentada sobre la bestia significa que por un tiempo, durante los primeros tres años y medio de la Tribulación, la Gran Ramera tendrá una alianza con el Anticristo, pero estará en una posición superior a él. Esta alianza será temporal, pues los diez gobernantes que respaldarán al Anticristo la destruirán para entregarle a él el gobierno total y absoluto (Apocalipsis 17:16-17).

La Gran Ramera, Babilonia, será una de las primeras telarañas estratégicas de la intrincada red diabólica que Satanás empleará para adormecer espiritualmente al mundo al final de los tiempos. Una vez que tenga lugar el rapto de la iglesia y que el Espíritu Santo que mora en ella y “quien al presente lo detiene... sea quitado de en medio” (2 Tesalonicenses 2:7), se desatará todo el poder de la maldad sobre el mundo.

Satanás, quien “ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad... porque es mentiroso y padre de la mentira” (Juan 8:44), ha concebido una estrategia que involucra:

- La falsificación del evangelio de la gracia, sustituyéndola por obras (Gálatas 1:6-7; 5:7-8).
- La falsificación del único evangelio, al que pretende sustituir con la mentira de un ecumenismo que proclama que todas las religiones son iguales y tienen el mismo Dios (2 Tesalonicenses 2:11).
- La falsificación de milagros para engañar y hacer creer que todo lo sobrenatural es de Dios (Apocalipsis 13:13-14).

Según las Escrituras, “ya está en acción el misterio de la iniquidad” (2 Tesalonicenses 2:7). En verdad, la estrategia satánica se ha ido desarrollando y ha estado ejerciendo su poder en el mundo desde el principio de los tiempos. Poco después del diluvio, de la

descendencia de Cam hijo de Noé, nació “Nimrod, quien llegó a ser el primer poderoso en la tierra”, cuyos dominios se extendieron vastamente por todo el territorio de Mesopotamia, empezando por la construcción de “Babel, Erec, Acad y Calne, en la tierra de Sinar. De esta tierra salió para Asiria, y edificó Nínive, Rehobot, Cala y Resén” (Génesis 10:8-12).

Entre ellas destacan Nínive y Babel (Babilonia), como las que mayor influencia religiosa tuvieron en la antigua Mesopotamia. En sus territorios, los objetos de adoración fueron el Padre Supremo, la Reina del Cielo encarnada y su hijo. De allí surgieron muchas de las mitologías o cosmovisiones del mundo.

El emperador Julio César fue la cabeza de la rama romana del culto babilónico, el cual incluía un clero sacerdotal que recibía las confesiones de muchos y oficiaba ritos y ceremonias misteriosas. Otros emperadores romanos posteriores a él mantuvieron este sistema religioso, hasta cuando el emperador Constantino convocó el Concilio de Nicea en el año 325 d.C., en el que el Imperio Romano absorbió el cristianismo como la religión oficial.

En este concilio también se cerró el canon bíblico, después de lo cual proliferó una multitud aun mayor de herejías y prácticas religiosas, filosofías y cultos humanistas, ritos ocultistas, brujería babilónica, etc. La iglesia cristiana no ha escapado de ello y en nombre de la religión se han tolerado, encubierto y cometido todo tipo de abusos contra la humanidad como los revelados por las innumerables demandas por abuso sexual contra niños, así como las mayores atrocidades de la historia como las cruzadas, la inquisición y muchas otras abominables prácticas asociadas a la evangelización colonial en América, Asia, África y Oceanía.

Es indudable que el Vaticano está claramente identificado como “la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra” (Apocalipsis 17:18), siendo esta una entidad específica con una ubicación real y no un concepto alegórico. A medida que avanzó la Edad Media tras la caída del Imperio Romano de occidente, el Vaticano fue adquiriendo un mayor poder político sobre las incipientes cortes europeas que le fueron confiriendo autoridad para nombrar y confirmar a los monarcas y nobles, muchos de los cuales actuaron como vasallos del papado de Roma.

Su poder fue incrementándose de tal manera que llegó a constituirse en Estado con territorios bajo autoridad directa del Papa, capaz de dirimir y determinar límites y fronteras entre reinos y naciones, con ejércitos con los que declaró y convocó a guerras, estableció dominios y le fueron concedidos territorios y beneficios en las colonias de ultramar.

Tampoco es desconocido su extenso historial pecaminoso, de inmensas riquezas, de abusos y crímenes cometidos o tolerados en el curso de la historia y por doquier que ha extendido su influencia. Todo esto llevó a constantes rebeliones contra la autoridad papal que fueron tratadas en los sucesivos concilios que fueron también el origen de un sinnúmero de doctrinas heréticas y corruptas como la veneración de imágenes y reliquias, la penitencia, las indulgencias y doctrinas falsas como la del bautismo infantil, el purgatorio, el celibato clerical, la infalibilidad del papa, entre otras, que se sumaron a las que ellos mismos perseguían.

Sin duda, todo este trasfondo abonó el terreno para el interminable surgimiento de otros sistemas religiosos y de creencias, ramificaciones heréticas o denominacionales y corrientes de pensamiento que se han sumado a religiones ancestrales existentes

como el hinduismo, el budismo, el zoroastrismo y las creencias orientales como el confucianismo y el taoísmo. En muchos casos, unas han asimilado a las otras y han derivado en incontables ramificaciones de creencias, prácticas y doctrinas que han ido confluyendo hacia sistemas de tolerancia mutua como el ecumenismo, la Nueva Era, la Hipótesis Gaia o Teología de la Madre Tierra, que surgen y forman nuevos movimientos y sistemas religiosos, o se adhieren a ellos.

El apóstol Pablo, anticipándose a esta terrible historia, le advirtió a su discípulo Timoteo: “Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren” (1 Timoteo 4:16). Obviamente, la iglesia ha desatendido esta advertencia y las consecuencias son evidentes y tendrán repercusión en la eternidad de muchos que se apartaron, rechazaron o ignoraron la palabra de verdad. Todo esto lo juzgará Dios, pues sus “pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades” (Apocalipsis 18:5).

Satanás ha tenido bastante tiempo para preparar este intrincado sistema religioso representado por la Gran Ramera como “madre de las ramera y de las abominaciones de la tierra” (Apocalipsis 17:5), con la que “han fornicado los reyes de la tierra” (Apocalipsis 17:2), sobre los cuales ella ejerce un control satánico, dando a entender que, además de ser un sistema religioso, también es y funciona como un estado.

En la visión, esta mujer está “ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús” (Apocalipsis 17:6), celebrando la persecución y el martirio que los creyentes han sufrido a través de los tiempos, reflejando de esta manera su profundo y continuo odio contra la verdadera fe. Su posición, “sentada sobre muchas aguas”

(Apocalipsis 17:1), revela el alcance de su poder y dominio global más allá de los mares, sobre muchos “pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas” (Apocalipsis 17:15).

De manera constante y continua, esta ciudad del mal “se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto” (2 Tesalonicenses 2:4), lo cual también será algo característico del Anticristo con quien inicialmente estará aliada, sólo que en el caso de la Gran Ramera la persecución será de los “santos, apóstoles y profetas”, es decir, de los escogidos de Dios tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, quienes al final se alegrarán “porque Dios os ha hecho justicia en ella” (Apocalipsis 18:20).

La alianza entre la Gran Ramera y el Anticristo llegará a su fin, pues “los diez cuernos y la bestia”, es decir, el Anticristo y la confederación de diez naciones sobre la cual este gobernará, “aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda; y devorarán sus carnes y la quemarán con fuego” (Apocalipsis 17:16), eliminando la influencia del sistema religioso mundial representado hasta ese momento por la Gran Ramera.

Después de esto, los diez gobernantes leales al Anticristo se pondrán de acuerdo y darán “su reino a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios” (Apocalipsis 17:17). De esta manera, el Anticristo logrará finalmente hacerse con el poder absoluto y tener el camino libre para ser divinizado y proclamarse como el único dios de este mundo.

La Divinización del Anticristo

Uno de los eventos que sorprenderá al mundo y que contribuirá con el propósito de tener el poder religioso y que impulsará la carrera y la adoración del Anticristo como dios, será su aparente muerte y

restauración a la vida. Con este milagro, el Anticristo tendrá al mundo a sus pies y comenzará a ser adorado como dios, pues la propaganda a cargo del Falso Profeta moverá toda la maquinaria sensacionalista para dar a conocer mundialmente el milagro.

La Biblia revela que la bestia (el Anticristo) parecía tener “una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada” (Apocalipsis 13:3). Aunque la herida mencionada es descrita como mortal, no habría motivo de mayor asombro si no fuera que su causa pudiera ser un atentado contra su vida. Es obvio que en un mundo de tensiones políticas, ideológicas y económicas como el actual, las grandes personalidades sean un objetivo de grupos políticos o económicos rivales, organizaciones delincuenciales, criminales o terroristas, o incluso, de fuerzas armadas de naciones rivales o enemigas, así que el hecho de que el Anticristo sea quien sufra un atentado podrá causar algo de conmoción por la importancia que habrá alcanzado en el escenario mundial, pues “toda la tierra” habrá sabido y estará atenta a su estado.

Sin embargo, no es la causa sino la consecuencia de esta herida mortal y su sanación lo que la hacen particularmente interesante, pues “se maravilló toda la tierra en pos de la bestia, y adoraron al dragón [Satanás] que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia [el Anticristo], diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella?” (Apocalipsis 13:3-4). La segunda parte de esta pregunta es la que hace suponer que la “herida mortal” será producto de un atentado, pues será ocasionada con el propósito de “luchar contra ella”.

La fascinación que el mundo entero experimentará por la sanación del Anticristo se deberá a que esta será una “herida de espada” mortal, y aun así, “vivió” (Apocalipsis 13:14). Esto será crucial para un mundo

incrédulo que en su momento, rechazó la Palabra de Dios y se rebeló contra ella, pues Satanás atraerá hacia el Anticristo toda la atención confiriéndole “su poder y su trono, y grande autoridad” (Apocalipsis 13:2), no sólo haciéndolo portador de la promesa de una falsa paz, sino también obrando a través de él y del Falso Profeta para realizar “grandes señales” y “prodigios” mentirosos.

La resurrección del Anticristo será la señal o milagro más grande para que la gente de ese tiempo crea que el Anticristo es un ser sobrenatural, pues como el mismo Señor Jesús dijo a los fariseos: “La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás. Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches” (Mateo 12:39-40).

Aquí Jesús se refería a su muerte en la cruz y a su resurrección tras tres días en el sepulcro. Esta debía ser una señal suficiente para creer, pero esa “generación mala y adúltera” no la vio así y, por su incredulidad y su rebelión contra Dios, estuvo siempre esperando otra señal que confirmara la identidad divina de Cristo.

Al dirigir su atención hacia la resurrección, Jesús realmente les dijo que la resurrección en la que ellos creían sería usada como una señal sobrenatural en contra de ellos mismos por haberlo rechazado como el Mesías, como efectivamente sucederá al final de los tiempos, durante la Tribulación. La resurrección del Anticristo parece ir contra las mismas palabras de Jesús que afirman que Él es “la resurrección y la vida”, o el único poseedor de este gran poder de dar vida a los muertos (Juan 11:25-44).

Esto ha ocasionado que muchos teólogos deban recurrir a otras

interpretaciones como la de que podría tratarse de una falsa resurrección y que el Anticristo sólo será herido y no morirá. Sin embargo, hay un lenguaje similar para referirse a la muerte y resurrección tanto de Jesucristo como del Anticristo. Por ejemplo, la palabra usada para referirse a la “herida” (gr., σφάπτω, sphazo) de la bestia (Apocalipsis 13:2, 12), también se usa con Jesús (Apocalipsis 5:6). Esta palabra significa “una muerte por violencia”. Un estudio de las palabras griegas usadas en este versículo demuestra que su muerte y resurrección serán reales:

“Vi una de sus cabezas como herida (σφάπτω, sphazo) de muerte (Θάνατος, thanatos), pero su herida (πληγή, plégé) mortal fue sanada (Θραπέου, therapeuo); y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia.” Apocalipsis 13:3

Según el Diccionario Hebreo-Griego de la New American Standard Bible, el significado de estas palabras es:

Sphazo (σφάπτω): herir, matar, degollar.

Thanatos (Θάνατος): muerte, peligro de muerte, pestilencia.

Plégé (πληγή): soplar, herida, golpear, latigar.

Therapeuo (Θραπέου): curar, sanar, restaurar.

Estas palabras implican, sin duda, que el Anticristo morirá como consecuencia de un atentado contra su vida y no como consecuencia de un accidente o por causa natural, lo cual se confirma con el hecho de que su herida será una “herida de espada” (Apocalipsis 13:14). Este incidente es mencionado dos veces más (Apocalipsis 13:3, 12), confirmando de esta manera que su muerte y su resurrección serán reales.

Es necesario recordar que el propósito de Satanás siempre ha sido

usurpar el trono de Dios, “tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2 Tesalonicenses 2:4), así que en todo tratará de suplantar a Dios. Por tanto, así como Dios ejerció “la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándolo de los muertos” (Efesios 1:19-20), Satanás ejercerá el mismo poder para hacer lo mismo con el Anticristo, quien efectivamente morirá, descenderá al abismo y regresará a la vida (Apocalipsis 11:7). ¡Será lógico que el mundo se maraville con esta resurrección! (Apocalipsis 13:3-4).

Los eventos sucederán como sigue:

Durante la Tribulación (Primeros tres años y medio)

1. El Anticristo morirá.
2. Descenderá al abismo.
3. Resucitará de entre los muertos.
4. Será adorado por el mundo.

Durante la Gran Tribulación (Últimos tres años y medio)

1. Se dirigirá a Jerusalén.
2. Matará a los dos testigos.
3. Entrará al Templo para exaltarse como dios y cometer la
4. “abominación desoladora”.

Tras la resurrección del Anticristo, el Falso Profeta hará “que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia” y les ordenará “que le hagan imagen a la bestia que tiene la herida de espada, y vivió” (Apocalipsis 13:12, 14). Logrado esto, Satanás usará diversas

formas, métodos y estrategias para engañar al mundo: tendrá su propia iglesia y religión (Apocalipsis 2:9), así como sus propios falsos ministros, falsos apóstoles, falsos profetas y falsos evangelistas (2 Corintios 11:4-5), que proclaman un falso evangelio (Gálatas 1:6-8); tendrá su propia teología, conocida como “doctrinas de demonios” (1 Timoteo 4:1) o “profundidades de Satanás” (Apocalipsis 2:24); levantará falsos Cristos o falsos Mesías (Mateo 24:4-5); y realizará milagros haciendo creer que provienen de Dios (Hechos 8:9-13; 2 Tesalonicenses 2:9). De esta manera, el Anticristo divinizado tendrá su propio culto y adoración.

En este punto, algunos se estarán preguntando cómo es posible que Satanás tenga el mismo poder que Dios, pues sólo Dios tiene el poder de resucitar a los muertos; sin embargo, el Anticristo hará una parodia de Jesús casi perfecta, en la que él realmente morirá y volverá a vivir.

Antes de la Tribulación, lo que ha detenido a Satanás hasta este momento (la iglesia) será removido, permitiéndole desatar todo su poder de una manera jamás vista. Con este aumento de poder, autoridad y libertad para actuar, Satanás tendrá la capacidad de levantar al Anticristo de la muerte.

La Escritura también revela que al Falso Profeta “se le permitió infundir aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen hablase e hiciese matar a todo el que no la adorase” (Apocalipsis 13:15). Si Satanás tiene el poder de dar vida a un ídolo, entonces también lo tendrá (con el permiso de Dios) para resucitar a un hombre de entre los muertos.

Es necesario observar la frase “se le permitió” (Apocalipsis 13:7, 15), pues se repite tanto al describir a la bestia que surge del mar, el

Anticristo, como a la bestia que sube de la tierra, el Falso Profeta. Estas frases dejan claro que Dios le permitirá al Anticristo llevar a cabo sus planes, pues su autoridad es también una autoridad delegada por Dios (Romanos 13:1). Aunque Dios es soberano en todo lo que sucede en el universo, sería moralmente culpable si predestinara a las personas desde antes de su nacimiento a realizar actos impíos. Pero no es moralmente culpable si decide permitir que quienes han decidido por sí mismas ser impías sigan su camino. Por tanto, Dios permitirá que Satanás tenga el poder para levantar al Anticristo de entre los muertos.

Pero Satanás no es igual a Dios ni el Anticristo es igual a Jesucristo. La descripción del Anticristo como el hombre “inícuo” (gr., ἄνομος, anomos, “sin ley o rebelde”), es clave para destacar esto, pues su venida será “por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios” (2 Tesalonicenses 2:8-9), lo cual pareciera referirse a milagros similares a los de Jesús. Sin embargo, esta mención es seguida de un calificativo adicional, que sólo caracteriza a las obras del Anticristo: son actos “mentirosos” (gr., ψευδής, pseudēs), lo cual tiene que ver con el resultado y no con su falta de verdad o su origen sobrenatural. Todo esto confirma que la Tribulación será un tiempo único en la historia, en el que Dios permitirá que Satanás use o realice “milagros” para engañar a los que rechazaron su salvación.

Por otro lado, aunque la resurrección es descrita con la misma palabra tanto para cuando el Anticristo regrese a la vida como para cuando Jesús resucitó de entre los muertos, eizē (gr., ἐζήσεν), que significa “vivió” (Apocalipsis 2:8; 13:14), más adelante se menciona que “la bestia que has visto, era, y no es; y está para subir del abismo e ir a perdición” (Apocalipsis 17:8). Así que, mientras que el destino de Jesucristo tras su resurrección fue que Dios “le exaltó hasta lo

sumo” (Filipenses 2:9), para recibir la gloria y “toda potestad... en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18) y estar “sentado a la diestra del poder de Dios” (Marcos 14:62), el destino del Anticristo tras su resurrección será su perdición y su derrota, pues él será “a quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida” (2 Tesalonicenses 2:8) y será arrojado vivo “al lago de fuego que arde con azufre” (Apocalipsis 19:20). En otras palabras, Satanás nunca podrá dar vida ni gloria eterna siquiera a su escogido, así que el Anticristo será resucitado del abismo con poderes infernales para engañar al mundo y finalmente ser destruido.

En conclusión, Dios es quien le da poder a Satanás y a sus discípulos para realizar obras, como se lo da también a algunos para realizar verdaderos milagros. Las señales, milagros y maravillas que el Anticristo realizará, lo mismo que el Falso Profeta, tendrán su origen en el poder que Dios les permitirá ejercer temporalmente (2 Tesalonicenses 2:11-12). Todo esto será parte del dramático engaño que Dios permitirá durante este tiempo especial de juicios sobre el mundo para una humanidad que no quiso creer y confiar en su Hijo Jesucristo.

LA GRAN TRIBULACIÓN

La visión de Daniel hace una clara distinción entre los dos períodos que componen la Semana Setenta de Daniel, ubicando el punto donde la primera termina y la segunda comienza en un evento crucial: “a la mitad de la semana [el Anticristo] hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador” (Daniel 9:27). En concordancia con la visión de Daniel, Jesús habló con sus discípulos y profetizó acerca de este tiempo:

“Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora

de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea huyan a los montes. El que esté en la azotea, no descienda para tomar algo de su casa; y el que esté en el campo, no vuelva atrás para tomar su capa. Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo. Porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá.” Mateo 24:15-21

Esta profecía se traduce en un acto grave para los judíos de Israel, pues involucra una severa afrenta a la identidad y a la religión nacional, lo cual a todas luces implica una traición o violación al Tratado de Paz firmado anteriormente y que le daría a Israel la oportunidad de experimentar, al menos por un breve instante, de un tiempo de paz que no había tenido desde su creación en 1948. Esta violación al Tratado desencadenará una serie de situaciones que conforman el período conocido como la Gran Tribulación y que inevitablemente conducirán a la confrontación final en el Valle de Meguido, que será la Batalla del Armagedón.

Jesús profetiza que tras “la abominación desoladora” se desatará una terrible persecución contra los judíos, a quienes advierte desde entonces a huir de Judea. Mientras tanto en el cielo, se habrán abierto los Siete Sellos y tocado seis de las Siete Trompetas (Apocalipsis 6-9). Cuando llegue el momento en el que todas estas profecías empiecen a cumplirse y tornarse en realidad, se verá “descender del cielo a otro ángel fuerte” que “tenía en su mano un librito abierto... y clamó a gran voz, como ruge un león”, convocando a las fuerzas celestiales. Sin embargo, al apóstol Juan se le ordenó guardar en secreto la respuesta de “los siete truenos” y no escribirla (Apocalipsis 10:1-4). Pero lo que el apóstol Juan sí pudo registrar fueron las palabras del ángel que, en la visión, había descendido del

cielo, jurando “por el que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y las cosas que están en él, y la tierra y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en él, que el tiempo no sería más, sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como Él lo anunció a sus siervos los profetas” (Apocalipsis 10:6-7).

La Séptima Trompeta anunciará el cumplimiento del “misterio de Dios”, el cual muy probablemente sea el cumplimiento de todas las profecías del Antiguo Testamento que se refieren al glorioso regreso del Hijo de Dios para juzgar al mundo y establecer su reino de justicia y paz.

Con anterioridad, Dios habrá desatado su juicio sobre la Tierra tras observar el grado de maldad al que habrá llegado el género humano. Por ejemplo, cuando le promete a Abraham que su descendencia heredará la tierra de Canaán, le advierte que sólo hasta “la cuarta generación volverán acá; porque aún no ha llegado a su colmo la maldad del amorreo” (Génesis 15:16).

De igual manera, la profecía describe que “cuando los transgresores lleguen al colmo, se levantará un rey altivo de rostro y entendido en enigmas. Y su poder se fortalecerá, mas no por fuerza propia” (Daniel 8:23-24). Ese será el comienzo de la Gran Tribulación. Es importante observar que el patrón sigue siendo cuando haya llegado “al colmo la maldad”. Al final de los tiempos, el Anticristo se levantará en medio de un mundo incrédulo y abrirá “su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo y de los que moran en el cielo” (Apocalipsis 13:6). Como Jesús lo anunció en el Sermón del Monte de los Olivos, el “colmo de la maldad” será evidente a los ojos de todos, pues “cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora... habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido

desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá” (Mateo 24:15-21).

Los hechos que se desencadenarán a partir de ese momento son descritos en la Biblia de manera definida en el tiempo exacto (kairós) de Dios: primero debe ocurrir “la abominación desoladora”, después de lo cual, el Anticristo “destruirá a los fuertes y al pueblo de los santos”; será entonces cuando suceda la segunda venida de Cristo y el Anticristo “se levantará contra el Príncipe de los príncipes” en la Batalla del Armagedón, donde finalmente, el Anticristo “será quebrantado, aunque no por mano humana” (Daniel 8:24-25), sino por el Señor Jesucristo, quien lo “matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida” (2 Tesalonicenses 2:8).

Satanás es Arrojado del Cielo

Llegará un día en el que Satanás será arrojado del cielo para nunca más volver a tener acceso al trono de Dios.

“Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! Porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo. Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón.” Apocalipsis 12:12-13

El contraste entre la alegría de los moradores del cielo y el gemido de los habitantes de la Tierra es aterrador, pues este último será debido a que Satanás descenderá al mundo con una furia incontenible “sabiendo que tiene poco tiempo” para lograr oponerse a los designios de Dios. Ese poco tiempo se limita a los tres años y medio de la Gran Tribulación, en la que todos los demonios y todas las fuerzas del infierno serán desatados sobre el mundo como jamás habrá sucedido antes.

El Anticristo tendrá “autoridad para actuar cuarenta y dos meses” (Apocalipsis 13:5), durante los cuales violará el Tratado de Paz e iniciará la más cruel persecución contra los judíos de toda la historia (Mateo 24:15-22).

Los Dos Testigos

Una vez que haya logrado concentrar en él todo el poder político, económico y religioso, después de destruir todo el sistema religioso que estaba bajo el dominio de la Gran Ramera y de haber sido divinizado, el Anticristo se dirigirá a Jerusalén para iniciar lo que será el fin de la estrategia satánica para tratar destruir “el misterio de Dios” para el final de los tiempos.

Durante la Gran Tribulación, Satanás usará a dos personajes para llevar a cabo su estrategia: el Anticristo y el Falso Profeta. Pero al mismo tiempo, Dios levantará también a “dos testigos” para que sean luz en medio de las tinieblas de aquellos tiempos y “profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio” (Apocalipsis 11:3), es decir, tres años y medio. Al igual que Juan el Bautista precedió y preparó el camino para Jesús en su primera venida, ellos prepararán el camino para el Señor en su segunda venida. Estos “dos testigos” son identificados en las Escrituras como dos seres humanos “vestidos de cilicio”, revelando con ello que estaban proclamando un mensaje de lamento y arrepentimiento, tal como lo hizo en su tiempo Juan el Bautista. Las imágenes con las que estos dos hombres son comparados corresponden a los “dos olivos” de la profecía de Zacarías 4:3, que se refiere a dos grandes testigos del tiempo postexílico, durante la reconstrucción del Templo tras la expedición del decreto del emperador persa, Ciro el Grande, en 538 a.C. Estos testigos, Josué (Sumo Sacerdote) y Zorobabel (líder cívico), fueron usados por Dios para restaurar a su pueblo que regresaba del exilio

en Babilonia.

La imagen de “los dos olivos y los dos candelabros” (Apocalipsis 11:4) es muy descriptiva acerca del propósito de éstos “dos ungidos que están delante del Señor de toda la tierra” (Zacarías 4:14), pues el candelabro alumbraba con el aceite que produce el olivo. El candelabro de siete brazos es una imagen de Israel, así que el pueblo de Israel brillará tras el ministerio profético de los “dos testigos”.

Muchos han tratado de identificar a estos “dos testigos” con personajes de la Biblia que fueron usados por Dios también de esta poderosa manera. Algunos padres de la iglesia como Tertuliano, Irineo e Hipólito los identifican con Enoc y Elías, pero otros creen que serán Moisés y Elías. La posible identificación con “Enoc, séptimo desde Adán”, se basa en que él fue un profeta de juicio que, en su tiempo, antes del diluvio universal, profetizó que el Señor vendría “con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impiamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él” (Judas 14- 15). Además, como Enoc “anduvo fielmente con Dios, un día desapareció porque Dios se lo llevó” (Génesis 5:24); así que Enoc no murió, sino que fue llevado al cielo, aunque de él nunca se mencionó que regresaría. Así que lo más probable es que estos “dos testigos” estén más identificados con Moisés y Elías, pues ambos fueron vistos con Jesús en el Monte de la Transfiguración como una sombra anticipada de la gloria del Mesías en su segunda venida (Mateo 17:1-11).

En el caso de Moisés, hay un aspecto que lo une aún más con los “dos testigos” y es que Dios les concedió “poder sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para herir la tierra con toda plaga, cuantas veces quieran” (Apocalipsis 11:6), y, aunque Moisés sí murió, fue

profeta de Dios para su pueblo, Israel.

En cuanto a Elías, al igual que Enoc, no murió físicamente, sino que “subió al cielo en un torbellino”, sólo que en su caso sí hubo un testigo de ese momento y fue su discípulo Eliseo (2 Reyes 2:1-12). Sin embargo, hay dos situaciones que unen aún más a Elías con los “dos testigos”: la primera de ellas es que, en su tiempo, durante el reinado de Acab y su esposa Jezabel, Elías profetizó que “no habrá lluvia ni rocío en estos años” (1 Reyes 17:1), y tal cual sucederá con los “dos testigos”, a quienes Dios les dará “poder para cerrar el cielo, a fin de que no llueva en los días de su profecía” (Apocalipsis 11:6); pero la segunda y tal vez más trascendental es que en las Escrituras se anuncia que Elías vendrá nuevamente, pues Dios dice: “os envió al profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible” (Malaquías 4:5). Por esta razón, hay un mayor consenso en identificar a los “dos testigos” con Elías y Moisés.

Estos “dos testigos” y profetas también serán perseguidos y odiados por la mayoría de la humanidad debido a su mensaje y al poder que tendrán “para cerrar el cielo, a fin de que no llueva en los días de su profecía; y... sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para herir la tierra con toda plaga, cuantas veces quieran” (Apocalipsis 11:6). ¡Serán los mayores enemigos del Anticristo!

Dios los protegerá hasta que hayan terminado su misión, pues “si alguno quiere dañarlos, sale fuego de la boca de ellos, y devora a sus enemigos; y si alguno quiere hacerles daño, debe morir él de la misma manera” (Apocalipsis 11:5); pero “cuando hayan acabado su testimonio, la bestia que sube del abismo [el Anticristo] hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará” (Apocalipsis 11:7). La predicación y el testimonio de estos “dos testigos” será tan aguda como lo fue la del profeta Elías o la de Juan el Bautista que “los

moradores de la tierra se regocijarán sobre ellos y se alegrarán, y se enviarán regalos unos a otros; porque estos dos profetas habían atormentado a los moradores de la tierra” (Apocalipsis 11:10).

Es interesante que tanto el profeta Elías como Juan el Bautista se enfrentaron a dos personajes que no toleraron las denuncias y el llamado al arrepentimiento que ellos predicaban: Elías se enfrentó a Jezabel, a quien denunció públicamente por haber matado a los profetas del Señor y profanar con ídolos y falsos profetas la tierra de Israel (1 Reyes 18:16-22); y Juan el Bautista a Herodías, a quien denunció por haberse casado con Herodes siendo aún esposa de su hermano Felipe, algo expresamente prohibido por la Ley (Marcos 6:17:20). A estas dos mujeres, cada una en su tiempo, estos dos hombres de Dios las “habían atormentado”.

Así mismo será al final de los tiempos, primero bajo el dominio del sistema religioso mundial de la Gran Ramera y luego del Anticristo divinizado, cuando la gente escuche las buenas nuevas del regreso de Jesús; esto será algo que no podrá ser concebido ni admitido dentro de la estrategia satánica para adueñarse del mundo y tratar de vencer a Dios. Tal será el odio de los habitantes de la Tierra hacia estos “dos testigos” enviados por Dios, que “sus cadáveres estarán en la plaza de la grande ciudad... donde también nuestro Señor fue crucificado... Y los de los pueblos, tribus, lenguas y naciones verán sus cadáveres por tres días y medio, y no permitirán que sean sepultados” (Apocalipsis 11:8-9).

Dios obrará en ellos a los ojos de todo el mundo haciendo gran despliegue de su poder al resucitarlos pasados los tres días y medio, haciendo que entre “en ellos el espíritu de vida enviado por Dios, y se levantaron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre los que los vieron” (Apocalipsis 11:11), en contraste con la fascinación con la que habían

recibido la noticia de la resurrección del Anticristo (Apocalipsis 13:3). La Escritura no menciona cuál será la causa de tal terror, pero podría ser la comprensión de las palabras de los “dos testigos” respecto al Mesías y a su segunda venida o enterarse que habían puesto su fe en un falso Mesías.

La Biblia menciona que después de su resurrección, los dos testigos “oyeron una gran voz del cielo, que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube; y sus enemigos los vieron. En aquella hora hubo un gran terremoto, y la décima parte de la ciudad se derrumbó, y por el terremoto murieron en número de siete mil hombres; y los demás se aterrorizaron, y dieron gloria al Dios del cielo” (Apocalipsis 11:12-13). Estos hechos están centrados en la ciudad de Jerusalén, así que “los demás” a los que la Escritura se refiere serán en su mayoría judíos que habrán escuchado el mensaje de los “dos testigos” y presenciado su muerte y resurrección, y quienes finalmente proclamarán el mensaje a otros.

La Abominación Desoladora

Durante el tiempo de aparente paz que Israel disfrutará tras la confirmación del Tratado de Paz promovido por el Anticristo, podrá concentrar toda su atención en la reconstrucción del Templo de Jerusalén. Tras la dedicación del nuevo Templo, se empezará a llevar a cabo “el sacrificio y la ofrenda” (Daniel 9:27), se restaurará el ministerio levítico y el sacerdocio, y se celebrarán las fiestas ordenadas por Dios a través de Moisés, como en los tiempos antiguos.

Durante la reconstrucción del Templo, el Anticristo irá consolidando su poder político y militar a nivel global, pero también asumirá el poder religioso deshaciéndose primero de la Gran Ramera

(Apocalipsis 17:3-16), despejando el horizonte para llevar a cabo su proyecto: sentarse “en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2 Tesalonicenses 2:4). Una vez consolidado su poder político, militar y religioso, el Anticristo, valiéndose de la intriga y el engaño “y sin aviso destruirá a muchos” (Daniel 8:25).

Después de un poco de tiempo en paz, la nación de Israel entrará en un período de confianza respecto a la beligerancia de sus vecinos y de las naciones que se le oponían antes del Tratado de Paz. Como autor del Tratado y promotor de su confirmación, el Anticristo habrá ganado la confianza que le permitirá alcanzar su propósito, y valiéndose del poder político y militar alcanzado, actuará rápidamente y sin objeción alguna, bajo la mirada e incluso con la complacencia de muchos.

El Anticristo es tipificado bajo el Antiguo Testamento por un personaje siniestro en la historia de Israel: Antíoco IV Epífanes, rey de Siria, entre 175 y 163 a.C. Su nombre significa “dios manifestado”. Para afianzar aún más esta imagen en los territorios del Imperio Seléucida, plasmó su imagen en las monedas con la inscripción “theos” (dios). Esta actitud de autoexaltación como dios predecía el carácter déspota, cruel y sanguinario de su reinado. Su insignificante comienzo contrasta con el inmenso poder que alcanzará el Anticristo tras sus conquistas en Asia (Persia, Armenia e Israel, la “tierra gloriosa”), el norte de África (Egipto) y el Mediterráneo (Chipre). La crueldad de Antíoco IV Epífanes y su especial desprecio hacia los judíos y sus costumbres fueron evidentes en sus acciones: el saqueo a la ciudad de Jerusalén y la instauración de una reforma religiosa que suprimió el culto al Señor, profanando el Templo y prohibiendo las ofrendas, los sacrificios y toda clase de manifestación religiosa incluida la práctica de la circuncisión; usurpó el ministerio levítico y

sacrificó un cerdo en el Lugar Santísimo; ordenó el consumo de alimentos considerados impuros y estableció el culto a los dioses griegos, para lo cual hizo levantar al interior del Templo una estatua al dios Zeus. La reacción judía al gobierno de Antíoco IV Epífanes originó en su momento la Guerra de los Macabeos, después de la cual fue expulsado junto con sus ejércitos. (Esta victoria de los judíos se conmemora en la fiesta de Hanuka.)

El Falso Profeta, que formará parte de la trinidad satánica y que con “grandes señales... engaña a los moradores de la tierra”, actuará junto al Anticristo y hará “que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia”, y ordenará “a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia [el Anticristo] que tiene la herida a espada, y vivió” (Apocalipsis 13:12-14). Esta será una de las grandes señales

milagrosas que el Falso Profeta realizará en presencia de toda la humanidad, que maravillada seguirá a la bestia (Anticristo) y adorará al dragón (Satanás) que le había dado tal autoridad (Apocalipsis 13:3-4).

La humanidad, bajo el engaño y el poder de la trinidad satánica, no sólo le habrá conferido al Anticristo el poder político y militar, sino también ahora el religioso, considerándolo dios y permitiéndole hablar “grandes cosas y blasfemias... contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo” (Apocalipsis 13:5-6). A la bestia la adorarán “todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero, que fue inmolado desde el principio del mundo” (Apocalipsis 13:5-8)

En ese ambiente de gran apostasía, el Anticristo actuará de la misma manera que lo hizo Antíoco en su tiempo. Irrumpiendo en el sagrado

recinto del Templo, el Anticristo “hará cesar el sacrificio y la ofrenda” (Daniel 9:27), y profanará el sacerdocio y el ministerio levítico ofreciendo sacrificios impuros.

Este personaje que “se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto”, arrasará con el mobiliario, los utensilios y todo lo dispuesto para la adoración al Dios de Israel y pondrá en el Templo de los judíos, en el Lugar Santísimo, la imagen suya que el Falso Profeta había ordenado hacer, entronándose como el único dios, “haciéndose pasar por Dios” (2 Tesalonicenses 2:4).

Para esto, tendrá que haber destruido todos los sistemas religiosos que hayan quedado después del raptó de la iglesia, pues los cristianos ya no estarán en el mundo, salvo los que se conviertan después. Los musulmanes, que habrán observado la destrucción de sus lugares sagrados en la Explanada de las Mezquitas luego que el Anticristo confirme el Tratado de Paz, estarán subordinados al Anticristo al igual que los demás sistemas religiosos, como el catolicismo romano, la ortodoxia oriental, el hinduismo, y todo el cúmulo de creencias y corrientes religiosas alrededor del mundo. Sólo quedará por destruir el judaísmo para evitar el cumplimiento de las profecías sobre el final de los tiempos, en las que Israel es restaurado y el Anticristo es vencido por el Mesías en su segunda venida.

En conclusión, después de ser el supuesto protector de Israel, el Anticristo se tornará en el principal perseguidor de los santos después de cometer “la abominable desolación” (Mateo 24:15).

La Marca de la Bestia

En la numerología bíblica, cada número tiene un significado: el uno (1), significa unidad; el dos (2), testimonio; el tres (3), trinidad; el cinco (5), gracia; el seis (6), hombre; el siete (7) perfección. Según la

Escritura, la marca de la bestia “es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis” (Apocalipsis 13:18). Siendo el seis el número del hombre, pues fue creado en el sexto día, al ser repetido tres veces equivale a una trinidad; por tanto, la marca de la bestia simboliza al hombre... ¡elevado al nivel de Dios!

En ese tiempo, del cielo se emitirá una orden: “No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios. Y oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel” (Apocalipsis 7:3). De esta manera, la marca de la bestia parecerá una parodia del sello de Dios de los 144,000 testigos judíos. Mientras que el sello de Dios será invisible con el propósito de protegerlos del Anticristo, la marca de la bestia será visible.

El Anticristo establecerá y forzará sus decretos para implementar la marca y la nueva religión en su territorio conformado por diez naciones, pero buscará extenderla al mundo entero; sin embargo, será el Falso Profeta quien logrará “que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente; y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre” (Apocalipsis 13:16-17). Es muy claro que el propósito del Falso Profeta será controlar la economía y el comercio en todos los niveles, asegurando también una lealtad al gobierno del Anticristo, pues sólo a quienes tengan esa marca les estará permitido trabajar, comprar o vender. De esta manera, el Anticristo perseguirá a quienes no lleven su marca y hará que sobre ellos caiga el hambre, la violencia y la enfermedad.

Cada persona tendrá en aquel tiempo la opción de vivir, si acepta la marca, o de morir, si la rechaza. Pero “si alguno adora a la bestia [el

Anticristo] y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre” (Apocalipsis 14:9-11).

Así que, el Anticristo matará a todo el que no acepte la marca de la bestia y quienes la acepten y reciban, serán sellados como de su propiedad, pero también ellos habrán sellado su condenación. Siendo así, ¿quién entrará al Reino Milenial de Cristo? Los que no acepten la marca de la bestia y perseveren y “guarden los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12) heredarán el Milenio y la vida eterna, pero los que la acepten “irán al castigo eterno” (Mateo 25:46).

La Persecución de los Santos

Una vez que el Anticristo haya consolidado su poder absoluto y entre con violencia en el Templo recién reconstruido para cometer la “abominable desolación” y autoproclamarse el único dios, iniciará la fase final de su plan: la destrucción del pueblo de Dios (Apocalipsis 13:7). Al autoproclamarse dios, él necesitará un templo en el cual se le adore, un clero que le sirva y un pueblo que le rinda culto. Después de eliminar a la Gran Ramera, el Anticristo no admitirá una adoración diferente a la de su persona y destruirá a todo aquel que no lo adore a él o que insista en adorar a alguien más que a él.

La reacción de los judíos será similar a la del tiempo de Antíoco IV Epífanes. Sin embargo, la respuesta del Anticristo será una cruel y sangrienta persecución dirigida al exterminio de la nación de Israel y

de todos los que no lleven su marca, es decir, de todos los que no lo hayan adorado como dios.

Todos los que hayan rechazado la marca de la bestia empezarán a sentir la presión y luego la persecución, a medida que avanza el proyecto satánico sobre la humanidad. Multitudes estarán expuestas a la necesidad, el hambre, el frío e incluso la prisión o el martirio. Muchos no querrán saber ni estar relacionados con los que se resistan a adorar al Anticristo, al punto que, para escapar de la persecución y sus brutales consecuencias, los culparán de todas las calamidades y “os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros [amigos, familiares, vecinos, etc.], y unos a otros se aborrecerán” (Mateo 24:9-10), por causa de la religión, la persecución y el temor. Será un tiempo en el que “por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará”, pues nadie mostrará compasión ni misericordia unos con otros (Mateo 24:12).

En el juicio a las naciones, cuando Jesús haya regresado a la Tierra, será evidente quién aceptó la marca de la bestia y quién no, por su conducta hacia los perseguidos y necesitados (Mateo 25:31-46). Sin embargo, “el que persevere hasta el fin [el que rechace la marca de la bestia y haya soportado el sufrimiento o incluso la muerte], éste será salvo” (Mateo 24:13).

El Evangelio del Reino

Jesús profetizó que “será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (Mateo 24:14). Este “evangelio del reino” serán las buenas noticias acerca de la pronta venida Cristo a establecer su Reino

Milenial en la Tierra. Aun cuando en aquel tiempo haya una gran dureza de corazón, Dios continuará extendiendo su misericordia a toda la humanidad para darles la oportunidad de arrepentirse, y quienes le reciban por fe durante la Gran Tribulación, serán bendecidos siendo invitados a entrar en su Reino Milenial.

CAPÍTULO IV. LA BATALLA DEL ARMAGEDÓN

De acuerdo con el Instituto para la Investigación de la Paz, en Estocolmo, Suecia, de los aproximadamente 6,000 años de historia humana, sólo ha habido 25 años de paz. Incuestionable y desafortunadamente, la historia de la humanidad está manchada por la sangre derramada en interminables guerras y conflictos, pues desde el primer asesinato de la historia, el de Abel a manos de su hermano Caín (Génesis 4:1-8), parece evidente que el corazón del ser humano permanece lleno de odio.

El siglo XX fue conocido como el período de la historia en el que más descubrimientos científicos y avances tecnológicos ha habido, pero también como el más sangriento de todos: dos guerras mundiales, invasiones y revoluciones, golpes de estado, conflictos étnicos, religiosos e ideológicos, etc., pero también como en el que más ateos ha habido y en el que, ante la incapacidad del ser humano para conocer la verdadera dimensión espiritual, muchas corrientes de pensamiento han surgido tratando de responder a preguntas como: ¿Cuál es el origen del universo? ¿De dónde venimos? ¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Cuál es el verdadero sentido y significado de nuestra existencia?, etc.

Camino al Armagedón

El 28 de junio de 1919, por medio del Tratado de Versalles se creó la Sociedad de las Naciones con el propósito de establecer las bases para la paz y la reorganización de los territorios y las relaciones internacionales después de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), teniendo como principios la seguridad colectiva, el arbitraje de

conflictos y el desarme.

A su primera asamblea, celebrada en Ginebra, Suiza, el 15 de noviembre de 1920, asistieron 42 naciones de todo el orbe. Aunque al principio alcanzó algunos éxitos en sus propósitos, su incapacidad para mantener la paz se hizo evidente cuando el ambiente internacional se vio enrarecido con la depresión de 1929, que impulsó en Europa el surgimiento de los movimientos nacionalistas del nazismo en Alemania y del fascismo en Italia y que dieron origen a la Segunda Guerra Mundial (1939-1945).

Después de la rendición de las potencias del Eje (Alemania, Italia y Japón), la Sociedad de las Naciones se disolvió el 18 de abril de 1946, para dar paso a la Organización de las Naciones Unidas (ONU), con el anhelo y propósito de reestructurar el mundo de la posguerra. Una vez más, la humanidad volvió a fracasar mostrándose incapaz de mantener la paz, pues no mucho después de la creación de la ONU, surgen los primeros conflictos entre árabes e israelíes tras la creación del moderno Estado de Israel (1948-1949) y entre India y Paquistán (1947-1948).

En Asia, luego de la victoria de la revolución comunista de Mao Zedong (1927-1949), China se expande invadiendo territorios como el Tibet (1950) e incorporando el de los Uigures (1949-1953); poco después estallan las guerras en Corea (1950-1953), Vietnam (1955-1975), Irán e Iraq (1980-1988), de los Balcanes (1991-2001), entre otras muchas. También surgen conflictos limítrofes y secesionistas entre las naciones del norte de África y otros tantos de origen ideológico, religioso y étnico en el África subsahariana donde ocurren indescritibles masacres y genocidios como el que protagonizaron hutus y tutsis en Ruanda (1994), entre otros muchos en todo el continente. Por todo el planeta se escuchó de revoluciones, golpes de

estado, dictaduras militares, carrera armamentista, etc.

Recientemente, en 2014, la Federación de Rusia invadió la península de Crimea que es parte del territorio de Ucrania según los límites reconocidos internacionalmente desde 1991, tras la disolución de la URSS, y decidió apoyar los movimientos separatistas de dos regiones del oriente ucraniano conocidas como el Donbás, con la promesa de incorporarlas a su territorio.

El 24 de febrero de 2022, la Federación de Rusia inició la invasión del resto de Ucrania desde el territorio de Bielorrusia y sus posiciones fronterizas en el nororiente y el Mar Negro. Posteriormente, ante la resistencia ucraniana, centró su agresión sobre el litoral ucraniano del Mar de Azov y el Mar Negro, iniciando el último conflicto bélico en el que de manera latente se ha planteado la posibilidad de usar armas nucleares.

Poco a poco se han ido involucrando de una forma u otra, varias naciones como el bloque de la OTAN, China, Irán, India, Corea del Norte y Turquía; también se ha tratado de involucrar en el conflicto a naciones estratégicas como las túrquicas de Asia Central, y se han creado nuevas alianzas militares como la de AUKUS (Australia, Reino Unido y Estados Unidos) en el área del Pacífico.

Finalmente, a esto se suman otros posibles conflictos como el de Taiwán, que enfrenta a China y Estados Unidos; el del Mar de China Meridional, que enfrenta a China con Filipinas, Vietnam, Malasia e Indonesia, principalmente; el de Cachemira, que involucra a China, Paquistán e India; las Islas Kuriles, por las que contienden Japón y la Federación de Rusia; y el Egeo, donde mantienen un ambiente de tensión Grecia y Turquía, ambos miembros de la OTAN; y así otros muchos conflictos alrededor del mundo.

Todo esto parece demostrar el diagnóstico que Dios nos ofrece en la Biblia acerca de nuestra verdadera naturaleza caída, confirmando que en el ser humano reside una fuerza maligna que le impide vivir en paz y a la que las Sagradas Escrituras llaman “pecado”. Este poder maligno conducirá a la especie humana a su propia destrucción. Sin embargo, a pesar del empecinamiento humano y su inclinación al mal, Dios continúa en control de todos los acontecimientos, aunque no es responsable de los actos de maldad, pues estos son consecuencia de las decisiones tomadas por un mundo cada vez más alejado de Él y su Palabra (Deuteronomio 32:5; Eclesiastés 7:19).

En 1945, tras la rendición del Imperio Japonés ante los aliados, el general Douglas MacArthur dijo las siguientes palabras: “Hemos tenido nuestra última oportunidad. Si no creamos un sistema mejor y más justo para vivir juntos y en armonía, el Armagedón está a las puertas”.

Poco después, la alianza que triunfó en la guerra se resquebrajaba, dividiendo al mundo ideológica, política y militarmente en dos bloques, el occidental encabezado por Estados Unidos y el oriental bajo la órbita soviética, iniciando así la “Guerra Fría” que terminó con la caída del comunismo en 1991.

Desde entonces, el mundo ha permanecido con la tensión de una próxima confrontación nuclear que amenaza con la aniquilación de la humanidad.

En 1971, el gobernador del Estado de California (1967-1975) y futuro presidente de los Estados Unidos de América (1981-1989), Ronald Reagan, dijo en una conversación: “Por primera vez en la historia, todo está listo para la Batalla del Armagedón y para la segunda venida de Jesucristo. Me pregunto si nosotros somos la generación

que la presenciara". Y, en su libro Hasta el Armagedón, el gran predicador Billy Graham, escribió: "No cabe duda que los eventos mundiales están preparando actualmente el camino para la guerra final de la historia: la Batalla del Armagedón".

La Profecía del Armagedón

Estas advertencias y observaciones acerca del desarrollo de los acontecimientos en el mundo indican que la humanidad se está acercando cada día más a ese momento profetizado desde el Antiguo Testamento.

"Porque he aquí que en aquellos días, y en aquel tiempo en que haré volver la cautividad de Judá y de Jerusalén, reuniré a todas las naciones, y las haré descender al valle de Josafat, y allí entraré en juicio con ellas a causa de mi pueblo, y de Israel mi heredad, a quienes ellas esparcieron entre las naciones... Despiértense las naciones, y suban al valle de Josafat; porque allí me sentaré para juzgar a todas las naciones de alrededor. Echad la hoz, porque la mies está ya madura. Venid, descendad, porque el lagar está lleno, rebosan las cubas; porque mucha es la maldad de ellos. Muchos pueblos en el valle de la decisión; porque cercano está el día de Jehová en el valle de la decisión... Y Jehová rugirá desde Sión, y dará su voz desde Jerusalén, y temblarán los cielos y la tierra; pero Jehová será la esperanza para su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel. Y conoceréis que yo soy Jehová vuestro Dios, que habito en Sion, mi santo monte; y Jerusalén será santa, y extraños no pasarán más por ella." Joel 3:1-2, 12-17

Este será el tiempo cuando la ira de Dios se manifieste sobre las naciones que se rebelaron contra sus leyes, actuaron como dioses y se sometieron al Anticristo, bajo cuyo liderazgo y gobierno todas ellas se juntarán con el propósito de destruir al pueblo de Israel. Desde los

tiempos del profeta Daniel hasta ahora, la humanidad ha aguardado inquieta y con terror el día de la anunciada Batalla del Armagedón, a la que muchos también se refieren como la Tercera Guerra Mundial, aunque la expresión más exacta sería la última Gran Guerra Mundial.

Las profecías bíblicas describen los terribles juicios de Dios sobre el mundo como consecuencia de la arrogancia y la rebeldía humana contra el Creador y profetizan que la humanidad enfrentará la última de las guerras en la historia de la humanidad conocida como la Batalla del Armagedón, en la que varias naciones se unirán para hacer la guerra contra Israel en el Valle de Josafat, también llamado de Jezreel o de Meguido.

Este territorio se encuentra localizado al oeste del río Jordán, en el norte de Israel, a 16 kms al sur de Nazareth y 24 kms al interior de la costa del Mar Mediterráneo. Desde el Monte de Meguido se puede observar este valle que se extiende por 32 kms y tiene un ancho de 23 kms. Esta será el área geográfica donde se llevará a cabo la última de todas las confrontaciones de la humanidad y en la que una gran parte de ella será aniquilada.

Los eventos del Armagedón no son descritos en la Biblia como una simple batalla o guerra aislada en el Valle de Meguido, sino como un estado de guerra que se extiende por un período de tiempo en el que serán “desatados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora, día, mes y año, a fin de matar a la tercera parte de los hombres” (Apocalipsis 9:15). En otras palabras, sería mejor describirla como la Campaña o la Guerra del Armagedón, en la que habrá cuatro invasiones principales a la tierra de Israel, las cuales ocurrirán de manera sucesiva durante los últimos tres años y medio de la Gran Tribulación, dejando tras de sí toda una estela de dolor y destrucción.

Muchos se preguntan cómo se originará o cuál será la causa de esta confrontación al final de los tiempos, y la respuesta se encuentra en la Biblia: “¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?” (Santiago 4:1). Esta gran Campaña o Guerra del Armagedón registra los intentos de cuatro grandes poderes político-militares que, en los últimos tiempos, buscarán alcanzar la ambición que el ser humano ha tenido siempre en su corazón: tener el control del mundo y desconocer totalmente a Dios, reclamando su independencia y desafiando su poder y autoridad.

La Preparación del Armagedón

La ira de Dios sobre el mundo será ejecutada a través de diversos juicios que incluirán los Sellos, las Trompetas y las Copas (Apocalipsis 6-16). Cuando el sexto ángel derrame la Sexta Copa de los juicios de Dios sobre la tierra, comenzará la preparación para esta gran batalla, que será la mayor movilización militar jamás vista contra otra nación, en este caso, para atacar a Israel.

“El sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Éufrates; y el agua de éste se secó, para que estuviese preparado el camino a los reyes del oriente. Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos a manera de ranas; pues son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso. He aquí, yo vengo como un ladrón. Bienaventurado el que vela, y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza. Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón.” Apocalipsis 16:12-16

Según la Escritura, esta batalla será instigada por la trinidad satánica (el dragón o diablo, el Anticristo y el Falso Profeta), que usarán

demonios que irán “a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso” (Apocalipsis 16:14).

La Batalla del Armagedón será el clímax del conflicto angelical que tuvo su inicio en el cielo y que luego fue transferido a la tierra, donde cerrará el círculo cuando Satanás haga su último intento de derrotar a Dios al destruir a la nación de Israel (Apocalipsis 12:13-17), pues Satanás sabe que, aun cuando es inútil pelear contra Dios debido a la victoria de Jesús en la cruz, si Israel fuera eliminado, las promesas de Dios en los pactos no se cumplirían y Dios sería tenido por mentiroso. Dios prometió no sólo darle a Israel la tierra, sino también redimirla, bendecirla y darle un rey eterno a través del linaje de David. Algunas de estas promesas se cumplieron en la primera venida de Cristo, pero las demás se cumplirán en su segunda venida. Como Satanás no puede atacar directamente a Dios, lo hará atacando a su pueblo. La batalla se llevará a cabo en Israel y su objetivo será la ciudad de Jerusalén (Zacarías 12:2-3; Lucas 21:20-22). Esta es la razón por la que Israel nunca ha podido vivir en paz.

Armagedón también será la respuesta final del mundo al llamado al arrepentimiento que Dios hará durante la Gran Tribulación, pero “los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de la obra de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar; y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos” (Apocalipsis 9:20-21).

El Islam y el Armagedón

Uno de los principales ejércitos involucrados en la gran Batalla del

Armagedón, será el proveniente de los países islámicos. Desde el regreso de los judíos a su tierra ancestral y luego de que la ONU aprobara la Resolución 181 del 29 de noviembre de 1947, mediante la cual llegó a su fin el Mandato Británico de Palestina el 14 de mayo de 1948, mismo día en el que fue proclamado el moderno Estado de Israel, las naciones musulmanas y los grupos terroristas islámicos apoyados por algunas de ellas, han amenazado y atacado a Israel continuamente.

El centro de la contienda no sólo es la simple existencia del Estado de Israel o la condición de los palestinos que debieron retirarse de los territorios que habían ocupado por siglos, luego de que los judíos fueron expulsados de su tierra en el año 70 d.C., tras la destrucción del Templo y la ciudad de Jerusalén por el ejército romano al mando del general Tito. Toda la tensión está centrada en lo que el mundo musulmán ha llamado la Explanada de la Mezquita, el tercer lugar más sagrado de esta religión que alberga la Cúpula de la Roca, la Cúpula de la Ascensión, la Mezquita de Al-Aqsa y la Cúpula de la Cadena.

El conflicto radica en que esta explanada se encuentra sobre las ruinas del Templo de Jerusalén, el cual, según las profecías, tendrá que ser reconstruido para que Israel regrese a su sistema de sacrificios y ofrendas, lo cual implicará la remoción de estos lugares considerados sagrados para los musulmanes que se encuentran sobre la explanada.

Desde que el Califa Omar conquistó Jerusalén en abril del año 637 d.C., los musulmanes han querido evitar el cumplimiento de las profecías acerca del regreso de Israel a su tierra y de la reconstrucción del Templo de Jerusalén. Tras la entrega de la ciudad, la zona del Templo fue allanada y de los doce accesos que había

para ingresar al antiguo Templo judío, diez se reservaron para el acceso de los musulmanes a la explanada y uno para el acceso de visitantes... ¡Aún hoy los judíos son considerados visitantes en la Explanada de la Mezquita!

La duodécima puerta ha sido clausurada por los musulmanes, pues es el acceso más próximo al Templo desde la Puerta de la Hermosa o Puerta Oriental, a la que se accede desde el Monte de los Olivos y por la que, según las profecías, entrará el Mesías en su segunda venida (Ezequiel 46:12). Esta puerta fue sellada por orden de Solimán el Magnífico en 1540 y así ha permanecido desde entonces.

Así que el conflicto trasciende lo político y lo religioso para trasladarse a lo profético y, especialmente, a lo que sucederá al final de los tiempos, pues todo está dispuesto para el cumplimiento de las profecías sobre la gloriosa segunda venida de Cristo, a pesar de la oposición de los musulmanes.

Las tensiones entre judíos y musulmanes han sido constantes a través de toda la historia, pero se han acrecentado aún más desde la creación del moderno Estado de Israel, en 1948. Sin embargo, será luego del rapto de la iglesia, cuando se manifieste “el hombre de pecado” (2 Tesalonicenses 2:3), el Anticristo, que el conflicto será aún mayor, pues “por otra semana [de años, es decir, siete años] confirmará el pacto con muchos [Israel y otras naciones]; a la mitad de la semana [tres años y medio, o, 42 meses] hará cesar el sacrificio y la ofrenda” (Daniel 9:27), siendo este el inicio de una época de crueldad y maldad que detonará en la que será la mayor conflagración de todos los tiempos.

Este futuro dictador surgirá enarbolando un Tratado de Paz que será confirmado por Israel y otras naciones y que contempla la

reconstrucción del Templo de Jerusalén, lo cual, sin duda, incrementará la tensión entre judíos y musulmanes, pues implicará la destrucción de los lugares sagrados para el Islam en Jerusalén, lo cual conducirá a una terrible guerra.

A los tres años y medio de haber confirmado el Tratado de Paz, el Anticristo lo violará y se adueñará del Templo pretendiendo ser Dios (2 Tesalonicenses 2:3), “cometerá horribles sacrilegios”, y perseguirá cruelmente a los judíos “hasta que le sobrevenga el desastroso fin que le ha sido decretado” (Daniel 9:27), el cual tendrá lugar en la Batalla del Armagedón.

Iraq y el Armagedón

La Biblia describe un sistema religioso maligno con el nombre de la “gran ramera”, al que luego identifica como Babilonia, la “gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra” (Apocalipsis 17:1-5, 18). El territorio de esta gran ciudad se encuentra en la región central de la nación que hoy se conoce como Iraq, en la que ha habido una inestabilidad generalizada que ha provocado golpes de estado, revueltas sociales, políticas y religiosas, dictaduras, genocidios e incluso guerras con sus vecinos también árabes.

En el Antiguo Testamento, Babilonia fue una gran ciudad, inicialmente conocida como Babel en la primera rebelión masiva contra Dios (Génesis 11:1-9). Esta ciudad llegó a ser la capital del mundo antiguo bajo el reinado de Nabucodonosor, confluyendo en ella gente de todas las naciones dominadas por el Imperio Babilónico y algunas otras presentes allí por algún vínculo especialmente comercial, lo que la convirtió en un importante centro receptor de todas las culturas y religiones de la época, donde se practicaba el espiritismo, la brujería, la astrología, la hechicería, la magia y la idolatría de todo el Medio

Oriente.

Hoy, su riqueza se encuentra representada en su producción petrolera. Sólo entre Iraq, Arabia Saudita e Irán, acumulan el 65% de las reservas mundiales de petróleo y gas. Este fue el origen de la Guerra del Golfo Pérsico (1990-1991), en la que Sadam Husein (1937-2006), dictador de Iraq, quiso controlar el petróleo de Kuwait, amenazando también a Arabia Saudita.

Las Escrituras profetizan que Babilonia será reconstruida “en tierra de Sinar” (Zacarías 5:5-11), para convertirse en el centro de comercio internacional (Jeremías 50-51). El dictador Saddam Hussein, quien gobernó a Iraq entre 1979 y 2003, hizo el primer intento de reconstruirla invirtiendo miles de millones de dólares en diversos y ostentosos monumentos con ese propósito. En la Biblia es descrita como una ciudad comercial, próspera y opulenta, en la que muchos entonces se habrán “enriquecido de la potencia de sus deleites” (Apocalipsis 18:1-3), pero que finalmente será juzgada y destruida por Dios (Apocalipsis 18:11, 15-19).

Sin embargo, Babilonia (la ramera) no estará presente en la Batalla del Armagedón, pues el Anticristo y las diez naciones que formarán su confederación política “aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda; y devorarán sus carnes, y la quemarán con fuego” (Apocalipsis 17:16). Este odio estará motivado por el hecho de que Babilonia será el centro de todas las falsas religiones y el principal centro de comercio del mundo, lo cual le impediría al Anticristo proclamarse a sí mismo como dios (2 Tesalonicenses 2:3-4). Así que, antes de que el Anticristo se proclame dios, Babilonia, la Gran Ramera, será destruida.

Una vez que se haya autoproclamado como dios, el Anticristo tendrá

el control sobre las riquezas del Medio Oriente y del mundo entero. La principal fuente de riqueza de los países del Medio Oriente continúan siendo los combustibles fósiles y sus derivados como el gas natural licuado (GNL) con el que abastecen de energía a muchos de los países industrializados de occidente. Aunque se ha pretendido empezar la transición de abandonar los combustibles fósiles y migrar hacia la explotación de energías limpias, la crisis energética causada por la invasión de la Federación de Rusia a Ucrania y las consecuentes sanciones del bloque de naciones de Europa y occidente, han hecho evidente la alta dependencia que aún se tiene del petróleo, haciendo que este y sus derivados se conviertan nuevamente en los bienes más preciados para muchas naciones que podrían verse atraídas por ellos y querer controlar de alguna manera a los países de esta región geográfica.

Un Nuevo Orden se Avecina

Antes de describir las naciones involucradas en la Batalla del Armagedón, es necesario traer a la memoria la manera como el mundo llega a este momento, tomando como punto de partida el final de la llamada Guerra Fría, un estado de tensión que permaneció entre las dos grandes potencias triunfantes de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945): los Estados Unidos de América (EE. UU.) y la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Al final de la década de los 80's, tras la reforma estructural del Estado impulsada por el secretario general del Comité Central del Partido Comunista de la URSS, Mijaíl Gorbachov, el bloque soviético sufre un colapso que culmina con su disolución el 26 de diciembre de 1991, de la cual surgen 15 nuevas naciones independientes, entre ellas la Federación de Rusia.

A partir de entonces, el mundo entra en un nuevo orden unipolar

encabezado por la potencia hegemónica de los Estados Unidos de América. Pero para ese momento coyuntural, surge un nuevo protagonista en el escenario geopolítico: China.

Tras la muerte de Mao Zedong (1976) y la breve gestión de Hua Guofeng como Líder Supremo de la República Popular China, le sucede en el cargo Deng Xiaoping entre 1978 y 1989; tras casi tres décadas de una política de “economía planificada” y de depuración cultural, cerrada a los mercados y a toda influencia internacionales y con un absoluto control del Estado, Deng Xiaoping, llamado merecidamente “Arquitecto de la China Moderna”, inicia una serie de reformas económicas y políticas que dinamizaron exponencialmente el aparato productivo del país y lo sacaron del ostracismo en el ámbito internacional.

Para el final de la década de los 80's, a China se le conoció como el “gigante dormido” y, ante el descenso en el protagonismo de la nueva Federación de Rusia, China ingresa con fuerza en la arena geopolítica como potencia económica en ascenso, consolidándose con el tiempo en el líder de Asia y del grupo de economías emergentes conocido como el BRICS. Una vez alcanzado el propósito inicial de convertirse en la economía más dinámica del mundo, China se ha propuesto alcanzar ahora el liderazgo militar, por encima de Estados Unidos y Rusia.

Una de las principales consecuencias de la disolución de la URSS, fue la desaparición de la infame Cortina de Hierro, detrás de la cual se agrupaban las naciones que después de la Segunda Guerra Mundial quedaron bajo la influencia soviética. Dos hechos de crucial importancia histórica se desprendieron de ese acontecimiento: la reunificación alemana y el paulatino ensanchamiento de la Unión Europea hacia una comunidad económica más robusta.

Sin embargo, a la par de ese ensanchamiento del bloque económico europeo, se empezó a dar el ensanchamiento también de un bloque militar defensivo que, hasta la disolución de la URSS, sirvió de contrapeso a la eventual amenaza soviética durante la tensión de la Guerra Fría: la OTAN. La paulatina expansión tanto del bloque comercial de la Unión Europea como de la OTAN han generado una nueva tensión con la actual Federación de Rusia, que la ve como una amenaza que se aproxima a sus fronteras, lo que de hecho ha sido el argumento utilizado por el gobierno de Vladimir Putin (desde el año 2000), presidente de la Federación de Rusia, para lanzar una Operación Militar Especial sobre el territorio de la República de Ucrania, el 24 de febrero de 2022, haciendo retornar al mundo a la tensión de una nueva Guerra Fría en la que intervienen nuevos y desequilibrantes actores como China e Irán, que han ido consolidando su influencia en el Asia-Pacífico y el mundo musulmán respectivamente, amenazando con extender el conflicto a otros territorios como la península de Corea, la isla de Taiwán y el Mar de China.

En este ajedrez geopolítico, militar y económico, hay un movimiento que ha vuelto a ser de máxima relevancia: el programa nuclear de Irán, principal enemigo de Israel. A pesar de las sanciones de occidente, Irán ha intentado proseguir con su programa nuclear y ha encontrado la manera de hacerlo aprovechando el conflicto ruso-ucraniano, al acordar el suministro de armas a Rusia a cambio de asistencia tecnológica para el enriquecimiento de uranio y tener pronto un arsenal nuclear apuntando especialmente hacia Israel. Finalmente, tras la Declaración de Independencia del Estado de Israel, el 14 de mayo de 1948, el mundo musulmán se unió en contra de la nueva nación a la cual han intentado destruir desde entonces, con la creación y apoyo de movimientos terroristas como la OLP, el

Hezbollah, Hamas, la Jihad Islámica y la amenaza continua de nuevas guerras. Todo el conflicto en torno a la cuestión palestina dio origen al “panarabismo” y, posteriormente, al “panislamismo”, intentando crear un bloque unido contra la nación de Israel. El apoyo que la nueva nación tuvo de occidente y especialmente de los Estados Unidos, abrió grietas en la relación con los países del Medio Oriente, que en algunos casos se han ido cerrando al punto de que algunos países árabes han establecido hoy en día relaciones diplomáticas con el Estado de Israel; en otros casos, estas grietas se han profundizado.

Esta tensión con el mundo árabe se tornó más intensa a partir de los cambios de regímenes de gobierno como el sucedido en Irán, que el 16 de enero de 1979 derrocó al Sha Mohammed Reza Pahlavi y se convirtió en la República Islámica de Irán, bajo el gobierno de líderes religiosos llamados “ayatollahs”; o del “movimiento talibán” en Afganistán, que adopta la sharía o ley moral islámica del Corán como norma nacional.

Pero también al interior del panarabismo y del panislamismo han surgido grietas que los debilitan, ocasionadas por las diferencias y enfrentamientos entre las facciones religiosas sunitas y chiítas.

En general, la radicalización religiosa del mundo árabe en torno al conflicto palestino y la cercanía y apoyo de occidente a la nación de Israel, han ido generando la consolidación de bloques cada vez más unidos en su tensa confrontación contra occidente. Una trágica consecuencia de esto fue el ataque terrorista contra las Torres Gemelas de Nueva York, el 11 de septiembre de 2001 por el grupo Al Qaeda, que ocasionó el llamado a la “Guerra contra el Terrorismo” por el presidente norteamericano George W. Bush, la consiguiente invasión a Iraq y captura del dictador Saddam Husein y la incursión en

Afganistán, buscando capturar o eliminar a los líderes de Al Qaeda, Osama Bin Laden y Aymán al Zawahiri.

Esta confrontación suscitó la aparición, en 2003, de otro grupo terrorista conocido como el Estado Islámico o ISIS, que pretendió instaurar un califato desde la ciudad de Mosul, en Siria, nación que tiene frontera con Israel y disputa de territorios en los Altos del Golán.

Toda esta conformación de bloques ideológicos, políticos, económicos o militares, han ido propiciando el surgimiento de un nuevo orden mundial que ha encontrado en el reciente conflicto surgido a raíz de la invasión de la Federación de Rusia a Ucrania, la coyuntura para hacerlo más evidente. Las sanciones con las que Estados Unidos y la Unión Europea pretenden debilitar a la Federación de Rusia han llevado a esta nación a fortalecer sus alianzas con las naciones musulmanas que se oponen a occidente, principalmente con Irán y con el bloque asiático encabezado por China e India, secundadas estas por Corea del Norte.

Por su parte, China ha contemplado anticipar la unificación de su territorio continental con la que considera como su provincia, la isla de Taiwán, generando un nuevo foco de tensión en el área de Asia-Pacífico. Una vez más, Estados Unidos ha planteado un contrapeso a la creciente influencia de China, encabezando una alianza militar en la región, que involucra a Australia y el Reino Unido (AUKUS) y podría eventualmente incorporar a Japón y Corea del Sur.

Este panorama de la geopolítica de este tiempo, permite vislumbrar los destellos de los eventos futuros profetizados en la Biblia y que podrían tal vez estar conduciendo a la humanidad hacia el final de los tiempos.

Las Naciones del Armagedón

Cuando el ángel derrama la Sexta Copa de los juicios de Dios (Apocalipsis 16:12-16), los gobernantes del mundo entero, bajo influencia demoníaca, son reunidos para la batalla en el Valle de Jezreel o Armagedón. Esta batalla, según la Biblia, será la más grande de la historia y en la que habrá el mayor derramamiento de sangre jamás visto. “Muchos pueblos en el valle de la decisión” vendrán a atacar a Israel, “pero Jehová será la esperanza de su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel” (Joel 3:14-16).

Entre esta multitud de fuerzas que se juntará para la Batalla del Armagedón se encontrarán las naciones que, según la Biblia lo profetiza, conformarán los cuatro grandes bloques o confederaciones en las que el mundo estará dividido y que constituirán el nuevo orden mundial al final de los tiempos, antes de la segunda venida de Cristo.

1. La Confederación del Norte.

(Ezequiel 38-39; Daniel 11:40; Joel 2:1-11, 18-20)

Estas son las naciones que formarán esta confederación del norte del planeta:

“Hijo de hombre, pon tu rostro contra Gog en tierra de Magog, príncipe soberano de Mésec y Tubal... Persia, Cus [Etiopía] y Fut con ellos; todos ellos con escudo y yelmo. Gomer, y todas sus tropas; la casa de Togarma, de los confines del norte, y todas sus tropas; muchos pueblos contigo.” Ezequiel 38:2-6

a. Magog.

Magog, Mésec y Tubal, fueron hijos de Jafet, el tercer hijo de Noé (Génesis 10:2). Sus descendientes se establecieron en las regiones que llevan sus nombres.

Los magoguitas descienden de los “escitas”, pobladores de las tierras

de Escitia, las cuales abarcan el sur de la actual Ucrania, la costa septentrional del Mar Negro y los territorios de Asia Central que actualmente ocupan las naciones túrquicas alrededor del Mar Caspio: Kazajistán, Uzbekistán, Kirguistán, Tayikistán y Turkmenistán. Estas naciones hicieron parte de la disuelta URSS y, a excepción de Ucrania, todas profesan el Islam. Los escitas fueron conquistados por los godos, una tribu germana de origen escandinavo que descendió desde Suecia hasta los dominios del Imperio Romano, llegando hasta la actual península ibérica. En su avance, se fueron estableciendo en las tierras conquistadas, mezclándose con los pueblos nómadas de las estepas de Asia y Europa. Fueron los fundadores de las capitales y principados que luego conformaron el Imperio Ruso.

Gog es un nombre propio, según la Escritura, de un “príncipe soberano”, cuyos dominios son las regiones de Mésec (heb. מֶשֶׁק , Méshek o Moshi), de donde se deriva Moscú, y, Tubal (heb. תּוּבַל , Tubál), de la que se deriva Tobolsk, nombre de la capital histórica de la región de Siberia. Así que Gog es el nombre profético del gobernante de las tierras que conformaban el antiguo Imperio Ruso.

b. Persia.

En 1935, el territorio del antiguo reino de Persia cambió su nombre por el de Irán, que significa “tierra de arios”. Esto se debió, muy posiblemente, al anhelo del Sha de que la raza aria dominara el mundo.

c. Cus.

Fue hijo de Cam (Génesis 10:6) y sus descendientes se establecieron en los territorios de las actuales naciones de Etiopía y Sudán.

d. Fut.

Fue igual que el anterior, hijo de Cam (Génesis 10:6) y sus descendientes se establecieron en el territorio de la actual Libia.

e. Gomer.

Junto con Magog, Mésec y Tubal, fue hijo de Jafet (Génesis 10:2) y sus descendientes se establecieron en el territorio de la actual Turquía.

f. Togarma.

Este nombre hace referencia al territorio de Ucrania, de donde provienen los cosacos.

2. La Confederación Europea.

(Daniel 2:41-44; 7:7-8, 23-26; Apocalipsis 17:12-13)

El 25 de marzo de 1957 se firmó el Tratado de Roma que fue el acto constitutivo de la Comunidad Económica Europea y desde entonces, Europa ha estado trabajando en función de consolidar el sueño de ser un bloque de naciones unificadas política, económica y militarmente. Este sueño propuesto por el ministro francés Jacques Delors, se ha ido convirtiendo en una realidad que actualmente agrupa a 29 naciones, algunas de las cuales han adoptado una moneda única (el Euro) y se han incorporado a un área de libre tránsito conocida como el Espacio Schengen, propiciando la integración y conformando el bloque y la potencia económica y comercial más grande del mundo.

Las profecías bíblicas anuncian que de Europa y el Medio Oriente surgirá una alianza de diez naciones, cinco de cada región, que se someterán al final de los tiempos a la autoridad y liderazgo del futuro y último dictador mundial, conocido como el Anticristo.

3. La Confederación Árabe. (Daniel 11:40)

Las Escrituras describen una tercera confederación política en conflicto con las naciones confederadas de Europa, encabezada por alguien a quien se le llama “el rey del sur”. Este rey será Egipto y tratará de alinear a otras naciones árabes para hacer la guerra a Israel, pero “Egipto [y sus aliados] será destruido, y Edom será vuelto en desierto asolado, por la injuria hecha a los hijos de Judá; porque derramaron en su tierra sangre inocente” (Joel 3:19).

4. La Confederación Asiática. (Apocalipsis 16:12)

Esta será la cuarta confederación militar de naciones que amenazará la autoridad de la alianza de naciones dirigida por el Anticristo (Daniel 11:44). Las naciones que conformarán esta última confederación posiblemente serán: China, Corea del Norte, y tal vez otras naciones como Pakistán, Afganistán e Indonesia.

Las Guerras Precursoras del Armagedón

En el curso de los hechos que irán acercando a la humanidad a la conflagración final en la Batalla del Armagedón, habrá una serie de guerras y conflictos que Israel y el mundo deberán enfrentar.

1. Guerra de las Naciones Árabes contra Israel.

El Salmo 83, escrito por Asaf, quien probablemente es el gran cantor y músico del período davídico y salomónico, describe a una coalición de naciones que, en el curso de toda la historia, han sido una constante amenaza para el pueblo escogido de Dios. En la historia reciente, estas mismas naciones, aunque con nombres diferentes en algunos casos, continúan con su actitud beligerante y, según las profecías bíblicas, permanecerán así hasta el final de los tiempos.

“Porque he aquí que rugen tus enemigos, y los que te aborrecen alzan cabeza. Contra tu pueblo han consultado astuta y

secretamente, y han entrado en consejo contra tus protegidos. Han dicho: Venid, y destruyámoslos para que no sean nación, y no haya más memoria del nombre de Israel. Porque se confabulan de corazón a una, contra ti han hecho alianza las tiendas de los edomitas y de los ismaelitas, Moab y los agarenos; Gebal, Amón y Amalec, los filisteos y los habitantes de Tiro. También el asirio se ha juntado con ellos; ¡sirven de brazo a los hijos de Lot!” Salmo 83:2-8

El propósito de esta coalición es el que han tenido todas las guerras, conflictos y amenazas que Israel ha enfrentado hasta el día de hoy: “destruyámoslos para que no sean nación, y no haya más memoria del nombre de Israel”. Después de la conquista de Jerusalén en el siglo VII, las naciones musulmanas han estado muy atentas a las profecías sobre el pueblo de Dios y el final de los tiempos, actuando en consecuencia para evitar su cumplimiento.

Desde la creación del moderno Estado de Israel, el 14 de mayo de 1948, Israel ha enfrentado guerras y amenazas constantes de sus vecinos, algunos de los cuales aún insisten en ese propósito de destruirlos no sólo como nación, sino como legítimos descendientes de Abraham y pueblo escogido de Dios.

Las naciones descritas en el Salmo son actualmente las naciones vecinas de Israel: los descendientes de Lot, Moab y Amón, junto con Edom y Amalec, conforman actualmente el país de Jordania; Ismael corresponde a la actual Arabia Saudita; Agar es Egipto; Gebal y Tiro hacen parte del actual Líbano; Filistea era la antigua Pentápolis Filistea y corresponde actualmente a la Franja de Gaza; y, Asiria, agrupa a las naciones de Siria e Iraq.

La beligerancia y antagonismo de los países árabes vecinos de Israel ha sido evidente hasta el día de hoy. Israel ha tenido que enfrentar en el curso de su historia reciente como nación ocho guerras, además

del continuo asedio de grupos terroristas y extremistas. Estas han sido las guerras libradas hasta ahora:

- Guerra de 1948.

Después de finalizada la Segunda Guerra Mundial y luego que la Asamblea General de la ONU aprobara por mayoría la creación del moderno Estado de Israel, los ejércitos de Egipto, Siria, Jordania, Líbano e Iraq, entran en guerra contra la nueva nación en menos de 24 horas de su proclamación. Un año después, Israel logra una aplastante victoria en esta primera guerra contra las naciones musulmanas.

- Guerra del Sinaí.

El 29 de octubre de 1956, Israel lanza un ataque terrestre y aéreo sobre la península egipcia del Sinaí, logrando llegar rápidamente hasta el Canal de Suez que había sido nacionalizado por Egipto tres meses atrás. Bajo la presión de la ONU, los Estados Unidos y la URSS, Israel se retiró del territorio ocupado.

- Guerra de los Seis Días.

El 5 de junio de 1967, Israel lanza un demoledor ataque contra Egipto, Siria y Jordania, apoderándose del Este de Jerusalén, Cisjordania, la Franja de Gaza, la meseta siria de los Altos del Golán y del Sinaí egipcio.

- Guerra de 1973.

El 6 de octubre de 1973, Egipto y Siria atacan a Israel tratando de recuperar los territorios de los Altos del Golán y del Sinaí, perdidos en la guerra anterior. Israel logra resistir y mantener su posición a un alto costo. En noviembre de 1977, Anwar el Sadat, presidente de Egipto,

visita a Israel, siendo el primer mandatario árabe en hacerlo desde que el moderno Estado de Israel fuera creado. Esta visita abrió las puertas para la firma de los Acuerdos de Camp David en 1978, que condujeron al Tratado de Paz entre Egipto e Israel, el 26 de marzo de 1979.

- Invasión de El Líbano.

La Organización para la Liberación de Palestina (OLP) se había establecido en El Líbano y desde allí lanzaba constantes ataques e incursiones contra el territorio y la población israelí. Esto provocó la reacción del gobierno de Israel que ordenó a sus Fuerzas Armadas, el 6 de junio de 1982, invadir El Líbano y sitiar Beirut, su capital, forzando a la OLP a abandonar el país. La ocupación israelí de El Líbano duró hasta el año 2000. Sin embargo, el lugar de la OLP fue ocupado por el grupo terrorista y extremista de Hezbolá, que continuó las operaciones de hostigamiento y terrorismo contra Israel; en 2006, Hezbolá secuestró a un grupo de militares israelíes, provocando una nueva y devastadora reacción de Israel sobre El Líbano.

- La “Guerra de las Piedras”.

Esta fue la primera “intifada” contra la ocupación israelí de los territorios de Cisjordania y Gaza, llevada a cabo en diciembre de 1987. Luego de seis años de continua confrontación entre palestinos e israelíes, el 13 de septiembre de 1993, Israel y la OLP firman los Acuerdos de Oslo, firmados por Yaser Arafat e Isaac Rabin, que dieron nacimiento a la autonomía palestina.

Hasta el presente (2023), sólo cinco naciones árabes-musulmanas han firmado la paz con Israel: Egipto, Jordania, los Emiratos Árabes Unidos, Bahrein y Marruecos. Sin embargo, conforme a las profecías de la Biblia, todas estas naciones se unirán con otras para una

confrontación armada final contra Israel, pero serán derrotadas e Israel tendrá una gran expansión de su territorio, lo cual será probablemente la razón para la siguiente invasión a Israel por Rusia y las naciones musulmanas.

2. La Invasión de la Confederación del Norte.

Desde el Antiguo Testamento, por medio de los profetas, Dios ha anunciado y previsto el tiempo, el lugar y los protagonistas de estos eventos. Hace más de 2,500 años, fue profetizada una crucial confrontación de vital importancia para el futuro de Israel (Ezequiel 38:2-6), en la que los ejércitos de una poderosa coalición de naciones conocida como la Confederación del Norte, descrita anteriormente, encabezada por el “príncipe soberano de Mésec y Tubal”, regiones identificadas junto al Mar Negro y Mar Caspio y al sur de Rusia y que juntas conforman la zona geográfica conocida como Magog.

Avanzarán desde “las regiones del norte, tú y muchos pueblos contigo, todos ellos a caballo, gran multitud y poderoso ejército” (Ezequiel 38:15). La inmensa multitud de tropas y el despliegue de su maquinaria de guerra no tendrá paralelo alguno en toda la historia. Será, hasta ese momento, la mayor movilización militar jamás vista.

El objetivo final de toda esta secuencia de guerras y de cada una será el mismo que han tenido las naciones que han perseguido a los judíos a través de la historia: la destrucción de la nación de Israel (Salmo 83:4). Esta es la razón por la que, desde su creación en 1948, el moderno Estado de Israel ha vivido en constante tensión y alerta ante la continua amenaza y agresión de sus vecinos árabes y de otros que, desde lejanas tierras, apoyan o comparten su odio y beligerancia contra el pueblo de Israel. No obstante, la Biblia describe a Israel en ese momento de la invasión de la Confederación del Norte como una

“tierra salvada de la espada, recogida de muchos pueblos, a los montes de Israel, que siempre fueron una desolación; mas fue sacada de las naciones, y todos ellos morirán confiadamente” (Ezequiel 38:8). Es indudable que, ante los ojos del mundo entero, Israel ha sido un milagro, pues después de casi dos milenios de exilio y persecución, la tragedia del Holocausto Nazi durante la Segunda Guerra Mundial y de las guerras que desde la fundación de su moderno Estado ha tenido que librar, Israel se ha levantado como una nación próspera en todas las áreas y a la vanguardia en todos los aspectos de la tecnología, entre ellos el militar. Sin embargo, la Escritura menciona que, en el tiempo de esta invasión, el ambiente de Israel será de entera confianza. Ese tiempo no ha existido en la historia reciente del moderno Estado de Israel ni existirá, hasta que se celebre el Tratado de Paz entre Israel y las naciones árabes promovido por el Anticristo. Por tanto, este conflicto tendrá que suceder durante la segunda mitad de la Semana Setenta de Daniel, en la que el Tratado de Paz será anulado (Isaías 28:18), al ser violado por el Anticristo a la mitad de la Gran Tribulación (Daniel 9:27).

En su movilización hacia Israel, la Confederación del Norte se preparará para avanzar sobre la ciudad de Babilonia, centro del poder económico del Anticristo, para lo cual habrá una “reunión de grandes pueblos de la tierra del norte; desde allí se prepararán contra ella, y será tomada” (Jeremías 50:9). Luego se dirigirá a los territorios gobernados por el Anticristo “como una tempestad, con carros y gente de a caballo, y muchas naves; y entrará por las tierras, e inundará, y pasará”, pretendiendo apoderarse no sólo de Israel sino también del norte de África y dominar el Mediterráneo oriental.

En esta guerra, la Confederación del Norte será derrotada y las Escrituras muestran cómo será el desarrollo de la contienda: “sacaré

tu arco de tu mano izquierda, y derribaré tus saetas de tu mano derecha. Sobre los montes de Israel caerás tú y todas tus tropas, y los pueblos que fueron contigo” (Ezequiel 39:3-4); el relato se refiere no sólo a la destrucción de su artillería y máquinas de guerra, sino también a la gran mortandad que experimentará el ejército de la Confederación del Norte en el campo de batalla, donde “sobre la faz del campo caerás”; sin embargo, después de atacar a Israel, la tierra del agresor será impactada, pues Dios enviará “fuego sobre Magog y sobre los que moran con seguridad en las costas” (Ezequiel 39:5-6), así que este conflicto tendrá repercusiones a escala global.

Aun cuando la guerra pareciera ser una confrontación convencional, en el curso de esta se presentarán una serie de eventos que harán evidente que Dios intervendrá sobrenaturalmente para librar a la tierra de Israel de los ejércitos que pretenden destruirlo.

“Cuando venga Gog contra la tierra de Israel... habrá gran temblor sobre la tierra de Israel... los peces del mar, las aves del cielo, las bestias del campo y toda serpiente que se arrastra sobre la tierra, y todos los hombres que están sobre la faz de la tierra, temblarán ante mi presencia; y se desmoronarán los montes, y los vallados caerán, y todo muro caerá a tierra... Y yo litigaré contra él con pestilencia y con sangre; y haré llover sobre él, sobre sus tropas y sobre los muchos pueblos que están con él, impetuosa lluvia, y piedras de granizo, fuego y azufre.” Ezequiel 38:18-22

La Biblia no menciona la causa de esta gran conflagración, pero sí el propósito: “te traeré sobre mi tierra, para que las naciones me conozcan, cuando sea santificado en ti, oh Gog, delante de sus ojos” (Ezequiel 38:16). Todas las acciones de Dios están encaminadas a ser conocido y honrado por todas las naciones, incluyendo su pueblo.

La consecuencia de esta guerra será la derrota y destrucción del

Islam en el Medio Oriente, y, la conversión de Israel al Señor: “En aquel día... derramaré sobre la casa real de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito” (Zacarías 12:9-10). La mención del que “traspasaron” es una clara alusión a la crucifixión de Jesús y el llanto amargo, al arrepentimiento.

3. La primera guerra de la Tribulación.

Con la apertura del Cuarto Sello aparece “un caballo amarillo, y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades le seguía; y le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad, y con las fieras de la tierra” (Apocalipsis 6:7-8). Esta parte de la visión del apóstol Juan revela que al final de los tiempos, al poco tiempo de iniciada la Tribulación, se desencadenará una guerra de proporciones catastróficas en la que morirá una cuarta parte de la humanidad por causa de la guerra, la hambruna y la enfermedad, tal vez como consecuencia del armamento utilizado (nuclear y biológico) y sus consecuencias sobre el ser humano (genocidios y masacres, enfermedades, plagas, desplazamiento y miseria), y la naturaleza (quema, desertificación y esterilización de suelos, contaminación biológica y radioactiva, mayor calentamiento global, sequías y escasez de agua, etc.).

En ese tiempo, “se levantará un rey altivo de rostro y entendido en enigmas. Y su poder se fortalecerá, mas no con fuerza propia; y causará grandes ruinas, y prosperará, y hará arbitrariamente, y destruirá a los fuertes y al pueblo de los santos. Con su sagacidad hará prosperar el engaño en su mano; y en su corazón se engrandecerá, y sin aviso destruirá a muchos” (Daniel 8:23-25). Para entonces, el Anticristo ya habrá emergido al escenario político

internacional y accedido al poder mediante el engaño y la intriga, y haciendo uso de sus diabólicos poderes sobrenaturales y de su carismática personalidad (Daniel 8:23-25); él se presentará al mundo como un mensajero de la paz tras promover la confirmación de un falso Tratado de Paz entre árabes y judíos que él mismo violará después (Daniel 9:27). En su ascenso, el Anticristo logrará hacerse “de las fortalezas más inexpugnables, y colmará de honores a los que le reconozcan, y por precio repartirá la guerra” (Daniel 11:39), dejando ver el grado de corrupción a su alrededor. De esta manera, el Anticristo logrará conformar una confederación político-militar de diez naciones, cinco de Europa y cinco del Medio Oriente, que lo apoyarán para apoderarse del mundo, usando su influencia política y económica, e incluso su poder militar, para “hacer guerra contra los santos y vencerlos”. La Escritura también menciona que este “hombre de pecado” tendrá “autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación” (Apocalipsis 13:4, 7), para unirlas a su causa; esta será una autoridad dictatorial, es decir, impuesta por la fuerza y respaldada por la confederación de naciones que lo apoyará.

4. La segunda guerra de la Gran Tribulación.

Cuando se escuche el sonido de la Sexta Trompeta, serán desatados “los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Eufrates... que estaban preparados para la hora, día, mes y año, a fin de matar a la tercera parte de los hombres” (Apocalipsis 9:14-15). El río Eufrates recorre 2,800 kms desde su nacimiento en Turquía hasta su desembocadura en el Golfo Pérsico, irrigando tierras de Turquía, Siria e Iraq. El volumen de los ejércitos reunidos allí para avanzar contra Israel será de “doscientos millones” (Apocalipsis 9:16), lo que hace suponer que a los ejércitos de las naciones mencionadas se sumarán las fuerzas militares de otras naciones al oriente del río Eufrates (Irán,

Afganistán, Indonesia, Paquistán, entre otras posibles, incluso China).

La manera como las Escrituras describen cómo se dará esta guerra, hacen temer que se tratará de una conflagración en la que se utilizarán armas no convencionales que tendrán efectos catastróficos en la población, pues en su visión, el apóstol Juan vio que “las cabezas de los caballos eran como cabezas de leones; y de su boca salían fuego, humo y azufre. Por estas tres plagas fue muerta la tercera parte de los hombres; por el fuego, el humo y el azufre que salían de su boca” (Apocalipsis 9:17-18). Estas plagas que vendrán como consecuencia de las armas usadas en la guerra provocarán “una úlcera maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia, y que adoraban su imagen” (Apocalipsis 16:2); esta será sin duda una intervención divina de Dios en favor de su pueblo Israel, pues afectará directamente a los ejércitos que marcharán contra la nación de Israel y la ciudad de Jerusalén y que estaban al servicio y bajo la autoridad del Anticristo. Estos efectos también son descritos en el Antiguo Testamento como “la plaga con que herirá Jehová a todos los pueblos que pelearon contra Jerusalén: la carne de ellos se corromperá estando ellos sobre sus pies, y se consumirán en las cuencas sus ojos, y la lengua se les deshará en su boca... Así también será la plaga de los caballos, de los mulos, de los camellos, de los asnos, y de todas las bestias que estuvieran en aquellos campamentos” (Zacarías 14:12, 14). Los efectos aquí descritos son similares a los producidos por las modernas armas nucleares y biológicas capaces de destruir de forma horrorosa todo lo que tenga vida sobre la tierra. Tal será el caos, la confusión y el horror desatados, que la Escritura menciona que “habrá entre ellos gran pánico enviado por Jehová; y trabará cada uno de la mano de su compañero, y levantará su mano contra la mano de su compañero” (Zacarías 14:13). De hecho, la Escritura menciona que será “muerta

la tercera parte de los hombres”. Estas muertes sumadas a las de la anterior confrontación, suman ¡casi la mitad de la población mundial!

Aunque todas las naciones verán las consecuencias del pecado, la perversión y la maldad, “los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar; y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos” (Apocalipsis 9:20-21). Una gran parte de la humanidad e incluso muchos judíos, bajo la influencia y el hostigamiento del Anticristo, tendrán la marca de la bestia y adorarán su imagen, se mantendrán en su pecado y no se arrepentirán.

5. La guerra en los cielos.

Esta guerra será diferente a todas las demás porque será una contienda sobrenatural que se librará en los cielos, casi a la mitad de la Tribulación, y que será el último intento de Satanás por atacar el trono de Dios; sin embargo, este ataque será interceptado por el arcángel Miguel y sus ángeles.

“Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él.” Apocalipsis 12:7-9

En la Biblia, Miguel es presentado como el comandante de las huestes angelicales al servicio de Dios y el ángel protector de Israel (Daniel 12:1). El v.7 inicia con un “después”, lo cual indica que está en

conexión directa con lo anterior, lo cual tiene que ver con la profecía del surgimiento del Anticristo (Apocalipsis 12:3) y con la huida de la mujer “al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días” (Apocalipsis 12:6), es decir, durante tres años y medio; antes de eso, ante la cruel persecución que el Anticristo desplegará contra el pueblo judío, un remanente de ellos que se convertirá en ese tiempo y habrá rehusado a llevar la marca de la bestia y adorar su imagen huirá, muy posiblemente a Bosra (Petra, Jordania), donde aguardarán el regreso del Señor. Esto permite afirmar que esta batalla celestial ocurrirá durante la Tribulación.

En esta guerra, Miguel y sus ángeles derrotarán a Satanás, lo expulsarán del cielo y él descenderá a la Tierra para pervertir a la humanidad y destruir a Israel. La Escritura presenta el contraste de esta victoria celestial, pues mientras en las alturas se grita, “alegraos, cielos, y los que moráis en ellos”, hay un lamento por las acciones con las que Satanás insistirá en su propósito de destruir el plan de Dios para la humanidad: “¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! Porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo” (Apocalipsis 12:10-12). Esa “gran ira” se verá reflejada en los horrorosos eventos que ocurrirán bajo el gobierno y liderazgo del Anticristo, durante el “poco tiempo” que tendrá antes de la segunda venida de Jesús.

6. La guerra contra judíos y cristianos.

La siguiente guerra será la que el Anticristo lleve a cabo contra los judíos y todos los seguidores del Mesías Jesucristo inmediatamente después de violar el Tratado de Paz promovido por él, al inicio de la Tribulación, y, quebrantado después por él mismo al invadir Jerusalén y profanar el Templo a la mitad de la Tribulación. El propósito de esta

guerra será la completa exterminación de los judíos y de los fieles a Cristo, judíos y gentiles, que se habrán convertido después del rapto de la iglesia.

Tras haber sido derrotado por el arcángel Miguel y sus ángeles y expulsado del cielo, Satanás descenderá “con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo” (Apocalipsis 12:12), para descargar todo su odio y poder destructivo contra Israel. Satanás conoce el proyecto que Dios llevará a cabo a través de su pueblo, el cual le fue anunciado cuando Dios lo maldijo en el Jardín del Edén por haber incitado y hecho pecar a Adán y Eva: “pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Génesis 3:15). Desde entonces y por todos los medios ha actuado para evitar el cumplimiento de esta sentencia.

Al no haber podido triunfar en su intento por destronar a Dios, intentará destruir por completo a Israel y con ello impedir el cumplimiento de las promesas que Dios ha dado a su pueblo desde los tiempos de los patriarcas y a los fieles creyentes en su Hijo, para hacerlo pasar por mentiroso y débil. Esta es la razón de su odio por Israel, el pueblo escogido por Dios, pues de ellos “son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo” (Romanos 9:4-5). Con ese propósito final surgirá el Anticristo, “cuyo advenimiento es por obra de Satanás”, en quien él depositará todo su odio y sagacidad para conducir al mundo “con gran poder y señales y prodigios mentirosos” (2 Tesalonicenses 2:9), hacia el último holocausto judío y a la mayor de las catástrofes humanas en toda la historia al final de la Gran Tribulación (Mateo 24:15-22). Los judíos que hagan caso de la advertencia de Jesús podrán huir para escapar y esconderse de esta terrible persecución, muy posiblemente

a Bosra (Petra, Jordania), donde serán protegidos de manera sobrenatural por Dios para aguardar el momento en que Jesús descienda en su segunda venida y derrote al Anticristo. No obstante, durante la Tribulación morirá dos tercios de la población judía (Zacarías 13:8). ¡Será un holocausto mucho mayor que el de la Segunda Guerra Mundial!

El Anticristo también perseguirá a todos los cristianos, es decir, los judíos y gentiles que acepten a Cristo durante ese tiempo, “los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (Apocalipsis 12:17). Muchos de ellos serán la multitud de mártires que la Escritura menciona “que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero” (Apocalipsis 7:9-17). Aunque parecerá triunfar en su guerra contra los santos de Dios, el Anticristo fracasará en eliminar a todos los judíos.

7. La campaña del Anticristo en el Medio Oriente.

Esta campaña militar tendrá lugar hacia el final de la Gran Tribulación, antes de la gran Batalla del Armagedón. Ante la gran obsesión del Anticristo por destruir a los judíos y los cristianos, algunas naciones dirigidas por “el rey del norte” (Rusia) y otras por “el rey del sur” (Egipto), se rebelarán y “al cabo del tiempo el rey del sur contendrá contra él; y el rey del norte se levantará contra él como una tempestad, con carros y gente de a caballo, y muchas naves” (Daniel 11:40).

Para aplacar esta rebelión, el Anticristo “entrará a la tierra gloriosa [Israel], y muchas provincias caerán; mas estas escaparán de su mano: Edom y Moab, y la mayoría de los hijos de Amón”, es decir, Jordania (Daniel 11:41), donde se encontrarán refugiados los judíos

que habrán logrado escapar al inicio de la Gran Tribulación, huyendo de la persecución del Anticristo.

En esta guerra, “no escapará el país de Egipto” que será derrotado y conquistado por el Anticristo y, al parecer, la Confederación Árabe se verá resquebrajada, pues “Libia y Etiopía le seguirán” (Daniel 11:42-43). En el curso de su victorioso avance, “noticias del oriente y del norte lo atemorizarán”, tratándose tal vez de una gran movilización de Rusia y China, y quizás de algunas otras naciones, hacia el Medio Oriente, “y saldrá con gran ira para destruir y matar a muchos” (Daniel 11:44).

De manera estratégica, “plantará las tiendas de su palacio entre los mares y el monte glorioso y santo” (Daniel 11:45), en la tierra de Israel, desde donde marchará a la que será la Última Guerra Mundial, en el Valle de Jezreel, donde enfrentará al Señor en su regreso, quien “lo matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida” (2 Tesalonicenses 2:8), terminando de esta manera su diabólica carrera y su infame opresión sobre el mundo y el pueblo de Israel.

La Gran Batalla del Armagedón

Después de todos los terribles juicios anunciados desde el cielo a través de la apertura de los Sellos, el toque de las Trompetas y el derramamiento de las Copas, las naciones se reunirán en el área geográfica del Valle de Meguido, en Israel, para la última y más grande confrontación mundial, llamada la Batalla del Armagedón. Millones de seres humanos morirán en la madre de todas las batallas. El Valle de Meguido es el mismo lugar donde Barak enfrentó a los canaanitas (Jueces 4) y Gedeón a los madianitas (Jueces 7).

Esta confrontación será tan terrible y sangrienta que nadie podría

sobrevivir si Jesús no bajara del cielo a terminarla (Mateo 24:22). Esta será la cronología de la gran Batalla del Armagedón:

1. Concentración de los ejércitos del mundo.

Cuando el sexto ángel derrame la Sexta Copa, el gran río Éufrates, con 2,800 kms de longitud desde que nace en Turquía hasta su desembocadura en el Golfo Pérsico, se secará “para que estuviese preparado el camino a los reyes del oriente” (Apocalipsis 16:12). El río Éufrates ha tenido una enorme importancia desde la antigüedad, pues es una de las dos corrientes de agua, junto con el río Tigris, que bañan la llanura de Sinar o Mesopotamia (hoy, Siria e Iraq), que fue el origen de la civilización humana con el descubrimiento de la agricultura y la invención y desarrollo de la escritura, que fueron la base para los primeros asentamientos humanos y el comercio. Además de su gran caudal, una de las particularidades de los dos ríos es que, dos veces al año se desbordan, inundando y fertilizando los valles en preparación para las labores agrícolas, convirtiendo el suelo en una especie de pantano o lodazal. Esta era una barrera natural y periódica para el cruce desde el oriente hacia la tierra de Canaán y el Mar Mediterráneo. En aquel entonces, las caravanas comerciales que se dirigían hacia allá debían dirigirse primero al norte, a la región de Harán, para luego descender por la zona costera o por el valle del río Jordán. De hecho, esta fue la ruta del patriarca Abraham para llegar a Canaán. La descripción que de este suceso se hace en otra parte de la Biblia es que el Señor “levantará su mano con el poder de su espíritu sobre el río, y lo herirá en sus siete brazos, y hará que pasen por él con sandalias” (Isaías 11:15). De esta manera, el gran río Éufrates podrá ser cruzado por los ejércitos del oriente.

En este tiempo, la actividad de la trinidad satánica habrá llegado a su clímax, pues durante la segunda mitad de la Gran Tribulación habrá

podido desplegar toda su maldad y desbordar su odio contra el pueblo de Israel, siendo la Batalla del Armagedón el evento en el que espera destruirlo totalmente y dejar sin cumplimiento y validez las promesas de Dios para su pueblo. Para ello, esta trinidad satánica se valdrá de “espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso... en el lugar que en hebreo se llama Armagedón” (Apocalipsis 16:14, 16). Bajo la influencia de estos demonios, las naciones se unirán en torno a la causa del Anticristo contra Israel y enviarán sus ejércitos para participar en la gran Batalla del Armagedón.

2. Babilonia es destruida.

Construida sobre la ribera del río Éufrates, Babilonia fue la gran capital de Imperio Babilónico, conocida en el mundo antiguo y a través de la historia por su belleza, prosperidad y carácter cosmopolita, lo cual también la condujo a ser símbolo de la arrogancia y el orgullo humanos. Tras su caída bajo el poder del Imperio Persa en 539 a.C., y durante el posterior dominio del Imperio Griego, la ciudad mantuvo su esplendor e importancia, pero tras la muerte de Alejandro Magno (323 a.C.), sus sucesores lucharon por el control del imperio y más concretamente por el control de Babilonia, ocasionando que, ante el peligro que eso representaba, sus habitantes la fueran abandonando e iniciara su consecuente decadencia; hacia mediados del s. II a.C., Babilonia había sido abandonada y caído en el olvido, convirtiéndose en ruinas que terminaron de ser arrasadas cuando los musulmanes conquistaron su territorio en el 650 d.C.

En la profecía contra Babilonia, antes de la conquista persa, Dios había decretado que “Babilonia, hermosura de reinos y ornamento de la grandeza de los caldeos, ... Nunca más será habitada, ni se

morará en ella de generación en generación” (Isaías 13:19-20). Sin embargo, en los tiempos modernos, el dictador de Iraq, Sadam Husein (1937-2006), intentó reconstruirla, pero el fragor de la Guerra del Golfo y los conflictos internos del país no sólo interrumpieron el proyecto, sino que destruyeron lo adelantado hasta el momento. Este será un proyecto que el Anticristo retomará y llevará a cabo, contraviniendo la voluntad y el decreto de Dios, para convertir a Babilonia en su capital y sede de sus cuarteles generales, y en el centro religioso y de comercio más importante del mundo, donde la maldad, la corrupción y el pecado coexistirán y serán objeto de adoración. Las palabras que mejor la describen son las que el ángel proferirá al anunciar su destrucción: “Se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible. Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación; y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites” (Apocalipsis 18:2-3).

En medio del gran panorama de maldad que caracterizará al gobierno del Anticristo y su influencia en una gran parte del mundo, la perversión de Babilonia habrá llegado a tal grado que Dios proferirá su severo juicio contra ella, el cual será ejecutado a través de una “reunión de grandes pueblos de la tierra del norte; desde allí se prepararán contra ella, y será tomada” (Jeremías 50:9). Tras tomar Babilonia, esta poderosa fuerza avanzará sobre los territorios gobernados por el Anticristo “como una tempestad, con carros y gente de a caballo, y muchas naves; y entrará por las tierras, e inundará, y pasará”, amenazando con apoderarse incluso de la tierra de Israel y hasta del norte de África.

Además de todas las acciones de los ejércitos de la tierra, también

Dios intervendrá de manera sobrenatural, pues después de que el séptimo ángel derrame la Séptima Copa, la última de los juicios de Dios, del trono del Templo saldrá un vozarrón que dictará la sentencia sobre la maldad del Anticristo y de todos aquellos que lo habrán seguido: “¡Se acabó!” (Apocalipsis 16:17 NVI). La sentencia es acompañada de impresionantes actos en el cielo y en la tierra, con “relámpagos y voces y truenos, y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra. Y la gran ciudad fue dividida en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron; y la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira” (Apocalipsis 16:18-19). Las repercusiones se sentirán en todo el planeta y sobre toda la creación, llegando incluso a transformar la geografía de muchas naciones al desaparecer todas las islas y las montañas.

De esta manera, la gran ciudad de Babilonia será destruida y el hecho será confirmado por el ángel que descenderá para dar la noticia: “Ha caído, ha caído la gran Babilonia” (Apocalipsis 18:2). Cuando esto suceda, el Anticristo no estará presente en la ciudad, sino que se le informará de su destrucción.

3. Israel y Jerusalén son atacados.

La destrucción de Babilonia no distraerá al Anticristo y sus ejércitos de su principal propósito que es la destrucción total del pueblo judío. Por tanto, en lugar de contraatacar y enfrentar a la coalición del norte que destruyó a la ciudad de Babilonia, el Anticristo y sus aliados se dirigirán a atacar a Israel y principalmente a Jerusalén.

Aunque a la mitad de la Gran Tribulación iniciará una cruel persecución contra los judíos como consecuencia de la ruptura del

falso Tratado de Paz promovido desde el comienzo por el Anticristo, este último ataque será de exterminio total y todas las naciones involucradas se movilizarán por todos los frentes con ese propósito, sitiando no sólo el país sino también la ciudad de Jerusalén (Zacarías 12:2), la cual finalmente “será tomada, y serán saqueadas las casas, y violadas las mujeres; y la mitad de la ciudad irá en cautiverio, mas el resto del pueblo no será cortado de la ciudad” (Zacarías 14:2).

4. El Anticristo persigue al remanente judío.

No todos los judíos estarán en Jerusalén cuando el ejército del Anticristo ataque la ciudad, después de romper su Tratado de Paz a la mitad de la Gran Tribulación. Esta aparente “entrada triunfal” del Anticristo a la ciudad de Jerusalén será el preámbulo a la más cruel persecución jamás vista sobre el pueblo judío.

Acerca de este tiempo, Jesús había advertido a los judíos “que cuando veáis la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes... Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo, porque habrá entonces gran tribulación, cual no ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá” (Mateo 24:15- 21). Jesús pronuncia esta advertencia tomando como base las palabras del profeta Daniel acerca de esta cruel persecución, la cual iniciará cuando “a la mitad de la semana [el Anticristo] hará cesar el sacrificio y la ofrenda” (Daniel 9:27), luego de lo cual, según el apóstol Pablo, el Anticristo usurpará el culto a Dios, “haciéndose pasar por Dios” (2 Tesalonicenses 2:3-4), reclamando para sí mismo la adoración reservada sólo a Dios.

En el libro del Apocalipsis, el apóstol Juan revela cómo será el milagroso ascenso del Anticristo y relata con detalle los eventos que

harán parte de esta persecución y que tendrán lugar a partir de entonces y durante “cuarenta y dos meses” (Apocalipsis 13:5), es decir, la segunda mitad de la Semana Setenta de Daniel o de la Gran Tribulación.

- Aunque la confirmación del Tratado de Paz le dará al Anticristo un prominente lugar en el escenario político mundial, será un atentado contra su vida y su milagrosa “resurrección” la que atraerá la atención y admiración del mundo y hará que “se maraville toda la tierra en pos de la bestia [el Anticristo], y adoraron al dragón [Satanás] que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia” (Apocalipsis 13:3-4).

- Habiendo atraído hacia sí la atención y admiración del mundo, el Anticristo proferirá “blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo” (Apocalipsis 13:6). De esta manera, el Anticristo intentará destruir la fe en Dios, la santidad del Templo y la esperanza de los creyentes en la vida eterna.

- El Falso Profeta desplegará todo su poder engañoso haciendo grandes señales (Apocalipsis 13:13-14), y ordenará “a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia”, es decir, al Anticristo. Esta imagen será llevada al Templo y se le ofrecerán sacrificios impuros, con lo que se consumará la “abominación desoladora” (Daniel 11:31 DHH).

- El Falso Profeta infundirá “aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen hablase e hiciese matar a todo el que no la adorase” (Apocalipsis 13:14-15). La población de Israel y Jerusalén será forzada a adorar la imagen de la bestia. Sin duda, algunos para salvar su vida, la adorarán; habrá otros no pocos que sufrirán el martirio,

pero una gran parte huirá “a los montes”.

- El Falso Profeta hará “que a todos, ... se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente; y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia” (Apocalipsis 13:16-17). El absoluto control de la economía llevará a quienes se resistan a adorar y servir al Anticristo a padecer miseria y hambruna, lo cual será otra forma de continuar con la cruel persecución del pueblo de Dios.

- Al Anticristo se le permitirá “hacer guerra contra los santos y vencerlos” (Apocalipsis 13:7). No bastando con obligar a la población a incurrir en la adoración a la bestia o aceptar su marca, se ordenará una persecución a muerte de quienes se resistan. Habrá muchos mártires, pero también muchos lograrán escapar y huir “al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días” (Apocalipsis 12:6). Es muy probable que ese lugar al que se refiere la Escritura sea la ciudad de Petra (Bosra), en la actual Jordania, a 125 kms de Jerusalén.

Durante este tiempo de persecución, dos terceras partes de la población judía perderá su vida y sólo una tercera parte sobrevivirá (Zacarías 13:8).

5. La Regeneración de Israel.

Este remanente de judíos que resistirá al Anticristo se encontrará en grave peligro ante la incesante persecución que el ejército del Anticristo continuará llevando a cabo con el propósito de exterminarlos. Sin embargo, todo el sufrimiento que esto traerá sobre los israelitas será la manera como Dios los probará, “como se prueba el oro”. Será entonces cuando Israel “invocará mi nombre, y yo le oiré, y diré: Pueblo mío; y él dirá: Jehová es mi Dios” (Zacarías 13:9).

Entonces, Dios volverá a tener “misericordia de toda la casa de Israel” y los traerá y reunirá de nuevo para que “habiten en su tierra con seguridad, y no haya quién los espante”. Será un tiempo de vergüenza, arrepentimiento y regeneración para el pueblo de Israel en el que el nombre de Dios “sea santificado en ellos ante los ojos de muchas naciones” (Ezequiel 39:25-28). La ceguera espiritual de Israel le será quitada y ellos clamarán por su Mesías, Jesucristo, para experimentar plenamente la regeneración nacional. Dios no volverá a esconder de ellos su rostro y sellará su pacto con el derramamiento de su Espíritu “sobre la casa de Israel” (Ezequiel 39:29).

Sin embargo, esto no sucederá “hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sión el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad” (Romanos 11:25-26), lo cual sucederá cuando Jesús regrese, derrote al Anticristo y presida el juicio a las naciones (Mateo 25:31-46). Después de esto, Jesús establecerá su Reino Milenial, al que entrarán los gentiles convertidos y, finalmente, todo Israel.

“He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá... Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo... todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.” Jeremías 31:31-34

6. El Regreso de Jesucristo en Gloria.

Antes que Israel pueda ser destruido por completo, “inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, ... La señal del Hijo del hombre aparecerá en el cielo, y se angustiarán todas las razas de la tierra. Verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria” (Mateo 24:29-30). En esta fase final de la

Campaña del Armagedón, todos los ejércitos de la tierra se encontrarán reunidos en el Valle de Josafat, dispuestos a asestar el golpe final en su propósito de exterminar a los judíos y a la nación de Israel. Mientras estos ejércitos se alistan para la gran confrontación, en el cielo “el séptimo ángel derramó su copa por el aire, y salió una gran voz del templo del cielo, del trono, diciendo: Hecho está” (Apocalipsis 16:17). Grandes señales en el cielo y en la tierra anunciarán el regreso victorioso de Jesús (Apocalipsis 16:18-21) “y los ejércitos celestiales [la iglesia redimida y convertida en su esposa], vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos” (Apocalipsis 19:14).

Al mando de sus ejércitos, el Señor Jesucristo “peleará contra aquellas naciones, como peleó en el día de la batalla” (Zacarías 14:3) y derrotará a “aquel inicuo [el Anticristo], a quien el Señor matará con el espíritu de su boca y destruirá con el resplandor de su venida” (2 Tesalonicenses 2:8). El Anticristo y el Falso Profeta serán apresados y “lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre. Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo” (Apocalipsis 19:20-21).

Con la victoria de Cristo en la Batalla del Armagedón culmina el período de la Gran Tribulación. Pero todavía habrá un juicio más que se llevará a cabo antes del establecimiento del Reino Milenial.

“Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros...” Mateo 25:31-46

CAPÍTULO V. LA SEGUNDA VENIDA DE CRISTO

Los continuos y cada vez más vertiginosos avances tecnológicos y pseudocientíficos, especialmente en el campo de las telecomunicaciones, hacen que las noticias buenas y malas lleguen casi de inmediato a todo el mundo. En diarios y noticieros de todo el planeta se observan encabezados y titulares sobre diferentes eventos sucedidos o que anuncian otros que probablemente sucederán y que afectan el ánimo de la mayoría de los seres humanos. Sin embargo, no ha habido nada que genere más expectativa y esperanza que las buenas noticias de la segunda venida de Jesucristo.

Este suceso sin precedentes fue anunciado por Jesús mismo en varias ocasiones, siendo un tema central de su ministerio en la Tierra. Él mismo fue quien aseguró a sus discípulos en el Sermón del Monte de los Olivos que todas las naciones “verían al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria” (Mateo 24:30). Las palabras de Jesús fueron pronunciadas en el contexto de las profecías para el final de los tiempos, específicamente “después de la tribulación de aquellos días” (Mateo 24:29), y, al involucrar a todas las naciones de la Tierra, apuntan a un desenlace de escala global.

En el curso de su ministerio en la Tierra, Jesús ya había dado indicios de este anuncio a sus discípulos: “vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:1- 3). Aunque esta promesa aplica para el momento del Rapto de la iglesia, tuvo un propósito como anticipo de su segunda venida.

Las palabras de Jesús confirman de manera anticipada lo que el

apóstol Pablo explicaría luego para tranquilidad de quienes andaban inquietos por la eventual proximidad de los sucesos catastróficos que acompañarían el final de los tiempos, o sea, que la iglesia no atravesaría por la Gran Tribulación, pues no fue destinada por Dios “para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Tesalonicenses 5:9; Romanos 5:9).

Es necesario observar que la promesa de Jesús a sus discípulos tiene una segunda parte: “para que donde yo estoy, vosotros también estéis”, así que, tal como se vio anteriormente, después del Rapto, la iglesia permanecerá con su Señor eternamente. Además, según el apóstol Pablo, en la Tribulación será liberado el “misterio de la iniquidad”, para lo cual será necesario que “quien al presente lo detiene [el Espíritu Santo]... sea quitado de en medio” (2 Tesalonicenses 2:7). Esto significa que la iglesia deberá ser quitada del escenario del castigo que vendrá durante la Tribulación (Apocalipsis 3:10), para después regresar con Jesús para “juzgar al mundo con justicia” (Hechos 17:31).

Sin embargo, este anuncio de Jesús a sus discípulos no debe ser confundido con la profecía de su segunda venida, pues cuando Jesús venga por los suyos (en el Rapto) no pisará la Tierra, sino que la iglesia será arrebatada “en las nubes para recibir al Señor en el aire” (1 Tesalonicenses 4:17); pero en la segunda venida, “inmediatamente después de la tribulación de aquellos días” (Mateo 24:29), Jesús pisará de nuevo la tierra de Israel y no lo hará solo, sino que lo acompañarán “los ejércitos celestiales [la iglesia redimida y los santos ángeles], vestidos de lino finísimo, blanco y limpio... en caballos blancos” (Zacarías 14:4-5; Apocalipsis 19:14).

La segunda venida de Jesús es confirmada en varias ocasiones y por diferentes personajes en la Biblia. Cuando estaba siendo juzgado por

los fariseos, antes de ser condenado y crucificado, Jesús dijo: “Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo” (Mateo 26:64). Después de su resurrección, sólo los discípulos vieron a Jesús glorificado (Hechos 1:9), pero el mundo ya no lo volvería a ver como lo habían visto y sólo lo hará cuando tenga lugar su segunda venida. Esto fue confirmado por los dos varones con vestiduras blancas (ángeles) que se acercaron a los discípulos cuando vieron que Jesús fue alzado y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos y los cuales les dijeron: “Este mismo Jesús que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo” (Hechos 1:9-11). Y así mismo fue anunciado por los apóstoles, a la iglesia y al mundo entero: “[Cristo] aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que lo esperan” (Hebreos 9:28). Finalmente, en la visión del apóstol Juan sobre el final de los tiempos, las últimas palabras de Jesús fueron: “Ciertamente vengo en breve” (Apocalipsis 22:20).

Este maravilloso acontecimiento no podrá ser detenido o impedido por ninguna fuerza o poder y con él terminará la historia del mundo tal como se le conoce actualmente, para dar comienzo a uno nuevo de justicia, paz y seguridad.

Así como en su primera venida, “cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo” (Gálatas 4:4), también su segunda venida será cuando se cumpla el tiempo establecido por Dios, sólo que bajo condiciones diferentes. La primera vez, Jesús vino “nacido de mujer y nacido bajo la ley” (Gálatas 4:4), como “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29), para ser ofrecido en sacrificio y redimir así a una humanidad perdida. Esta segunda vez lo hará ya no en humillación sino “con poder y gran gloria”, como el León de Judá, Rey de reyes y Señor de señores, montado en un

caballo blanco y a la cabeza de los ejércitos del cielo, que son las multitudes de ángeles y de fieles de la iglesia, su esposa, para reinar con Él para siempre (Mateo 25:31; Apocalipsis 19:11-16). Él vendrá ya no para ser juzgado, sino que será Él quien “juzgará al mundo con justicia” (Hechos 17:31).

Este será un hecho tan real como lo fue su primera venida a pesar de que, tal como la Biblia lo anuncia, “en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias” negando que Cristo regresará y tratando de convencer al mundo que es mentira (2 Pedro 3:3).

Teniendo esta certeza del regreso de Jesús al final de los tiempos, es necesario saber la razón por la que lo hará. Habiendo venido ya por los que creyeron en Él y en el mensaje de salvación predicado por los apóstoles y la iglesia hasta el momento del Rapto, ¿qué propósito tendrá su regreso?

Las Razones para su Segunda Venida

Como ya se ha mencionado anteriormente, los eventos del final de los tiempos giran en torno al futuro previsto por Dios para su pueblo Israel. Uno de los continuos errores es considerar el Rapto de la iglesia como su segunda venida, pues en el Rapto Jesús viene por su iglesia y no por Israel, aunque habrá algunos judíos que se hayan convertido y formen parte de ella, pero también hay que tener en cuenta que en este caso, Jesús se encontrará con su iglesia en el aire, así que Él no tocará la Tierra.

Este será sólo el preludio de los acontecimientos que se desencadenarán como parte de los sucesos que conducirán al final de los tiempos. Estas son algunas de las razones por las que Jesús vendrá por segunda vez:

1. Él lo prometió.

Durante su ministerio terrenal, especialmente al ir acercándose a Jerusalén a cumplir su misión redentora en la cruz, Jesús no sólo anunció su resurrección, sino que también habló a sus discípulos acerca de su regreso. Después de lavarles los pies y que Judas hubiera abandonado el Aposento Alto, Jesús tiene uno de los momentos más íntimos y profundos con sus discípulos, a quienes les revela que vendría por ellos para que adonde El esté, ellos también estén (Juan 14:1-3).

Aunque estas palabras estaban centradas en el Rapto de la iglesia, un poco más adelante Jesús los consuela y los llena de esperanza al anunciarles que “todavía un poco y no me veréis, y de nuevo, un poco y me veréis porque yo voy al Padre” (Juan 16:16). Ellos no lo volverían a ver luego de que ascendiera a los cielos (Hechos 1:9), pero ¿cómo le verían después?

Los “dos varones con vestiduras blancas” (ángeles) que se acercaron a los discípulos en ese momento dijeron: “así vendrá como le habéis visto ir al cielo” (Hechos 1:10-11). Esta escena anuncia su segunda venida y no hará parte del Rapto de la iglesia.

En el Aposento Alto, ante la confusión de los discípulos, Jesús compara el tiempo de su segunda venida con el trabajo de parto de una mujer que “tiene dolor” mientras espera dar a luz a su hijo (Juan 16:21), y, en el monte de los Olivos, cuando les hablaba acerca los eventos y señales del final de los tiempos, les dice: “todo esto será principio de dolores”, refiriéndose a lo que tendrán que pasar los judíos antes de su conversión final durante el período de la Gran Tribulación.

2. Los profetas y los apóstoles la anunciaron.

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento contienen profecías acerca de la segunda venida de Cristo y de los sucesos involucrados en ella. Varias de estas profecías han sido mencionadas en los capítulos anteriores, pero al reunir las es posible armar el cuadro completo de lo que será el trascendental momento en el que Jesús descienda del cielo y su propósito. Estas son algunas de las profecías del Antiguo Testamento sobre su segunda venida:

*“He aquí que Jehová vendrá con fuego, y sus carros como torbellino, para descargar su ira con furor, y su reprensión con llama de fuego.”
Isaías 66:15*

*“En aquel tiempo llamarán a Jerusalén: Trono de Jehová, y todas las naciones vendrán a ella en el nombre de Jehová en Jerusalén.”
Jeremías 3:17*

“En aquel día yo levantaré el tabernáculo caído de David, y cerraré sus portillos, y levantaré sus ruinas, y lo edificaré como en el tiempo pasado; para que aquellos sobre los cuales es invocado mi nombre posean el resto de Edom, y a todas las naciones, dice Jehová que hace esto.” Amós 9:11-12

“Vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y andaremos por sus veredas; porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. Y él juzgará entre muchos pueblos, y corregirá a naciones poderosas hasta muy lejos; y martillarán sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra. Y se sentará cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien los amedrente; porque la boca de Jehová de los ejércitos lo ha hablado.” Miqueas 4:2-4

“Se levantó, y midió la tierra; miró, e hizo temblar las gentes; los montes antiguos fueron desmenuzados, los collados antiguos se

humillaron. Sus caminos son eternos.” Habacuc 3:6

“... trastornaré el trono de los reinos, y destruiré la fuerza de los reinos de las naciones; trastornaré los carros y a los que en ellos suben, y vendrán abajo los caballos y sus jinetes, cada cual por la espada de su hermano.” Hageo 2:22

“Porque yo reuniré a todas las naciones para combatir contra Jerusalén; y la ciudad será tomada y serán saqueadas sus casas, y violadas las mujeres; y la mitad de la ciudad irá en cautiverio, mas el resto del pueblo no será cortado de la ciudad. Después saldrá Jehová y peleará con aquellas naciones, como peleó en el día de la batalla. Y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está en frente de Jerusalén al oriente; y el monte de los Olivos se partirá por en medio, hacia el oriente y hacia el occidente, haciendo un valle muy grande; y la mitad del monte se apartará hacia el norte, y la otra mitad hacia el sur.” Zacarías 14:2-4

“¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores... Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada.” Malaquías 3:2; 4:2

En el caso de las profecías del Nuevo Testamento acerca de su segunda venida, la mayoría de ellas fueron proclamadas por Jesús mismo y registradas por los evangelistas en sus escritos. En ellas, el tema central es el hecho mismo de su regreso físico a la Tierra y los eventos que anunciarán y acompañarán ese momento y el propósito de su regreso. Los escritores del Nuevo Testamento partirían de allí y por la revelación que les fue dada de manera particular, profetizarían acerca de la segunda venida de Cristo y de todo el entorno en el que se enmarcaría este trascendental suceso para toda la humanidad y la

creación, exaltando su victoria para esperanza de los fieles creyentes. Estas son algunas profecías del Nuevo Testamento:

“... el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo.” Corintios 1:6-7

“Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo.” Filipenses 3:20

“Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo, en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros seréis manifestados con él en gloria.” Colosenses 3:3-4

“Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida.” Tesalonicenses 1:7-9

“... y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan.” Hebreos 9:28

“... sabiendo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación... El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche...” 2 Pedro 3:3-10

“Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y tardía. Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca.” Santiago 5:7-8

3. La creación la espera.

Tras el pecado del primer hombre, Adán, Dios decretó: “maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás” (Génesis 3:17-19). A partir de entonces, el planeta ha entrado en un proceso de corrupción y desgaste conforme a la “ley física de la entropía”. El papel del ser humano como administrador de este planeta y de toda la creación ha sido más que pobre, destructivo. Pero Dios juzgará y castigará severamente “a los que destruyen la tierra” (Apocalipsis 11:18).

Esta destrucción es evidente en los estragos de la minería, la deforestación, las sequías y la desertificación de áreas que otrora fueron productivas, el calentamiento global, el debilitamiento de la capa de ozono, la desaparición de las fuentes hídricas y de muchas especies vegetales y animales. Sólo hasta ahora la humanidad ha empezado a tomar consciencia del desastre ocasionado por su pecado y del punto de no retorno al que ha llegado y llevado al planeta. La humanidad aún tiene la oportunidad de arrepentirse y convertirse, “para que sean borrados todos vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas” (Hechos 3:19-21). En la segunda venida del Señor habrá un juicio severo a todas las naciones y la maldad será erradicada antes de ingresar al Reino Milenial y, al no haber maldad, tampoco habrá maldición y todas las cosas serán restauradas como fueron en el Jardín del Edén. Por eso, “el anhelo ardiente de la

creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios... porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora” (Romanos 8:21-22), pues al manifestarse los hijos de Dios, la creación también se manifestará gloriosa y libre de la maldición a la que ha estado sujeta. Cuando Jesús regrese a reinar en el mundo, el planeta experimentará un total renacimiento ecológico, donde “morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:6-9). No habrá más derramamiento de sangre por causa del hombre o por instinto animal, restaurándolo todo como fue en un principio (Génesis 1:29-30).

4. La justicia la demanda.

El carácter justo de Dios exige que la maldad sea castigada y eso será cuando Jesús regrese y se siente en su trono a reinar. Allí llamará a juicio a las naciones, y dará “a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en hacer el bien, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia” (Romanos 2:5-11). A los santos del Antiguo Testamento y a quienes aceptaron la gracia mediante la fe en Cristo y murieron fieles durante la Gran Tribulación les espera “la primera resurrección”, y, a

ellos se unirán los vivos fieles que sobrevivan a la persecución del Anticristo para entrar y vivir en el Reino Milenial (Apocalipsis 20:4-6); “pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años” y a ellos se unirán los que en este juicio a las naciones sean destinados al castigo eterno (Mateo 25:31-46), para ser finalmente juzgados en el Juicio Final y condenados a “la muerte segunda” (Apocalipsis 20:11-15).

El apóstol Pablo menciona cuando anima a la iglesia a soportar con paciencia y fe la persecución, que habrá un tiempo de juicio sobre los que “atribulan” a los fieles y de reposo para estos últimos “cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y admirado en todos los que creyeron” (2 Tesalonicenses 1:5-7).

5. Los creyentes la aguardan.

En su primera venida, Jesús es enviado como “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Su propósito en ese entonces fue redimir a una humanidad condenada por su pecado, pagando con su sacrificio en la cruz el justo castigo que cada uno merecía conforme a la Ley. “Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” (Hebreos 9:28). Estos que “le esperan” no es la iglesia, pues todos los que creyeron desde el Día de Pentecostés, los que murieron fieles y los vivos en el momento del rapto, serán arrebatados “en las nubes para recibir al Señor en el aire” (1 Tesalonicenses 4:17), y estar para siempre con Cristo. La iglesia será sacada de este mundo y la Tierra quedará desprovista de creyentes; sin embargo, la Palabra de Dios permanecerá entre quienes una vez la escucharon y la ignoraron, la despreciaron o la rechazaron, judíos y gentiles. Muchos de ellos, al

ver el cumplimiento de las profecías durante la Gran Tribulación, buscarán al Señor y se volverán a Él, y anunciarán a otros la buena noticia de su pronto regreso. Entre ellos estarán “los que le esperan”.

Por tanto, la segunda venida de Jesús no tendrá relación con el pecado, así que no será para redimir sino para juzgar a los impíos, restaurar a Israel y a toda la creación, y, gobernar por mil años con quienes “renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 2:12-13).

6. El futuro de Israel lo requiere.

Es claro que el programa de Dios para la iglesia exige el regreso de Cristo, pero también el programa de Dios para Israel lo demanda. Tras la cruel persecución con la que el Anticristo intentará exterminar a los judíos durante la Gran Tribulación, el Señor vendrá a “destruir a todas las naciones que vinieren contra Jerusalén”, lo cual ocurrirá en la Batalla del Armagedón.

Después de la derrota del Anticristo y sus ejércitos, la nación de Israel será librada del exterminio y restaurada en su propia tierra. “Y en aquel día... derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito” (Zacarías 12:9-10).

Este será el tiempo del arrepentimiento y la conversión de Israel, cuando reconozcan en Jesús al Mesías anunciado por los profetas y a quien ellos habían crucificado (Hechos 2:36).

Jesús dijo: “nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6), y de Él

dieron testimonio los apóstoles cuando anunciaron que “en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12). Así que, para ser salvos, los judíos también deberán volverse a Jesús y creer en Él, pues no hay otro medio de salvación diferente.

Dios extenderá su gracia sobre el pueblo de su elección y “en aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y la inmundicia” (Zacarías 13:1). Esta salvación aún no se ha dado y sólo se dará “hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo” (Romanos 11:25-26).

7. La vindicación de Cristo la exige.

Es inconcebible que la última imagen que se recuerda de Jesús es la de un hombre cubierto de sangre, agonizando y colgado en una cruz en medio de dos ladrones. Así lo vio y lo recuerda el mundo entero, pues ningún incrédulo lo vio resucitado. Después de su resurrección, sólo los apóstoles y los discípulos lo vieron (1 Corintios 15:3-8). Pero cuando Él regrese, “todo ojo le verá” (Apocalipsis 1:7) en toda su gloria, y “lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria” (Mateo 24:30). Esto lo profetizó Jesús mismo cuando estaba siendo juzgado por los líderes religiosos que nunca reconocieron en Él al Mesías anunciado (Mateo 26:64-68).

Finalmente, en su segunda venida, Él ya no vendrá para ser juzgado sino para juzgar a vivos y muertos, y “vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Juan 5:28-29).

Cuando Jesús iba a resucitar a Lázaro, Él había anunciado este momento cuando dijo: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Juan 11:25). Los fieles del tiempo de la iglesia, vivos y muertos, ya habían partido a su encuentro con Él cuando la iglesia fue raptada, pero los santos muertos del Antiguo Testamento y los fieles, vivos y muertos, de la Gran Tribulación, albergaban la misma esperanza de aquellos. En ellos también tenía que cumplirse la promesa de vida eterna que Jesús había dado.

8. Los santos la esperan.

Jesús es “la esperanza bienaventurada” que aguardan todos los creyentes (Tito 2:11-13). El apóstol Juan, en su evangelio, dice que “en Él estaba la vida” (Juan 1:4), y al final de su diálogo con Nicodemo, es Jesús mismo quien declara el propósito de su misión redentora en su primera venida: “para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:15-16).

La humanidad condenada por su pecado tiene en Jesús la promesa de ser redimida por la fe en Él, pues “ninguna condenación hay para los que están unidos a Cristo Jesús” (Romanos 8:1). Por su fe en Jesús, los creyentes son unidos a Él en su muerte, aceptando el sacrificio expiatorio de Cristo en la cruz para el perdón de los pecados y muriendo con Él a la vida en pecado que domina al mundo y de la cual han sido esclavos, pues “si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección” (Romanos 6:5).

Sin la resurrección, ninguna de las promesas de Jesús tiene sentido y la muerte, que es la consecuencia del pecado, habría triunfado. El apóstol Pablo, ante la incredulidad y la duda de muchos en aquel

entonces y aún en este tiempo acerca de la resurrección, afirma que “si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo resucitó... y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron” (1 Corintios 15:13, 17-18). Si no hay resurrección, ¿qué sentido tendría la fe si se ha de tener el mismo final de los que nunca la tuvieron? Al respecto, la Escritura asevera que “sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (Hebreos 11:6). Pero en la muerte no hay galardón.

En su primera venida, Jesús anunció que los que creyeran en Él recibirían la vida eterna y ese es el galardón de la fe cristiana (1 Pedro 2:9). En su segunda venida, Jesús entregará a cada uno de los fieles ese galardón, pues “en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida” (1 Corintios 15:22-23). Respecto a los que murieron aguardando su regreso, “aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros” (Hebreos 11:39-40). Cristo es “la esperanza bienaventurada” de los que murieron en Él y de los que viven en Él (Tito 2:13).

La descripción de su Segunda Venida

El regreso de Jesús al mundo no será como su primera venida cuando nació en Belén sólo rodeado de sus padres y de animales en un pesebre, anunciado por ángeles a algunos pastores del lugar o a los tres sabios de oriente que fueron guiados por una estrella misteriosa. En esa ocasión, Jesús vino solo, desnudo y en la debilidad de un recién nacido; pero cuando Él regrese lo hará con

poder y gloria, al mando de un ejército victorioso y poderoso. Su segunda venida ha sido un tema de interés general para gran parte del mundo, pero especialmente para los creyentes acerca de dónde, cuándo y cómo sucederá.

Respecto al lugar donde Jesús volverá a poner sus pies en la Tierra, desde el Antiguo Testamento fue profetizado que “se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos”, o sea, el mismo lugar desde donde “fue alzado” y llevado al cielo luego de su resurrección en su primera venida (Zacarías 14:4; Hechos 1:9,12).

Respecto a cuándo sucederá, Jesús afirma que “del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre” (Mateo 24:36). Él compara ese momento con la llegada de un ladrón, para la cual hay que estar preparados, pero de la que no se tiene conocimiento (Lucas 12:39-40). De hecho, Jesús mismo confirma que así será: “He aquí, yo vengo como ladrón” (Apocalipsis 16:15).

A diferencia de su nacimiento en la primera venida y del cual sólo sabían los judíos conocedores de las Escrituras y aquellos a quienes les fue revelado de manera prodigiosa (pastores y sabios de oriente), el momento de la segunda venida de Jesús será “como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente” (Mateo 24:27), es decir, aunque será repentino, el mundo entero lo sabrá, pues “todo ojo lo verá” (Apocalipsis 1:7).

El momento en que Jesús regrese a la Tierra, la creación entera lo anunciará y en el firmamento se verán los indicios, pues “inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias del cielo serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del hijo del Hombre en el cielo” (Mateo 24:29-30).

Un rasgo característico de la segunda venida de Cristo son los nombres con los que es identificado. El primero que se menciona es “Fiel y Verdadero” (Apocalipsis 19:11). Él es “Fiel” (gr. πιστός, pistos), porque Él es perfecto en su obediencia a la voluntad de Dios, y “Verdadero” (gr. ἀληθινός, alethinos), porque es la personificación de la verdad (Juan 14:6). La Escritura también menciona que “tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino Él mismo”, el cual posiblemente se trate de algún aspecto acerca del carácter de Jesús que aún no ha sido revelado (Apocalipsis 19:12).

El siguiente nombre con el que Jesús es identificado es “el Verbo de Dios” (Apocalipsis 19:13). En las Escrituras, la palabra “Verbo” (gr. λόγος, logos), significa “expresión divina” y ha sido traducida más específicamente refiriéndose a la Palabra de Dios (Juan 1:1). Jesucristo es la palabra encarnada, la expresión final del carácter divino de Dios, porque Él es Dios en la carne.

Finalmente, Jesús ostenta “en su vestidura y en su muslo” otro nombre: “Rey de reyes y Señor de señores” (Apocalipsis 19:16). Este nombre define a Jesús como el único “Rey” al que está sometida toda autoridad, potestad y dominio en toda la creación, y como el único y verdadero “Señor” digno de obediencia y sumisión, exaltado hasta lo sumo y sobre todo nombre y señorío (Filipenses 2:9-11).

El relato de la segunda venida de Cristo destaca que estará “vestido de una ropa teñida de sangre” (Apocalipsis 19:16), porque viene a librar una batalla y a juzgar a la humanidad. A este respecto, el Antiguo Testamento menciona que, en su segunda venida, Jesús viene de Bosra (Petra, Jordania), con su ropa ensangrentada (Isaías 63:1-4). Llama la atención que “había en su cabeza muchas diademas” (Apocalipsis 19:12), las cuales son emblemas de sus conquistas y del poder que ostenta para poner fin a toda rebelión

humana.

En contraste con su primera venida, en la que Jesús vino sólo como el Cordero de Dios, en esta ocasión estará acompañado de “los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio... en caballos blancos” (Apocalipsis 19:14), que representan a la iglesia redimida y a los santos ángeles. La iglesia fue arrebatada como la novia de Cristo para celebrar en el cielo las Bodas del Cordero (Apocalipsis 19:9), así que cuando regrese junto con Jesús, la iglesia vendrá como su esposa para reinar junto con Él (Apocalipsis 20:4). En el Antiguo Testamento estos ejércitos son mencionados como “todos los santos” (Zacarías 14:5).

Como última característica de la apariencia de Jesús en su segunda venida, la Escritura describe que “de su boca sale una espada aguda” (Apocalipsis 19:15), la cual es la Palabra de Dios (Hebreos 4:12) y se refiere al juicio, pues será ella la que “juzgará en el día postrero” (Juan 12:48). Con ella serán derrotados los ejércitos del Anticristo en la Batalla del Armagedón, que “fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba a caballo” (Apocalipsis 19:21).

La Restauración de Israel

Los profetas del Antiguo Testamento, al igual que Jesús y los apóstoles en el Nuevo Testamento, hablan del propósito final para la segunda venida de Cristo: la restauración de Israel.

El apóstol Pablo se refiere a ello como un “misterio” (Romanos 11:25), es decir, como algo que ha permanecido oculto hasta el momento de su revelación. Hasta que el Espíritu Santo hizo evidente que el evangelio no estaba dirigido sólo a una nación o una raza, sino que estaba disponible “para que todo aquel que en Él [Jesús] cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16), los judíos no concebían

tener comunión con los gentiles. De hecho, sólo fue hasta que Pedro relatara lo sucedido con Cornelio y su familia, y que Pablo y Bernabé expusieron ante el Concilio de Jerusalén la controversia que se había presentado en la iglesia de Antioquía respecto a la exigencia de algunos creyentes provenientes de entre los fariseos (judaizantes), de que los gentiles debían circuncidarse “conforme al rito de Moisés” para ser salvos, que los líderes de la iglesia admitieron abiertamente a los gentiles como verdaderos creyentes (Hechos 15:1-35).

Esta decisión causó rechazo entre los judíos, en tanto que los gentiles “habiéndolo leído la cual [la carta del Concilio], se regocijaron por la consolación” (Hechos 15:31), pues se vieron incorporados al plan de salvación y considerados coherederos de las promesas del Dios de Israel. De esta manera, quedó claro para todos los creyentes, judíos y gentiles, “que de ambos pueblos [Cristo] hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo” (Efesios 2:14-16).

Sin embargo, el corazón de Israel ha sufrido “endurecimiento en parte” al no aceptar al Mesías ni al mensaje de la gracia, y así permanecerá “hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles” (Romanos 11:25), es decir, hasta que el mensaje sea predicado a todo el mundo y la iglesia sea llevada “para recibir al Señor en el aire” (1 Tesalonicenses 4:17), en el momento del rapto de la iglesia.

Una parte de la humanidad y aun del mismo Israel, que no aceptó ni creyó en el mensaje de la verdad, permanecerá en el mundo cuando la iglesia sea arrebatada y se asombrarán al observar y oír lo sucedido con los que creyeron. Pero, tal como Pablo lo expresa, aun

“si fuéremos infieles, Él permanece fiel; Él no puede negarse a sí mismo” (2 Timoteo 2:13); por esta razón, Dios nunca olvidará las promesas hechas a los patriarcas y a los profetas respecto a su pueblo Israel, pues “en cuanto al evangelio, [los israelitas] son enemigos de Dios por causa de vosotros [los gentiles]; pero en cuanto a la elección, [los israelitas] son amados por causa de los padres...” (Romanos 11:28).

De esta manera, Israel tendrá al final de los tiempos la misma esperanza de los que se arrepintieron, creyeron en el Señor Jesucristo y en su sacrificio en la cruz, y fueron llevados con Él al cielo. Así que “no ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció” (Romanos 11:2), pero ellos deberán enfrentar las consecuencias de no haber creído y no reconocer “el tiempo de tu visitación” (Lucas 19:44), es decir, el tiempo en que Dios vino a salvarlos. La principal consecuencia de esa actitud será tener que atravesar por la Gran Tribulación, en la que el Anticristo se manifestará y desarrollará un plan satánico para exterminar a los judíos y pretender frustrar el plan de Dios para la humanidad.

Pero el propósito de la segunda venida no será sólo derrotar al Anticristo y proteger a Israel, sino restaurarlo. Por eso, “derramará sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito” (Zacarías 12:10). Claramente, Israel experimentará el sufrimiento y desde allí buscará al Dios de sus antepasados, Abraham, Isaac y Jacob, en sincero arrepentimiento, y creará en aquel “a quien traspasaron”, es decir, en Jesús.

De esta manera, Israel se volverá al Señor. No todos los judíos creerán, pero tal como el apóstol Pablo lo recuerda en la respuesta de

Dios al profeta Elías cuando lo invocó, Dios se ha “reservado siete mil hombres, que no han doblado su rodilla delante de Baal... Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia” (Romanos 11:4). Este remanente escogido será el que predique el evangelio entre los judíos y a los demás que en ese tiempo estén pasando por la Gran Tribulación, pues también y tal como el apóstol Pedro lo anunció en el Día de Pentecostés, “para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare” (Hechos 2:39). Así que si los judíos que una vez rechazaron el mensaje, buscan al Señor y se arrepienten en medio del sufrimiento del final de los tiempos, también podrán acceder a la gracia.

“En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia.” Zacarías 13:1

La Victoria en la Batalla del Armagedón

El Anticristo, ante la conversión de los judíos y el avance del evangelio en aquel entonces, valiéndose de “espíritu de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso”, reunirá a sus ejércitos y a los de las naciones que le sean leales en el Valle de Meguido o Armagedón (Apocalipsis 16:14, 16), para llevar a cabo un ataque fulminante contra Israel, con el propósito de exterminar a los judíos en su último intento de frustrar los planes de Dios.

Mientras esto pasa en la Tierra, en el cielo “el séptimo ángel derramó su copa por el aire y salió una gran voz del templo del cielo, del trono, diciendo: Hecho está” (Apocalipsis 16:17). Ese será el comienzo del final de la Semana Setenta de Daniel, de la Gran Tribulación y del

Anticristo, “a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida” (2 Tesalonicenses 2:8).

“Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero... Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones... Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército. Y la bestia fue apresada y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre. Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos.” Apocalipsis 19:11-21

La confrontación, desde una perspectiva humana en gran medida desproporcionada respecto al armamento y a la cantidad de tropas, tendrá un objetivo principal como todo lo referente a Israel y es la exaltación y gloria del nombre de Dios, pues la victoria no se obtendrá por medios humanos ni será debido a la fortaleza o estrategia de los ejércitos.

Desde el Antiguo Testamento, por medio de los profetas, Dios ha trazado el plan de batalla: “en aquel día... heriré con pánico a todo caballo y con locura al jinete; mas sobre la casa de Judá abriré mis ojos, y a todo caballo de los pueblos heriré con ceguera... pondré a los capitanes de Judá como brasero de fuego entre leña, y como antorcha ardiendo entre gavillas; y consumirán a diestra y siniestra a todos los pueblos alrededor... el que entre ellos fuere débil, en aquel tiempo será como David; y la casa de David como Dios, como el ángel de Jehová delante de ellos... yo procuraré destruir a todas las

naciones que vinieren contra Jerusalén” (Zacarías 13:4-9).

La imagen del “ángel de Jehová” es muy recurrente en varias de las batallas y guerras que los israelitas libraron en el Antiguo Testamento (Josué 5:13-6:5). Será Dios quien libraré la batalla, actuando no sólo contra los ejércitos enemigos, sino infundiendo en los israelitas el valor para llevar a cabo hazañas similares a las que realizaron en su nombre los héroes de antaño. Así ellos reconocerán al Señor y su fidelidad hacia Israel. Al ver lo que sucede, “los capitanes de Judá dirán en su corazón: Tienen fuerza los habitantes de Jerusalén en Jehová de los ejércitos, su Dios” (Zacarías 12:5). Dios siempre ha sido, es y será el defensor de Israel y el que libra sus batallas.

La segunda venida del Señor Jesucristo será necesaria para derrotar al Anticristo (“la bestia”) en la Batalla del Armagedón y terminar con el sufrimiento de Israel y de los sobrevivientes de la Gran Tribulación. Tras haber sido derrotado, el Anticristo junto con el falso profeta serán “lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre”, pero la multitud de ejércitos convocados al Valle de Meguido serán “muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo”. Será de tal magnitud la matanza que “la casa de Israel los estará enterrando por siete meses, para limpiar la tierra” (Ezequiel 39:12).

Este juicio y la victoria sobre las naciones que se atrevieron a marchar contra Israel es tan seguro que, antes de la Batalla del Armagedón, “un ángel que estaba en pie en el sol, clamó a gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan en medio del cielo: Venid y congregaos a la gran cena de Dios, para que comáis carnes de reyes y de capitanes, y carnes de fuertes, carnes de caballos y de sus jinetes, y carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes” (Apocalipsis 19:17-18).

Este es sin duda un cuadro terrible de la ira de Dios derramada finalmente sobre los que se atrevieron a desafiar sus leyes morales y actuar con crueldad contra sus elegidos.

El Juicio de las Naciones

El 7 de mayo de 1945 se firmaron las actas de capitulación de Alemania que dieron fin a la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) en Europa, sin embargo, aunque el armisticio puso fin al conflicto bélico, la guerra permanecía latente en el corazón de muchos escépticos de cualquier cambio ante el panorama de destrucción en el que había quedado todo el continente. El temor, el odio, el resentimiento, la desconfianza y todos los comportamientos que se desprenden de esos sentimientos mantenían un clima de tensión y una ausencia de paz que impedían siquiera concebir un nuevo comienzo.

Sólo hasta la instauración de los Juicios de Núremberg, que se llevaron a cabo del 20 de noviembre de 1945 al 1 de octubre de 1946 y en los que se condenaron los crímenes de guerra de los nazis contra los judíos, Europa y el mundo entero pudieron pensar en un tiempo de posguerra en una aparente pero posible paz. El mundo comprendía, tal vez por primera vez en su historia, que todo acto tiene consecuencias, que existe una responsabilidad individual y que sin justicia es imposible la paz.

La Campaña del Armagedón terminará con la segunda venida de Jesús y su ingreso a la batalla seguido por “los ejércitos celestiales”, para derrotar al Anticristo y al Falso Profeta, que serán “lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre” y aniquilar a los ejércitos que se unieron a ellos en el Valle de Meguido, que serán “muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo” (Apocalipsis 19:20-21).

Sin embargo, millones de personas alrededor del mundo sobrevivirán a la Gran Tribulación y estarán vivos cuando Jesús regrese, pero la humanidad entera habrá sido contaminada por la influencia de la trinidad satánica (Satanás, el Anticristo y el Falso Profeta) a quienes adoraron y se sometieron a su autoridad. Lo que sucederá con ellos es descrito en la Biblia:

“Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con Él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo... Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles... E irán estos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna.” Mateo 25:31-34, 41, 46

Lo primero que la Escritura define es que este es un juicio para salvación o condenación al que deberán presentarse y someterse los habitantes de todas las naciones gentiles, pues Israel será juzgada aparte por el Señor mismo. En este juicio la causa será Israel.

Tras el Rapto de la iglesia, el mundo gentil quedará desprovisto de creyentes y sólo quedarán en el mundo los que hasta ese momento habían rechazado o ignorado volverse a Cristo, incluyendo a los judíos que aún continúen rechazando a Jesús como el Mesías. El mundo entero quedará sumido en la maldad, a merced del Anticristo y de la influencia de la trinidad satánica y sujeto a los continuos juicios de Dios a medida que los sellos sean abiertos, las trompetas suenen y las copas sean derramadas. Este será el período conocido como la Semana Setenta de Daniel o la Gran Tribulación.

Pero si el mundo estará desprovisto de creyentes, ¿quiénes predicarán de nuevo el mensaje y prepararán al mundo para el juicio final? ¿Quiénes serán juzgados? ¿Quiénes se salvarán? ¿Quiénes serán condenados? ¿Cuál será el fundamento legal del juicio? ¿Habrá nuevos creyentes?

El apóstol Pablo, al hablar del remanente de Israel y de los gentiles como rama de olivo silvestre injertada en el olivo natural, expresa que quisiera poder “provocar a celos a los de mi sangre, y hacer salvos a algunos de ellos” (Romanos 11:14). La iglesia nació dentro del ambiente y en el entorno judío y observada por los judíos en todo el mundo (Hechos 17:5-6).

Ellos, de quienes “son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas” (Romanos 9:4-5), vieron a los gentiles ser “injertados” y recibir todas estas cosas reservadas para ellos y experimentar en el curso del tiempo el cumplimiento de las profecías. Pero su dureza de corazón y rebeldía ante la Palabra de Dios también los llevó a experimentar con dolor esta profecía: “Llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo, y a la no amada, amada” (Romanos 9:25). Ellos, los judíos, deberían estar allí, pero no reconocieron “el tiempo en que Dios vino a salvarte” (Lucas 19:44). Estas palabras fueron pronunciadas por Jesús cuando se acercaba a Jerusalén, y de lejos vio la ciudad y a los judíos y el sufrimiento que les sobrevendría y que les anunciaría pocos días después en el Sermón del Monte de los Olivos (Mateo 24:3-51).

¿Cómo habrán de creer en un mundo desprovisto de creyentes? “En aquel día... derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien

traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por su primogénito” (Zacarías 12:9-10).

Los judíos, en medio del sufrimiento que les sobrevendrá en aquel entonces, finalmente reconocerán a Jesús, “al que traspasaron”, como el Mesías, y “llorarán amargamente”, arrepentidos. Una vez convertidos, ellos serán una vez más los portadores de las buenas nuevas al final de los tiempos y mediante su predicación y testimonio, los que una vez rechazaron o ignoraron el mensaje de Cristo, podrán arrepentirse de su incredulidad y de sus pecados y volverse finalmente al Señor.

Tras la victoria en la Batalla del Armagedón, Jesús se sentará en su trono de gloria y todas las naciones se presentarán ante Él para ser juzgadas. Entonces, apartará los unos de los otros, poniendo a unos a su derecha (ovejas) y a otros a su izquierda (cabritos). Esta calificación es muy importante, pues Él es “el Pastor de las ovejas... y las ovejas oyen su voz... y las ovejas le siguen, porque conocen su voz” (Juan 10:2- 4). Reconocer su voz y seguirlo es aceptarlo como Señor y Mesías Salvador.

Aunque la parábola de las ovejas y las cabras menciona una serie de obras como evidencia en el juicio, en ningún momento está sugiriendo otro medio de salvación diferente a la fe en Cristo al mencionar la manera como fueron tratados los que Él considera “sus hermanos”, pues la mención de tales actos son más bien una evidencia de la fe de un verdadero creyente. Esto lo explica en gran manera el apóstol Santiago:

“Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si

no tiene obras, es muerta en sí misma.” Santiago 2:15-17

La decisión de prestarle o negarle ayuda al que necesita será una prueba de la fe de quienes se hayan vuelto a Cristo durante la Gran Tribulación, y, los únicos que se atreverán a ministrar durante ese tiempo serán los judíos y gentiles que, con temor, no hayan aceptado la marca de la bestia y se hayan vuelto al Señor. Pero quienes hayan aceptado y recibido la marca de la bestia y rechazado al Señor serán condenados y arrojados “al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”, donde también habrán sido arrojados el Anticristo junto con el falso profeta (Apocalipsis 19:20).

La Primera Resurrección

La justicia de Dios no será plena si en ella no estuvieran contemplados todos aquellos que murieron con la esperanza en el Mesías anunciado por los profetas en el Antiguo Testamento y proclamado por los apóstoles en el Nuevo Testamento. Los que estén sellados con el Espíritu Santo desde que fue derramado sobre los discípulos reunidos en el Aposento Alto en el Día de Pentecostés hasta el día del Rapto y los fieles que estén vivos en el momento del Rapto de la iglesia, serán los que formarán parte de este glorioso evento.

Sin embargo, en el Antiguo Testamento hubo quienes vivieron por fe y creyeron en la promesa del Mesías y murieron con la esperanza en su venida como David, Samuel y los profetas (Hebreos 11:32) y lo demuestra el testimonio de aquellos dos, Simeón y Ana, que vieron al Mesías ser presentado en el Templo (Lucas 2:25-38). De todos ellos no se olvidará Dios, “pues aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados

aparte de nosotros” (Hebreos 11:39-40).

También habrá otros después que la iglesia haya sido raptada, es decir, durante la Gran Tribulación, que habrán creído en el mensaje de Cristo y el anuncio de su pronto regreso pero que morirán durante ese tiempo sufriendo el martirio “por causa del testimonio de Jesús y por la Palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su image, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos” (Apocalipsis 20:4). Todos ellos juntos tendrán “parte en la primera resurrección” y reinarán con Cristo en el Milenio (Apocalipsis 20:4, 6).

En el mundo y en la segunda venida de Jesucristo sólo entrarán al reino milenal los creyentes que fueron arrebatados, los santos del Antiguo Testamento que murieron aguardando la esperanza del Mesías, y, los muertos en Cristo y los fieles vivos, judíos y gentiles, convertidos durante la Gran Tribulación. Dios ha determinado que ellos reciban su herencia: “el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25:34). Ellos son los que entrarán al Reino Milenal establecido por el Señor Jesucristo.

CAPÍTULO VI. EL REINO MILENIAL

El título con el que se nombra a un evento permite discernir su naturaleza. La palabra “milenio” (gr., χίλια, chília), significa “mil” y se menciona seis veces en Apocalipsis 20 para describir, según la cronología del libro del Apocalipsis, el tiempo que seguirá a la Gran Tribulación y al juicio a las naciones que tendrá lugar luego de la segunda venida de Cristo en el que los incrédulos y los que rechazaron el mensaje de Cristo serán condenados (Apocalipsis 19:11-20:6).

Jesús establecerá su reino mesiánico en la Tierra durante mil años y a él entrarán los santos resucitados del Antiguo Testamento y de la Gran Tribulación, junto con quienes en ese momento estén vivos y se hayan vuelto a Jesús, reconociéndolo como Señor y Mesías (Apocalipsis 20:7-10). Al Reino Milenial se le menciona en las Escrituras de varias maneras: “reino de los cielos” (Mateo 3:2; 8:11); “reino de Dios” (Marcos 1:15); “su reino” (Mateo 16:28); “mundo venidero” (Hebreos 2:5); “tiempos de refrigerio” (Hechos 3:19); “tiempos de restauración de todas las cosas” (Hechos 3:21) y “reino incommovible” (Hebreos 12:28).

Sólo Dios pudo concebir un programa en el que toda la historia y el tiempo llegarían a su final, cuando la anhelada paz y justicia finalmente serán una realidad y todo lo relacionado con el mundo de la maldad llegará a su fin, pues “la tierra será llena del conocimiento de Jehová” (Isaías 11:6-9).

El establecimiento del Reino Milenial de Jesucristo será la manera perfecta como todo termine, pues inmediatamente después seguirá la eternidad (Apocalipsis 21-22). La humanidad anhela construir un

mundo en paz, de justicia y prosperidad, pero no bajo los términos de Dios, sino bajo la perspectiva de una humanidad contaminada por el pecado y en esa condición es imposible regresar al paraíso. Sólo hasta que Jesús regrese y establezca su Reino Milenial, el anhelo de la humanidad dejará de ser una utopía.

El Reino Milenial de Jesús restaurará la creación a su orden original, el cual fue interrumpido cuando el pecado entró en el mundo. Cuando Dios creó a la primera pareja humana, les dijo que llenaran la tierra, la sometieran y la gobernarán (Génesis 1:28). Sin embargo, como consecuencia del pecado, la tierra quedó bajo maldición (Génesis 3:17) y bajo el gobierno del “príncipe de este mundo” (Juan 12:31; 16:11).

Cuando Jesús resucitó, el “príncipe de este mundo” fue derrotado y perdió su poder, desde entonces, este ser de maligno ha puesto en acción “el misterio de la iniquidad”, buscando con ello apartar a la humanidad definitivamente de Dios. El avance de este misterio sólo ha podido ser detenido por la acción del Espíritu Santo presente en la iglesia, pero una vez que esta sea arrebatada del mundo, el Espíritu Santo será “quitado de en medio”. Entonces, por obra de Satanás, “se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida” (2 Tesalonicenses 2:7-8).

Tras su derrota en la Batalla del Armagedón, el “inicuo” (el Anticristo) será apresado junto con el Falso Profeta y ambos serán arrojados al “lago de fuego que arde con azufre” y todos los demás que los sigan morirán ese día por “la espada que salía de la boca del que montaba el caballo”. Esta victoria se completará con la aprehensión del primer miembro de la trinidad satánica, aquel “dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás”, el cual será arrojado, encadenado y

encerrado en el abismo por mil años (Apocalipsis 19:19-20:3). Después de todo esto iniciará el Reino Milenial de Jesús, en el que el propósito y el destino divino para la humanidad y toda la creación hallarán su pleno cumplimiento. Este tiempo fue profetizado desde el Antiguo Testamento a los patriarcas y a los descendientes de Israel a través de los profetas.

En el Reino Milenial también se cumplirá el propósito de Dios para Israel, pues Él no sólo prometió que daría a los israelitas la tierra por heredad, sino también que “nunca más serán arrancados” de allí (Amós 9:14-15). Israel tendrá allí a su verdadero Rey, al cual rechazaron en su primera venida a pesar de que en Él se cumplía la promesa de Dios de un rey, como luego lo admitieron los líderes religiosos cuando los magos llegaron preguntando por Él (Mateo 2:1-6). El reinado de Jesús será universal (Isaías 2:2),

Jerusalén será llamada “trono de Jehová” y todas las naciones vendrán a ella en el nombre de Jehová (Jeremías 3:17) para convertirse en la capital del mundo.

En este tiempo también se revelará el verdadero origen del pecado, el cual se encuentra dentro del mismo corazón humano desde que la primera pareja humana fue infectada con él. Se podrá comprobar que aun cuando Satanás se encuentre encadenado y encerrado en el abismo, el pecado seguirá manifestándose en el corazón de algunos seres humanos que aun entonces no aceptarán que Jesús reine sobre ellos (Isaías 65:20). Es claro que Jesús no tolerará ninguna rebelión o injusticia, las cuales serán aplacadas de inmediato (Isaías 11:4-5); sin embargo, al final del Reino Milenial, “Satanás será suelto de su prisión, y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y Magog, a fin de reunirlos para la batalla”. Será la última rebelión que tendrá lugar en la Tierra y en la

que Satanás será definitivamente derrotado y “lanzado al lago de fuego y azufre” (Apocalipsis 20:7-10). Estos sucesos demostrarán que, aun sin haber un tentador externo o algún engañador, el ser humano siempre estará expuesto y dispuesto a pecar.

Un Intervalo de 75 Días

El libro del profeta Daniel termina de una forma misteriosa, pues añade 75 días más a los últimos tres años y medio de la Gran Tribulación y antes de que inicie el Reino Milenial de Jesucristo.

“Y desde el tiempo que sea quitado el continuo sacrificio hasta la abominación desoladora habrá mil doscientos noventa días. Bienaventurado el que espere, y llegue a mil trescientos treinta y cinco días.” Daniel 12:11-12

Tres años y medio equivalen a 42 meses de 30 días según el calendario hebreo, es decir 1,260 días. Pero la Escritura plantea un intervalo inicial de 30 días para cumplir 1,290 días y uno más de 45 días para llegar a 1,335 días, para un total de 75 días adicionales a los 1,260 que corresponden a cada mitad de la Semana Setenta de Daniel. Este intervalo tendrá lugar luego de la segunda mitad de este período o de la Gran Tribulación. En otras palabras, el Reino Milenial no comenzará inmediatamente después de la Gran Tribulación, sino que habrá un período de tiempo en el que transcurrirán una serie de eventos y los que sobrevivan a él serán considerados “bienaventurados”, pues entrarán al Reino Milenial.

Esta será la serie de eventos que ocurrirán en el intervalo:

1. Quitar la “abominación desoladora”.

El evento que marcará el inicio de la segunda mitad de la Gran Tribulación será la violación del Tratado de Paz promovido por el

Anticristo, cuando este último irrumpa en el Templo Judío para profanar el sacrificio continuo y sentarse “en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2 Tesalonicenses 2:3-4).

Después hará que el Falso Profeta levante una imagen suya en el Templo para que los habitantes de la Tierra la adoren (Apocalipsis 13:12-15) y le ofrezcan sacrificios impuros, cometiendo lo que se conoce como la “abominación desoladora” (Mateo 24:15). El Anticristo tendrá el control del mundo por sólo tres años y medio, al cabo de los cuales será derrotado y junto con el Falso Profeta serán “lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre” (Apocalipsis 19:20).

Pero a la imagen que se levantó en el Templo y que se le dio vida le será permitido continuar por treinta días más después de la Gran Tribulación, al cabo de los cuales tanto el Templo como la imagen serán destruidos, quitando así la impureza de la tierra de Israel.

2. El final del Anticristo y el Falso Profeta.

Las Escrituras mencionan que “la bestia [el Anticristo] fue apresada, y con ella el falso profeta... Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre” (Apocalipsis 19:20). Sin embargo, pareciera haber una contradicción, pues el apóstol Pablo afirma en su revelación que, en su segunda venida, “el Señor matará con el espíritu de su boca” al Anticristo (2 Tesalonicenses 2:8). La única explicación para que tanto lo uno como lo otro suceda es que ambos hayan sufrido la misma muerte que los demás, que “fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo”, para ser resucitados, enjuiciados y finalmente, “lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre” (Apocalipsis 19:21). Esta es la razón por la que sus cuerpos no serán sepultados

ni dejados como los demás que murieron en el campo de batalla y en los que “todas las aves se saciaron de las carnes de ellos” (Apocalipsis 19:21).

Existe una ironía en este hecho, pues el término “la primera resurrección” se aplica siempre a la resurrección de los justos, en tanto que “la segunda resurrección” está reservada para todos los que serán condenados en el Juicio del Gran Trono Blanco, el cual se llevará a cabo después del Reino Milenial. Pero mientras que en “la primera resurrección” Cristo es la primicia y “luego los que son de Cristo, en su venida” (1 Corintios 15:23), aquel que es la falsificación de Jesús, el Anticristo, será la primicia de “la segunda resurrección”. Así también, mientras Cristo, “habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (Hebreos 1:3), el Anticristo y el Falso Profeta serán los primeros en llegar al “lago de fuego que arde con azufre”, donde esperarán al diablo, que será lanzado allí mismo después del Reino Milenial, “y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 20:11).

3. La prisión de Satanás.

Después de la derrota del Anticristo y que junto con el Falso Profeta fueran apresados y posteriormente lanzados al lago de fuego, “un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano... prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años; y lo arrojó al abismo, y lo encerró” (Apocalipsis 20:1-3).

A diferencia del resto de la trinidad satánica, que será lanzada al lago de fuego, Satanás será recluido temporalmente, por mil años en las prisiones del abismo, pues “después de esto debe ser desatado por

un poco de tiempo” (Apocalipsis 20:1-3). Después del Milenio, Satanás llevará a cabo la última rebelión contra Dios y tras ser derrotado, será lanzado definitivamente al lago de fuego junto con el Falso Profeta.

4. El Juicio de las Naciones o de los Gentiles.

Aunque los ejércitos gentiles serán aniquilados en la Batalla del Armagedón, sus naciones y las que no participen de la contienda mantendrán su población o parte de ella. Muchos morirán durante el tiempo de la Gran Tribulación, ya sea por causas normales propias de la vida humana o por los efectos directos o indirectos del gobierno del Anticristo. Sin embargo, luego del conflicto, los sobrevivientes de todas las naciones serán llamados a juicio y serán juzgados “a causa de mi pueblo, y de Israel mi heredad” (Joel 3:1- 3).

Este objeto del juicio es explicado por Jesús cuando menciona las obras que evidencian una verdadera conversión a la fe en Él; el mundo de maldad dejado tras el rapto de la iglesia sólo conocerá de Cristo y tendrá la oportunidad de volverse a Él por la predicación de los 144 mil judíos evangelistas, convertidos y sellados por Dios, los cuales terminarán el trabajo de evangelización que la iglesia dejó incompleto (Apocalipsis 7).

Algunos se convertirán y se apartarán del mal, pero otros rechazarán el mensaje y permanecerán e incluso intensificarán su maldad. Israel será el principal instrumento para evidenciar esa conversión, pues debido a la persecución que emprenderá el Anticristo en su contra, muchos migrarán a otras naciones y lugares buscando refugio, pasarán hambre y sed, lo perderán todo y hasta se encontrarán sin vestido ni techo, otros serán encarcelados y muchos sufrirán el martirio. La actitud de los sobrevivientes de todas las naciones ante la

calamidad de los israelitas y de aquellos que se nieguen a adorar a la bestia y aceptar su marca (Apocalipsis 13:15-17), será usada como evidencia para el juicio (Mateo 25:31-46), “pues los que no han tenido compasión de otros, sin compasión serán también juzgados, pero los que han tenido compasión saldrán victoriosos en la hora del juicio” (Santiago 2:13).

No obstante, como se mencionó en el capítulo anterior, es necesario insistir en que al mencionar la manera como serán tratados los que Jesús considera “sus hermanos”, en ningún momento está sugiriendo otro medio de salvación diferente a la fe en Cristo. Estos actos son una evidencia de su conversión y no un medio de salvación. Ante todas las naciones, Jesús se sentará en su trono de gloria y apartará a los condenados que serán arrojados “al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”, donde también habrán sido arrojados el Anticristo junto con el Falso Profeta (Apocalipsis 19:20). Pero “ante el trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos”, permanecerán “los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero” (Apocalipsis 7:9-14).

En el mundo y en presencia de Jesús, sólo permanecerán los judíos y gentiles convertidos durante los años de la Tribulación y la Gran Tribulación que sobrevivan a las guerras y los juicios de Dios, para quienes Él ha determinado que reciban su herencia, “el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25:34). Todos ellos entrarán al Reino Milenial establecido por el Señor Jesucristo.

5. La “primera resurrección” o de los santos.

Como se ha mencionado anteriormente, antes de la Tribulación habrá

una resurrección masiva de los muertos en Cristo, es decir, los que fueron convertidos desde el Día de Pentecostés hasta el momento del Rapto. Ellos resucitarán y se unirán a los fieles vivos cuando la iglesia sea arrebatada en las nubes y sean llevados para “recibir al Señor en el aire” (1 Tesalonicenses 4:13-17). Esta resurrección incluirá solamente a los creyentes en Cristo, es decir, a la iglesia, y no se debe confundir con “la primera resurrección” que mencionan las Escrituras, pues hace parte del paréntesis que en la cronología de las Setenta Semanas de Daniel se ubica entre la penúltima semana de años, en la que “se quitará la vida al Mesías”, y la última semana, que corresponde a la Gran Tribulación (Daniel 9:26-27). A este paréntesis se le conoce como el período de la iglesia o Dispensación de la Gracia.

Después de la Gran Tribulación habrá dos resurrecciones en las que “muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua” (Daniel 12:2). Habrá una resurrección antes y otra después del Milenio. La “primera resurrección” tendrá lugar durante el intervalo de los 75 días entre la Gran Tribulación y el Reino Milenial, en la que los santos del Antiguo Testamento o los que procuraron ser fieles a las Escrituras y aguardaron con fe la esperanza del Mesías, resucitarán (Isaías 26:19). Junto con ellos también resucitarán “los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos”, es decir, los santos que murieron durante la Gran Tribulación. Ellos reinarán con Cristo en el Milenio (Apocalipsis 20:4).

Los “otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años” (Apocalipsis 20:5), es decir, después del Milenio. Esta es la

“segunda resurrección” y los que participen en ella resucitarán para enfrentar el juicio del Gran Trono Blanco, en el que serán condenados y lanzados “al lago de fuego” (Apocalipsis 20:11-15; 21:8).

Una vez terminado el intervalo y los eventos que tendrán lugar en él iniciará la era del Reino Milenial.

La Era del Reino Milenial

El Reino Milenial se caracterizará por ser un reino de justicia, paz y santidad (Isaías 4:3; 11:6-9; 49:7; 61:1-2; 62:1-5) en el que reinará la armonía y no existirá la perversión, donde “la maldad de Israel será buscada, y no aparecerá; y los pecados de Judá, y no se hallarán” (Jeremías 50:20). Una vez que el Hijo del Hombre venga en su gloria en su segunda venida y después de derrotar al Anticristo y enviarlo junto con el Falso Profeta al lago de fuego (Apocalipsis 19:20), “serán reunidas delante de Él todas las naciones; y apartará los unos de los otros... e irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna” (Mateo 25:31-32, 46).

A este Reino Milenial de Jesús entrarán los que sean declarados justos en el juicio a las naciones y estos serán los creyentes sobrevivientes en ese momento, y los santos y mártires del Antiguo Testamento y de la Gran Tribulación que hicieron parte de “la primera resurrección”. También entrará un remanente redimido de judíos que no se rebelaron contra el Señor, “y a los que se rebelaron contra mí... a la tierra de Israel no entrarán” (Ezequiel 20:38).

En aquel entonces, no “enseñarán más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová” (Jeremías 31:34). Este es el poder que hará que los santos y mártires de la Gran Tribulación y los descendientes de Israel

comprendan y obedezcan la Palabra de Dios. De este poder habló el Señor cuando prometió a sus discípulos que “el Espíritu Santo... os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho... y os hará saber las cosas que habrán de venir” (Juan 14:26; 16:13).

Aunque el Espíritu Santo sea “quitado de en medio” (2 Tesalonicenses 2:7) en el momento del Rapto de la iglesia y opere en el mundo de diferente manera, el evangelio se predicará durante la Gran Tribulación. Los que se arrepientan y crean en el Señor, serán perdonados, dejados con vida, y sobre ellos, el Señor derramará su Espíritu y su bendición (Isaías 44:3). Se les dará un corazón para que se vuelvan a Él y lo conozcan, y sepan que Él es su Dios y ellos son su pueblo (Jeremías 24:7).

Toda esta población que integrará el Reino Milenial tendrá características especiales en cuanto a su longevidad, aunque la gente continuará envejeciendo y muriendo (Isaías 65:20); también seguirá habiendo familias y nacimiento de niños (Isaías 65:23). Algunos de ellos mantendrán la fe, pero tal vez otros la abandonen. También, de entre los que nazcan durante el Milenio, habrá otros que no serán creyentes y rechazarán a Jesús en sus corazones, aunque lo obedezcan externamente como el extranjero que obedece las leyes del país que lo acoge. No obstante, toda rebelión será aplacada y castigada y algunos de ellos participarán en la última rebelión al final del Milenio bajo la influencia de Satanás cuando este sea soltado de su prisión. Todos los que mueran durante este tiempo resucitarán al final del Milenio (Apocalipsis 20:4- 5).

La Restauración de Israel

Como ya se ha mencionado, todas las profecías sobre el final de los tiempos giran en torno a Israel. Durante el Reino Milenial Israel será

restaurado para poseer finalmente toda la Tierra Prometida a los patriarcas. Sin embargo, para esto Dios hará un “nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá”, el cual no será como el anterior que estaba basado en el cumplimiento de la Ley dada a Moisés en el Monte Sinaí y que Dios mismo declaró que ellos lo “invalidaron” por su infidelidad, a pesar de Él haber sido “marido” fiel para Israel (Jeremías 31:31-32). Aquel antiguo pacto “tenía ordenanzas de culto y un santuario terrenal” (Hebreos 9:1), para lo cual establecía el ministerio levítico y el sacerdotal, encargados de los servicios del templo y a través de los cuales los israelitas ofrecían sus ofrendas y holocaustos. Este es el nuevo pacto de Dios con Israel:

“Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo... todos me conocerán... perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.”
Jeremías 31:33-34

Esta es una profecía crucial acerca de la promesa de restauración de Israel. Este pacto promete el poder interior necesario para que, en el futuro, los judíos obedezcan los mandamientos de Dios, algo “que era imposible para la ley” (Romanos 8:3), pero que había sido posible para los que no estaban sujetos a la ley, pues “los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por fe” (Romanos 9:30). Este nuevo pacto no sólo implica la restauración espiritual de Israel, sino también su restauración como pueblo, pues Dios hará este “nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá”

(Jeremías 31:31). Esta división del pueblo descendiente del patriarca Jacob (a quien Dios cambió el nombre por el de Israel (Génesis 32:28), se originó desde el tiempo de Roboam, hijo de Salomón y último rey de las doce tribus de Israel, contra quien se rebelaron todas

las demás tribus excepto las de Judá y Benjamín, ocasionando la división del país en el reino del norte o de Israel, y el reino del sur o de Judá (1 Reyes 12:1- 24).

Desde ese momento y tras las reformas idolátricas de Jeroboam, Israel se distanció de Judá espiritualmente y como pueblo, algo que nueve siglos después, en tiempos de Jesús, era aún evidente en la conversación que Él sostuvo con la samaritana y en la que ella argumentaba que “nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar” (Juan 4:20). Si bien hasta ahora nunca se ha dado tal reunificación en una sola nación, es obvio que Dios nunca olvidará a los demás descendientes de los hijos de Jacob y que también hicieron parte del reino de David. De hecho, tras la división, cuando Roboam, rey de Judá, quiso reconquistar a las diez tribus rebeldes y reunificar la nación, Dios le ordena que “no vayáis, ni peleéis contra vuestros hermanos los hijos de Israel... porque esto lo he hecho yo” (1 Reyes 12:24).

Aun cuando la separación de los dos reinos fue una realidad durante siglos, al comienzo del período de la iglesia, Dios usó a los habitantes de Samaria y Galilea, territorios del antiguo Reino de Israel para mostrar que Él no haría distinción entre ellos, los judíos, y ningún extranjero para acceder a la gracia por la fe (Hechos 8:1-6, 14-17), pues “de ambos pueblos [judíos y gentiles] hizo uno” (Efesios 2:14).

Dios los verá como pueblos hermanos con los cuales tratará al final de los tiempos durante el Reino Milenial para celebrar ese “nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá” (Jeremías 31:31). Él mismo prometió a los israelitas que “aun cuando tus desterrados estuvieren en las partes más lejanas que hay debajo del cielo, de allí te recogerá Jehová tu Dios, y de allá te tomará y te hará volver

Jehová tu Dios a la tierra que heredaron tus padres, y será tuya” (Deuteronomio 30:4-5).

Así que la Tierra Prometida a la descendencia de Abraham, Isaac y Jacob está involucrada en el pacto desde entonces y hasta el final de los tiempos. Israel será reunido como pueblo y restaurado como nación.

El Último Templo Judío

Uno de los aspectos más interesantes del Reino Milenial es la construcción de un cuarto y último Templo judío (Ezequiel 40-43). Hasta ahora sólo se ha sabido del Primer Templo de Salomón y del Segundo Templo levantado después del exilio, pero actualmente se conoce un proyecto de construcción del llamado Tercer Templo, el cual será levantado una vez sea confirmado el falso Tratado de Paz que promoverá el Anticristo al inicio de la Tribulación. Este Tercer Templo será profanado por “el hombre de pecado, el hijo de perdición... que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” ofreciendo sacrificios sacrílegos y haciendo que “la tierra y los moradores de ella adoren” su imagen (2 Tesalonicenses 2:3-4; Apocalipsis 13:12). Este Tercer Templo, muy probablemente será destruido durante o al final de la Batalla del Armagedón, cuando “la bestia [el Anticristo] sea apresada y con ella el falso profeta” (Apocalipsis 19:20). De esta manera también habrá desaparecido el objeto de adoración con el que el Templo fue profanado.

Tal como sucedió con el diseño del Tabernáculo en tiempos de Moisés (Éxodo 26) y del Primer Templo revelado a David y construido por Salomón (1 Crónicas 28:11-12, 19), Dios ha dado instrucciones por medio de sus santos profetas acerca de este Cuarto Templo del

Reino Milenial (Ezequiel 40-43), el cual será tres veces más grande que los tres primeros y representará la presencia perpetua de Dios en medio de ellos (Ezequiel 37:26-28). Este Cuarto Templo será un centro de adoración a Jesucristo durante todo el Reino Milenial y será construido al inicio de este período por el mismo “varón cuyo nombre es el Renuevo” (Zacarías 6:12-13). A los judíos redimidos Dios les hará “entender el diseño de la casa, su disposición, sus salidas y sus entradas, y todas sus formas, y todas sus descripciones, y todas sus configuraciones, y todas sus leyes... para que guarden toda su forma y todas sus reglas, y las pongan por obra” (Ezequiel 43:11).

Sin embargo, además de la majestuosidad de la obra, no deja de llamar la atención que Dios ordena “ofrecer holocausto sobre él [el altar] y... esparcir sobre él [el altar] sangre” (Ezequiel 43:18-27). Aunque el sacrificio de Cristo en la cruz es suficiente “para quitar de en medio el pecado” (Hebreos 9:26), aboliendo de esta manera el sistema de sacrificios de la Ley de Moisés, en esta Escritura se profetizan una vez más los sacrificios ordenados en ella. Para entender esto, es necesario recordar que Israel y la iglesia son dos entidades completamente diferentes y seguirán siéndolo durante el Reino Milenial. En conclusión, las actividades del Templo durante el Reino Milenial de Cristo estarán relacionadas con Israel, pero no con la iglesia.

Es posible que estos sacrificios se realicen como un memorial o ritual que sirvan durante el Reino Milenial como un recordatorio visible de la obra de Jesús en la cruz, aunque no tendrán la eficacia de la cruz. El fundamento principal para este argumento es la Cena del Señor, la ceremonia cristiana, la cual es un recordatorio de la muerte y resurrección del Señor Jesucristo (I Corintios 11:25-27). Sin embargo, cuando la Escritura menciona que estos sacrificios serán “para

expiación”, es necesario recordar que, durante el Reino Milenial, todos sabrán y reconocerán que el perdón y la salvación no provienen de los sacrificios conforme a la Ley, sino sólo de la fe en Jesús y del sacrificio expiatorio que Él llevó a cabo en la cruz, una vez y para siempre. Por tanto, estos sacrificios que se ofrecerán en el Cuarto Templo durante el Reino Milenial, serán al parecer, para purificar el santuario, quitar la inmundicia ceremonial y prevenir la contaminación de la pureza del Templo (Ezequiel 45:15-20).

Esto será necesario debido a que el Señor morará de nuevo en el mundo en medio de gente pecadora (moralmente sucia) que, aunque ingresarán al Reino Milenial después de haber sobrevivido a la Gran Tribulación, mantendrán la naturaleza pecaminosa de sus cuerpos mortales a pesar de haber sido redimidos por su fe en Cristo.

Jesús en el Trono de David

Una de las promesas de Dios que tendrá su pleno cumplimiento en este tiempo será la de que uno de los descendientes de David gobernaría para siempre en su trono. Al igual que la promesa hecha a Abraham sobre la tierra que heredaría su descendencia, la promesa hecha a David tiene el mismo carácter incondicional, pues no depende de David ni de sus descendientes para su cumplimiento final; en función de esa promesa, a Jesús le será “dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino, uno que no será destruido” (Daniel 7:14).

“Él edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino.” 2 Samuel 7:13

Las tres palabras claves del pacto son reino, casa, y trono, pues apuntan hacia el futuro político de Israel. La palabra casa se refiere a

la dinastía real y en este aspecto, el pacto encuentra su pleno cumplimiento en la persona de Jesucristo quien nació directamente “del linaje de David según la carne” (Romanos 1:3). Es interesante que estas mismas tres palabras clave también fueron pronunciadas por el ángel Gabriel cuando le anunció a María el nacimiento y el reino del Mesías (Lucas 1:30-33). Las profecías sobre su nacimiento se cumplieron en su primera venida, pero las de su reinado se cumplirán hasta después de su segunda venida, cuando “su señorío será de mar a mar y desde el río hasta los fines de la tierra” (Salmo 72:8; Zacarías 9:10).

En el Reino Milenial, Jesús se sentará en el trono de David y desde Jerusalén reinará y “juzgará entre muchos pueblos y corregirá a naciones poderosas hasta muy lejos” (Miqueas 4:3), es decir, no sólo a los judíos sino también a las naciones gentiles, pues “Jehová será rey sobre toda la tierra... y todos los que sobrevivieren de las naciones que vinieron contra Jerusalén, subirán de año en año para adorar al Rey, a Jehová de los ejércitos” (Zacarías 14:9, 16).

Estas naciones serán las que, bajo la autoridad del Anticristo o en alianza con él enviarán a sus ejércitos a la Batalla del Armagedón, al final de la Gran Tribulación, en la que serán derrotados por Jesús en su segunda venida (Apocalipsis 19:19-21). De entre ellas habrá sobrevivientes, pues no todos los habitantes de aquellas naciones habrán ido a la guerra, así como tampoco todas las naciones.

Estos sobrevivientes, desde sus naciones, oirán de la derrota del Anticristo y reconocerán a Jesús como el vencedor y muchos se volverán a Él. De ellas es de las que el profeta habla que dicen: “subamos al monte de Jehová, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y andaremos por sus veredas; porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová” (Miqueas

4:2).

Bajo la autoridad y el gobierno de Jesús, el mundo disfrutará durante el Reino Milenial de justicia, paz y prosperidad, pues las naciones “martillarán sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra” (Miqueas 4:3). Las naciones abandonarán todo anhelo de dominación y expansión, así como de contienda y reclamación de unas hacia otras reemplazando toda tensión bélica por un nuevo período de productividad, abundancia y prosperidad, en armonía con la creación restaurada.

Perspectivas del Reino Milenial

Antes de concluir esta exposición sobre el Reino Milenial, es importante conocer que hay tres perspectivas al respecto:

1. Amileanismo.

El prefijo “a” antes de la palabra “milenio” define su significado: “sin milenio”. Sin embargo, esto no define exactamente el pensamiento de esta corriente, pues sus seguidores sí creen en un Reino Milenial de Jesús, pero no en el futuro ni de manera literal o terrenal, sino en uno que se está desarrollando actualmente entre su primera y su segunda venida y de manera espiritual.

Para ellos, los “mil años” no son literales, sino que representan un largo e indefinido período de tiempo. En concordancia con esto, enseñan que Satanás fue atado en la primera venida de Jesús como resultado de su muerte y resurrección, contradiciendo claramente lo expuesto en las Sagradas Escrituras que afirman que el tiempo de prisión de Satanás en el abismo será “hasta que fuesen cumplidos mil años”, al cabo de los cuales, “Satanás será suelto de su prisión”

(Apocalipsis 20:3, 7). Después de ser derrotado, Satanás finalmente será “lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta” (Apocalipsis 20:10). Esto refuerza aún más el error de esta postura, pues la Escritura menciona claramente que “la bestia y el falso profeta” serán arrojados a ese lugar luego de su derrota en la Batalla del Armagedón, la cual tendrá lugar durante la segunda venida de Cristo, después de la Gran Tribulación.

En su argumentación, los amileanistas afirman que Jesús ya está reinando espiritualmente sobre la iglesia en los corazones de los creyentes y sobre las almas de los redimidos en el cielo. Para ellos, la segunda venida de Jesús será para juzgar a la humanidad y niegan la existencia de una Tribulación de siete años antes de ello y de un reino literal, físico y visible después.

2. Premileanismo.

Esta perspectiva enseña que Jesús regresará después de la Gran Tribulación y antes (“pre”) del Reino Milenial para reinar de manera física y literal durante mil años, desde su trono terrenal en Jerusalén. En su glorioso regreso, Jesús establecerá su reino de manera repentina y poderosa y, durante su reinado, Satanás será atado por mil años (Apocalipsis 20:1-3), la maldición sobre la humanidad y toda la creación será revertida, el pueblo de Israel será restaurado a su antigua tierra en cumplimiento del Pacto Abrahámico y el mundo, bajo el gobierno de Cristo, gozará de justicia, paz y gozo.

Entre los seguidores de esta perspectiva hay dos grupos: los “históricos”, que normalmente no hacen una distinción entre Israel y la iglesia y creen que la iglesia atravesará la Tribulación, y, los “dispensacionistas”, que hacen una clara distinción entre Israel y la iglesia, creyendo que la iglesia será arrebatada al cielo antes de los

siete años de la Tribulación.

Hay varias razones con gran peso teológico que apoyan esta perspectiva de manera mucho más sólida. Una de ellas es que sólo el premileanismo cree en el cumplimiento literal de los pactos de Dios con Abraham y David. El pacto de Dios a Abraham incluía que él sería bendecido personalmente y el mundo a través de él, que tendría muchos descendientes y que a él y a su descendencia les daría para siempre un territorio específico. Las dos primeras promesas han sido claramente cumplidas a través de su numerosa descendencia y de su linaje, por medio del cual el mundo ha sido bendecido con el Salvador.

El cumplimiento de estas dos promesas da la certeza de que la tercera también será cumplida. El territorio prometido a Abraham (Abram era su nombre en el momento de la promesa) coincide perfectamente con la ubicación geográfica del Reino Milenial de Jesús en la Tierra (Génesis 15:18-21).

En cuanto a la promesa de Dios a David, esta aún espera su pleno cumplimiento: “Yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré... para siempre el trono de su reino” (2 Samuel 7:12-13). Dios no prometió que este reino no tendría interrupciones a través de la historia, sino que de la dinastía de David surgiría el Mesías Rey a quien “el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin” (Lucas 1:32-33).

Las posturas amileanista y postmyleanista argumentan que Dios ya cumplió su promesa y que Jesús ya está sentado en el trono en el cielo gobernando a su iglesia, pero Jesús prometió a sus discípulos que en su reino se sentarían en doce tronos para juzgar a las doce

tribus de Israel (Mateo 19:28); además, en el Nuevo Testamento se observa que el reino será restaurado a Israel después del ascenso de Jesús al cielo tras su primera venida (Hechos 1:6-9).

Otra de las razones que apoyan el premileanismo es la realidad de la resurrección “de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la Palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años” (Apocalipsis 20:4). Los amileanistas sostienen que esta resurrección es espiritual y no física y que se refiere a la nueva vida espiritual después de la conversión o a la nueva vida espiritual de los creyentes en el cielo después de morir en este mundo. Sin embargo, nada en este texto indica una regeneración del alma, pues la expresión “vivieron” (gr. ἔζησαν, ezesan), aparece doce veces en el libro del Apocalipsis refiriéndose casi siempre a la vida física, con la excepción de Apocalipsis 3:1, que se refiere a la vida espiritual.

De igual manera, este pasaje usa la palabra “resurrección” (gr. ἀνάστασις, anástasis), la cual es mencionada 42 veces en el libro del Apocalipsis y cuyo significado literal es “pararse o levantarse de nuevo”, refiriéndose a una resurrección física. Además, la Escritura menciona que esta resurrección tendrá lugar después de algunos eventos mencionados que sucederán durante la Gran Tribulación y la segunda venida de Jesús, lo cual aún no ha ocurrido (Apocalipsis 19:11-21).

Una última razón que apoya la perspectiva premileanista es lo que se refiere al encarcelamiento de Satanás. Tanto los amileanistas como los postmyleanistas argumentan a partir de su interpretación de la “gran batalla en el cielo” entre Miguel y sus ángeles contra “el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás”, el cual

“fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él” (Apocalipsis 12:7-9), que Satanás fue atado en la primera venida de Jesús y que, por lo tanto, en este tiempo de la época de la iglesia, Satanás está en su prisión.

Sin embargo, esto contradice al Nuevo Testamento que, al referirse a Satanás, lo llama “el príncipe de este mundo” (Juan 12:31); “el dios de este siglo” (2 Corintios 4:4); “el ángel de luz” (2 Corintios 11:14); “el príncipe de la potestad del aire” (Efesios 2:1-2) y “león rugiente buscando a quién devorar” (1 Pedro 5:8). La mayoría de estas expresiones se dan en el escenario posterior a la ascensión del Señor y en tiempo presente, durante el período de la iglesia, indicando que es una entidad maligna presente que actúa libremente tratando de ganar ventaja sobre los creyentes (2 Corintios 2:11), cegando el entendimiento de los incrédulos (2 Corintios 4:4), estorbando la obra de Dios y el avance de la iglesia (1 Tesalonicenses 2:18), y acusando a los cristianos delante de Dios día y noche (Apocalipsis 12:10).

Por lo tanto, lo cierto es que, conforme a la secuencia de hechos en el libro del Apocalipsis, Satanás será atado, arrojado al abismo y encarcelado por mil años después que “la bestia [el Anticristo] fue apresada, y con ella el falso profeta... y fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre” y antes del establecimiento del Reino Milenial de Jesús (Apocalipsis 19:20; 20:4).

Finalmente, la Escritura describe que cuando el Cordero recibe el “libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos... los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero... y cantaban un nuevo cántico, diciendo: ... reinaremos sobre la tierra” (Apocalipsis 5:1, 8-10). Las últimas palabras de este canto son muy instructivas, pues no hablan de un reino presente en el cielo, sino de un reino futuro en la Tierra, algo con lo que sólo la

interpretación premileanista concuerda.

3. Postmilenismo.

Después de lo anterior, no hay mucho más que agregar respecto a esta corriente, que asume que Jesús regresará después (“post”) del Milenio. En consecuencia, el Milenio es todo el período de tiempo comprendido entre la primera y segunda venida de Jesús. Para esta manera de pensar, el reinado de Jesús es espiritual y político y no literalmente de mil años, sino una época de oro por el que la iglesia está transitando actualmente mediante la predicación del evangelio hasta que el mundo sea cristianizado. El Milenio crecerá mientras los creyentes continúen ejerciendo su influencia en el mundo. Finalmente, el evangelio prevalecerá y el mundo se convertirá en un mejor lugar hasta que Jesús regrese para llevar a los suyos a la eternidad.

Aunque las tres posturas coinciden en que Jesucristo es el “Rey de reyes y Señor de señores” que regresará algún día de manera visible, literal, física y gloriosa para juzgar a este mundo y establecer su reino glorioso, hay puntos de disensión relacionados con el tiempo en el que este reino tendrá lugar. La determinación de este tiempo afectará el entendimiento de cada uno, respecto al carácter, la cronología y la consumación del final de los tiempos.

La Razón del Reino Milenial

El Reino Milenial tiene un propósito dentro del plan de Dios para los tiempos que desde la eternidad Él ha determinado para su creación y muy especialmente, para la humanidad.

En el Milenio, Dios recompensará a los fieles dándoles autoridad para reinar sobre la Tierra (Apocalipsis 2:26). Cuando Jesús regrese al

mundo, todos los santos vendrán con Él (Zacarías 14:5). Después de derrotar a los ejércitos del Anticristo en la Batalla del Armagedón y juzgar a las naciones, Jesús establecerá su Reino Milenial en la Tierra y todos los creyentes de todas las épocas reinarán con Él por mil años (Apocalipsis 20:4, 6). Aunque el Milenio incluye la adoración y el servicio al Señor, las Escrituras enfatizan el gobierno y reinado de los creyentes con Jesús (Daniel 7:18, 22, 27; 1 Corintios 6:2-3). En este tiempo Dios ha estado probando a los creyentes para determinar su futura posición de autoridad y responsabilidad en el Reino Milenial, con base en lo que hicieron con los talentos y dones que Dios les confió en esta vida (Lucas 19:11-26).

En el Reino Milenial, después que Satanás haya sido encarcelado, Dios revertirá la maldición que Él profirió sobre la creación cuando Adán y Eva pecaron y fueron expulsados del Jardín del Edén (Génesis 3:14-19). Desde entonces, “la creación fue sujeta a vanidad”, pero al final de los tiempos “la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Romanos 8:20-21). El plan original de la creación será restaurado plenamente y los animales vivirán en armonía, alimentándose y conviviendo unos con otros sin ferocidad como Dios lo determinó originalmente. La tierra volverá a ser increíblemente productiva y hasta “se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo se gozará y florecerá como la rosa... aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad. El lugar seco se convertirá en estanque, y el sequedal en manaderos de aguas” (Isaías 35:1-7).

Finalmente, en el Reino Milenial tendrán pleno cumplimiento los pactos bíblicos en los que Dios hizo importantes promesas a Israel. Dios hizo tres pactos incondicionales y eternos con Abraham y sus descendientes:

- El Pacto Abrahámico, sobre su descendencia y la tierra que les daría como herencia.
- El Pacto Davídico acerca del linaje y el trono desde el cual gobernará el Mesías.
- El Nuevo Pacto, el cual anuncia un nuevo corazón, el perdón de los pecados y la morada del Espíritu Santo.

Ninguno de estos tres pactos se ha cumplido literalmente, pero Jesús los cumplirá cuando regrese y se sienta en el trono de David para gobernar desde Jerusalén (Ezequiel 37:24-28). Por tanto, el Milenio no es una parte opcional del plan de Dios para el final de los tiempos, sino un período necesariamente contemplado por Él para cumplir sus pactos y promesas (Hebreos 6:17).

CAPÍTULO VII. EL JUICIO FINAL

Desde el momento en que la maldad entró al mundo por el pecado de Adán y Eva, Dios ha determinado que todos los eventos de la historia estén dirigidos a la redención y restauración de la humanidad creada a su imagen y semejanza y a procurar el fin de la maldad, lo cual sólo será una realidad hasta después del Reino Milenial (Apocalipsis 21-22). El continuo enfrentamiento entre el bien y el mal ha servido para mostrar el daño tan grande que ocasionó el pecado, pero también la grandeza de la misericordia divina al haber provisto la salvación mediante el sacrificio de su Hijo Jesucristo (Juan 3:16).

Los profetas del Antiguo Testamento y los apóstoles del Nuevo Testamento anunciaron lo que sería el fin de la maldad. Después del Rapto de la iglesia el mundo quedará desprovisto de creyentes y sumido en la más absoluta oscuridad, pues la maldad abarcará todas las instancias de la vida humana llegando al colmo durante el gobierno del Anticristo en la Gran Tribulación.

Como consecuencia, el mundo entero presenciara y sufrirá los estragos de la que será la mayor de todas las guerras, la Batalla del Armagedón, cuando la mayoría de los ejércitos terrenales se reúnan en el Valle del Meguido en Israel y el Anticristo y el Falso Profeta sean derrotados juntamente con todos sus ejércitos y, posteriormente, “lanzados al lago de fuego que arde con azufre” (Apocalipsis 19:20).

Satanás será puesto en la prisión del Abismo por mil años y tras el juicio de las naciones, Jesús establecerá su Reino Milenial (Mateo 25:31-45). El último rastro de maldad será evidente cuando Satanás sea puesto en libertad, pues una vez que se hayan cumplido los mil años del Reino Milenial organizará la última rebelión contra Dios. Tras

su derrota, el Anticristo recibirá el castigo en el “lago de fuego que arde con azufre” junto con el Falso Profeta, reservado también para los enemigos de Dios.

La última rebelión de Satanás

Antes del inicio del Reino Milenial de Jesús y tras la derrota del Anticristo y sus ejércitos en la Batalla del Armagedón, el “dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás”, será hecho prisionero y enviado al Abismo, donde quedará encerrado por mil años. Durante este tiempo será quitado uno de los más grandes y destructivos poderes que habrá dominado al mundo e influido en forma negativa y maligna en cada área de la vida humana. Pero al cumplirse los mil años del Reino Milenial, Satanás “debe ser desatado por un poco de tiempo” para encabezar una nueva y última revuelta contra Dios y los cristianos en la que “saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra... a fin de reunirlos para la batalla” (Apocalipsis 20:2-3,7-8).

Aun cuando durante el Reino Milenial habrá un gobierno perfecto de Jesús y las personas gozarán de una mayor longevidad, al final habrá todavía una parte de la población que no aceptará a Jesús en sus vidas y no querrá seguirlo ni sujetarse a Él. Pero si los que habrán entrado al Reino Milenial serán los santos resucitados y los creyentes sobrevivientes de la Gran Tribulación, es lógico preguntar de dónde surgirá esa parte de la población que se rebelará al señorío de Cristo. Durante el milenio aún habrá familias y nacimientos y estos surgirán de algunos de las nuevas generaciones (Isaías 65:23-24) y sobre ellos vendrá el engaño de Satanás para rebelarse contra Jesús.

De todo el mundo vendrán los ejércitos que rodearán “el campamento de los santos y la ciudad amada” (Apocalipsis 20:9), es decir, contra

la tierra de Israel y la ciudad de Jerusalén, donde estará la sede del gobierno de Jesús y sus cuarteles generales durante su Reino Milenial. Sin embargo, Dios frustrará una vez más los planes de Satanás, destruyendo a sus ejércitos haciendo descender fuego del cielo que los consumirá a todos. Tras su derrota, Satanás es hecho nuevamente prisionero, pero esta vez para ser arrojado al “lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia [el Anticristo] y el falso profeta”, en el que “serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 20:9-10), junto con los ángeles que le siguieron en su rebelión, pues este es el “fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41).

Muchos confunden esta guerra con la de Gog y Magog (Ezequiel 38-39), la cual claramente se refiere a la invasión que emprenderá contra Israel la Confederación del Norte encabezada por Rusia, Irán, Turquía y varias naciones musulmanas del norte de África antes del Reino Milenial. Hay varias razones que permiten concluir esto.

La primera es que la invasión de Gog y Magog descrita por Ezequiel forma parte de una larga sección del libro que trata de la restauración de Israel (Ezequiel 33-39), la cual es seguida por otra sección igualmente extensa que describe el Templo Milenario y la restauración de los sacrificios (Ezequiel 40-48). En otras palabras, la invasión que registra Ezequiel debe suceder antes del Reino Milenial, mientras que la descrita en Apocalipsis sucederá al final del Milenio, mil años después.

En segundo lugar, los siete meses que durará el entierro de los muertos (Ezequiel 39:11-14), no tendrá sentido en un escenario al final del Milenio, pues en ese tiempo los muertos serán resucitados para enfrentar el Juicio del Gran Trono Blanco (Apocalipsis 20:11-15). Además, una vez que los que se unan a Satanás en su rebelión

rodeen “el campamento de los santos y la ciudad amada... Dios descendió fuego del cielo, y los consumió” (Apocalipsis 20:9), así que no habrá cuerpos para enterrar porque todo habrá sido incinerado.

En tercer lugar, en la invasión descrita por Ezequiel las naciones vendrán del norte, mientras que en la anunciada en Apocalipsis vendrán de “los cuatro ángulos de la tierra” (Apocalipsis 20:8).

En cuarto lugar, la invasión que profetiza Ezequiel ocurrirá casi después del renacimiento de Israel como nación y la reunión de los judíos de alrededor del mundo, en contraste con la invasión descrita en Apocalipsis que se dará luego que Jesús haya reinado en la Tierra por mil años.

Finalmente, la invasión en Ezequiel servirá para atraer a Israel al arrepentimiento (39:7, 22-29), mientras que la de Apocalipsis ocurrirá después que Israel haya permanecido fiel a Dios y disfrutado de mil años de paz.

El Juicio del Gran Trono Blanco

Una de las verdades más solemnes y tremendas en la Palabra de Dios es que “vendrá la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz [de Jesús] y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Juan 5:28-29). El juicio es una realidad ineludible que todo ser humano habrá de enfrentar y en el que “todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13), independientemente de si creen o no en Jesús. De hecho, la Escritura dice que “todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Salmo 14:3; Romanos 3:12) y, por tanto, toda la humanidad, sin excepción, está sometida al juicio de Dios.

Sin embargo, para los que creen o han creído y muerto en Cristo, todo será remitido a la cruz en la que Cristo derramó su sangre para que todo castigo o condena por causa del pecado fuera anulado (Colosenses 2:13-14).

Jesús, a quien Dios designó para juzgar al mundo con justicia (Hechos 17:31), aseguró que “el que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24). Por tanto, los que han muerto y mueran en Cristo, es decir, los que han sido llenos del Espíritu Santo desde cuando fue derramado en el Día de Pentecostés y permanezcan fieles hasta su muerte, junto con los fieles vivos en el momento del Rapto de la iglesia, no estarán presentes en ese día, pues el juicio de los creyentes ya fue llevado a cabo en la cruz y “ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8:1). Por esta razón, la iglesia podrá ser arrebatada sin pasar por el juicio ni la Gran Tribulación y tampoco estarán los que tengan parte en “la primera resurrección”, es decir, los que hayan sufrido el martirio “por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios y no adoraron a la bestia ni a su imagen, ni se dejaron poner su marca en la frente ni en la mano” (Apocalipsis 20:4-5). Al mencionar “la palabra de Dios”, el apóstol Juan se está refiriendo al Antiguo Testamento, y específicamente a quienes guardaron la palabra y el mensaje de los profetas y creyeron en la promesa del Mesías proclamada por ellos antes del Día de Pentecostés (ver Lucas 2:25-35, el caso de Simeón y Ana). Por su parte, la mención “del testimonio de Jesús” se refiere a los convertidos después del Rapto de la iglesia, específicamente durante la Gran Tribulación y que después de la segunda venida de Cristo, serán admitidos en el Reino Milenial luego de comparecer ante el Señor Jesucristo durante el juicio de las naciones y ser apartados por no haber “adorado a la

bestia ni a su imagen y no haber recibido la marca en sus frentes ni en sus manos” (Apocalipsis 20:4).

Esta visión de Juan es descrita en otros tres pasajes de las Escrituras. Dios, como Juez Supremo, dictará su sentencia sobre quienes comparezcan ante Él ese día y su decisión será final, para toda la eternidad y sin poder ser apelada jamás. Las decisiones de Dios estarán basadas en la salvación que Él proveyó para la humanidad por medio de su Hijo Jesucristo, pues “el que en Él cree, no es condenado, pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Juan 3:18). Esta salvación no es por obras o excusada en otras creencias, sino sólo por la fe en el sacrificio perfecto y suficiente de Jesús en la cruz.

“Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.” Apocalipsis 20:11-15

A este Juicio Final del Gran Trono Blanco comparecerán todos los muertos que fueron excluidos del Rapto de la iglesia y de “la primera resurrección” y que, obviamente, no ingresaron al Reino Milenial por haber rechazado, ignorado o haberse rebelado contra la Palabra de Dios proclamada por los profetas y el mensaje de salvación traído por Jesús y predicado por sus apóstoles, desde el principio de los tiempos hasta el día del juicio de las naciones.

Esta resurrección se producirá cuando “el mar entregue los muertos que había en él y la muerte y el Hades entreguen los muertos que había en ellos”, lo cual se refiere a los que hayan muerto tanto en las aguas como en tierra, es decir, a todos los que hayan perdido la vida de manera natural o trágica en cualquier parte del mundo. Todos ellos se reunirán con sus almas y espíritus que estaban en el infierno, para ser resucitados y presentarse ante Dios para ser juzgados.

Algo que destaca en la visión es el aspecto del trono de Dios, el cual es descrito por Juan como de color blanco, simbolizando la pureza, la santidad y la justicia perfecta e incorrupta de Dios. La escena es por demás trágica, pues los que comparecerán serán los que prefirieron ganar el mundo entero con sus vicios, placeres e injusticias, aún a costa de su propia salvación (Lucas 9:25). Ellos contemplarán ese mundo en el que pusieron toda su esperanza y sus esfuerzos y lo verán desaparecer sin dejar rastro alguno y lamentarán que su vida haya sido en vano. Entre la muchedumbre que comparecerá no habrá distinción alguna, pues allí estará tanto el amo como el sirviente, el rico y el pobre, el culto y el ignorante, el poderoso y la gente común de todas las razas y condiciones. Ese día “Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres” (Romanos 2:16) y expondrá todo tipo de pecados y abominaciones. Llama la atención que todos estarán allí “de pie ante Dios” (Apocalipsis 20:12), pues el tiempo de humillarse, postrarse y pedir perdón habrá terminado.

El pasaje revela que después de esta última resurrección de los muertos y de la desaparición del mundo, “los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida” (Apocalipsis 20:12). Este último libro tiene el registro de todos los seres humanos nacidos físicamente en este mundo y a los que Dios ha querido permitir que lo busquen, encuentren, conozcan y anhelen estar eternamente en su

presencia, pero quienes lo ignoren, lo rechacen o se rebelen pecando contra Él, no verán sus nombres allí porque habrán sido borrados de este libro.

Pero los primeros libros mencionados en este pasaje, tendrán registradas todas las obras de los no creyentes, de manera que cuando cada nombre sea mencionado, serán “juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras” (Apocalipsis 20:12). Estos libros no determinarán la salvación o la condenación de quienes serán llamados allí, pues eso ya estará determinado por el Libro de la Vida; estos libros servirán como testimonio de su culpa, pues Dios es incapaz de juzgar y condenar a alguien que no lo merezca. Al abrir estos libros todo pecado, acto, pensamiento y palabra será expuesto a la luz “para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras” (Jeremías 17:10).

Una vez expuesta la culpa de cada uno de los que comparezcan ante el Gran Trono Blanco, se proferirá la sentencia inapelable: “el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego” (Apocalipsis 20:15). Obviamente, ninguno de los allí presentes verá su nombre inscrito en él.

En la Biblia, la palabra “muerte” no significa aniquilación, extinción o dejar de existir, sino separación, así que, cuando alguien muere, sigue existiendo de manera conciente en una forma espiritual, separado de su cuerpo, esperando el momento de salir a “resurrección de vida” o “resurrección de condenación” (Juan 5:28-29) y ser “lanzado al lago de fuego”, que es la segunda muerte (Apocalipsis 20:14-15).

Aunque todos los seres humanos nacen y mueren físicamente, el cristiano es la persona que ha nacido de nuevo (Juan 3:1-7), esta vez

espiritualmente para vivir eternamente. El Señor Jesucristo dijo: “el que oye mi palabra y cree al que me envió [al Padre], tiene vida eterna y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24). No sucederá lo mismo con el no cristiano que, aparte de padecer la muerte física, también experimentará la segunda muerte, o sea, la muerte espiritual eterna, cuando luego de ser condenado en el Juicio Final sea separado de Dios por toda la eternidad y “lanzado al lago de fuego”. El “lago de fuego” será la morada eterna de Satanás y sus ángeles caídos, del Anticristo y del Falso Profeta, de los demonios y de los no creyentes de todos los tiempos. Será después del Juicio del Gran Trono Blanco, el hábitat eterno de la maldad y de todos los condenados, es decir, de los no salvos.

El “lago de fuego” fue creado después de la rebelión angelical como el lugar “preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41) y, posteriormente, para todos los impíos e inconversos que rechazaron o rechazarán a Jesús.

Jesús entrega el reino al Padre

Aunque es igual al Padre en términos de deidad, mientras vivió en el mundo, Jesús se encontró sujeto al Padre (Juan 14:28). Él no sólo es Dios, sino que tomó sobre sí mismo la naturaleza humana en la encarnación, la cual aún posee y por lo cual aún está sujeto al Padre. No obstante, esta sujeción no es debido sólo a su humanidad, sino que es la naturaleza propia de la relación al interior de la Trinidad y es uno de los factores teológicos revelados en la Biblia: que Dios el Padre es quien lo envió y que Jesús es el enviado (Juan 17:18).

“Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia... Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo

en todos.” 1 Corintios 15:24, 28

En el plan eterno de salvación, el papel del Hijo de Dios es ser el único “mediador entre Dios y los hombres” (1 Timoteo 2:5); sin embargo, este papel sería temporal y no eterno, pues una vez que Satanás haya sido derrotado definitivamente y “lanzado en el lago de fuego y azufre donde estaban la bestia y el falso profeta” (Apocalipsis 20:10), el plan de redención habrá sido completado y entonces vendrá el fin, cuando Jesús le entregue voluntariamente “el reino al Dios y Padre”, quien lo envió, terminando así su papel como mediador.

CAPÍTULO VIII. CIELO NUEVO Y TIERRA NUEVA

Hay un aparente dilema respecto a la cronología del inicio del cielo nuevo y la tierra nueva, pues aunque Isaías 65:17-25 describe un período que parece más asociado a la segunda venida de Cristo y antes del Reino Milenial, una minuciosa revisión de Isaías 66:22-24 lo ubica después. Esto se puede concluir al observar cómo se describe el final de los impíos después del Juicio Final: “su gusano nunca morirá, ni su fuego se apagará”.

El Evangelio de Marcos relata que Jesús, al mencionar el juicio de los que sean hallados culpables y que serán arrojados al lago de fuego, se refiere a ese lugar de tormento como “donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga” (Marcos 9:44, 48). Esta es una clara alusión al castigo eterno de los que serán lanzados al “lago de fuego”, es decir, de todos los condenados en el Juicio Final ante el Gran Trono Blanco (Apocalipsis 20:11-15). Estos condenados serán todos los muertos que fueron excluidos del Rapto de la iglesia y de “la primera resurrección” y que “no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años” (Apocalipsis 20:5-6), es decir, hasta el final del Reino Milenial.

Esto despeja la duda acerca del tiempo en el que serán creados “nuevos cielos y nueva tierra” que menciona el profeta Isaías, lo cual sucederá después del Reino Milenial y del Juicio Final ante el Gran Trono Blanco.

La historia continuará con quienes no hayan sido condenados, es decir, los que creyeron en Jesús, en el Padre que lo envió y en su Palabra. Una de las promesas más grandes en toda la Biblia es que

Dios “ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16), y cada uno de ellos tendrá “vida eterna y no vendrán a condenación, mas han pasado de muerte a vida” (Juan 5:24). En realidad, la sola palabra “eternidad” está llena de misterios, pues la mente finita del ser humano no alcanza a comprender lo que esta significa. Sin embargo, en los últimos capítulos de Apocalipsis, la Biblia revela algunos detalles de lo que es y será la eternidad.

El Fin de Todas las Cosas

Después del Reino Milenial y del gran Juicio Final del Gran Trono Blanco, el mismo Dios que creó los cielos y la Tierra los destruirá para crear “nuevos cielos y nueva tierra” (Isaías 65:17).

Antes que los cielos nuevos y la nueva tierra sean creados, los cielos y la tierra que existen ahora deben desaparecer completamente, pues “están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos” (2 Pedro 3:7). El “día del juicio” al que la Escritura se refiere es el día del Juicio Final ante el Gran Trono Blanco, cuando “los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán” (2 Pedro 3:12).

Ese día también será el “de la perdición de los hombres impíos” pues allí, todos los que no participarán de “la primera resurrección”, es decir, los que no sean admitidos en el Reino Milenial y que “no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años” (Apocalipsis 20:5), serán resucitados y junto con los vivos serán juzgados y el que no se halle inscrito en el libro de la vida será lanzado al lago de fuego (Apocalipsis 20:15). Todos los seres humanos que se encuentren en el Juicio Final del Gran Trono Blanco, o sea, todos los impíos que

pusieron toda su esperanza en lo terrenal y perecedero y que rechazaron buscar a Dios y volverse a Él, podrán ver cómo todo el universo desaparece en segundos.

A través del autor de la Carta a los Hebreos, Dios dice: “Aún una vez, y conmoveré no solamente la tierra, sino también el cielo” (Hebreos 12:26). Al explicar el significado de estas palabras, el mismo escritor menciona que esto “indica la remoción de todas las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las incommovibles” (Hebreos 12:27), es decir, la destrucción de todo lo creado para que permanezca lo eterno.

Nuevos Cielos y Nueva Tierra en Isaías

Hay una profecía sobre la creación de “nuevos cielos y nueva tierra” que debe ser escudriñada detenidamente para entender si se está refiriendo al final de los tiempos o a alguna otra época de la historia de Israel.

“Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento.” Isaías 65:17

Al comenzar con la conjunción “porque”, el texto está subordinado a lo expuesto con anterioridad, remitiendo necesariamente al inicio del capítulo:

1. Isaías 65:1-7.

Esta primera parte trata de la dispensación cristiana, durante la cual los judíos fueron desplazados temporalmente por los gentiles debido a su incredulidad. Dios denuncia que, aunque ha mantenido todo el tiempo sus manos extendidas hacia ellos, su pueblo insiste en su rebeldía y lo “provoca de continuo a ira” con su desobediencia y

prácticas abominables (vv.2-7). Dentro de esta denuncia, les recrimina considerarse justos por el hecho de ser descendientes de Abraham (según la carne) y despreciar a los que no lo son cuando dicen: “Estate en tu lugar, no te acerques a mí, porque soy más santo que tú” (v.5).

Esta actitud fue recriminada posteriormente por Juan el Bautista en el desierto cuando estaba bautizando a los que atendían su llamado a arrepentirse, pues al ver acercarse a los fariseos y saduceos les reclama su falta de arrepentimiento advirtiéndoles con estas palabras: “No penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre” (Juan 3:9). Esta misma situación la enfrentó Jesús cuando llamó a quienes habían creído en Él a ser verdaderamente libres por la fe en Él manifestada en la fidelidad a su Palabra, a lo que ellos respondieron: “Linaje de Abraham somos y jamás hemos sido esclavos de nadie” (Juan 8:33). Por su dureza de corazón para atender el llamado de Dios y su falta de arrepentimiento, Dios dice con anticipación a través del profeta Isaías: “Fui buscado por los que no preguntaban por mí; fui hallado por los que no me buscaban. Dije a gente que no invocaba mi nombre: Heme aquí, heme aquí” (v.1). Esta es una clara referencia a los gentiles y a la época de la iglesia.

2. Isaías 65:8-10.

A pesar del rechazo de su pueblo, Dios promete que no todo Israel será destruido, sino que habrá un remanente fiel de la “descendencia de Jacob y de Judá heredero de mis montes y mis escogidos poseerán la tierra, y mis siervos habitarán allí” (v.9). Esta promesa incluye sólo a Israel y al territorio que Dios les prometió por herencia desde los tiempos de Abraham y que algún día poseerán. Esta tierra no será parte de un tratado o un acuerdo entre naciones, sino que Dios mismo se las dará conforme a su promesa y los hará entrar en

ella.

3. Isaías 65:12-16.

Estos versículos profetizan el tiempo de la Gran Tribulación que seguirá a la dispensación de la iglesia y en ellos se menciona la terquedad de los judíos ante el llamado constante de Dios al arrepentimiento a través de los profetas: “Por cuanto llamé, y no respondisteis; hablé, y no oísteis, sino que hicisteis lo malo delante de mis ojos y escogisteis lo que me desagrada” (v.12). Esta conducta traerá consecuencias dolorosas en el futuro, pues verán que los que sí respondieron, oyeron y obedecieron, “cantarán por júbilo en el corazón” por haber creído y ser librados de los sufrimientos venideros, mientras que “vosotros clamaréis por el dolor del corazón, y por el quebrantamiento del espíritu aullaréis” cuando les sobrevengan las angustias y los sufrimientos por su incredulidad (v.14).

Al final del Reino Milenial, Satanás será liberado de su prisión en el Abismo y llevará a cabo e instigará su última rebelión, conduciendo a la Tierra a una completa destrucción. Pero ¿cómo será esta destrucción para que Dios tenga que crear “nuevos cielos y nueva tierra”. De hecho, la información bíblica demuestra que es un dramático cambio de la vieja creación hacia una nueva, en la que “la creación... será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Romanos 8:21).

La Escritura menciona un cambio completo de esclavitud a uno de libertad. Esto mismo lo expresa el apóstol Pedro cuando compara el primer cataclismo global en los días de Noé, cuando “el mundo de entonces pereció anegado en agua”, con esta futura destrucción de “los cielos y la tierra que existen ahora” (2 Pedro 3:6-7). Aunque la

Escritura menciona que “el mundo de entonces pereció” durante el diluvio que tuvo lugar en tiempos de Noé, no implicó la aniquilación del mundo sino la transformación hacia una nueva condición. Así también, es posible afirmar que la destrucción del mundo al final de los tiempos será un cambio de un estado a otro completamente nuevo e inimaginable por la mente humana.

Esto puede apoyarse en que el apóstol Pedro, al mencionar que espera “cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 Pedro 3:13), está planteando la antítesis moral del mundo actual sujeto a “la esclavitud de corrupción”. La palabra usada por él para referirse a una realidad “nueva” (gr. καινός, kainós), nos señala un punto determinado de tiempo en el que hay una creación completamente nueva, una que ha dejado atrás la antigua creación para pasar a un nuevo estado de purificación a través del fuego en el que “los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2 Pedro 3:10). En el pórtico de Salomón, el apóstol Pedro se refiere al Reino Milenial como “la restauración de todas las cosas” (Hechos 3:21), en concordancia con la descripción de Isaías 65:20, donde se menciona que durante este período de tiempo aún quedarán algunos residuos de pecado y, por tanto, aunque habrá una renovada longevidad de la especie humana, la muerte estará aún presente, para terminar finalmente con seres humanos libres de pecado con una existencia eterna.

Tras la caída del ser humano, Dios maldijo la tierra (Génesis 3:17-19) y el universo entero fue entregado a la vanidad, es decir, a un vacío de Dios, perdiendo todo significado y valor. Así que el Reino Milenial será un tiempo de descanso para los creyentes y también de restauración ecológica, porque “el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue

sujetada a vanidad... será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Romanos 8:19-21). En conclusión, los “nuevos cielos y nueva tierra” mencionada en Isaías 65:17 son los de Apocalipsis 21:1.

Un Cielo Nuevo y Una Tierra Nueva

Desde los tiempos del Antiguo Testamento, Dios ha anunciado lo que será el momento cuando el mundo y todo el universo, tal como la humanidad lo conoce hasta ahora, será destruido para dar paso a una nueva creación. La Escritura menciona que “todo el ejército de los cielos se disolverá, y se enrollarán los cielos como un libro... los cielos serán deshechos como humo, y la tierra se envejecerá como ropa de vestir, y de la misma manera perecerán sus moradores” (Isaías 34:4; 51:6). Este será un evento cósmico en el que toda la materia y la energía del universo “se disolverá” (heb. מִדְּבָר , macác, que traduce consumir, deshacer, disolver), es decir, su esencia y composición serán totalmente destruidas.

Algunos creen que el cielo y la Tierra actuales no serán literalmente destruidos y creados de nuevo, sino que simplemente serán renovados y transformados, pero las Escrituras mencionan que cuando los muertos comparezcan ante el Gran Trono Blanco, “huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos” (Apocalipsis 20:11). Esta huida no dejará rastro, así que no se tratará de una catástrofe cósmica sino de un fenómeno inexplicable para la ciencia pero posible con la intervención del poder divino del Creador, para quien sólo basta su Palabra (Génesis 1). Además, la Escritura también revela que cuando aparezcan “un cielo nuevo y una tierra nueva, ... el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más” (Apocalipsis 21:1). Por tanto, cuando eso suceda, no se tratará de una simple renovación, sino de la destrucción de lo anterior

y la creación de algo realmente nuevo.

Al final del Reino Milenial, después que Satanás haya sido “lanzado en el lago de fuego y azufre”, los cielos y la Tierra serán destruidos y creados de nuevo, muy diferentes a lo anterior, en un escenario en el que “las primeras cosas han dejado de existir” (Apocalipsis 21:1, 4) para dar paso a un nuevo orden universal creado por Dios tras el Juicio Final y que se caracterizará por tres cosas:

- La ciudad santa: la Nueva Jerusalén (Apocalipsis 21:2).
- En ella habitará la justicia (2 Pedro 3:13).
- Dios habitará entre los seres humanos (Apocalipsis 21:3).

La Nueva Jerusalén

Con el fin de “las primeras cosas” llegará el comienzo de las nuevas. Tras la creación de “un cielo nuevo y una tierra nueva”, el apóstol Juan recibió la revelación de “la gran ciudad santa de Jerusalén que descendía del cielo” (Apocalipsis 21:10).

“Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas.” Apocalipsis 21:1-5

La magnificencia de la visión es casi inconcebible para la mente

humana, pues “la ciudad se halla establecida en cuadro, y su longitud es igual a su anchura; y él midió la ciudad con la caña, doce mil estadios” (Apocalipsis 21:16), lo cual equivale aproximadamente a una superficie de 4'928,400 kms², ¡un área equivalente a la mitad del territorio continental de los Estados Unidos de América!

A medida que la ciudad bajaba del cielo, el apóstol Juan vio que “la longitud, la altura y la anchura de ella son iguales” (Apocalipsis 21:16). La ciudad tenía la apariencia de un cubo con... una altura equivalente a 2,681 veces el Burj Khalifa, ¡el edificio más alto del mundo a la fecha!

La atmósfera de la Tierra tiene un espesor de 10,000 kms, pero el 75% de su masa se concentra en los 11 kms sobre el nivel del mar, en otras palabras, la ciudad que el apóstol Juan vio descender del cielo en su visión superaba los límites visuales y de oxígeno necesario para la vida. Para comprenderlo mejor, la cima del Monte Everest, en el Himalaya y a una altura de 8,849 mts, es un ambiente árido de nieves perpetuas en el que es prácticamente imposible siquiera respirar. Esto pone de manifiesto que será una construcción sólo posible para Dios e inconcebible para la limitada mente humana.

La capacidad poblacional de esta ciudad es hipotética e igualmente inimaginable. Tomando como referencia la ciudad de Tokio, la más poblada del mundo con 39.4 millones de habitantes en una superficie de 2,194 kms², asumiendo un promedio general de 5 pisos o 15 mts de altura, la Nueva Jerusalén podría albergar a más de 330 millones de ciudades de Tokio o lo que es equivalente a una población aproximada a 13,200 trillones de personas... ¡más de un millón y media veces la población actual de la Tierra!

En esta ciudad habitan actualmente Dios, los ángeles y las almas de

los santos que ya murieron, pero algún día descenderá del cielo para ser “el tabernáculo de Dios con los hombres, y Él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios” (Apocalipsis 21:3). Al ser mencionada con la tierra nueva y descrita como una ciudad con cimientos, sugiere que descenderá y se asentará sobre una nueva Tierra y dispondrá de nuevos cielos. La descripción de esta ciudad revelada al apóstol Juan la presenta como una que no tiene comparación con otra conocida o siquiera imaginada por mente alguna. Estas son las características de la Nueva Jerusalén descritas en la Biblia:

1. Tendrá “la gloria de Dios”.

Esta será su principal característica, la cual se reflejará en “su fulgor... semejante al de una piedra preciosísima de jaspe, diáfana como el cristal”. Este “fulgor” de la gloria de Dios estará permanentemente iluminando a la Nueva Jerusalén, por lo que no habrá “necesidad de sol ni de luna que brillen en ella” (Apocalipsis 21:11, 23). La gloria de Dios es la reunión de los supremos atributos de Dios, de manera que no sólo es majestad sino también santidad. Las mismas Escrituras definen esta santidad como “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en Él” (1 Juan 1:5), lo cual significa que en su naturaleza y en su presencia no hay lugar para el pecado (oscuridad).

Por esta razón, en la Nueva Jerusalén siempre será de día, “pues allí no habrá noche” (Apocalipsis 21:25). La Biblia también menciona que, para tener comunión con Dios, el ser humano ha sido llamado a pasar “de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9) y a “andar en luz, como Él está en luz” (1 Juan 1:6). Así que en la ciudad santa no entrará “ninguna cosa inmunda, o que hace abominación o mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero” (Apocalipsis 21:27), es decir, los que han sido y serán

admitidos en su luz y permanecerán en ella por toda la eternidad.

El Lugar Santísimo en el Tabernáculo y luego en el Templo era el lugar de la morada de Dios en la Tierra. El Tabernáculo que Dios le ordenó levantar a Moisés tenía la forma de un cubo de entre 4.5 y 5 mts por cada lado. En el Templo de Salomón “el lugar santísimo estaba en la parte de adentro, el cual tenía veinte codos de largo, veinte de ancho, y veinte de altura” (1 Reyes 6:20), es decir, un cubo de entre 9 y 10 mts de lado. Según lo dispuesto por Dios a través de Moisés, “en la primera parte del tabernáculo [Lugar Santo] entran los sacerdotes continuamente para cumplir los oficios del culto; pero en la segunda parte [Lugar Santísimo], sólo el sumo sacerdote una vez al año” para ofrecer el sacrificio “por sí mismo y por los pecados de ignorancia del pueblo” (Hebreos 9:6-8).

Cuando Jesús murió en la cruz, “el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo” (Mateo 27:51) y desde entonces ya no hay separación ni necesidad de mediadores diferentes a Cristo, pues “por Cristo es quitado” el velo y los que se convierten al Señor pueden acceder libre y directamente al Padre (2 Corintios 3:14-17). Es muy importante observar que, aunque con dimensiones celestiales, la Nueva Jerusalén mantiene las proporciones cúbicas del diseño original del antiguo Tabernáculo o Lugar Santísimo, siendo una magnificencia literal de ese recinto sagrado, construido por Dios mismo y no por manos humanas como los anteriores. Allí Dios morará eternamente con los suyos y ellos podrán acceder y estar eternamente en la presencia de su Dios.

Finalmente, no es posible pasar por alto el evidente paralelo entre la Nueva Jerusalén y el Jardín del Edén, por los elementos en común (un río, el árbol de la vida y la presencia de Dios) y el Lugar Santísimo, por lo que podría decirse que “la gran ciudad santa de

Jerusalén” vista por el apóstol Juan, será una especie de “Ciudad-Templo Edénica”.

2. Tendrá “un muro grande y alto con doce puertas”.

La Nueva Jerusalén será una esplendorosa ciudad construida toda ella de metales y piedras preciosas, pero entre todas las cosas destacará la majestuosidad de sus murallas, pues según la visión del apóstol Juan, “la longitud, la altura y la anchura de ella son iguales” (Apocalipsis 21:16), conformando un cubo perfecto, como lo era el Lugar Santísimo en la construcción terrenal del Tabernáculo y el Templo. Mientras Juan observa que la ciudad desciende, lo primero que él ve es un “muro grande y alto” que, a manera de muralla, rodea la ciudad. La Escritura destaca tres características de este muro: sus dimensiones, sus puertas y cimientos y los materiales con los que estaba construido.

Respecto a sus dimensiones, siendo la ciudad un cubo perfecto, es lógico asumir que su altura será la misma de toda la ciudad, es decir, “doce mil estadios” (Apocalipsis 21:16-17), lo que equivale a 2,220 kms; el ancho del muro será de “ciento cuarenta y cuatro codos”, algo menos de 70 mts. Aunque en principio, de manera aislada, el muro parece sólido, la proporción de altura y espesor hace ver el muro más frágil que una simple hoja de papel, haciendo evidente que no es un muro defensivo, pues no habrá de quién defenderse. Este “muro grande y alto” será más bien como una membrana a través de la cual se percibirá el fulgor de la gran ciudad santa, “semejante al de una piedra preciosísima” (Apocalipsis 21:11).

En todo su contorno, en el muro destacan dos elementos muy importantes: “doce puertas” y “doce cimientos”. Las puertas estaban distribuidas por cada uno de los cuatro lados del muro, tres en cada

uno, y tenían “doce ángeles, y nombres inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel” (Apocalipsis 21:12-13). La Biblia describe con gran detalle los numerosos pecados de los hijos de Jacob (Génesis 37-38, 49) y el Antiguo Testamento las continuas infidelidades de sus descendientes, los israelitas, lo cual permite afirmar que su mención en las puertas de la gran ciudad santa será un testimonio eterno de... ¡la gracia de Dios! El otro elemento descrito por el apóstol Juan y que él observó con especial atención, fueron los cimientos, sobre los cuales estarán “los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero” (Apocalipsis 21:12-14). Sin duda, el apóstol Juan también habrá observado que... ¡su nombre estaba escrito allí!

El hecho de que en la misma construcción se mencionen tanto el Antiguo Testamento (las doce tribus de Israel) como el Nuevo Testamento (los apóstoles), revela la unicidad de la Palabra de Dios que, a través de Moisés, los profetas, los evangelistas y los apóstoles, apunta a esa anhelada comunión de los fieles creyentes con Dios en la eternidad. También confirma las palabras del apóstol Pablo cuando dijo que “Dios es uno, y Él justificará por la fe a los de la circuncisión [judíos] y por medio de la fe a los de la incircuncisión [gentiles]”, pues Dios es Dios de unos y otros (Romanos 3:29-30). Sobre esta sólida y gran verdad, Cristo, mediante su sacrificio, creó una nueva humanidad y “de ambos pueblos hizo uno” (Efesios 2:14), edificado “sobre el fundamento de los apóstoles [Nuevo Testamento] y profetas [Antiguo Testamento], siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Efesios 2:20).

Finalmente se encuentran los materiales con los que estarán hechas las puertas y construidos el muro y sus cimientos. La Escritura no menciona el tamaño de las puertas, pero sea que guarden proporción con las dimensiones del muro o que sean a una escala humana, “las

doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una perla” (Apocalipsis 21:21). Las perlas son bien conocidas, pero sin duda, nadie ha visto una lo suficientemente grande y si la hubiera, seguramente no hay alguien con la pericia suficiente como para fabricar una puerta de una sola pieza. Esto es algo que la mente humana no alcanza a concebir y manifiesta claramente la grandeza, sabiduría, magnificencia, excelencia y poder de Dios. Aunque en la visión, el apóstol Juan es deslumbrado por el “fulgor... semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal”, una vez que avanza en su observación afirma que “el material de su muro era de jaspe” (Apocalipsis 21:11, 18). Después de observar la maravilla de sus puertas, no es ilógico pensar que el muro podrá estar hecho de una sola pieza, perfectamente cortado y pulido como para poder ser comparado con el más maravilloso diamante. Por último, la vista del apóstol Juan se detiene en los materiales con los que fueron contruidos los cimientos del muro: piedras preciosas. En su orden, “el primer cimiento era jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, ágata; el cuarto, esmeralda; el quinto, ónice; el sexto, cornalina; el séptimo, crisólito; el octavo, berilo; el noveno, topacio; el décimo, crisopraso; el undécimo, jacinto; el duodécimo, amatista” (Apocalipsis 21:19-20). Esta gran riqueza puesta en el cimiento demuestra la importancia de las profecías del Antiguo Testamento, sobre las cuales se levanta el Nuevo Testamento.

3. Una calle, un río y el árbol de la vida.

Al ser descrita como una ciudad, obviamente habrá edificaciones y todos los elementos que componen una urbe. Lo primero que el apóstol Juan destaca al respecto, es que “la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio” (Apocalipsis 21:18), al igual que “la calle de la ciudad” (Apocalipsis 21:21). Es curioso que, ante la magnitud y la

capacidad poblacional de la gran ciudad santa de la Nueva Jerusalén, la Escritura sólo menciona una calle como si fuera la única y que seguramente lleva al “trono de Dios y del Cordero”, pues será un lugar de adoración eterna “cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Hebreos 11:10). De ella, lo único que Jesús anticipó es que hay “muchas moradas” preparadas para sus fieles (Juan 14:2). Del “trono de Dios y del Cordero” saldrá “un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal”. Siendo la calle la única referencia urbana que se tiene, es posible que el cauce de este río vaya por “en medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río estará el árbol de la vida” (Apocalipsis 22:1-2), teniendo una apariencia como de una alameda similar a la de los Campos Elíseos de París.

En esta ciudad, a la que la Escritura se refiere como “el paraíso de Dios” (Apocalipsis 2:7), estará “el árbol de la vida” (Apocalipsis 22:2), el cual Dios había ordenado custodiar después de que Adán pecó y fue expulsado del Jardín del Edén, para lo cual “puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida” (Génesis 3:24). Pero en la Nueva Jerusalén, el árbol de la vida parece estar al alcance de todos. La razón para ello es que, si en aquel entonces en condición de pecado, Adán y Eva hubieran comido de ese árbol, habrían vivido en pecado eternamente, sin posibilidad de redención.

4. Una ciudad santa y gloriosa.

En esta nueva creación “no habrá más maldición” (Apocalipsis 22:3) y, por tanto, no habrá sufrimiento, dolor o necesidad, pues Dios mismo enjugará “toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor” (Apocalipsis 21:4). Dios calmará la sed del sediento dándole a beber “gratuitamente de la fuente del agua de la vida” (Apocalipsis 21:6). Allí no habrá maldad,

pues “los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre” (Apocalipsis 21:8). La ciudad será habitada por Dios y el Cordero y por una nueva humanidad conformada solamente por “los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero” (Apocalipsis 21:27), creyentes de la época de la iglesia y de otras épocas que, por gracia de Dios, pusieron su fe y su confianza en Jesús y sus promesas.

Pero no sólo será evidente una nueva humanidad, sino que también “la gloria de Dios” será visible por toda la ciudad. No se encontrarán templos, “porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero” (Apocalipsis 21:22). No habrá como al principio, astros que gobiernen el día y la noche y alumbren la Tierra (Génesis 1:14-18), “porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera” y en su luz caminarán todas las naciones (Apocalipsis 21:23). Y como no habrá noche, las puertas de la ciudad “nunca serán cerradas de día” (Apocalipsis 21:25). Allí, la nueva humanidad verá a Dios y al Cordero cara a cara “y reinarán por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 22:5).

Este es tan solo el final de la exposición sobre los eventos que harán parte del final de los tiempos, pues toda la historia humana y de la creación está inscrita dentro de la eternidad y todo lo que fue concebido en un principio, habrá sido consumado al final.

Después de conocer los eventos del final de los tiempos, sólo queda aguardar el cumplimiento de la promesa que lo ha inspirado a usted a estudiar este libro...

“El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús.” Apocalipsis 22:20